

I N V E N D A C I Ó N
CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA



INVNDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

NÚMERO 25

RECTOR

RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

DIRECTORA

MORAMAY HERRERA KURI

EDITORES

LUIS TORRES ACOSTA

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

LUZ DE LOURDES GARCÍA ORTIZ

CONSEJO EDITORIAL

CARMEN LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

MARGO GLANTZ

SARA POOT HERRERA

ADOLFO CASTAÑÓN

MARIO BELLATIN

LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

HERNÁN BRAVO VARELA

ANA GARCÍA BERGUA

PABLO RAPHAEL

EZRA ALCÁZAR

PEDRO PABLO MARTÍNEZ

DISEÑO EDITORIAL Y FORMACIÓN

ALBERTO NAVA/AYLIN VELOZ/XANAT MORALES

PORTADA

ALBERTO NAVA/LAHOJAENBLANCO.MX

CORREO ELECTRÓNICO

DIFUSIONCULTURAL@ELCLAUSTRO.EDU.MX

INVNDACIÓN CASTÁLIDA, año VIII, núm. 25, noviembre de 2024, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Universidad del Claustro de Sor Juana, A. C., calle San Jerónimo 47, colonia Centro, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06080, tel. 55 51 30 00, www.elclauastro.mx, mkuri@elclauastro.edu.mx. Editor responsable: Moramay Herrera Kuri. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-080617591100-102, ISSN: 2594-0805, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Certificado de Licitud de Título y Contenido No. 17475, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa en Documaster, S.A. de C.V., Plásticos 84, local 2, Ala Sur, fraccionamiento Alce Blanco, 53370 Naucalpan de Juárez, México; este número se terminó de imprimir el 29 de noviembre de 2024, con un tiraje de 1,000 ejemplares.

Las opiniones expresadas en los artículos son responsabilidad exclusiva de sus autores y no representan la posición de la Universidad. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana.

CULTURA CLAUSTRO • 55 • 5130 3327 • IZAZAGA 92 • CENTRO • CDMX • ELCLAUSTRO.EDU.MX



**I N U N D A C I Ó N
C A S T Á L I D A
R E V I S T A D E L A
U N I V E R S I D A D
D E L C L A U S T R O
D E S O R J U A N A**

ÍNDICE

Editorial	4
-----------------	---

Concilio de luceros

[Esos versos, lector mío] SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.....	9
Pedro Páramo NICANOR PARRA	11
Los portales ELISEO DIEGO	13
Esbozos frente a un modelo OLGA OROZCO.....	15
Now JUAN GELMAN	16
Mural de Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1951) CINTIO VITIER.....	17
Tormenta de verano TOMÁS SEGOVIA	19
La muerte se va a Granada FERNANDO DEL PASO.....	21
[Yo, envés del dado] RAFAEL CADENAS	24
Vestigios IDA VITALE.....	25
Alguien puede llegar DAVID HUERTA.....	26
Su esplendor LÍDIA JORGE.....	28
me acuerdo MIRCEA CĂRTĂRESCU.....	30
Personaje en el silencio (un lugar) CORAL BRACHO.....	32
Elipsis RUPERTA BAUTISTA	34

Tinta en alas de papel

Marisol Schulz: disfrutes y retos de ser directora de la FIL de Guadalajara ENTREVISTA POR MORAMAY HERRERA KURI Y DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN	38
Las mil y una FILs SARA POOT HERRERA	55
Raúl Padilla, el rebelde MARA NADIEZHDA ROBLES VILLASEÑOR	61
He visto crecer la Feria año con año GONZALO CELORIO.....	64
De cómo el Premio Rulfo cambió su nombre JORGE SOUZA JAUFFRED	66
Traducción simultánea NICOLÁS ALVARADO.....	69
Ecos de la FIL de Guadalajara PAOLA TINOCO	72
¿Qué hay de nuevo en la FIL? MÓNICA MARISTAIN	78
Flor de feria CARMEN RIOJA	84
MemoraFILias CLAUDIA MARCUCETTI PASCOLI.....	88
Una gran Feria en una gran ciudad ERACLIO ZEPEDA.....	90
Una buena feria requiere milagros MARTÍN SOLARES.....	92
De hacedores de milagros en la FIL de Guadalajara NORMA BAUTISTA... 94	
El día que casi no hay FIL LAURA NIEMBRO	96
Discurso en la ceremonia inaugural de la XXVII Feria Internacional del Libro de Guadalajara YVES BONNEFOY	99
El Salón de la Poesía: orilla cálida del otro lado del lenguaje CARMEN VILLORO	103

En armonía con los libros: música para una feria literaria JORGE ALBERTO PÉREZ.....	106
Filotauro ALONSO ARREOLA.....	110
Un festivo lugar de encuentro CLAUDIO MAGRIS	112
Entre la simulación y la introspección Recuerdos de la cobertura de la FIL para Canal 22 HUEMANZIN RODRÍGUEZ.....	113
Saramago y mis muchas FIL IRMA GALLO	119
Carta a ese personaje conocido e ignorado, adulado y maltratado, inquieto y paciente, al cual se le da el nombre clásico de lector JOSÉ SARAMAGO.....	122
El descifrador. Encuentros con Emmanuel Carrère ALEJANDRO GARCÍA ABREU	124
El acontecimiento RODOLFO NARÓ.....	128
Mi maestro concedido: David Huerta (Anécdota de la FIL de Guadalajara 2019) IGNACIO CASAS	129
¡Vamos a conocer a Monsi! (Que las palabras de esta anécdota no se las lleve el viento) VERÓNICA LÓPEZ GARCÍA	132
La FIL de Guadalajara rompió la macrocefalia cultural que todo lo concentraba en la Ciudad de México JOSÉ AGUSTÍN	136
Fear and loathing in Guanatos FERNANDO RIVERA CALDERÓN	139
La FIL de Guadalajara: hora del recreo EDUARDO CASAR	142
Un hilo de la FIL nocturna ALBERTO RUY SÁNCHEZ	145
La FIL: ese encontradero singular JULIA SANTIBÁÑEZ.....	150
Un torbellino de FIL EDUARDO LIMÓN	152
Lectores y ludópatas GABRIELA LIRA	154
La FIL de Guadalajara es, sin duda, mi pasión más grande MONA ROSETE	158
De dibujos y agua de colonia inolvidable MARIANA H.....	160

Neptuno alegórico

Viudas vecinas MIA COUTO.....	164
Los nuevos campos de fresas [Fragmento] JORDI SIERRA I FABRA.....	166
Fe en la inmortalidad de la palabra escrita ALBERTO MANGUEL	170
La pausa ALFREDO NÚÑEZ LANZ.....	172
Apuntes para una teoría del espejismo y el oasis RODRIGO FRESÁN.....	176
Competencia desleal CLAUDIA CABRERA ESPINOSA	178
Los pilares de doña Blanca ELENA GARRO	182

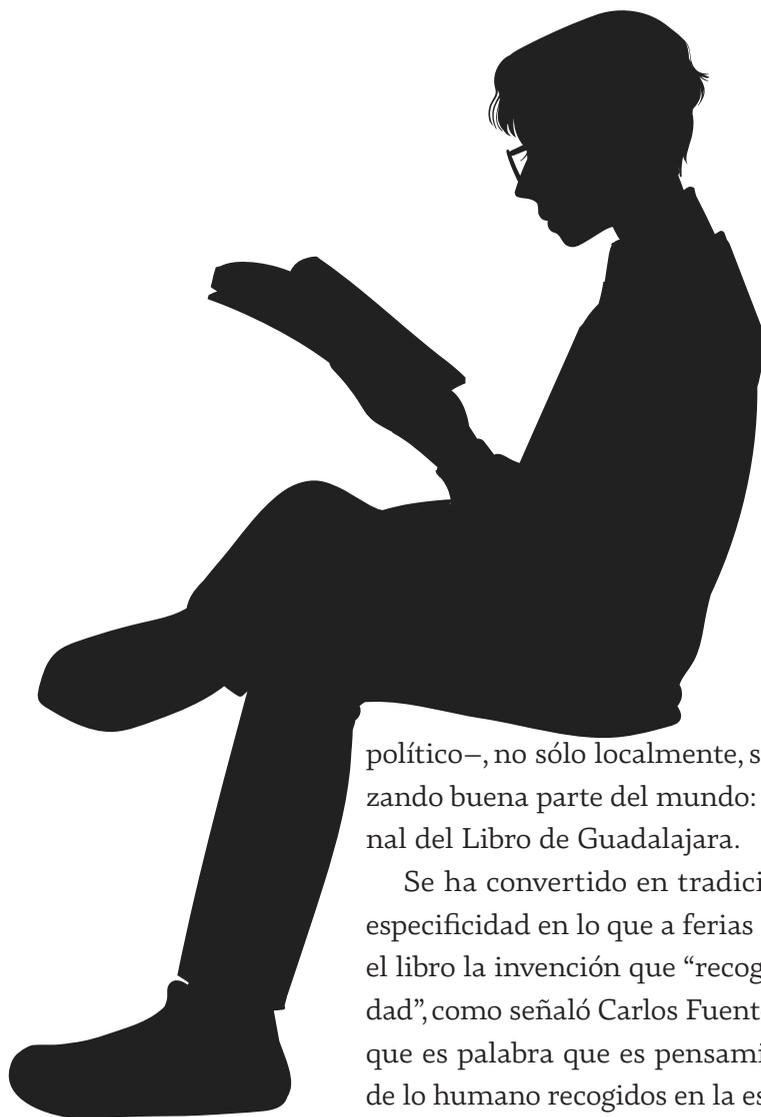
Editorial

Ya con sólo pensar en la palabra *feria* evocamos e invocamos un día de fiesta, de asueto, pues eso precisamente significa desde su procedencia del latín: *feria, feriae*, descanso relacionado con *festus*: fiesta y *festivus*: festivo. *Festear* en latín es *celebrare*, verbo derivado del adjetivo *celeber*: concurrido, frecuentado, numeroso. Curiosas las etimologías. En algunas de las lenguas romances esa forma latina y su significado han permanecido a lo largo del tiempo, con algunas variantes, aunque en una de las romances quizá deriva de distinta raíz: *feira* (día, también) en portugués, *fiera* en italiano, *foire* en francés, pero *târg* en rumano. En español, *feria* puede significar *regalo* en Costa Rica, por ejemplo, y en las Islas Canarias, *dulce* o *golosina* de elaboración casera o artesanal; en México llamamos coloquialmente *feria* al dinero en efectivo, y por extensión al dinero en general. La semejanza del latín *feria* está también en algunas lenguas germánicas, como *fair* en inglés, aunque no en alemán, que es *Buchmesse*, si bien tiene *Volksfest*: fiesta popular. Tal vez como aquella que inspiró a un trovador anónimo una hermosa canción del antiguo folclor inglés, que gracias a artistas de hoy como Simon & Garfunkel conservamos y de pronto tarareamos: “Are you going to Scarborough Fair? / Parsley, sage, rosemary, and thyme. / Remember me to one who lives there, / She once was a true love of mine”...

Sea religiosa, sea secular: *feria*. Pero folclor y filologías aparte, digamos que se incorporan esas y otras variantes de *feria* dentro de un mismo campo semántico, asociados al momento de descanso compartido, a la algarabía de la concurrencia, a la celebración en abundante compañía. Y además, en coincidencia con nuestro mexicanismo, con el dinero de que uno pueda disponer para gastar u obtener como ganancia, pues convertida en tradición

al menos desde la temprana Edad Media, la *feria* pasó de día de fiesta particular, espontánea y esporádica a un tipo de reunión pública planeada y periódica, generalmente anual, con posibilidad de duración variable en el número de días y no un único día, organizada en una plazuela, un atrio u otra edificación amplia donde solían exhibirse, intercambiarse y comercializarse bienes de todo tipo—incluidas piezas de artesanía y de arte—entre los asistentes de un poblado y sus inmediaciones, con frecuente participación de comarcas cada vez más lejanas. Era, pues, una especie de gran mercado que podía llegar a ser multicultural, en el que a la vez se convivía socialmente—incluso había quienes se exhibían a sí mismos mientras paseaban, sin más objetivo que mirar y ser mirados, aunque también decididos algunos a entregarse al galanteo, que hoy diríamos entrarle al ligue—. Sin falta, se sumaron tenderetes de comida y bebida, así como de entretenimiento: juegos de azar y juegos mecánicos, espectáculos, esparcidos aquí y allá magos, adivinadores, malabaristas, juglares, titiriteros, bailarines, músicos. No faltaban, ay, charlatanes, mercachifles, estafadores, ladronzuelos, regateadores pertinaces,





tanto del lado de los comerciantes como del lado de la clientela. Un lugar de encuentro público muy distinto, pues, de un carnaval o de un desfile, de un mercado propiamente dicho *-tlanquitzli*, en náhuatl: tianguis-, o un bazar, un parque, una alameda, una avenida, un callejón comercial, una hostería, una taberna, donde lo mismo acudía el que gozaba de su momento de esparcimiento como el que se agotaba en trabajo extenuante, pues para muchos, lógicamente, una feria es trabajo, y trabajo duro, con toda suerte de dificultades, no siempre redituable. Y aun en la concurrencia, quedar todos expuestos al siempre probable tumulto, al peligro. De todo puede suceder en una feria. ¿Cómo te fue?, solemos preguntar, en espera de que el interpelado no responda que le fue como en feria...

Pero lo que nos importa destacar aquí es la alegría ferial de rendir homenaje a quienes han concebido, han echado a andar, han sostenido y han hecho crecer un proyecto que desde 1987 forma parte de nuestra vida cultural, en el sentido más integral posible –intelectual, literario, artístico, científico, académico, social, y aun económico,

político–, no sólo localmente, sino más allá, alcanzando buena parte del mundo: la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Se ha convertido en tradición moderna en su especificidad en lo que a ferias se refiere, porque es el libro la invención que “recoge y respeta la oralidad”, como señaló Carlos Fuentes, es decir, oralidad que es palabra que es pensamiento y experiencia de lo humano recogidos en la escritura, y ésta, en el libro. En el libro y sus semejantes, como la revista y el periódico, sean en formato impreso, sean en formato digital. El libro, pues, por antonomasia como contenedor y vehículo de difusión, como motivo y propulsor del pensamiento y de la experiencia de lo humano, pero también como objeto de comercio, con las complejidades y consecuencias que esto último implica. Es el artefacto que contribuye a dar forma a la civilización de la palabra escrita a la que pertenecemos desde la segunda mitad del siglo XV con Gutenberg. En cualquier lengua en que se conciben, se expresan y se transmiten las ideas, la reflexión, el conocimiento, la imaginación, la creación, pero a partir del español es la cultura del libro y del hábito lector lo que enriquece la FIL de Guadalajara, con una fortuna que todos agradecemos, desde los escritores hasta los lectores, pasando por los editores, los traductores, los agentes literarios, los diseñadores, los ilustradores, los bibliotecarios, los promotores de la lectura, los librerías, los distribuidores *et al.*

Ese festivo agradecimiento lo manifestamos en el presente número de *Inundación Castálida* dedi-



cado a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Celebramos también el que la Universidad del Claustro de Sor Juana haya otorgado a la FIL, por cuanto institución que fomenta la cultura literaria y preserva el patrimonio artístico en general, la Presea Sor Juana Inés de la Cruz de este 2024.

En **Concilio de luceros**, para acompañar los versos de nuestra Sor Juana, hemos seleccionado poemas de un puñado de galardonados con el primero de los premios instituidos por la Feria, hoy por hoy uno de los principales y de enorme prestigio dentro y fuera de México, el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, que se otorga desde 1991 (creado con otro nombre). Asimismo, de entre los premios de más reciente creación, el de Literaturas Indígenas de América y que se otorga desde 2013, ofrecemos un poema de la ganadora de este 2024.

Son ya varios los premios y homenajes que han fundado la Universidad de Guadalajara y la FIL, así como aquellos creados por otras instituciones con las cuales la UdeG y la FIL colaboran estrechamente. Todos han adquirido relevancia en su categoría, y son importantes por muchas razones. Entre los primeros, además del de Literatura en Lenguas Romances, se encuentran el Homenaje Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez, desde 1992; el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz y el Homenaje al Mérito Editorial, ambos desde 1993; el Homenaje ArpaFIL, desde 1995, al que se ha sumado el Concurso ArpaFIL para Jóvenes Arquitectos, desde 2009; el Homenaje al Bibliófilo José Luis Martínez, desde 2001; y el Homenaje al

Bibliotecario y el Homenaje de Caricatura La Catrina, ambos desde 2002. Entre los segundos, además del ya mencionado Premio de Literaturas Indígenas de América, están el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, desde 2005, al que se ha sumado Iberoamérica Ilustra, desde 2010; y el Premio Ciudad y Naturaleza José Emilio Pacheco, desde 2016. Otra de las distinciones de la FIL de Guadalajara, que se otorga desde 2012 por iniciativa de Silvia Lemus, es la Medalla Carlos Fuentes; con la ceremonia de entrega se inaugura el Salón Literario del mismo nombre, y gracias a ese galardón se hace también el reconocimiento a aquellos grandes escritores de habla no española, como Salman Rushdie (2015), Paul Auster (2017) y Orhan Pamuk (2018). Sería imposible para los alcances de una revista abarcar en un solo número a todos y cada uno de los galardonados con un texto de su autoría por el cual se vea representada su obra. Sin embargo, confiamos en que lo ofrecido estimule al lector para indagar autores y obras, y no sólo de quienes la propia FIL de Guadalajara ha homenajeado, sino a partir de ellos a muchos otros, de entre los ya consagrados y de entre los noveles, de entre los que se dedican a la literatura en todos sus géneros pero también de entre los que se han consagrado a otras disciplinas: ciencia, con sus especialidades y temas; música, artes plásticas, cine, diseño editorial, bibliotecología, historia, antropología, filosofía, enseñanza de lenguas, computación, etcétera.

En el *dossier*, **Tinta en alas de papel**, comenzamos con una entrevista a Marisol Schulz, actual directora general de la FIL de Guadalajara. Con lucidez y sentimiento, Schulz reflexiona acerca de la evolución que ha tenido la Feria, ofreciéndonos un panorama de su crecimiento, de los retos que eso envuelve, con sus logros y disfrutes profesionales y personales, así como sobre los esfuerzos que ella y su fabuloso equipo organizador han hecho por dar continuidad a aquella idea concebida por Raúl Padilla López (1954-2023), el hoy tan extrañado fundador de la FIL. Un proyecto del que incontables personas nos hemos beneficiado, sobre todo los lectores. En palabras del propio Padilla, se trata de “ampliar los horizontes del libro en español y contribuir a que siga siendo el principal vehículo educativo y cultural de la sociedad moderna. Sabemos que cuanto hagamos por difundir la palabra impresa será siempre un acto civilizador, un acto de elevación del ser humano”.

Para dejar constancia de los auténticos milagros que surgen en el seno y en torno de la FIL de Guadalajara, de cómo no sólo hay ahí trabajo y empeño, preocupaciones e imprevistos, sino también fiesta y complacencia, celebración y amor, como en toda feria que se precie, continúa nuestro *dossier* con una serie de testimonios tanto en memoria de Raúl Padilla López como de experiencias personales en

la Feria. Anécdotas de espíritu solemne algunas, de ánimo jocosas otras, todas entrañables, brindadas por más de una veintena de colaboradores que han sido parte de la FIL a lo largo de sus treinta y siete años. También contamos con testimonios de algunos de aquellos escritores que en su momento felicitaron a la FIL por sus aniversarios vigésimo y trigésimo, así como con uno de los más memorables discursos de ceremonia inaugural pronunciados.

En este número especial hemos integrado tres de las cinco secciones que ya son habituales de *Inundación Castálida*, de manera que esta vez cerramos con **Neptuno alegórico**, dedicado a la creación ficcional. Hemos seleccionado obra de algunos otros galardonados por la FIL, empezando con un relato inédito de quien este año es el nuevo premio de Literatura en Lenguas Romances. Le siguen un fragmento de novela para jóvenes, dos relatos y una breve pieza de teatro, complementados con otros dos testimonios de felicitación a la FIL por sus pasados aniversarios.

Y así, querido lector, pasemos página hacia las delicias feriales. Si ya el libro y la lectura se constituyen por sí mismos en “diálogo, y el diálogo como pregunta”, porque además “inteligencia significa interrogación” y sensibilidad –por recordar de nuevo a Fuentes–, reunámonos en *Inundación Castálida* como si estuviésemos en ese cielo protector o en esa selva salvaje que puede ser la FIL de Guadalajara, espacio y momento donde la inteligencia, la sensibilidad y el diálogo prevalecen y encuentran festiva realización. ●





Concilio
DE LUCEROS

[Esos versos, lector mío]*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Esos versos, lector mío,
que a tu deleite consagro,
y sólo tienen de buenos
conocer yo que son malos,
ni disculpártelos quiero
ni quiero recomendarlos,
porque eso fuera querer
hacer de ellos mucho caso.

No agradecido te busco:
pues no debes, bien mirado,
estimar lo que yo nunca
juzgué que fuera a tus manos.

En tu libertad te pongo,
si quisieres censurarlos;
pues de que, al cabo, te estás
en ella, estoy muy al cabo.

No hay cosa más libre que
el entendimiento humano;
pues lo que Dios no violenta,
¿por qué yo he de violentarlo?

Di cuanto quisieres de ellos,
que, cuando más inhumano
me los mordieres, entonces
me quedas más obligado,
pues le debes a mi Musa
el más sazonado plato,
que es el murmurar, según
un adagio cortesano.

Y siempre te sirvo, pues
o te agrado, o no te agrado:
si te agrado, te diviertes;
murmuras, si no te cuadro.

Bien pudiera yo decirte
por disculpa, que no ha dado
lugar para corregirlos
la prisa de los traslados;

que van de diversas letras,
y que algunas, de muchachos,
matan de suerte el sentido,
que es cadáver el vocablo;



y que, cuando los he hecho,
ha sido en el corto espacio
que ferian al ocio las
precisiones de mi estado;
que tengo poca salud
y continuos embarazos,
tales, que aun diciendo esto,
llevo la pluma trotando.

Pero todo eso no sirve,
pues pensarás que me jacto
de que quizás fueran buenos
a haberlos hecho despacio;
y no quiero que tal creas,
sino sólo que es el darlos
a la luz, tan sólo por
obedecer un mandato.

Esto es, si gustas creerlo,
que sobre eso no me mato,
pues al cabo harás lo que
se te pusiere en los cascós.

Y adiós, que esto no es más de
darte la muestra del paño:
si no te agrada la pieza,
no desenvuelvas el fardo.

* Composición 1 en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo I: *Lírica personal*, 2ª ed., edición, introducción y notas de Antonio Alatorre (a partir de la edición de Alfonso Méndez Plancarte), México, Fondo de Cultura Económica, 2009 ("Biblioteca Americana").

Notas:

El romance-prólogo corresponde a *Poemas de la única poetisa americana, Musa Décima, Sórora Juana Inés de la Cruz...*, tomo de las obras sorjuaninas publicado en 1690 siendo la segunda edición de la primera que fue titulada *Inundación castálida de la única poetisa, Musa Décima, Sórora Juana Inés de la Cruz...*, a su vez publicado en 1689. En la primera edición no aparece entre las páginas preliminares el romance de Sor Juana, sino otro texto, impreso sin firma de autor y sobre el cual se ha entablado un interesante debate por quién pudo haberlo escrito y las circunstancias en torno a la eliminación de dicho prólogo anónimo; ya en los años ochenta del siglo pasado Antonio Alatorre se lo atribuyó a Francisco de las Heras; recientemente, Sara Poot Herrera ha estado aportando algunas evidencias y deliberaciones que señalan a Lorenzo Ortiz de Buxedo como el posible autor de aquel "Prólogo al lector" que a partir de la segunda edición fue eliminado de las posteriores ediciones y reimpresiones de aquella época.

El epígrafe que encabeza el romance reza: "Prólogo al lector, de la misma autora, que hizo y envió con la prisa que los trasladados, obedeciendo al superior mandato de su singular patrona, la excelentísima señora condesa de Paredes, por si viesen la luz pública: a que tenía tan negados sor Juana sus versos, como lo estaba ella a su custodia, pues en su poder apenas se halló borrador alguno." "Traslados" se refiere, según nota de Alatorre, a "las copias" que se hicieron a toda prisa para que la condesa se llevara los poemas a Madrid, donde fueron dados a la imprenta.

Acerca de la acentuación en *que, las, por, que y de*, Alatorre anota: "Una gala de versificación que sor Juana le imitó a Calderón consiste en terminar versos octosílabos con partículas átonas, las cuales, en virtud del ritmo, adquieren una especie de acento; para estos casos se me ha ocurrido usar un acento grave".

4

Te repito Susana
que no me digas más Bartolomé
soy tu padre
Bartolomé San Juan
y tú eres mi hija legítima

acaban de matarme Susana
por orden de tu propio marido
celos...
alguien le dijo que éramos amantes
sólo quería despedirme de ti
perdona que te importune
mi cadáver está a medio camino
entre Sayula y Comala me oyes?
ay!
los zopilotes ya me arrancaron los ojos
si te parece da cuenta a la comandancia
para que se me entierre como es debido

* De *Mai mai peñi / Discurso de Guadalajara*, en *Poemas para combatir la calvicie*, compilación de Julio Ortega, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 ("Tierra Firme").

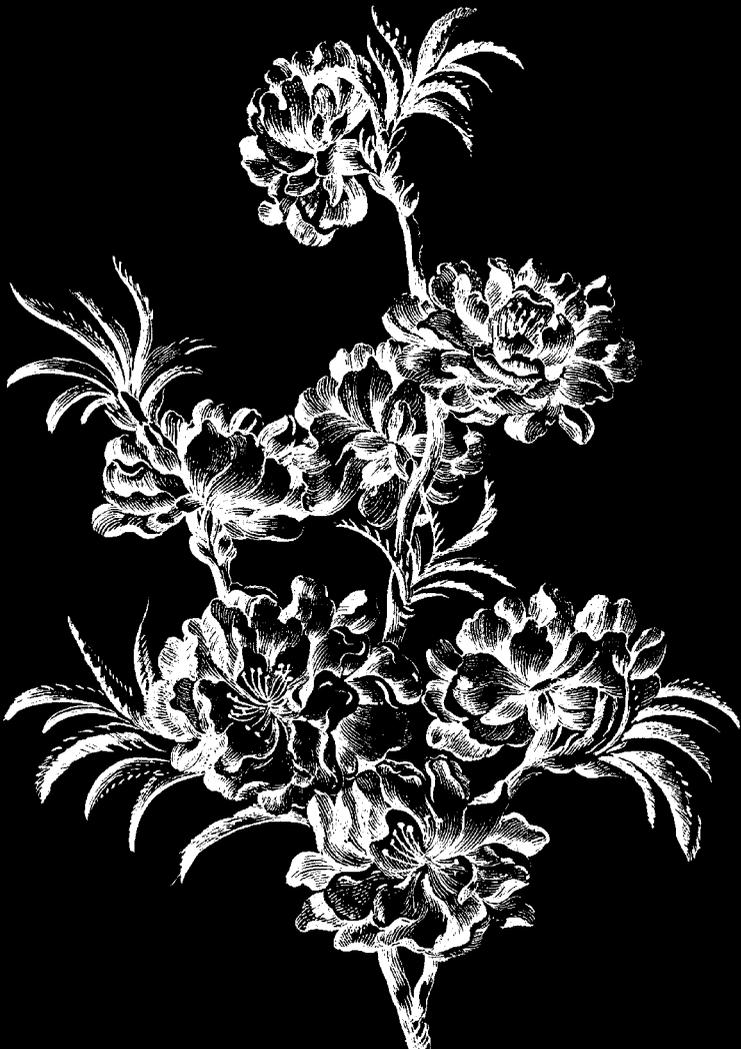
Nota de Parra acerca de *mai mai peñi*: "saludo mapuche / algo así como hola hermano".

** *Mai mai peñi / Discurso de Guadalajara* fue compuesto por Nicanor Parra como una secuencia de cuarenta y nueve antipoemas y lo pronunció el 23 de noviembre de 1991 en ocasión de recibir el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (instituido por la Universidad de Guadalajara), el primero que otorgó la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Dicho galardón se mantuvo con ese nombre hasta 2005; sería llamado Premio FIL de Literatura en sus emisiones de 2006 y 2007, para quedar desde 2008 como lo conocemos actualmente: Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances.



y el tumultuoso viento henchido de voces como
río que surca el escándalo bermejo de los peces.
La piel áspera y tensa del polvo nunca supo el alivio del
árbol ni la grácil ternura de las
danzantes hierbas.
Corredores profundos atraviesan la tarde con un fervor de
soledad demente.
Ah de las puertas petrificadas bajo la canosa locura de su
nieve
cuando la brisa solitaria canta y las criollas tablas
dulcísimas y pobres se contestan.
Y aquel oro tan suave, que ilumina el arrugado rostro de
los muros
como un fuego lejano que dibuja en el cristal las amorosas
nuevas del pan y la familia,
su pensamiento secreto nos ofrece como el oculto corazón
de Dios.

* De *En la Calzada de Jesús del Monte*, edición de Rosa María Hernández, La Habana-Ciudad de México, Editorial Letras Cubanas-Instituto Cubano del Libro-Un Libro para Cuba-México, 1993. Edición especial preparada por motivo de la designación del Premio Juan Rulfo 1993 a Eliseo Diego, sobre la segunda edición de 1987 y ésta sobre la primera edición de 1949.



Esbozos frente a un modelo*

OLGA OROZCO

Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1998

Quizá como las nubes,
tal vez como el reflejo que se desliza siempre por la arena,
busco a tientas en mi bloque de sombras la escultura,
la coincidencia exacta con la imagen que me impone el modelo.
Es un amo implacable que me arrebató el soplo y oprime mi armazón.
Vigila desde mis hombros cada paso y no admite desvíos:
ni los senderos de otro edén, ni el vuelo de los santos, ni la fuga de Elías.
Nuestro pacto es de roca;
en tiránica roca debe ser estampada la copia de la ley,
y mi sustancia es dócil pero incierta,
más errónea que un pájaro atraído por el cristal nocturno,
que un despertar en sueños en medio de otro sueño.
Se desmorona y se alza en fantasmales remolinos a medida que avanzo;
se filtra hasta el subsuelo persiguiendo una engañosa huella en el tapiz;
se arroja deslumbrada contra un haz de luz dura donde se pulveriza la cabeza.
A veces se condensa en ídolos aviesos o en blancas estatuarias de otra edad.
A veces es un cuenco,
nada más que un humilde y desolado cuenco debajo de la lluvia,
a la espera de que se precipite la visión o lo sepulte el rayo.
Cuando logro una mano, pierdo un pie;
cuando alcanzo el contorno el resto se disgrega en vana orografía.
No consigo jamás la semejanza desde mi corazón hasta mis labios,
menos feliz que Adán,
o que ciertos guijarros que perpetúan escenas memorables por las playas,
o los protagonistas de una fábula oscura dictada por las fauces del oráculo.
He llegado a pensar que mi modelo es imposible y cruel,
que cambia de figura y de color cuando lo rozo apenas con un gesto,
apenas con un trazo.
Pero debo seguir obedeciendo hasta el final su inhumano mandato,
yo, el espejo escaso,
la bruma acumulada en el umbral,
la pregunta que no acierta jamás a revelar la esfinge y la respuesta.
Acaso mi destino sea como el del sello irreversible que dejan las nostalgias:
la huella no colmada,
el destino de ser por algo que no soy.

*De *La noche a la deriva*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983 ("Tierra Firme").

Now*

JUAN GELMAN

Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 2000

Me gustaría tener una foto de las siete copas
de oro
llenas del furor de Dios que vio Juan,
o del lagar del furor de Dios que las naciones
pisan y pisan
mañana, tarde y noche.
Qué vino éste para los náufragos que se ocupan
del mar.
El apocalipsis hoy viene en forma de niño mendigo,
o de vecino que cambió por dinero la posibilidad
del alma.
Es extraño:
restos de ideas humanas se amontonan
en las esquinas
del barrio,
caídos en el tiempo de la despasión.
El alba de la ciudad sale sucia
y no arregla nada de la noche.
¿Qué hacer con el furor que asoma
y grita sin idea de sí mismo?
¿Mi furor, el que respira con pulmones de fuego?
¿El que termina viendo lo que nunca vio?
¿Nunca escribieron el país de la bondad
en el libro del mundo?
Quisiera quedarme en mi conciencia, como hacen
los perros,
espantar a la desdicha continua, los sueños flacos,
los pavores,
su idiota irrealidad,
y amar a la vida en un hotel de provincia
y todo lo que es, todo lo que no es.



* De *Sombra de vuelta y de ida*, 2ª ed., ilustraciones de Roberto Turnbull, México, Taller Ditoria, 2005.
[1ª ed.: ilustración de portada de Roberto Rébora, México, Ditoria, 1997.]

Mural de Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1951)*

CINTIO VITIER

Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 2002

Entre rosas de números y signos aparece
Sor Juana deslumbrada,
dormida en su visión como en un lienzo:
eterna, sí, mas lúcida en el aire
de la mental planicie mejicana!

¿Quién la nombra esta noche o la conjura
desde la ciega geografía ardiendo
como una ascua miniada en sus pupilas?
¿Quién despierta en su frente cuando rasga,
cristalina Gioconda teologal,
el pergamino cándido en que huyen
otra vez linceos, galgos, cervatillos,
ligerísimos tropos, cetrería
junto al abismo de sus soledades?
¿Quién es, si al responder no se conoce,
persona de insondable transparencia,
y dice yo como diría el mar,
el bosque, la ilusión, o la mirada
que la envuelve sedienta en el temblor
del penumbroso mundo americano?

¡Ah inocente sibila, melancólica
es toda aparición, mas tú nos hablas
desde tu luz criolla y teresiana,
adolescente y maternal, la lengua
que tenemos menester en esta hora:
la de insaciable sed, la de medida!
Porque viste que el mundo es fascinante
geometría, Oscuro pitagórico,
y rodeada de un vasto sacrificio
que mugía en las rotas extensiones,
contemplaste nacer, tácita aurora,
detrás del abanico y el sollozo,
la dulzura astronómica del Reino.
Y soñaste que todo es caracol
de música, pirámide de sombra,
espiral de una esfera inalcanzable
o fáustica redoma donde el búho

gobierna las morosas potestades;
mas también juego, reverencia, pluma.

Neptúnico el Virrey entra al enigma
por una abigarrada niebla azteca
con pompa imaginaria, y cejijunto
descubre ya el grabado de la muerte
bajo el arco erudito y alegórico
que improvisó floral tu fantasía.
Porque la cifra ptolomeica o griega,
la sal latina o la linterna mágica
son flores en tus manos conceptistas,
estrellas en tus ojos conventuales,
surtidor en tu voz enamorada
del capitoso iris de la Vida.

Y ansiabas penetrar la gracia, oír
los acentos del júbilo en la ley
que ordenara nupcial la perspectiva,
y el gozo de las causas más humildes:
los villancicos, las epifanías
del fuego, del aceite, del membrillo.
Querías descifrar y poseer
la sustancia temblando en el enjambre
retórico de Amor, y en el torcido
impulso de la piedra jesuita
soplada por un hálito salvaje:
¡los pámpanos de oro al Paraíso!
Querías un espacio que se ofrece
para alojar la gloria de esos monstruos,
un tiempo que no sale de su heráldica
o de la tosca ronda por los muros,
sino del golpe virgen de la espuma
y la sorpresa en lo desconocido.

Pero el volcán era un fantasma y sólo
brillaban las bujías del palacio
frente a una muchedumbre de alfareros,
de tigres y personas de rocío.

¡Orbe de ecos, de clamor cerrado:
y aun en la mañana más espléndida
la gaviota y el viento oscuramente
contra el abstracto sol del Escorial!
Hispánico el ocaso te alcanzaba
como un manto de púrpura cayendo
sobre tus hombros: ¡ay, mas tu cabeza
estaba en el albor, entre los pájaros!
Y cuando, enferma de esperanza, vino
el ardiente zureo, al fiel rosario
de tus horas de estudios y plegarias,
lo inmedible, el escándalo del caos
(la sombra no fantástica, infernal),
olvidaste el infolio, el astrolabio,
el laúd, y pusiste gravemente
la docta mano en la terrible llaga.

Supiste renunciar, callar, servir.
Como si hubieras vislumbrado un rostro
frente a cuyo esplendor el laberinto
de la historia, y las máscaras se esfuman,
regresaste velada, silenciosa,
al esencial donaire de tu origen.

¡Vuelve a él, dulce Niña americana,
parlera quimerista de candor,
y ruega por nosotros que venimos,
amargas olas de implacable sangre,
del hermético espanto que se echaba,
cual bestia mitológica, a tus pies!

* De *Homenaje a Sor Juana (1951)*, en *Poesía 1*, compilación, prólogo y notas de Enrique Saínz, La Habana, Editorial Letras Cubanas-Instituto Cubano del Libro, 2007 ("Obras", 8).



Tormenta de verano*

TOMÁS SEGOVIA

Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 2005

Éste es el viento aquel
Que al fin ha roto su cadena y vuelve
Cansado de yacer abochornado
En el sopor brumoso de mi olvido

De dónde vienes Poderoso
En qué pérdidas madrigueras
De abdicación y exilios
Callaste tu poder todo este tiempo

Aquí estás otra vez
Caluroso y con frescas gotas puras
Lleno el pecho de roncros truenos nobles

Y vas soltándole la rienda
Por estos valles de horas amansadas
A tu imponente fuerza soberana
Y vas por todas partes sublevando
Un reino irreprochable de violenta hermosura

A qué esperabas Admirable
Si sabías que siempre seré de nuevo tuyo
Cada vez que desnudes
Huracanadamente a la belleza
Y que en toda su furia
La empujes por el mundo
Loca de sí
Fija en lo oscuro su mirada intensa
Sin miramiento alguno



Si sabías que habrías de encontrarme
Desnudo en el balcón y con mi casa abierta
Feliz y amenazado
Sosteniendo mi miedo azotado en tus ráfagas
Hermanándose al miedo conmovedor del mundo

Sacude sin cuidado mi vieja cabellera
Somos tú y yo y siempre volvemos
No arrancamos al mundo de sus sordas raíces
Nos arrojamos sobre su ancho cuerpo
Vapuleamos su melena abúlica
Con tormentosos ímpetus y emborronadas brumas
Sólo para inundarla de apasionadas lluvias.

* De *Lo inmortal y otros poemas [1995-1997]*, en *Poesía (1943-1997)*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2000 ("Tierra Firme"). [1ª ed.: Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1998.]



La muerte se va a Granada
Poema dramático en dos actos y un gran final
Homenaje a Federico García Lorca en el centenario
de su nacimiento, 1998*

FERNANDO DEL PASO

Premio FIL de Literatura 2007

Una luz cenital, tenue y azulosa como un rayo de luna ilumina a Federico, quien se encuentra de espaldas al público, de rodillas, con los codos apoyados en la cama, la cabeza inclinada, los brazos levantados y las manos en actitud de oración. Federico comienza a declamar. Unos segundos después aparece frente a él, del otro lado de la cama, una cruz de madera, delimitada por un tubo delgado de gas neón rojo, en la que él mismo –un actor que hace de doble– se encuentra crucificado y muerto, la cabeza inclinada sobre el hombro. Está descalzo, un pie sobre el otro, y sin sombrero, pero por lo demás está vestido: saco y pantalones, camisa, corbata, chaleco. En la palma de las manos tiene, pegadas, sendas rosas rojas. Otra rosa roja, en el empeine del pie. Desde luego, permanece inmóvil. Se supone que Federico, con la cabeza baja, no lo ve en ningún momento.

FEDERICO:

¡Oh Señor de los cielos!
 ¡Oh Señor de los cielos, escúchame!
 Yo soy como tú me hiciste, Señor:
 me hiciste de tu sangre y tu saliva,
 de tu misericordia viva.

Señor, tú me hiciste ciego.
 Perdóname este amor que me arrebató
 la dicha y el sosiego,
 este amor que me mata
 con las delicias de su ardiente fuego.

¡Señor, oh Señor de los cielos!,
 perdona este amor oscuro
 que no dice su nombre:
 perdóname, tú me hiciste un hombre,
 pero también ángel caído, impuro.

Señor, tú me hiciste así,
 Señor, tú me has negado
 a la mujer, María,
 sus pechos de leche tibia,



sus dos muslos, bahía
de ávidos peces espada,
y nido de golondrinas.

Señor: me hiciste todo amor,
y por tu amor amo las cosas
que hiciste para mí, para mis manos,
para mis ojos, Señor, para mis labios.

Amo a las rosas
y a las estrellas, y a los ruiseñores;
amo del día los altos resplandores,
y en el más claro rincón del pensamiento
tengo un altar para el agua y para el viento.

Yo soy como tú me hiciste, Señor,
y tú me hiciste amar los pechos lisos
por donde el sudor escurre como un río,
y los falos erguidos
de los que brotan los surtidores del estío.

Yo soy tu imagen, Señor,
y amo en mí la imagen de tu hijo,
de tu hijo varón.

De nadie, Señor, sino de ti es la culpa
que ame yo a los efebos
de ojos como aceitunas
serpentinadas que me miran
como miran las gitanas
que tienen mirada hombruna
y pestañas que saben
a sal y luna.

¡Oh Señor de los cielos!
Yo soy como tú me hiciste:
Señor, es mi martirio
y mi ventura
el amargo delirio
y la feroz ternura
que para mí elegiste.

Y porque así lo quieres,
amo yo a los mancebos
de piel de seda,
torso de rosa nocturna



y espalda color canela
que el terciopelo bifurca
en la altivez de dos dunas
de redondeada dulzura.

Muchachos de pie de yerba
con suavidad de durazno,
y humedades de cereza,
donceles de sol y espuma
de requebrada cintura
y frágil arquitectura,
gitanillos de hermosura
luminosa, torpe, obscena,
arcangelical y turbia.

Señor, tú me hiciste así.
Señor, ten piedad de mí.
Señor, ten misericordia
de esta posesión inmunda,
bella, fulgurante, sórdida,
que me ahoga y que me abruma,
que me hiere y que perfuma
mi vida y mis sentidos,
que me inunda
de fuego azul, de lepra,
de vino y miel
y blanca y fresca lluvia.

Señor, es mi mala y buenaventuranza
en el hombre amar la imagen
que es el espejo y gloria de tu semejanza.

Señor, me amo a mí mismo
porque hiciste de tu cuerpo el mío.
Y porque a Él me hiciste parecido,
amo en mí a tu hijo.

Señor, te amo a ti como a mí mismo.
Señor, yo soy Narciso.

La escena se oscurece.



[Yo, envés del dado]***RAFAEL CADENAS***Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances* 2009*

Yo, envés del dado, relataré no sin fabulaciones mi transcurso por tierra de ignominias y dulzuras, rupturas y reuniones, esplendores y derrumbes.

Un horóscopo me designó para existencia de llenura, pero al tormento ceñida.

Yo no traía ningún mensaje. Mis pretensiones eran parcas. Los límites del sueño se conformaban en mí a los límites del temor. Cuando entré en uso de razón los brujos me amedrentaron con augurios de ineluctables desdoblamientos futuros.

Sus revelaciones se han cumplido. Un día comenzó la mudanza de los rostros. Uno suplantaba a otro, sin cese. Tal día fueron cien, tal otro, mil; todos escenificaban una danza de posesos sobre mis hombros. ¿Dónde estaba el rostro que me legaron mis padres? ¿Acaso entre sábanas angustiosamente nupciales o frente a espejos sin respuesta que los ojos de una doncella cruel incendiaban o en la memoria de una mujer que todavía sacrifica gaviotas para evocarme? Mi rostro ¿dónde estaba? Debí admitir, tras dolorosa evidencia, que lo había perdido.

La niebla me lo devolvería.

Yo no era el mismo. Reiterados fracasos me habían herrado en la frente. Olvidé el idioma. Me sentía inapto para el amor. La implacable angustia ceñía mi respiración. Mis propensiones fecundas estaban anuladas por intermitentes tormentas de nieve. Me había tornado primitivo, inextricable y perverso como un niño. Conformaba mis actos con ceremonias simples, igual que un salvaje. Era silencioso como un piloto. Y cual traficante había abolido la confianza.

Mis restos se apilaban como los colores en una isla inerme entre tornados que nadie podía conjurar.

Yo era el guardián de mi propia desgracia.

Residente de un mundo poblado por imaginaciones sin sentido, en mis manos permanecían las marcas de los viajes que había emprendido, contra prudentes avisos, a tierras sagradas.

De noche, bajo el acoso de sueños intranquilos, despertaba con un grano de sal en la frente. Desasistido como el primer infante, cruzado a lo largo por miedos irrescatables, llevado y traído por una fuerza aún no identificada, tendí al fuego humano los últimos carbones. Disolución. Mi cabeza cayó cortada por hoja de huracán.

* De *Los cuadernos del destierro* [1960], en *Obra entera / Poesía y prosa (1958-1998)*, prólogo de Darío Jaramillo Agudelo a la segunda edición y de José Balza a la primera edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2009. La segunda edición fue realizada por motivo del otorgamiento a Rafael Cadenas del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2009, en la colección "Poesía" a partir de la primera edición en la colección "Tierra Firme" de 2000.

Vestigios*

IDA VITALE

Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2018

- 1- El grillo sin engaños
ensarta perfumes en su aguja,
en la noche los alza.
- 2- Desde un colchón de nubes
un gato blanco salta
a las ramas de un árbol:
luna amistosa.
- 3- A través de la niebla
pasa un llamado
que no se llena de alas doradas
y que no colman
palabras vagas.
- 4- El árbol no cede
una hoja gustoso.
Sabe que lejos de él
sólo será hoja seca.
- 5- En las ciudades,
los gallos llegan en jirones.
- 6- Los caracoles bordan
sobre el pasto
su pretensión de lujo.
- 7- No respiran los pájaros:
por su canto respira el mundo.
- 8- Y no canta el jazmín;
su perfume es la endecha
que hacia el aire traslada.
- 9- Muere la muerte:
el fin de la semana
se suspende el trajín.
- 10- Un destino posible:
irse, sobrando.
De la nada a la nada.



*De *Mínimas de aguanieve*, ensayo introductorio "De la nada y sus filigranas" de Sandra Lorenzano, ilustración de Roberto Rébora, México, Taller Ditoria-Universidad del Claustro de Sor Juana, 2015.

Alguien puede llegar*

DAVID HUERTA

Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2019

Si alguien llegara, si alguien llegara, quizá yo besaría su vida
y sus emblemas,
lo haría con una emoción amarga y tenue,
abrazaría su torso para sentir de nuevo el sabor de la espera
que largamente probé.
Es extraño—me digo—, tanta gente en la tierra y nadie llega.
Ventanas, corredores, edificios enormes—todo lleno de gente—.
Nadie llega, pero puede llegar. El alma sabe cómo soportar
estas cosas, pero ignora
si alguien puede llegar, si alguien ha de llegar con un adiós o
con tarjetas, con libros o blasfemias,
con un cuerpo encendido en el fuego que todos conocemos, con
una palabra para mí, para mi alma empobrecida.
(No es quizá la sintaxis que deseo, asisto en sombras a
buscarme y me encuentro altivo y desdeñoso,
petrificado ante las andanadas de lo que calla o gime. Estoy
despierto a deshoras y sin pensar en nada, asfixiándome,
ronco de fumar tanto, bebiendo de vasos maltrechos y leales.)

[...]

Soledad entre ruinas. Ramajes pierden, el extravío luce sus
emblemas concretos.
El camino respira igual que yo: con ansias, con indelebles ansias.
Óvalos de sol sobre la sola y caliente multitud de las horas.
La vegetación es una concisa confusión, una red volcada
sobre los senderos desfigurados. El día crece como un anillo de
ojos llameantes, de
bordes dorados, de telas quemantes metiéndose por la comisura
de las venas.
Qué cuerpo entero anima el cuerpo aislado entre las piedras
ceremoniales; es un gran cuerpo articulado
bajo la cintilación que vuelve, que se repite en la florida línea
del calor, del calor desplegado, idéntico a la ornada piel de un
enorme felino.
Es el cuerpo del día, su abrazo terrenal que impregna todo el
sentido de la carne,
abre sus manos bajo la mandíbula hechizada, rodea los pies
hasta que el paso tiembla, intensa luz bajo los esplendores
derramados.



Solo, solo en la verde muchedumbre. El día se detiene sobre mi pecho, los pies lejanos chorrean el agua del Otulum y vivir es confluír de nuevo en estas deleitadas exploraciones, saborear el cansancio de los miembros frescos y el salado sudor de las manos fatigadas:

Piedras esculpidas, piedras enormes, edificios erizados. Voy sobre restos, escombros, últimos testimonios.

Mi corazón arde, espejea, suena. La semilla es aquí muchas semillas; rostros que son mi rostro cubren la memoria en llamas, pueblan insoportablemente los recipientes de esta soledad que me conoce. Pero caminar, caminar de este modo; y subir los altivos edificios, los arduos templos, son tareas exaltadas de mi cuerpo, de mi encendida carne. Regresar, develar signos, retroceder en medio de himnos inexistentes.

Regresar sobre la superficie de los espejos, entre las espinosas diferencias, para volver a tomar las manos tibias o los muñones tremendos. Pero es la misma negociación bajo idéntica sombra: no elijo regresar de esta nerviosa serie de odiseas por una directa nostalgia ni por la civilizada melancolía que me distingue

—sino porque en la desplazada espera, en las diferidas raíces que me contienen, en los altos frutos del movimiento, veo de nuevo el nacer laborioso de los apetitos y la sangre. Miro mi separada imagen, sus córneas creciendo, su tejida y redonda similitud: regreso a ella, la *imagino* como escenificación, rasa prueba de mí a lo que viene sonando por alveolos, por cauces, por arterias, por entre las figuras de mi lenguaje hipnotizado.

Regreso, pues, a un apretado polvo. Regreso a ese fecundo cuerpo que es la casa, en toda probabilidad un poco destruida, tambaleante, diversa. La casa está en el viaje y en el regreso: es

la destrucción del viaje y el cartilaginoso ápice del regreso. La casa está situada en la contraria soledad; la adversa, la fértil soledad.

Casa, “peregrinaje inmóvil”, signo develado en medio de los himnos inexistentes.



* Fragmento. De “Alguien puede llegar”, en *Incurable*, México, Era, 1987 (“Claves”).

Su esplendor*

LÍDIA JORGE

Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2020

(Traducción de Luz de Lourdes García Ortiz)

Ésta es la hora del esplendor.
Abran todas las ventanas blancas.

Los árboles son novios de sus sombras
y van a comenzar a caminar
al son de marchas y aplausos.

El amor que nadie inventó
en la tierra une lo que el cielo ignora.

Ésta es la hora del esplendor.

Todo dolor tiene su vendaje
para atarlo, y nosotros vamos, vamos
por la senda de los árboles, como ellos
con los brazos levantados, a la hora
del noviazgo que quedó en su espera.
Todo esto aconteció en el tiempo
de primavera de la muchacha aún
no amada.

~~~



## O seu esplendor

Esta é a hora do esplendor.  
Abram todas as janelas brancas.

As árbores están noivas das suas sombras  
e vão comezar a caminhar  
ao som de marchas e de palmas.

O amor que ninguém inventou  
na Terra une o que o Céu ignora.

Esta é a hora do esplendor.

Toda a dor tem o seu penso rápido  
a atá-la, e nós vamos, vamos  
pela senda das árbores, como elas  
de brazos levantados, na hora  
do noivado que ficou à sua espera.  
Tudo isto aconteceu no tempo  
da Primavera da rapariga ainda  
não amada.

\* De “Com os preceitos” [“Con los preceptos”], en *O Livro das Tréguas* [*El libro de las treguas*], edición de Cecília Andrade, Alfragide (Lisboa), Dom Quixote, 2019 (“Poesía”).

*Inundación Castálida* agradece a Lidia Jorge su autorización para reproducir y traducir este poema, así como a Emiliano Becerril Silva, director de Elefanta Editorial, por su mediación.

## me acuerdo\*

MIRCEA CĂRTĂRESCU

*Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances\* 2022*

(Traducción de Marian Ochoa de Eribe y Eta Hrubaru)

me acuerdo: gotas de sudor brotaban entre las piedras del pavimento  
 lo recuerdo: la abacería de barrio derrumbada en las nubes  
 y las nubes corriendo hacia el vientre de mi madre, chocando allí con  
 un billón de cuernos de caracol  
 apretujándose allí en el billón de poros...  
 conozco: los parvularios, las guarderías, los caminos de queroseno  
 entiendo: la noche, la noche con una papada endémica  
 las estrellas, el relleno de crisantemos troceados,  
 de arterias troceadas, de estanques...

vuelvo a ver: te vuelvo a ver arrodillada, las tetas caídas, el cabello  
 hirviente  
 el brazo blanco extendido, los dedos estrujando mi rostro  
 enorme, terrorífica, una bomba que explota a cámara lenta  
 una mosca grande y negra que zumba en la red de mis nervios.  
 ¡querida madre que no me has parido jamás!  
 ¡te escribo estas líneas que no vivirán jamás!

reconozco aún la calle de diamante y la casa del número cero  
 en la que trenzabas mis venas para hacerle a papá una bufanda  
 reconozco aún, reconozco las nubes aquellas atadas con una cadena  
 como chuchos  
 abalanzándose contra tu vientre, desgarrándolo...  
 sacándome de allí  
 sacándome de allí, me acuerdo, mamá,  
 y envolviéndome en el edredón de tu cabello.

cómo gritabas, qué amoratada estabas mientras las nubes, tus hombres  
 y tus parteros te fecundaban, me parían,  
 cuando yo, limpio como la leche y obediente  
 dejaba la sombra de mis dedos en tu rostro.

~~~



îmi amintesc

îmi amintesc: sudoarea ieșea în boabe printre pietrele caldarâmului
țin mînte: alimentara de mahala prăbușită pe nori
și norii fugind spre burta mamei, ciocănind acolo cu un miliard de
coarne de melc

înghesuindu-se-acolo în miliardul de pori...
știu: grădinițele, creșele, drumurile de gaz lampant
înteleg: noaptea, noaptea cu gușă endemică
stelele, umplutura de crizanteme tocate,
de artere tocate, de heleștee...

revăd: te revăd îngenuncheată, țâțe căzute, părul clocotitor
brațul alb întins, degetele boțindu-mi fața
uriașă, terifică, bombă explodând cu-ncetinitorul
muscă mare și neagră bâzâind în plasa nervilor mei.
draga mea mamă ce nu m-ai născut niciodată!
îți scriu aceste rînduri ce nu vor trăi niciodată!

mai știi strada de diamant și casa de la numărul zero
în care îmi împleteai venele să îi faci tatei fular
mai știi, știi norii aceia legați cu lanț ca jigodiile
repezindu-se spre burta ta, sfârtecând-o —
scoțându-mă de acolo
scoțându-mă de acolo, îmi amintesc, mamă,
și înfășându-mă în plăpumioara părului tău.

ce urlete scoteai, ce vînată erai pe când norii, bărbații tăi
și mamoșii tăi te fecundau, mă nășteau,
când eu, curat ca laptele și cuminte
îmi lăsam umbra degetelor pe fața ta.

* Fragmento 4. De Amor / Dragostea • 1994, en *Poesía esencial*, 2ª ed., traducción, edición y prólogo de Marian Ochoa de Erbe y Eta Hrubaru, Madrid, Impedimenta, 2022 ("Impedimenta Poética") [1ª ed.: 2021.]

Inundación Castálida agradece a Enrique Redel, director de Impedimenta, su autorización para reproducir este poema.



Personaje en el silencio (un lugar)*

CORAL BRACHO

Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2023

Toma entre sus manos nocturnas
 –sobre la piedra emerge, bajo su gesto cadencioso, la luz–
 el cuenco de corteza. Bebe de él. Luego, con la escueta y
 lentísima presión de sus palmas
 –sus ojos, sus labios ceden a esa tibia ebriedad–,
 con encendida y cálida lasitud,
 lo coloca, inclinado, fluyente, sobre el haz seminal de la
 piedra

–En sus ojos serenos,
 acuciosos, retiene
 ese punto en lo oscuro, en lo vasto-fibrado.

Las plantas; la que toca con pistilos de sal su acuosa
 redondez;
 la herbácea, la que se pliega al tacto;
 la que oscurece con un dulzor blanquecino, tenue;
 la que le extienden, colmante y húmeda, hacia la cara,
 como una piel.

La tierra
 y esta mariposa transparente sobre la mano acariciada,
 entreabierta con ternura esa noche inmersa;
 los signos de la obsidiana, del pedernal,
 de la roca pulida, acerada por agua;
 y las luciérnagas que crepitan en este frasco, bajo este
 toldo.

♦♦♦

*Prenden fuegos untuosos en las casas, en los recintos
 escarbados.*

Ungen con esencias sus cuerpos tibios.

Que los senderos enciendan en la noche los rastros.



–En sus ojos serenos, silenciosos,
retiene
la añoranza de lo que ve partir; de lo que fluye
ante ese tiempo cortado al filo de lo que
 ríe, palpita; lo que deviene
 (y cimbra) con furtiva avidez un guiño, un rasgo,
lo que decrece
con ternuras lentísimas. Mira

–tras su apacible y diáfana firmeza,
lo que transcurre en aridez, en caudal.

Su voz, sus movimientos, son escuetos y graves;
no acogen modulaciones,
se difuminan con suavidad.
Sus ojos ahondan el espacio que arraigan; muestran
un punto, un filo,
el envés o el modo opuesto de lo que ciñen.

(Ciudad que acalla las distancias.)

◆◆◆

Abran sendas que moje sin tocar el arroyo;
mientras se enciende el canto, mientras se muelen,
al umbral, las semillas del sueño,
la semilla sin cuerpo;
entre las palmas agrietadas.

*Todo este ardor, todo este ardor que enciende la expansión de
la noche*

(Ciudad que acalla las distancias
con vaho, con brillos con bálsamos
ahumantes; que se ensombrece como un aroma.)

* Fragmento. De *El ser que va a morir* [II], en *Poesía reunida 1977-2018*, México, Era-Universidad Autónoma de Sinaloa, 2019 (“Biblioteca Era”). [1ª ed. de *El ser que va a morir*: México, Joaquín Mortiz-Instituto Nacional de Bellas Artes, 1982 (“Las Dos Orillas”).]



Elipsis***RUPERTA BAUTISTA***Premio de Literaturas Indígenas de América 2024***

Se escucha el murmullo de las piedras,
un silbido silencioso llega al oído de la madrugada.

Penetra en los ojos del niño huérfano,
descansa en el suspiro prolongado del anciano,
se diluye en el aire perfumando sonrisas.

Acaricia el pensamiento de mujeres
sentadas al lado del sufrimiento.
Limpia la carcajada del hambre
enraizado en los pueblos.

Forja cantos embellecidos desde el origen.
Teje secretos ancestrales
en el telar de tejedoras artesanas de la vida.

~~~



## Ch'inetel

X-a'yaj ch-k'opoj li tonetike,  
ch'anal xuxubajel x-a'yaj te sob ikliman.

Ch-och te sbek'sat me'on kerem,  
skux yon'ton te sme'nal o'nton mol,  
spukesba te ik' spomta umetel tse'oj.

Sk'upinbe sp'ijil sjol yon'ton li antsetik  
altsajemik skoj li vokole.  
Skusbe lok'el slabanel vi'nal  
ibiltajem te yo'ton jteklumetik.

Stsatsubtasbe yutsil slikeb kuxlejal.  
Sjalbe yip poko' p'ijilal k'ejajtik te sjalob te'  
jalomajeletik jchapanej kuxlejal.

\*De *Xojobal jalob te' / Telar luminario*, traducción desde el tsotsil de la autora, ilustraciones de Álvaro Figueroa, México, Pluralia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2013 ("Voces Nuevas de Raíz Antigua").

*Inundación Castálida* agradece a Pluralia su autorización para reproducir este poema, así como a Eduardo Zambrano, apoderado legal de Pluralia Ediciones e Impresiones, por su mediación.

\*\*El Premio de Literaturas Indígenas de América fue fundado en 2013 por la Universidad de Guadalajara, en colaboración con el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, la Secretaría de Cultura, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, la Secretaría de Educación del Estado de Jalisco y la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, con el apoyo de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.





Tinta

EN ALAS DE PAPEL

# Marisol Schulz: disfrutes y retos de ser directora de la FIL de Guadalajara

ENTREVISTA POR MORAMAY HERRERA KURI  
Y DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

*¿Qué ha supuesto para la FIL la muerte de su fundador?*

**R**aúl Padilla no solamente fundó la Feria, sino que fue presidente de la Feria hasta su fallecimiento el año pasado. Fue una especie de factótum, alguien que representaba muchas figuras, siendo la principal cabeza de áreas no solamente de la Feria sino también de la propia Universidad de Guadalajara. Conjuntaba en su persona la responsabilidad de muchas entidades... Y bueno, desde su muerte ha sido éste un tiempo de ajustes. Ha sido un año, por un lado, de profunda tristeza, por supuesto, pero, por otro lado, de reconstituírnos como equipo en algunos aspectos. El equipo no cambió; yo sigo siendo la directora general y los integrantes del equipo siguen siendo los mismos. En realidad, en términos operativos no ha habido cambios, porque en esas áreas Raúl no participaba. Su trabajo consistía en términos de diseño del programa general, del entendimiento de las líneas de acción específicas y de las políticas de la Feria. Él no participaba en nada de lo administrativo, en nada de recursos humanos. La





Feria se maneja como una empresa, así que la parte operativa, la de las actividades del día a día, Raúl la delegó en mí. Obviamente, yo le iba informando y juntos analizábamos lo realizado y lo logrado, lo que hacía falta, pero él no se metía en detalles operativos. Entonces, en lo que eran las directrices de la Feria en el contexto nacional e internacional, de temas coyunturales, de líneas a seguir, de por dónde podíamos

ir y por dónde no, él siempre fue un gran guía, un hombre de visión que siempre nos dio fundamentos para la acción. Y ahora nos implicó... Es como si hubiera estado en un simulacro y de pronto me dicen: "Ahora te toca trabajar sola". Ya habíamos trabajado juntos durante muchos años, en mi caso, diez años completitos con él en la Feria... Ahora nos toca hacerlo con otros actores, que ya ahí estaban también.



***Diez años, Marisol... ¿Qué ha cambiado a lo largo de estos diez años en la Feria, cómo la encontraste y qué cambiaste?***

Cambiaron muchas cosas: cambió el país, cambió la ciudad, cambiaron las circunstancias políticas, las circunstancias económicas. Eso repercute en la FIL, por supuesto. A mí me implicó venirme a vivir a Guadalajara—yo nunca había vivido en Guadalajara—... Institucionalmente hablando, la Feria fue creciendo de manera exponencial, sobre todo una de las partes que me parece que vale la pena destacar: hace diez años, el consumo cultural y la manera de comunicarse la Feria eran totalmente diferentes. Cuando digo “comunicarse la Feria”, me refiero a que ahora somos quienes la operamos los que estamos pendientes del consumo cultural, de cómo se mueve la gente alrededor de la lectura, de la educación y de la comunicación entre las partes, y eso concretamente es lo que nosotros trabajamos para que sea la FIL la que propicie la comunicación. Hace diez años no habríamos pensado en tener una entrevista como ésta, por ejemplo, que es una manera de continuar la comunicación con el público lector. Esto ya es algo inusitado.

Por otra parte, en diez años ha habido cambios drásticos en la manera como se lee. Se sigue leyendo, se sigue leyendo el libro impreso, pero el libro digital y todo tipo de lectura a través de las pantallas están cada vez más extendidos entre los lectores, sobre todo entre los jóvenes. Además, ya

uno que no es “nativo digital” se comunica también a través de las aplicaciones de redes sociales, como WhatsApp, por ejemplo, y justamente WhatsApp ha tenido un papel protagónico como medio de comunicación que nunca nos imaginamos: el mensaje del que te enteras de inmediato por la notificación que aparece en el celular, junto con el hecho de que cuando te escribe alguien resulta raro no contestarle *ipso facto*. Antes tú podías mandar un fax y a lo mejor te contestaban dentro de dos días. Te estoy hablando casi de la prehistoria en lo que a época de tecnologías digitales se refiere, pero es una prehistoria que tú y yo vivimos. Luego pasamos al correo electrónico, y pasar al correo electrónico ya era un avance enorme en la rapidez de la comunicación, pero no pasaba nada si no te contestaban el mismo día del envío. Un correo electrónico podías no contestarlo el mismo día en que te llegó, contestabas al día siguiente, o un poco después, y estabas al día en cuanto a comunicación, es decir, seguía siendo una comunicación fluida. Hoy por hoy, sin embargo, es el mensaje instantáneo del que se espera que la respuesta tenga que ser en el momento.

***Sí, porque además sientes que no te están queriendo contestar o algo...***

Claro. Y luego hay cosas que despistan, porque, por ejemplo, la gente puede estar de viaje o puede estar en circunstancias personales en las que no puede contestar de inmediato, así que uno se extraña mucho si no responde pronto.

Todo eso finalmente impacta en la organización de cualquier actividad que forma parte de un programa como el de la Feria, en cómo entendemos la forma de llegar al público y a la vez atender lo que el público demanda, es decir, simultáneamente la manera de comunicarnos con el público y la manera como el público se comunica con nosotros. En especial, el público joven tiene otras maneras de ver la vida, de ver la comunicación, de ver los contenidos, y la Feria necesariamente ha ido adaptándose a eso. Yo siempre digo que la Feria lo que



tiene es una gran antena parabólica para mantenerse monitoreando los gustos del público, hacia dónde van, y, por supuesto, las tendencias desde el punto de vista editorial, desde el punto de vista cultural. Lo que tratamos de hacer es siempre estar a la vanguardia, y eso es lo que estamos adaptando continuamente.

Otro de los puntos importantes de cambio es la internacionalización. No recuerdo en este momento el dato de cuántos países estaban presentes hace diez años, pero hoy por hoy tenemos cincuenta países de todo el mundo presentes. La FIL es una feria muy extrafronteras, por decirlo así, una feria que no se queda en la frontera geográfica sino incluso en la frontera idiomática, la del español. Estamos en realidad creciendo.

***Me interesa mucho eso, porque uno pensaría que ha bajado el nivel de lectura, que la gente no lee o cada vez lee menos. Entonces, uno se preguntaría cuál es la necesidad de una feria como la FIL de Guadalajara, pero me acabas de decir “Estamos en realidad creciendo”. ¿Cómo ha sido ese crecimiento?***

Bueno, hay que entender que la FIL no es solamente un festival literario y que no está pensada solamente para la gente que quiere leer, sino que también es una feria de la industria editorial: es el punto de encuentro de la industria editorial a nivel nacional e internacional, el punto de encuentro más importante en lengua española. El negocio editorial en español, entonces, lo cubre la FIL de Guadalajara. Si nos circunscribimos a nuestra lengua, no hay otro lugar en el mundo donde el negocio de las editoriales tenga la repercusión que tiene la FIL de Guadalajara, no hay otro espacio donde la industria editorial en español tenga mayor conexión y más posibilidad de intercambio comercial

que en la FIL de Guadalajara, y eso los editores lo saben, por eso los editores la buscan y por eso crecemos. Y hay todavía más: los editores en otras lenguas buscan la FIL de Guadalajara porque es la feria más grande en español. Por ejemplo, Turquía viene a la Feria porque quiere presentar sus libros para la venta de derechos de traducción del turco al español, o porque quiere comprar catálogos de editoriales mexicanas o latinoamericanas para llevarlos a Turquía. Hay un intercambio real entre los países, y la Feria propicia ese intercambio. Es el punto de encuentro.

Es muy importante insistir en que es el punto de encuentro, pues eso es una manera relevante de crecer. La otra forma de crecer es la del gran festival literario en sí. Una cosa es que a nivel nacional la gente no lea y otra cosa es que la gente que viene a la FIL, nuestro público, no lea en su totalidad. Tenemos alrededor de novecientas mil personas de las cuales no todas son lectores: son niños y jóvenes a los que se les está formando, a los que se les está inculcando el gusto por la cultura, por la lectura, por los libros. Y ésta es una labor que hay que seguir haciendo.

***Siempre ha sido la Feria un termómetro, digamos, de la vida lectora y cultural de los mexicanos, pero también últimamente se ha convertido en un termómetro de la cultura política de este país, Marisol, ¿no es así?***

No sólo últimamente. Por ejemplo, tú sabes que mi trabajo como editora me trajo a la FIL de Guadalajara. Bueno, pues algo que yo solía decir antes de ser directora de la Feria, cuando me dedicaba sólo al área editorial, era que me sorprendía que nueve días al año el foco de atención del país se moviera a Guadalajara. El que un político se presentara en esa circunstancia no lo tenía antes tan claro como lo

tengo ahora, sino que me sorprendía mucho que en un país tan centralista como es México, con todo concentrado en la capital de nuestro país, durante nueve días de cada año toda la prensa se dirigiera a Guadalajara. Toda. Luego, ya siendo directora, fue que me di cuenta claramente de que para el político nacional la pasarela en la FIL es importantísima porque es cuando puede tener el foco de atención de todos los periodistas.

***Y en cierto modo todos estamos en Guadalajara, aunque no estemos en persona...***

Exacto, porque además todo el mundo está pendiente de qué pasó en Guadalajara. Y lo ves en la prensa, y lo ves en la televisión, y ahora hasta por *streaming*. Es decir, todo el mundo está pendiente de lo que está ocurriendo en Guadalajara, en términos literarios, sí, pero también en términos políticos, de manera que el político en acción quiere ese quórum.

***Por supuesto. Incluso cuando el político no quiere ir o no va a la Feria.***

Claro, pues incluso cuando no viene es criticado por no querer venir. O el que no viene y nos critica, como ya sabes quién, también tiene en los medios una repercusión...

***Y está jalando agenda, como se dice, pues está tratando de todos modos de participar en la Feria, es decir, de alguna forma aprovecha ese movimiento del foco de atención.***

Así es. Y cuando yo te digo que no es de ahora, por ejemplo, recordemos... A ver, yo llego en 2013, entonces, en 2012 o en 2011 es cuando Peña Nieto tiene aquel famosísimo error en el que no pudo dar el título de tres libros que hayan marcado su vida, ¿te acuerdas? Bueno, eso ocurrió cuando era candidato a la presidencia, no era presidente todavía. Por lo tanto, la Feria ya era desde antes una pasarela de políticos, y por supuesto en años electorales eso lo sentimos más, se hace más visible. Y eso no ha cambiado. Lo que cambian son los temas, lo que

cambia es el interés. Hay más gente cada vez más, eso sí. Un dato que luego la gente no tiene en cuenta o no sabe es que hay en la Feria alrededor de tres mil periodistas registrados en la sala de prensa.

***¿Cuántos son internacionales?***

No sé, ese dato exacto no lo tengo en este momento, pero obviamente casi todos son en español y muchos son internacionales. Tenemos enviados especiales de *El Mercurio*, que es de Chile; *El Clarín*, de Argentina; de *El Mundo* y *El País*, que son de España... Los principales periódicos en español traen un enviado especial siempre seguro, mientras que otros vienen a través de agencias internacionales que tienen sede en México. No te puedo decir cuántos de ellos son internacionales, pero hemos tenido aquí gente de la BBC, de la CNN... Es decir, permanentemente tenemos presencia de periodistas internacionales, y eso habla del interés mundial que suscita la FIL de Guadalajara.

***Marisol, respecto al premio que ustedes dan, así como me describes cuál es la posición de la Feria, ¿cuál es la posición del Premio FIL en el mundo literario?***

Eso es algo muy curioso... El premio tiene actualmente el nombre FIL de Literatura en Lenguas Romances, pero no lo designa la FIL sola, sino una institución de varios integrantes que se llama Asociación Civil Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. El premio ha cambiado de nombre a lo largo de los años: primero fue Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo; luego, Premio FIL de Literatura; después se llamó Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, que es como ahora lo tenemos.

La FIL es sólo una de las partes de esa asociación civil. Para designar el premio se tiene que realizar una asamblea de los agremiados, de los que son sólo socios: está la Universidad de Guadalajara, por supuesto; están el Gobierno del Estado de Jalisco y los gobiernos de Guadalajara y de Zapopan; y están algunas instancias privadas, por ejemplo, el Bancomext.

Entonces, la FIL como tal no otorga el premio. Ahí la confusión es que el premio y la asociación civil que lo designa se llamen FIL. La participación de los directivos de la Feria no es más que como apoyo logístico para que la designación y la entrega del premio se desarrollen. El Premio FIL, por ejemplo, se realiza mediante una convocatoria que emite la asociación civil a través de un comité organizador, que es el que recibe las postulaciones. La asociación civil tiene en su estructura una dirección y una parte ejecutiva, y en esta última es donde yo soy una de las partes como representante de la FIL. Es decir, yo participo en la comisión de premiación, y ya. Y en la comisión de premiación la FIL no designa al jurado, sino que la FIL designa un comité de honor. El grupo que se reúne designa ese comité de honor, que luego designará al jurado. Es decir, mi participación como directora de la Feria es muy acotada, muy limitada dentro del Premio FIL.

***Eso es muy interesante de subrayar, porque yo hasta fui como periodista a las ruedas de prensa cuando se daba a conocer al ganador, y siempre creí que el premio era parte de la FIL.***

Es que sí es parte de la FIL, pero no sólo es de la FIL. Por eso con lo que iniciamos nosotros la Feria Internacional del Libro de Guadalajara es con la ceremonia de premiación, porque le da un lugar preponderante al Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. Finalmente lleva su nombre y en términos operativos lo organiza la FIL. Además de lo que ya expliqué, nosotros como Feria, por ejemplo, somos los que recibimos y atendemos a los integrantes del jurado, no solamente durante los días de la Feria sino también en la deliberación. Dulce María Zúñiga es la directora del Premio FIL, y hay un presidente del Premio FIL—que no soy yo tampoco—. Ahí es donde te hago ver que yo soy una de las muchas partes de esa asamblea de asociados.

***Sin embargo, el Premio FIL también es un peso de responsabilidad para la FIL.***

Sin duda. Para la FIL es muy importante porque, además de ser literario, lo cual es la razón de ser de

la Feria, el Premio FIL es un galardón en lenguas romances, de las cuales el español, que es nuestra lengua, forma parte. De ahí la responsabilidad.

Por lo general, las candidaturas que se presentan han sido de gente que tiene un prestigio internacional comprobado. La propia convocatoria así lo sanciona: es un premio por trayectoria. Eso ya es fundamental para la magnitud de su importancia: no es un premio por una obra única o suelta, sino por el conjunto de obra ya consolidado en el tiempo y por el reconocimiento por parte de la crítica internacional, es decir, no es por una novela o por un cuento o por un libro de poesía, sino por trayectoria del escritor con cada una de sus obras producidas. Y esa trayectoria tiene una serie de requisitos que se establecen en la convocatoria, por ejemplo, que las obras deben estar ya publicadas—es decir, no inéditas—y traducidas a otras lenguas, que el autor debe ser conocido y reconocido internacionalmente, que la crítica internacional lo respalde, que se hable de su obra en varios ámbitos... Hay muchos requisitos que no cumple más que aquel que realmente merece el Premio FIL.

***Para cambiar un poco de tema, Marisol, cuéntanos cómo llegaste a la FIL. Ya sé que eres la directora desde hace muchos años, pero ¿cómo llegaste a la Feria?***

Mi llegada a la FIL de Guadalajara fue porque yo era—y sigo siendo—directora de la Feria del Libro en Español de Los Ángeles. En realidad, mi contacto con Raúl Padilla fue primero por esa otra feria. Fue en 2010. Él me llamó para proponerme elaborar un proyecto de feria en aquella ciudad de California: “Oye”, me dice, “¿cómo verías la posibilidad de hacer una feria del libro en español en Los Ángeles?”. Y luego añadió: “Me gustaría que tú me hicieras una investigación en Los Ángeles sobre de la factibilidad de una feria de ese tipo”. Justamente cuando él me llamó—el *timing* es algo impresionante en estos casos—yo acababa de dejar la dirección de Alfaguara, es decir, curiosamente, cuando yo ya no tenía compromiso con Santillana. Y él lo sabía, no era tan gratuito. Entonces, cuando me ofreció ir a Los Ángeles a hacer esa investiga-

ción, me pareció a mí un proyecto interesante, que me entusiasmó, y lo tomé por muchos motivos: porque me parecía muy importante hacer algo así en una ciudad multicultural, porque he sido una promotora de lectura durante toda la vida y porque el pensar en llevar la cultura y la literatura en español a nuestros paisanos del otro lado de la frontera me parecía una misión fundamental.

Cuando le presenté el proyecto, después de haber viajado a Los Ángeles y hacer mi pequeña investigación, me dijo: “Oye, me gustaría que tú fueras la directora”. Era algo incipiente, pero con bases suficientes, así que había que construir esa feria. Con eso comenzó mi aventura con la Universidad de Guadalajara, con la Fundación de la Universidad de Guadalajara y, más concretamente, con Raúl Padilla. Y cuando yo estoy en Los Ángeles es cuando renuncia la anterior directora de la FIL de Guadalajara, y Raúl me pone en una terna de elección... Es decir, no es que me llamara a mí para ser la nueva directora, sino que me propone en una terna para que decidiera un comité. Y me eligieron a mí. Ésa es la manera como yo llegué a la FIL de Guadalajara.

***Y una vez que llegaste y sigues haciendo tu trabajo, Marisol, ¿cuáles son ahora los retos para la FIL ante el futuro, sobre todo después de la pandemia que vivimos?***

El principal reto es continuar con la Feria. Digo que continuar con la Feria porque durante la pandemia hubo una crisis tremenda en la industria editorial que sigue afectando todavía a todos, y reconstituir una feria física, bueno, no sólo ha resultado difícil para la FIL de Guadalajara, sino también para cualquiera de las ferias del mundo, sean locales o internacionales.

En eso coincidimos quienes estamos al frente de una feria. Yo soy muy amiga de muchos directores de ferias internacionales, pues tenemos un grupo, como una especie de club privado..., no sé cómo llamarlo, porque no es un grupo oficial, pero tenemos una reunión periódica de directores de ferias del libro, por ejemplo, de Frankfurt, de Bolonia, de Praga, de Varsovia, en fin, somos unas veinte per-

sonas, y nos reunimos, ahora por Zoom, pero en persona por lo menos una vez al año en Frankfurt, todos, o dos veces al año, una en Frankfurt y otra en otra ciudad. Estamos en comunicación permanente y hablamos de que regresar a las ferias físicas ha sido muy complicado porque la industria editorial en general fue muy golpeada y no se ha recuperado del todo. En Latinoamérica, más que en Europa, por cierto.

Entonces, primero el reto fue regresar al espacio físico inmediatamente después de la pandemia. El año 2021, así como el año 2020, fue espantoso para todos... Creo que yo sufrí más el 21, porque no sabíamos todavía si podíamos regresar o no, en qué condiciones lo haríamos en el caso de que sí, cómo haríamos para implementar las medidas sanitarias y todo eso. Fue volver a armar el plano de la Feria, redistribuir espacios, etcétera. Volver a imaginar una feria que tenía que ser distinta a aquella que todos conocíamos, diferente de todo lo que era ya un camino andado... Estamos hablando de treinta y cinco años que habíamos andado por un camino que ya había sido despejado, que ya era muy claro, y de repente todo tenía que ser distinto... En 2021 regresamos, y nos encontramos con pasillos más amplios, con menos editoriales y menos público. Paulatinamente nos fuimos recuperando, con grandes esfuerzos de todos. 2022 y 2023 fueron un retorno a la “normalidad”, pero todavía en el 23 estuvimos a menos de noventa por ciento de lo que fue en 2019, en muchos sentidos. Entonces, ¿cuál es el reto? El reto es regresar a los números, a los que tuvimos en 2019.

***¿Quieres decir que sí ha disminuido el público?***

No, el público no precisamente. Más bien, lo que disminuyeron son los ingresos reales a través de los expositores internacionales, con todo y que tuvimos cincuenta países presentes. Fue más complicada la venta de ciertos espacios, pero al final se llenó.



***Y están planeando, me decías cuando empezábamos la charla, una parte en streaming. ¿Hay algún proyecto que estén trabajando para que la Feria se vea toda y tenga presencia en todo el país, no sólo para quien vaya físicamente?***

No, está muy difícil, económicamente sería imposible, por presupuesto no nos daría. La Feria tiene alrededor de veinticinco actividades simultáneas, desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche; si lo multiplicamos, pues no hay presupuesto que alcance para que todo eso lo llevemos a *streaming*. Yo tendría que armar un equipo idéntico al que tengo sólo para el *streaming*, y también la parte técnica, además del manejo del internet. Simplemente lo que implicaría por internet: por un lado, los dispositivos y todo el equipo tecnológico necesario; por otro lado, el equipo humano que tendría que estar a cargo de esos dispositivos y del *streaming* para veinticinco actividades simultáneas... Se dice fácil. Lo que sí podemos hacer es seleccionar actividades, eso sí, algunas de las fundamentales, para que se vayan a *streaming* o para grabar y luego transmitir. De esas veinticinco simultáneas, muchas son presentaciones que nos contratan las editoriales y que a lo mejor no tienen la repercusión o el nivel de interés que tendrían otras, ¿no crees?

***Una de las grandes cualidades que yo veo en la FIL es que no es siempre sobre lo mismo, que automáticamente la FIL se mueve y se renueva cada año. ¿Quién planea, cómo se les ocurre? Cuéntenos de ese proceso.***

La Feria tiene muchos pilares. Uno es FIL Pensamiento, que es un área de revisión de temas por tratar, como si fuera un gran festival de las ideas. Para eso tenemos un comité académico, el cual, obviamente, está formado por gente de alto nivel de la Universidad de Guadalajara. Nos reunimos periódicamente. Ya nos reunimos en estos días para revisar qué temas y qué tipo de actividades van a entrar finalmente en los foros este año. En esos foros se habla mucho de temas políticos, pero también de ciencias sociales, de ciencias naturales;

se habla también de temas coyunturales, es decir, se piensa en los temas que como sociedad nos están impactando en un momento dado. Por ejemplo, en su momento hablamos del movimiento Me Too, o hablamos permanentemente de un foro internacional de migración. Otros temas que nos están preocupando como sociedad son los relacionados con la violencia, como la violencia de género, etcétera. Entre muchos otros, están los temas ambientales, por supuesto, lo que tiene que ver con el cambio climático, por ejemplo. Entonces, a lo largo del año se analiza cuáles son los temas de coyuntura, pero éstos luego nos rebasan, porque, por ejemplo, a lo mejor en febrero estamos contemplando cierto tema de coyuntura pero de pronto vienen la guerra en Ucrania, la guerra en Gaza, algo que nadie tenía en mente, pues cuando empiezas a planear no te imaginas ni por encima que va a estallar una guerra de tan tremendas dimensiones. Ésos son temas que se van considerando sobre la marcha, y de eso se encarga FIL Pensamiento.

También está como un segundo pilar el programa literario, que se compone de dos partes: por un lado, lo que nosotros como Feria planeamos con una dirección de contenidos propios, es decir, los programados por la FIL en sí; por otro lado, los que se definen por los compromisos que se van contrayendo con las editoriales que proponen sus contenidos específicos, tal como sus grandes lanzamientos, o sobre aquellos autores a los que les interesa promover. Por ejemplo, en años pasados vino Planeta un día y nos dice: “Oye, quiero apoyar para que vaya Paul Auster a la Feria”. Con eso se cubren contenidos que son no solamente los de salones de presentación editorial, sino también de otras actividades preponderantes. Ésa es otra área que se trabaja concretamente tanto con editores como con embajadas, porque muchas veces tenemos peticiones y apoyo de las embajadas. Como el año pasado, con el invitado de honor que fue la Unión Europea, la embajada vino y nos dijo: “A ver, tenemos a la gran mujer de las letras italianas Dacia Maraini y queremos llevarla para que ella abra el Salón Literario Carlos Fuentes”. Entonces, como sabemos que es una figura fundamental de la literatura contemporánea, entramos en negociaciones

tanto con las embajadas italiana y mexicana como con la delegación del invitado de honor.

Un tercer pilar es todo el programa cultural, que se trabaja con el invitado de honor, pues es el que propone qué autores traer, qué conciertos y puestas de artes escénicas dar en el Foro FIL, qué exposiciones de artes plásticas montar en el pabellón, qué películas proyectar en el ciclo de cine. Yo justamente me voy mañana a España para hablar con gente del Ministerio de Cultura. Tenemos varias sesiones de trabajo para organizar el programa de España como invitada de honor de este año.

Un cuarto pilar de la Feria son FIL Niños y FIL Jóvenes, que son independientes. Ahí tenemos dos coordinaciones que se dedican respectivamente a esos sectores de la población y temáticamente cambian año con año. FIL Niños y FIL Jóvenes renuevan sus temas de un año a otro, muy aparte de los temas de que traten las demás áreas. Si un año se dedica a temas del medio ambiente, por ejemplo, al siguiente año se dedica a temas de ciencia ficción. Los talleres que se dan para los niños y los jóvenes cambian con esa temática y no tienen nada que ver ni entre sí ni con ninguno de los demás programas.

Un quinto pilar es FIL Negocios, también con su propio comité y su propio programa. Es el área dirigida a profesionales del mundo del libro o del mundo editorial, con una serie de foros, de mesas de discusión y de conferencias dirigidas a la formación profesional del editor y de las personas que integran toda la cadena del libro, porque no solamente es el editor, sino también es el bibliotecario, el traductor, el ilustrador, el diseñador editorial, el librero, etcétera.

En fin, otros pilares importantísimos tenemos, como FIL Ciencia, donde se abarcan temas que van desde lo culinario hasta la astronomía, de las matemáticas a la arqueología, del mundo de los insectos al cerebro humano, etcétera. También está el que llamamos Eventos Especiales, donde además de la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar, el Seminario Internacional de Crítica de Cine y del Foro de Periodismo Cultural, tenemos programas diversos, como el de actividades literarias para personas mayores y el de las tecnologías de la información y la comunicación para las instituciones de educación superior, por ejemplo.

***Sé que has hablado mucho de eso, y algo ya has comentado en nuestra entrevista, pero quiero preguntarte expresamente si fue un reto para ti después de la muerte de Padilla hacer la FIL. Entiendo que tienes un equipo que sostiene la Feria por sí mismo, pero ¿fue un reto grande en lo personal o en realidad no cambiaron tanto las cosas?***

Ha sido un gran reto. Fue y sigue siendo muy duro para mí porque, obviamente, yo estaba más que acostumbrada a trabajar con Raúl en todos los sentidos. Yo tengo la bendición –que no es bendición en sí–, la gran fortuna de haber tenido como jefe a una persona con la que teníamos mi equipo y yo un total entendimiento de hacia dónde queríamos llevar la Feria. Yo sabía perfectamente bien por dónde y cómo quería llevar la Feria Raúl, y creo que en noventa por ciento o noventa y nueve por ciento de las veces coincidíamos en las líneas generales. Entonces, con él era muy fácil hacer las cosas aun dentro de toda la complejidad de la Feria



y sus dificultades. Ahora que no está Raúl, sé por dónde ir pero tengo nuevos actores con quienes trabajar. Es decir, nuevos jefes no, porque ya estaba el rector general como parte de la organización de la FIL, pero yo no había trabajado tan de la mano con él. Pero, la verdad, ha sido una experiencia muy positiva, aun cuando significó volver a otras figuras dentro de la propia Universidad de Guadalajara. Sí ha sido un reto en lo personal, pero siento que se cumplió con creces el objetivo porque tuve mucho apoyo por parte de todos los que son de la Universidad...

***Pero debe haber sido difícil emocionalmente...***

Emocionalmente uno no se repone, obviamente es una pérdida imposible de reponer. Hace dos o tres días, fui a un lugar donde nos reuníamos Raúl y yo, quien a veces me llamaba para vernos fuera de su oficina, y me entró uno de esos momentos de *flashback*... Raúl es una persona que voy a seguir recordando, extrañando y queriendo.

***¿Cuál ha sido para ti el reto más grande de hacer la Feria en estos años que has estado al frente? ¿Qué es lo que más te preocupa? Yo sé que tienes un gran equipo, pero ¿cuál es la parte más difícil para ti?***

Año con año, yo creo, hay un reto diferente. De repente, un año tiene un reto específico por el invitado de honor, que a lo mejor es de una idiosincrasia diferente a la nuestra. Otro año, en la parte política. No te puedo decir que haya un solo tipo de reto. En estos casi once años en que he estado yo como

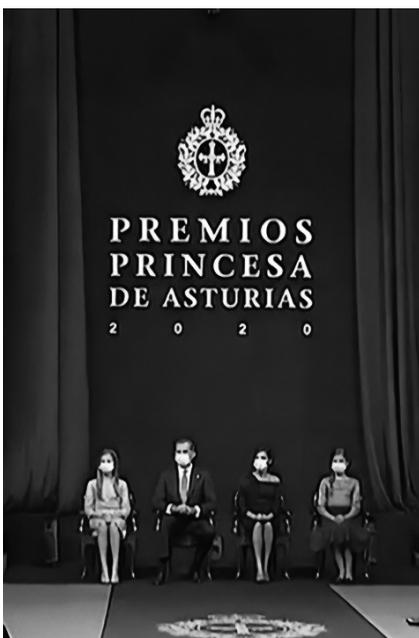
directora de la FIL ha habido muchos cambios en ciertas áreas, y ha habido muchos momentos particularmente complicados. Para mí, el peor reto quizá, antes del fallecimiento de Raúl, fue un reto muy brutal: la pandemia. Nunca nos imaginamos organizar una feria totalmente virtual, en la que no se permitiera a nadie asistir. Todos los contenidos de la edición de 2020 fueron digitales; tuvimos que organizar transmisiones cruzadas con varias instituciones y con las propias editoriales que estaban en posibilidad de hacerlo, tanto de México como de Latinoamérica y Europa.

Luego, en 2021, que fue cuando regresamos en persona pero en formato restringido, fue un año de locos, un año en que trabajamos mucho más, como en un Tetris: “Bueno”, decíamos, “y qué pasa si hacemos la Feria así”, “O qué tal si mejor así”... Trabajamos el plano de la Feria, mi equipo y yo, no sé cuántas veces. Yo hablaba con los editores, tratábamos de explicarles: “Mira, ahora vamos a tener a tal gente”. Además, en 2021 tuve que coordinarme con los directivos de salud, con médicos especialistas, para ver mes con mes cómo iba la pandemia. Jamás en la vida me imaginé tener un epidemiólogo de cabecera para poder hacer una feria del libro... Y bueno, todos nos seguimos enfermado ahorita, pero ya no es tan grave, ya no es mortal; el organismo de los humanos ya se está haciendo inmunitariamente más fuerte ante el virus. Y ya nos acostumbramos al cubrebocas, a mantener la “sana distancia” cuando nos reunimos en un mismo espacio, a no tocarnos, a no darnos besos, pero cuando en 2021 quisimos regresar a la “normalidad”, el virus seguía ahí y nos sentíamos todavía con mucha preocupación...

***Y es que ésa es una parte importante de la Feria: ver gente, abrazarnos, darnos besos. Hay gente querida que uno sólo ve en Guadalajara.***

Exacto. Y además hay algo que hemos dicho tantas veces los directivos de ferias: el contacto personal, las relaciones públicas que tú haces en una feria no las puedes hacer en otro lado, por más zooms que tú te imagines, por más formas que tengas de llegar a la gente vía internet, vía televisión. Nunca





es lo mismo que el contacto personal, y eso está clarísimo. Mira, incluso para la Feria de Frankfurt tenía más sentido la negociación en persona, porque si bien hace años no existía más que el fax y para contratar un libro tenía que pasar mucho tiempo, y aunque ahora ya puedes tener el libro contratado en pdf y una portada casi de inmediato, o sea, yo te lo mando y tú ya lo tienes para leer, sin embargo, el contacto personal era parte fundamental del trato, sigue siendo fundamental.

***¿Qué ha cambiado para ti, Marisol, de cuando tú ibas a la FIL como editora de Alfaguara, a lo que ahora tú diriges?***

Cuando yo era editora de Alfaguara me tocaba llevar escritores. Yo trabajaba muchas veces más incluso que adentro de la Feria, por ejemplo, en los hoteles, donde andaba con los escritores para arriba y para abajo, o como representante de los escritores. Obviamente, todo eso yo como editora. Además, debía estar en el stand y atender al público y demás asuntos. Mucho me tocaba de la parte social con los propios autores o con la prensa. Pude conocer algunos lugares fuera de la Feria y fuera de la propia Guadalajara, por ejemplo, Tlaquepaque, pues con muchos autores íbamos ahí a comer. O sea, era una parte social que ahora como directora de la FIL no puedo tener, pero que como editora podía disfrutar; podía ir a cualquier actividad del programa que me interesara, podía ir a conferencias completas y a las presentaciones, algo que como directora de la Feria no puedo hacer. Es decir, como directora de la FIL todo lo que organizo con mi equipo lo veo, pero en porciones pequeñitas, dosificado. Si hay una gran conferencia, puedo entrar a escucharla, pero a lo mejor sólo por cinco minutos, porque en ese momento tengo otra cosa que atender, por ejemplo, participar en una inauguración. O a lo mejor está junto a mí un autor que me importa muchísimo y quisiera conversar con él, pero como estoy en el presidium de algún premio y tengo que estar presente en la entrega, pues ya no me da oportunidad. Es decir, los compromisos de la dirección de la Feria marcan mi

tiempo, no lo marco yo. Como editora, yo marcaba mi tiempo en términos generales.

***O sea, disfrutabas más la Feria en el sentido de convivencia.***

De convivencia, sí, y de disfrutar los contenidos también. La Feria la disfruto ahora de otra manera, pues me gusta mucho mi trabajo, pero esa parte que nosotros programamos durante todo el año yo nunca voy a verla en su totalidad.

***Me decías que tienen una suerte de chat entre todos o casi todos los directores de ferias internacionales. ¿Eso quiere decir que la FIL de Guadalajara está al tú por tú, digamos, con otras ferias?***

Sí, la FIL de Guadalajara lo está. La International Publishers Association, que es la organización más importante de editores en el sentido amplio de la palabra, a nivel internacional, nos ubica entre las tres, cuatro ferias más importantes del mundo.

***¿Qué se necesita para estar entre esos tres, cuatro lugares más importantes?***

Tiene que ver mucho con lo que ya decía hace unos momentos: ser un punto de encuentro del negocio editorial. Claro que tú me puedes decir “Tienen casi novecientas mil personas en la FIL”, pero la Feria del Libro de Madrid en El Retiro registra dos millones de asistentes y dura más días; es una feria abierta al público, pero no tiene repercusión en el mercado editorial, en el negocio editorial. Los editores del mundo no viajan a Madrid para reunirse en el Parque de El Retiro, sino va el público madrileño, va el público español. Si tú vives en Polonia, pues no tienes por qué ir a El Retiro, pero si eres editor y estás en Turquía, tiene mucho sentido venir a la FIL de Guadalajara. Y, fíjate, si eres un editor iraní, aunque no tengas stand puedes viajar a Guadalajara y venir a la Feria cada año para hacer negocios con editores latinoamericanos. Entonces, la Feria es un punto de encuentro importante, es un punto que propicia el mercado del mundo del libro en

su amplio sentido. Eso es lo que hace que la gente quiera venir y regresar. Además, algo que yo tengo muy claro –porque me lo han dicho muchas veces– es que vienen más editores españoles a la FIL de Guadalajara que los que van a su propia feria internacional para profesionales, que es Liber.

***Eso quiere decir que también las letras iberoamericanas viven una presencia internacional enorme o...***

No sé si las letras como tal, o sea, más allá de las letras está el mercado del libro en español. Cuando hablamos de letras en español, igual nos circunscribimos a la literatura, pero no solamente, porque yo te diría entonces que tenemos el mercado del libro en el sentido más amplio de la palabra: incluiríamos los libros *new age*, los libros de autor, etcétera. Cuando hablamos de libros en español, no vamos a circunscribirnos a la literatura.

***Sí, claro. Yo estoy pensando en novela y en poesía...***

De Yuval Noah Harari, por ejemplo, que no es escritor de literatura, sus libros en español se venden mucho y son parte del mercado del libro en español, pero su obra como historiador, como filósofo de la historia, con ser valiosa, no es de literatura. Tiene presencia preponderante en la FIL, junto con otros autores de la academia, del pensamiento, de la divulgación científica, todo eso en español tanto si es su lengua original como si es en traducciones al español. Por cierto, en la edición especial de 2020 Harari fue uno de los autores que participaron en nuestro programa virtual.

Hay autores que son muy literarios, es cierto, y que rompen ese círculo de géneros de escritura, pero hay otros que no lo son, aunque quizá eso pretendan... Digo, a mí me da risa que en su momento tuve en mis manos libros como *Caldo de pollo para el alma*, que, bueno... Yo no los hubiera editado, pero libros así eran y son parte del negocio editorial. Entonces, para que entendamos que el mercado del libro va más allá de lo literario, veamos cómo se venden miles y millones de ejempla-

res, a nivel internacional, independientemente del tema y del género de escritura. Todo eso tiene su punto de encuentro, para la lengua española, en la FIL de Guadalajara.

***¿Tienes idea de cuántos libros se venden en la FIL?***

No tengo idea, y te voy a decir por qué: los propios editores no lo dicen; lo saben, pero no lo dicen. Por otro lado, hay que destacar esto: el negocio no es tanto la venta directa al público. Es importante, claro, y esto sí te lo digo ya como editora, pero no es lo único o lo más importante. Por ejemplo, nosotros en Alfaguara, o en Santillana, hacíamos una inversión muy fuerte para estar en la FIL; se hacía una inversión en el stand, en el manejo del stand, en el personal, en los viáticos, en los autores que traíamos, etcétera, y al final, al terminar los nueve días de la Feria, con suerte, salíamos tablas, pon tú, gastamos esto y recuperamos esto otro. Pero es una exposición brutal. Es decir, la gran vitrina, el gran escaparate de promoción, por un lado; por otro lado, también la venta de catálogos a bibliotecarios, tanto nacionales como del extranjero, y también la venta de derechos de autor. Hay otras partes del negocio editorial que no lucen en los nueve días de la Feria pero que van a repercutir durante el año y al año siguiente.

***En ese sentido, entonces, la Feria no termina nunca, diríamos...***

La Feria no termina nunca, lo dices bien. La Feria termina a principios de diciembre, siempre, pero ese negocio que se logró va a repercutir durante todo el año y al año siguiente, y hasta en los años siguientes, porque la Feria propicia ese negocio, esos contratos, que no duran sólo cuando se hacen los acuerdos, sino que van a continuar en el tiempo. Obviamente, son negocios, son contratos entre particulares, por lo que no nos van a decir “Oye, FIL, yo vendí tantos libros”. Uno como organizador lo que hace es propiciar el punto de encuentro para entablar relaciones y hacer negocios.

***Y además, como dices tú, el escaparate: quien no está en la FIL se pierde de todo...***

Ahí tenemos un tema importantísimo de promoción y de *marketing*. Hay que estar, definitivamente.

***¿Hay algún país que ustedes hayan invitado pero que no haya podido venir por alguna razón? ¿O no ha pasado eso?***

Muchos, muchos... Nosotros hemos intentado muchas veces contactar con países a los que nos ha interesado que sean invitados de honor, pero no logramos que vengan.

El país invitado de honor, como tal, no paga nada a la Feria, es decir, no nos da el dinero a nosotros los organizadores, pero sí se establecen compromisos que, de aceptar la invitación, tiene que cumplir. Esos compromisos tienen que ver con una presencia importante en el programa literario, de por lo menos cincuenta escritores, que tienen que viajar a Guadalajara. El país que acepta ser invitado de honor tiene que pagar el viaje a Guadalajara de sus escritores, pero además de algunos de sus editores, y de sus artistas para dar nueve noches de espectáculos, que tienen que ser de música, de danza, de artes escénicas, etcétera, y también traer obra para dos exposiciones de artes visuales. La construcción del pabellón del invitado de honor, su diseño, su manejo, su equipo técnico, todo eso implica un costo. En total es una erogación muy fuerte, y hay países que, aunque queramos que vengan como invitados de honor, aunque estén interesados en venir, cuando hacen cuentas pues no les da. Otros simplemente no quieren o no les interesa. Hay muchos, entonces, en esa situación. Creo que son más las puertas que hemos tocado de países que no han podido o no han querido venir comparados con los que sí vienen, y cuando aceptan y pueden venir, nos hacen felices a todos.

Pero, por otra parte, hay unos que vuelven a ser invitados de honor, como España, que vino en la edición de 2000 y viene este 2024. "Ahora", me

dicen, "repite España". Sí, repite, pero la primera vez que vino fue hace veinticuatro años y quienes vinieron eran adultos. Es decir, cuando vino España en el año 2000 muchos eran todavía pequeñitos y no se acuerdan de lo que pasó en España, de la situación en aquel año. El público ha cambiado en todo el mundo y no sólo en México o en España. Es el de hoy un público muy joven, pues tenemos ahora un rango de edad de asistentes entre veinticuatro y treinta años. Entonces, ese público no se acuerda de que en 2000 España fue el invitado de honor de la FIL, ni por encima...

***A lo mejor todavía ni nacían...***

Así es, no nacían, y los autores que vienen este 2024 no habían nacido tampoco, es decir, no como autores...

***Estaban escribiendo sus primeras novelas...***

Quizá ni eso. Estaban quizá empezando a leer y a escribir apenas. Hace veinticuatro años, digamos, un niño o una niña de seis años es ahora un autor o una autora de treinta. La primera vez que España fue invitado de honor, ese niño o esa niña apenas empezaba a leer. Lo que quiero decir es que hay un cambio generacional muy patente y que el hecho de repetir un país como invitado de honor, después de tantos años, como España, tiene un sentido real.

Entonces, sí, hay muchos países que hemos buscado pero no se ha podido que vengan. Países o regiones.

***¿Y la presencia de las mujeres?***

Pues es contundente. Imagínate, en la industria editorial somos más mujeres que hombres, por ejemplo. Y somos muchas más mujeres en el equipo de organizadores de la FIL que hombres. Raúl hacía una broma al respecto: "Son treinta mujeres y Mariño". Mariño González Mariscal es nuestro coordinador de prensa, y, bueno, no es cierto que sea el único. Raúl mencionaba sólo a Mariño, pero en tér-

minos cuantitativos somos como ochenta por ciento de mujeres y veinte por ciento de hombres. Es muy fuerte el porcentaje de mujeres que estamos organizando la FIL, y su presencia en el programa de la Feria en sí es cada día más contundente. Justamente me preguntaron esto mismo cuando estuve en el Festival Hay de este año, y me preguntaron también por qué era ese *boom*, por llamarlo de alguna manera—la palabra *boom* no me gusta—, por qué esa tendencia actual a publicar más mujeres. Les respondí que es una razón absoluta y totalmente de *marketing* editorial, y les expliqué que eso no quería decir que antes las mujeres no existieran como autoras, que antes no escribieran, sino que ahora se les da más atención para ser publicadas y para ser leídas. No es un secreto que antes las mujeres también escribían, y que también tenían una presencia fuerte en la literatura aunque en su momento no se les reconociera, así que lo que pasaba era que no se les prestaba tanta atención como ahora, y eso, claro, incide en el *marketing* editorial actual.

***Qué bueno que lo mencionas, porque se cree que las mujeres escritoras surgieron hace dos o tres años y que justo sólo a partir de ahí es que existen autoras.***

Exacto. Pero no no no, hay grandes escritoras de todas las épocas, sólo que nadie les prestaba tanta atención como ahorita.

***¿A quién te ha emocionado conocer, a qué autor o autora que haya venido a la Feria y hayas tenido oportunidad de tratar, o sea, que desde niña te hubiera gustado conocer o una cosa así?***

Que desde niña me gustara..., pues no sé, sinceramente, porque yo como editora he conocido a mucha gente que quise o tal vez hubiera querido conocer. Bueno, pues yo quería conocer a García Márquez, a Carlos Fuentes, de quien fui editora, pero no sé si como niña lo quería, porque como niña varía mucho lo que uno quiere conocer. Yo creo que hay figuras importantes que, cuando las conoces...

A mí me emocionó mucho conocer a Pepe Mujica, que era todavía presidente de Uruguay, por lo que él dijo, por lo que él vino a decir, que fue en la FIL de 2014, con Argentina como invitado de honor. Fue una figura pública muy interesante, una figura que me conmovió mucho, aunque yo no había sido su seguidora ni mucho menos.

En términos verdaderamente de aportación personal, tuve oportunidad de platicar con Shimon Peres, entonces presidente de Israel, cuando su país fue invitado de honor de la FIL en 2013. Fue una figura de la que uno podía decir: “Es de ese tipo de gente que pasa a la historia”. Lo que él me dijo me va a repercutir siempre, independientemente de la situación política. No estoy hablando de la política de Israel en este momento, sino estoy hablando de Shimon Peres como figura internacional, alguien que a mí me impactó muchísimo haber conocido y que de no ser por la Feria jamás hubiera conocido...

Y bueno, qué más puedo contarte... Como a ellos, he podido conocer a muchísima gente. De repente volteas y dices “Ah, caray” cuando ves a alguien que sabes que está marcando tendencia a nivel internacional, pues, ya sabes, vienen aquí grandes intelectuales, grandes figuras de todos los ámbitos. Un día, puesto que siendo directora de la Feria debo participar en alguna de esas actividades, estaba en una de las comidas de la Feria. Sentado junto a mí estaba Jeremy Corbyn el de..., ay, se me olvida cómo se llaman esos que no son conservadores en Inglaterra..., sí, ándale, los laboristas, él era el líder del Partido Laborista en Inglaterra. Pero entonces yo en aquel momento no sabía o no recordaba quién era ese inglés, y bueno, pues estábamos ahí sentados uno junto al otro y me puse a platicar con él. Entonces, sí me toca conocer a cierta gente, y eso me impacta mucho.

***¿Cuál es tu futuro en la FIL, Marisol? ¿Vas a seguir al frente?, ¿quieres seguir al frente?, ¿te gustaría seguir al frente?***

Primero, de gustarme, sí, pero ¿cuál es mi futuro?, pues no lo sé. Obviamente, yo pienso que voy a continuar, pero no te puedo decir si aquí. Si la figura





que a mí me propusiera como directora de la FIL era el presidente de la FIL, y en este momento, sin Raúl, yo soy directora y presidenta en funciones, pues aquí estoy, pero si viene un cambio en la FIL, que tendrá que venir porque con toda seguridad vienen cambios académicos, en la Universidad de Guadalajara, y el próximo año habrá un nuevo rector... Es decir, si quieren seguir contando con mi colaboración en esa nueva circunstancia, pues continuaré. Ése es un cambio que se verá, que está por verse. Por lo pronto, yo estoy, y estoy firme, firme en lo personal y firme en lo profesional. No veo ninguna sombra de cambio por lo pronto.

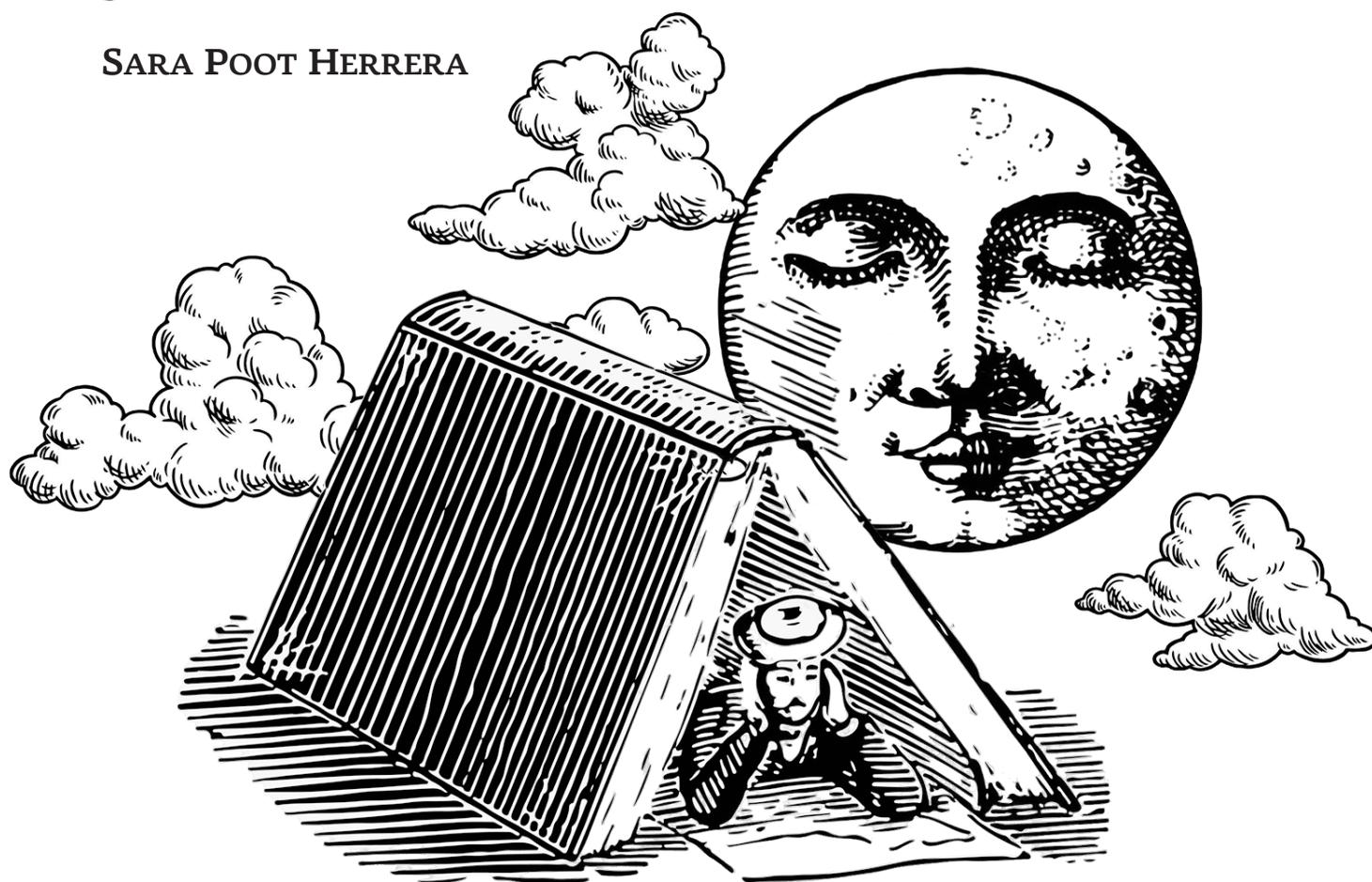
***¿Qué significan estos diez, once años en la FIL, qué han sido para ti?***

De un enorme crecimiento, de una situación impresionante en todos los sentidos. A ver... Claro que ya estaba yo en el mundo editorial, claro que ya estaba en el mundo de los libros, claro que ya conocía a escritores, todo eso antes de mi nombramiento

como directora de la FIL de Guadalajara, pero me ha implicado incursionar en la diplomacia cultural internacional, me ha tocado viajar y conocer a ministros de cultura, a presidentes, a gente de unos niveles gubernamentales que de otra manera no hubiera conocido. Por ejemplo, y es muy curioso, vino a Guadalajara el presidente de Alemania, cuando todavía vivía Raúl Padilla, y él pidió ver a seis personas del mundo cultural, y una de ellas era yo, no por ser Marisol, sino por ser la directora de la FIL. Entonces, un cargo de esa naturaleza me ha puesto en una palestra no sólo nacional sino también internacional. La dirección de la FIL sí me ha dado ese trampolín a nivel internacional... La gente, cuando dices "Dirijo la FIL de Guadalajara", te abre las puertas. Por ejemplo, fue relativamente fácil, por la investidura de ser directora de la FIL, pedir una cita con el ministro de cultura de Portugal y que me la concedieran, y así Portugal luego vino como invitado de honor de la FIL de 2018. Entonces, ser directora de la FIL es una vida de retos, pero también de disfrutar de hacer frente a esos retos. ●

# Las mil y una FILs

SARA POOT HERRERA



*In memoriam Raúl Padilla López*

*A SU MAJestad, Maj Lindström tan querida*

## *La FIL de Guadalajara: un contar anual de libros en compañía*

Aquel sábado 28 de noviembre de 1987 tal vez nadie imaginó que se estaba abriendo en la capital tapatía un largo y siempre novedoso camino de libros. Aunque sospecho que Raúl Padilla López pensaba ya en su construcción a breve y largo plazo, y de manera visionaria vería abrirse ese camino y su volar de hojas, con lectores en procesión deteniéndose en cada jornada de fines de noviembre e inicios de diciembre en una fiesta llamada desde un principio FIL de Guadalajara –o sencillamente FIL–, la mayor de todas en México y, en lengua española (como centro), la mayor del mundo.





Fue ese sábado el punto de partida de la FIL. Una feria infinita (con “f” de firme, fabulosa, fantástica, fenomenal), que fue abriendo ese único camino librero desde hace 37 años y que ahora, al cumplirlos el sábado 30 de noviembre de 2024, será la feria número 38. Incluso, la FIL sobrevivió la pandemia en 2020 y se desarrolló virtualmente ese año. Capacidad de resistencia y de convocatoria con la que ha ido creciendo sobre firmes formatos y plataformas, a pesar algunas veces de obstáculos en su andar. Una feria que es un festival al que se llega y llega el mundo siempre abierto de los libros. Presencialmente, Raúl Padilla López estuvo en 36 ferias; ya va una (2023) y ahora serán dos en las que su poderosa presencia física será virtual. Su legado, para siempre.

Pocos años después de su fundación, en 1993 la FIL empezó a tener invitados internacionales: países, estados, regiones, ciudades. El primer país invitado fue Colombia y ahora en 2024 se espera a España. Desde años y meses antes se trabaja en este rubro y en todos los demás. Sin tregua, Raúl “maquinaba”, y siempre confió en cada una de las personas de su gran equipo, quienes siempre confiaron—confían—en él. A partir de su Dirección General—a cargo de Marisol Schulz Manaut desde 2013—, cada área y cada quien tenía y tiene su responsabilidad (“comisión”, se dice en México) y la libertad para ejercitarla. Raúl llamaba a cualquier hora desde la madrugada, nos dice Laura Niembro—directora de Contenidos de la FIL, de quien depende también el Premio Sor Juana—, para preguntar, sugerir, enterarse, dar confianza. La complejidad de la FIL es doble: el mecanismo de trabajo interior de todo el año y la expresión festiva durante los nueve días de la Feria, en una explosión de alegría, música, conferencias, de encuentros y reencuentros: un novenario de libros, que se cuentan y recuentan a lo largo del año.



Desde 1991 se empezó a otorgar en la FIL el (entonces llamado) Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, que en 2006 cambió al de Premio FIL de Literatura y desde 2008 al de Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances<sup>1</sup>. El cambio a este último nombre amplió su cobertura. Varios premios más se han ido creando: uno de ellos el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz<sup>2</sup> y, entre otros, el Homenaje al Bibliófilo José Luis Martínez, que este 2024 se

<sup>1</sup> Con uno u otro nombre, han recibido este premio: Nicanor Parra (1991, Chile), Juan José Arreola (1992, México), Eliseo Diego (1993, Cuba), Julio Ramón Ribeyro (1994, Perú), Nélida Piñón (1995, Brasil), Augusto Monterroso (1996, Guatemala), Juan Marsé (1997, España), Olga Orozco (1998, Argentina), Sergio Pitlor (1999, México), Juan Gelman (2000, Argentina), Juan García Ponce (2001, México), Cintio Vitier (2002, Cuba), Rubem Fonseca (2003, Brasil), Juan Goytisolo (2004, España), Tomás Segovia (2005, España-México), Carlos Monsiváis (2006, México), Fernando del Paso (2007, México), António Lobo Antunes (2008, Portugal), Rafael Cadenas (2009, Venezuela), Margo Glantz (2010, México), Fernando Vallejo (2011, Colombia), Alfredo Bryce Echenique (2012, Perú), Yves Bonnefoy (2013, Francia), Claudio Magris (2014, Italia), Enrique Vila-Matas (2015, España), Norman Manea (2016, Rumania), Emmanuel Carrère (2017, Francia), Ida Vitale (2018, Uruguay), David Huerta (2019, México), Lúcia Jorge (2020, Portugal), Diamela Eltit (2021, Chile), Mircea Cărtărescu (2022, Rumania), Coral Bracho (2023, México). Este año se entrega a Mia Couto (2024, Mozambique). De 1991 a 2024, es un total de 34 premios: 27 hombres y 7 mujeres.

<sup>2</sup> Creado en 1993 por la escritora nicaragüense Milagros Palma, se galardona con ese premio a la autora de una novela publicada originalmente en español. Lo han recibido Angelina Muñoz-Huberman (1993, México), Marcela Serrano (1994, Chile), Tatiana Lobo (1995, Chile-Costa Rica), Elena Garro (1996, México), Laura Restrepo (1997, Colombia), Silvia Molina (1998, México), Sylvia Iparraguirre (1999, Argentina), Cristina Rivera Garza (2001, México), Ana Gloria Moya (2002, Argentina), Margo Glantz (2003, México), Cristina Sánchez-Andrade (2004, España), Paloma Villegas (2005, México), Claudia Amengual (2006, Uruguay), Tununa Mercado (2007, Argentina), Gioconda Belli (2008, Nicaragua), Cristina Rivera Garza (2009, México), Claudia Piñeiro (2010, Argentina), Almudena Grandes (2011, España), Lina Meruane (2012, Chile), Ana García Bergua (2013, México), Inés Fernández Moreno (2014, Argentina), Perla Suez (2015, Argentina), Marina Perezagua (2016, España), Nona Fernández (2017, Chile), Clara Usón (2018, España), María Gainza (2019, Argentina), Camila Sosa Villada (2020, Argentina), Fernanda Trías (2021, Uruguay), Daniela Tarazona (2022, México), María Ospina Pizano (2023, Colombia). Está a punto de anunciarse el premio 2024 en el momento en que escribo este texto. Serán entonces 31 premios de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz.

entrega a Carmen Beatriz López-Portillo Romano. ¿Por qué menciono estos dos últimos premios? El primero, por la relación que, como auspiciadora, tiene la Universidad del Claustro de Sor Juana con el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz; el segundo, por el premio que se da a la hoy ex rectora de esta universidad, modelo de lectora a lo largo de su vida, herencia familiar enriquecida por ella misma.

Este año la Universidad del Claustro de Sor Juana otorgó a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara la Presea Sor Juana Inés de la Cruz. Fue recibida por Marisol Schulz Manaut, su idónea directora. Los vínculos de estas y otras instituciones es un pacto de solidaridad cultural, y la FIL de Guadalajara, creada por Raúl Padilla López, es ejemplo internacional. Un acercamiento más entre la creación y los estudios literarios y culturales; entre editoriales, bibliotecas y librerías; entre la literatura, el periodismo, las artes, la ecología; la creación ancestral en lenguas originarias; un acercamiento de generaciones y estratos sociales. El camino de la FIL—que junta geografías e historias con otros contextos—se fue multiplicando en otras rutas, en otras ferias de libros y lecturas dentro y fuera de México. Es, podría decirse, la reina de las “fils”, la reina madre con sus filiales, modélica, ejemplar, con reconocimientos locales y mundiales.

Cuando hablamos del licenciado Raúl Padilla López nos referimos sobre todo a él como rector de la Universidad de Guadalajara (1989-1995); presidente de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, del Festival Internacional de Cine de Guadalajara, de la Fundación de la Universidad de Guadalajara; creador de la red universitaria de la Universidad de Guadalajara en el Estado de Jalisco y de la Feria del Libro en Español y Festival Literario de Los Ángeles, California—LéaLA, iniciada en 2011—. Esto es, se habla sobre todo del personaje. Mmm, ¿y qué pasa con su persona? Propongo un discreto acercamiento a sus últimos años, un tramo de vida con episodios respetables del pasado, con decisiones y alegrías de sus “últimos” tiempos presentes, que siempre lo serán.

### ***Raúl Padilla, de personaje a persona***

Verano del 22. Estamos en la Feria del Libro en Español de Los Ángeles, California, el festival cultural fundado por Raúl Padilla López. Ahora es la edición LéaLA 2022. Marisol Schulz Manaut dirige también esta feria de Los Ángeles, hermanita menor, consentida “angelita” y angelina de la FIL tapatía. Con otros escritores, este año participan David Huerta y Verónica Murguía, y entre ambos reúnen poesía, narrativa, traducción, ensayo, literatura infantil. Asistimos a un diálogo maravilloso entre David Huerta y Jacobo Sefamí (nuestros muy queridos Davo y Jacobiux). La Feria se llena de fiesta, de afectos, de libros, de ilusiones y promesas; se habla, se escucha, se canta, se baila. Hubo antes otras LéaLAs, habrá otras después. Ah, pero la del 2022 es icónica, inolvidable. Con seres que se han ido y también se han quedado en el sello indeleble de sus aportaciones.

Entre las carreras de los niños que llevan con ellos los dibujos traviesos creados en los talleres, que son muchos, y revientan de colores los globos y la alegría que sale de las hojas de los libros y los cuadernos, escuchamos una ponencia de las muchas que se ofrecen. Guillermo Levine le pregunta a Antonio Villaraigosa acerca de uno de los grandes problemas del centro—*Downtown Los Angeles*—. Interesantes la pregunta y la respuesta. Raúl Padilla, atento. Miro a los asistentes que toman la palabra y veo que a él lo acompaña una mujer rubia, esbelta, elegante. Me llaman la atención las gentilezas que tiene para ella, que le sonrío. Se levantan y se van. Raúl le cede el paso. Van solos (ni guardias ni “guaruras”), se miran a los ojos, conversan.

Al día siguiente los vuelvo a encontrar. Nos abrazamos con afecto. Raúl toma café con nosotros. ¿Raúl? Sí, claro. Ah, pero no era su costumbre. Nos llama la atención. Raúl, en “la vida normal”, conviviendo con todos, y de mano de la rubia, tan alta como bella, y atenta y sencilla con quienes se acercan a ellos. Raúl participa, pregunta, responde, se interesa. Lo envuelve también una sencillez que, si escondida, ha salido envuelta de felicidad. Ella—se llama Maj (se pronuncia Mai)—sonríe. Se les ve

por toda la Feria: saludan, platican con la gente. Se van de la mano, caminando al atardecer de ese día, al amanecer del siguiente, al mediodía angelino. Raúl Padilla es un asistente más de LéaLA, esta vez acompañado, esta vez visible entre todos, esta vez públicamente enamorado.

Con la periodista Vanesa Robles, Maj Lindström (que así se apellida y es fotógrafa) presenta el libro *Cien voces de Iberoamérica / FIL Guadalajara / 35 años*. Un hilo artístico, de activismo social y de amistad las une. El público atento escucha, lo mismo a Patricia Córdova, quien las acompaña y reseña el libro. El arte une a los seres humanos, a los países; en este caso, a las mujeres, a México con Suecia (“mi vikinga” –le diría Raúl a Maj, sueca de nacimiento), y esta vez a la comunidad hispana lectora de Los Ángeles. Ahora es Raúl Padilla López quien sonrío, lo mismo que Dulce María Zúñiga, directora de la Cátedra Julio Cortázar, creada por Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, y que tiene a su cargo el premio principal de la FIL.

Con el mes de octubre, llega la Feria Internacional del Libro de Monterrey, que ese año dirige Consuelo Sáizar. Estamos en una sesión de esas extensas y que no por serlo dejan de ser interesantes. Orgullosa, escucho a mi amiga-hermana Edith Negrín. De pronto, veo a Raúl y a Maj. Me acerco a saludarlos, nuevos abrazos. Su felicidad va en aumento. Sosegada, limpia, a los cuatro vientos. Los libros con amor son cada noche un nuevo cuento, un mito real, un rito amoroso.

Y llega la FIL de Guadalajara, es noviembre-diciembre de 2022. Como siempre, Raúl discreto en sus discursos. Maj, con su equipo de fotografía, toma fotos aquí y allá, clic, clic. A Cristina Rivera Garza la retrata en el último peldaño de una escalera, deportes peligrosos como los que practica Cheyla Samuelson, una de las primeras estudiosas de *Nadie me verá llorar* (1999) y ahora traductora, con Ilana Luna, de la poesía de Rivera Garza. A mí (me dice Maj) me tomará de nuevo otra foto porque la que me tomó para su libro no me gusta nada, nadita. En cambio, la foto de Myriam Moscona quedó preciosa. Ella lo es. ¿A quién le puede

gustar la mía? Ni siquiera a una amiga que “me las perdona de todas todas”. Maj sonrío, como sabe hacerlo. Nosotras, con ella.

En esa FIL del 22, con Patricia Rosas y estudiantes de la UdeG y feministas activistas, caminamos en peregrinación por las calles de Guadalajara sosteniendo en alto el libro *El invencible verano de Liliana* y en compañía de su autora. Maj desfila con la red roja tejida por mujeres, presencia contundente de los desaparecidos en México. Más tarde, en su casa Raúl la espera, y no sólo llega ella sino muchos también: es martes de la FIL y esa noche su presidente abre las puertas de su casa. Y, claro, ¿quién quiere faltar? Raúl va, viene, atiende, brinda, camina con los pasos que reconocen esta su casa. El año va cerrando con la lectura de los libros adquiridos en la jornada de la FIL de 2022. Cada noche es un contar: Sherezada se hace tapatía.

Llega enero de 2023. Maj nos invita a su cumpleaños. Raúl se los festeja. Él feliz y ella bellamente tímida en un festejo tan grande al que no está acostumbrada. Celebran nuevos tiempos de relaciones. Mirándola, Raúl habla a todos y dice que así como es Maj de bella en lo exterior lo es igual, o más aún, internamente. Estamos casi a la mitad del primer mes del año, se brinda, se celebra. Sherezada saca un cuento de su inventario persa.

Aquí entre nos: “Mai, ¿cómo le hiciste?” Una historia (llamémosle) “de exclusividad”, una doble (y de cada lado) única decisión amorosa, con puertas abiertas al universo, como si éste tuviera puertas. Sin negar pasados individuales, en los últimos tres años Raúl y Maj comparten fines de semana caseros, relajados, llevando a cabo viajes personales y familiares, con los hijos de cada uno (Raúl –dice Maj–, escuchando, preocupándose y apoyando a las chavas y los chavos). Realizando juntos visitas a museos de arte, de ciencias naturales, del medio ambiente. Ensayando (¿por primera vez?) una nueva vida (sin olvidar las anteriores), una vida contenta y en paz, rodeada de cariños, alejada (¿sería posible?) de reflectores y muy cercana a la naturaleza. De allí el interés de Raúl por la creación del Museo de Ciencias Ambientales de

la Universidad de Guadalajara, a cargo de Eduardo Santana Castellón.

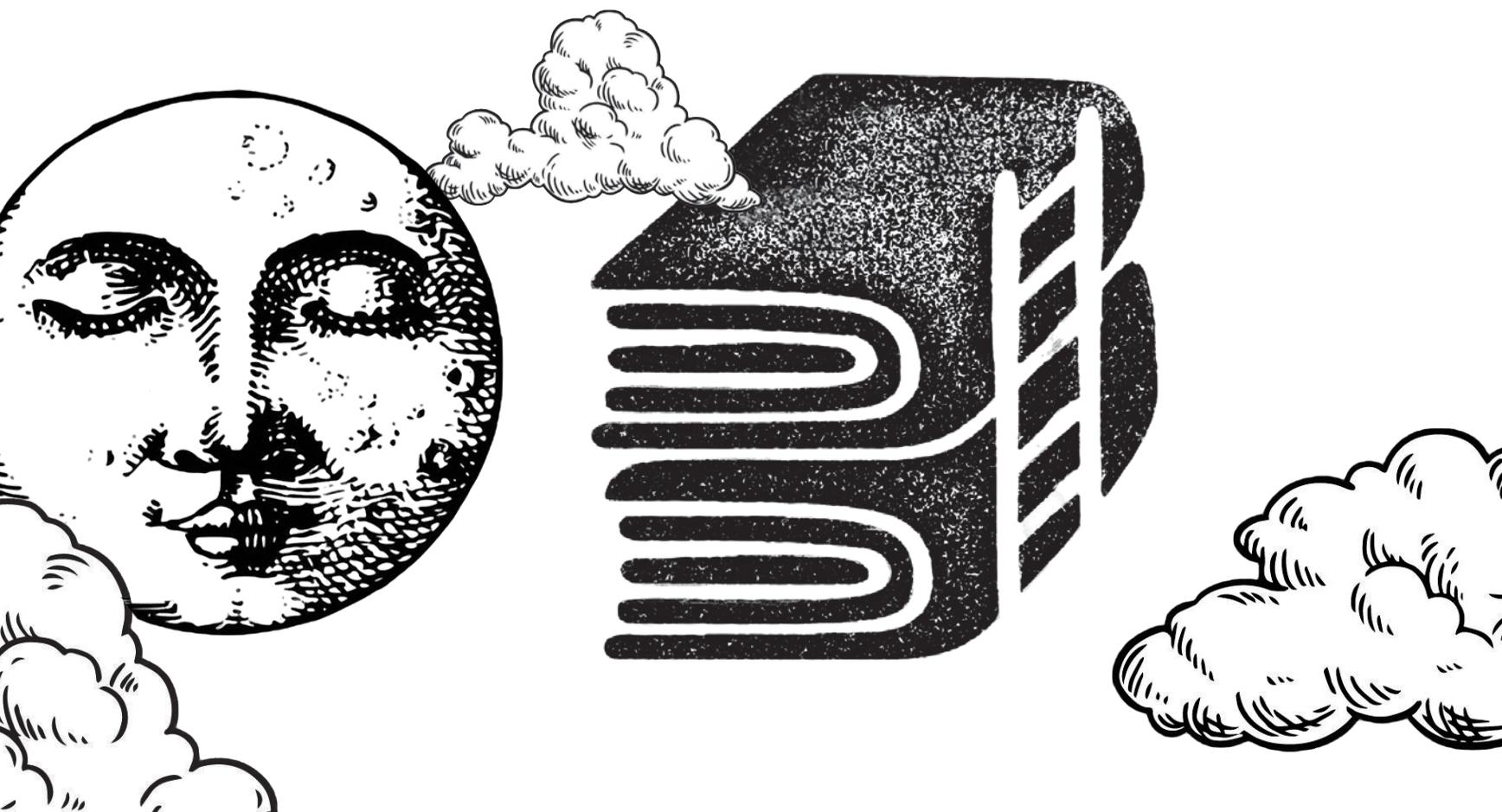
Responsable de sus proyectos “multidimensionales”, Raúl animaba los proyectos de Maj Lindström, quien ahora extraña su presencia, su amorosidad, su caminar juntos, su brindar por la vida, mientras da gracias por haberlo conocido. “Una persona hermosa, amorosa”, murmura Maj. ¡Y qué diría él de ella! Ahora, Maj vive en Estocolmo una nueva vida, contenta y en paz rodeada de personas que la quieren, que hablan su mismo idioma. Además de fotógrafa, estudia para ser enfermera. Guadalajara y sus amistades son parte de su vida, y ella de Guadalajara, de sus amistades, de México. Está como Raúl hubiera querido que estuviera.

Hablar de la vida de un “hombre que amaba los libros” es a la vez recordar que ese hombre sentía, y que también los sentimientos rigieron sus horas y sus días. Nunca olvidó sus compromisos pasados, que fueron parte de su vida. Cada noche los cuentos iluminan los caminos, son esperanzas de sus creadores y de sus lectores. Raúl amó los libros e invitó a abrirlos en compañía. Un último capítulo de su vida fue iluminado por el amor y el sosiego.

Raúl Padilla López fue un personaje, un nuevo caudillo cultural. Sus últimos tiempos los vivió sobre todo como persona, amando y siendo amado, a la luz del día, en cada noche y sus cuentos. Los personajes como Raúl tienen vida propia, muchas vidas. Al final, se impuso su destino, un verdadero sacrificio de vida, el punto donde se encontraron el personaje y su persona.

Cada año la FIL nos seguirá contando historias escritas, palabras hechas poesía, cuentos que no terminan. Sherezada de cada noviembre-diciembre, de 1987 a la fecha, mientras ese camino inicial sigue abriendo sus brechas de mil hojas infinitas. *Inundación Castálida / Revista de la Universidad del Claustro de Sor Juana* le dedica a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y a su insigne creador Raúl Padilla López este número especial. A su directora Moramay Herrera Kuri le agradecemos la invitación. Votos por la excelencia de la Universidad del Claustro de Sor Juana –dirigida desde este año de 2024 por el doctor Rafael Tovar y López-Portillo– y por la celebración anual de LA feria de ferias de libros: la FIL de la Universidad de Guadalajara. ●

\*\*\*





EL LIBRO DE GUADALAJARA INTERI

# Raúl Padilla, el rebelde

MARA NADIEZHDA ROBLES VILLASEÑOR

**L**a partida de Raúl Padilla conmocionó a un amplio y diverso cúmulo de personas en distintas ubicaciones geográficas, ideológicas y etarias. Acaso pueda resultar extraño que *Inundación Castálida*, siendo una revista de una universidad en la Ciudad de México, dedique un número a uno de los proyectos culturales concebido y desarrollado por un hombre tapatío, pero difícilmente asombrará que se ocupe de éste. Es un hecho posible porque Raúl Padilla logró posicionar a Guadalajara como una ciudad referente a nivel nacional e internacional en educación, cultura, arte, ciencia y libertades. Desde su deceso, sus méritos personales han destacado y alcanzado reconocimiento en múltiples espacios. Para hacerle justicia habría que dedicar decenas de páginas para enumerar siquiera la cantidad de proyectos políticos, sociales,

cívicos y ambientales que impulsó en diversas esferas. En su caso, la frase hecha no es un lugar común: por sus obras lo conoceréis.

Raúl Padilla abogó tenazmente para que la educación, la ciencia y la cultura dejaran de ser vistas como un gasto y fueran concebidas como una inversión. Defendió con entereza el derecho de la ciudadanía en todo Jalisco a tener una universidad pública de calidad, que sirviera como espacio de encuentro, de reflexión y de libertad, donde cada día más y más jóvenes tuvieran la oportunidad de expandir sus aspiraciones. Fue rector de la Universidad de Guadalajara desde 1989 hasta 1995. Durante ese periodo conquistó la autonomía universitaria, logró la pacificación institucional, impulsó la investigación científica para que dejáramos de ser una mera escuela de profesionales, concentró sus esfuerzos en la lucha por la defensa de un presupuesto justo, ideó y materializó la reforma académica que hizo posible la Red Universitaria de Jalisco, lo que se tradujo en una descentralización de la educación superior y media superior permitiendo que más jóvenes se profesionalizaran. Esa mejora sustantiva redundó en que más mujeres ingresaran a las aulas, reduciéndose así la desigualdad de género en el acceso a la educación. Sin proponérselo de manera explícita, procuró una política pública de género temprana y visionaria.

Su vocación social es constatable. Trabajó hasta la obsesión para que la educación universitaria

dejara de estar asociada al lugar de origen y se convirtiera en una realidad en todo el estado, con la posibilidad de que la gente se profesionalizara sin tener que migrar de su comunidad. Para Max Weber<sup>1</sup>, “[l]as universidades no pueden enseñar visiones de mundo ‘enemigas del Estado’ ni ‘amigas del Estado’, ni de ningún otro tipo. Ellas no son instituciones para la enseñanza de convicciones últimas”. Raúl Padilla lo sabía muy bien; por eso, luchó con ahínco para garantizar la autonomía en las instituciones de educación superior en México.

Padilla siempre dejó claro que donde él estuviera todas las voces cabrían, que todas serían escuchadas. Y lo fueron. Creía firmemente en el poder de la cultura y siempre apostó por ella. Por ello quizás haya sido la Feria Internacional del Libro de Guadalajara su proyecto más querido. Afirmaba que “los libros han alimentado la diferencia de opinión, el disenso, la pluralidad de ideas y la libertad de pareceres. La democracia reside realmente ahí y en eso reside su fuerza”<sup>2</sup>. Su dedicación a la Feria no fue en vano: a lo largo de más de tres décadas la FIL logró posicionarse como uno de los proyectos culturales más importantes del mundo de habla hispana, por lo que incluso le fue concedido el Premio Princesa de Asturias de Comunicación y

<sup>1</sup> *Universidad y política / Escritos y discursos sobre la educación superior*, trad. Fernando Artavia Araya, Barcelona, Gedisa, 2023.

<sup>2</sup> Fragmento extraído del discurso pronunciado por Raúl Padilla López en la inauguración de la FIL de Guadalajara de 2022.





Humanidades en 2020—junto con el Hay Festival of Literature & Arts—.

Pero la FIL no fue su única apuesta cultural. Incluso cuando nadie daba un peso por el llamado Nuevo Cine Mexicano, fue Raúl Padilla quien lanzó la muestra que devendría Festival Internacional de Cine en Guadalajara (FICG). A su legado se suman la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar, el Centro Cultural Universitario—el CCU de la región centro-occidente de México—, el Auditorio Telmex, el Conjunto Santander de Artes Escénicas, la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco Juan José Arreola y el Museo de Ciencias Ambientales, este último en el que se empeñó hasta el último minuto en construir y terminar.

Padilla era hombre de Estado. Como profesional de alto nivel de lo público, actuaba con las reglas de la ética política: salvar la ciudad, no la propia alma. Como diputado a la LV Legislatura del Congreso de Jalisco, promovió la Ley de Cultura, la Ley de Mecenas y la manda obligatoriedad de la educación media superior a nivel local. Doce años más tarde, ese compromiso con la educación fue adoptado a nivel federal.

Sin embargo, a Raúl Padilla no le bastaba el mundo de los universitarios. También le importaban el Bosque La Primavera, el Parque Metropolitano de Guadalajara, la reserva de la Sierra

de Manantlán y el pueblo de Temacapulín. Por eso se metía en problemas: porque le interesaba la política. Y no dejó de trabajar nunca, ni un instante. No parecía querer una edición corregida de sus obras sino una aumentada: siempre buscaba más, mucho más. Colaborar con él fue apasionante porque nunca nos pedía pensar igual que él: quería que lo desafiáramos, que nos exigiéramos recíprocamente.

No le gustaba lo impostado ni lo grandilocuente. Nada de citas exageradas para hacerse ver más culto de lo que era. Se negaba. Sufría al pronunciar apellidos extranjeros, renegaba de palabras que no eran de su estilo espontáneo, pero siempre sabía lo que quería decir y se dejaba aconsejar para decirlo lo mejor posible. Su compromiso era indeclinable: pronunciaba frente a quien tuviera que hacerlo que su prioridad era la dignidad de la educación y de la cultura. Eso era innegociable. Costara lo que le costara. Y le costó.

A Raúl Padilla le sobra legado. Fue un rebelde y un inconforme, alguien que nunca calló ante la sinrazón, que nunca se doblegó. Hizo contrapeso a la estupidez. Nos mostró que hay seres humanos que no están dispuestos a arrodillarse. Demostró en los hechos que ser crítico y universitario es condición *sine qua non* de quien piensa y trabaja por lo que cree. ●

# He visto crecer la Feria año con año\*

GONZALO CELORIO



**H**e asistido a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara desde sus primeras ediciones, cuando sus actividades se restringían a la exposición y la venta de los libros, y los programas literarios se desarrollaban al fondo del recinto, tras de unas mamparas que no lograban mitigar el eufórico bullicio de los visitantes. Con las más audaces artimañas había que hacerse entonces de un micrófono, una mesa y unas sillas, para darles voz a los escritores y oídos a los lectores ahí congregados.

La Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM celebró en ese magnífico marco numerosos encuentros de escritores latinoamericanos que habían publicado sus obras en la colección Rayuela Internacional de nuestra máxima casa de estudios. Eran narradores posteriores a la generación del *Boom* que, con méritos equivalentes a los de sus mayores, se esforzaban en superar la proverbial balcanización cultural que sufren los países latinoamericanos, y encontraban en la Feria la correspondencia de sus pares.

Por ahí desfilaron los argentinos César Aira y Luisa Valenzuela; los chilenos Poli Délano, Antonio Skármeta y Diamela Eltit; las puertorriqueñas Ana Lydia Vega y Olga Nolla; los colombianos Manuel Mejía Vallejo, R.H. Moreno-Durán y Fernando Vallejo; los venezolanos Salvador Garmendia, Luis Britto García y José Balza; los cubanos Eduardo Heras León, Francisco López Sacha, Senel Paz y Arturo Arango; el nicaragüense Sergio Ramírez; la



salvadoreña Claribel Alegría; el boliviano Jesús Urzagasti; el chicano Rolando Hinojosa, entre otros, muchos otros.

He visto crecer la Feria año con año desde entonces hasta ahora, que se ha convertido en la más importante de la lengua española y en una de las mejores del mundo. No sólo ha convocado cada vez a un mayor número de editoriales que exponen un número de títulos cada vez más alto, sino que además ha articulado un programa cultural y literario paralelo.

Hoy por hoy, la Feria es también un festival internacional, al que acuden numerosos escritores de enorme prestigio, y tienen foro y cabida las más altas expresiones de la música, el teatro, la danza y las artes plásticas, procedentes, en la mayoría de los casos, del país al que la Feria invita como huésped de honor cada año. Una de las actividades más prominentes de la Feria es la entrega anual, desde 1991, del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, [hoy Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances,] que ha reconocido la obra de aquellos grandes escritores que han optado

más por la literatura que por la vida literaria, como Juan José Arreola, Augusto Monterroso, Eliseo Diego, Olga Orozco, Juan Goytisolo, Juan García Ponce y Tomás Segovia.

Como escritor, como profesor universitario, como funcionario cultural, como editor, como asesor literario, como miembro, en alguna ocasión, del jurado del Premio Juan Rulfo y, sobre todo, como lector, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara ha sido para mí, desde hace [...] años, una fiesta. Los anfitriones son los libros y a su convocatoria acudimos, gozosos, los lectores y todos aquellos que hacen posible que atravesemos ese maravilloso puente que nos tiende cada página impresa: los escritores, los editores, los libreros, los ilustradores, los traductores, los libreros.

¡Enhorabuena! 🌟

\* Con el título "Veinte años", de Vv. aa., *20 años / Feria Internacional del Libro de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2006. Texto editado para el presente número de *Inundación Castálida*.

# De cómo el Premio Rulfo cambió su nombre

JORGE SOUZA JAUFFRED

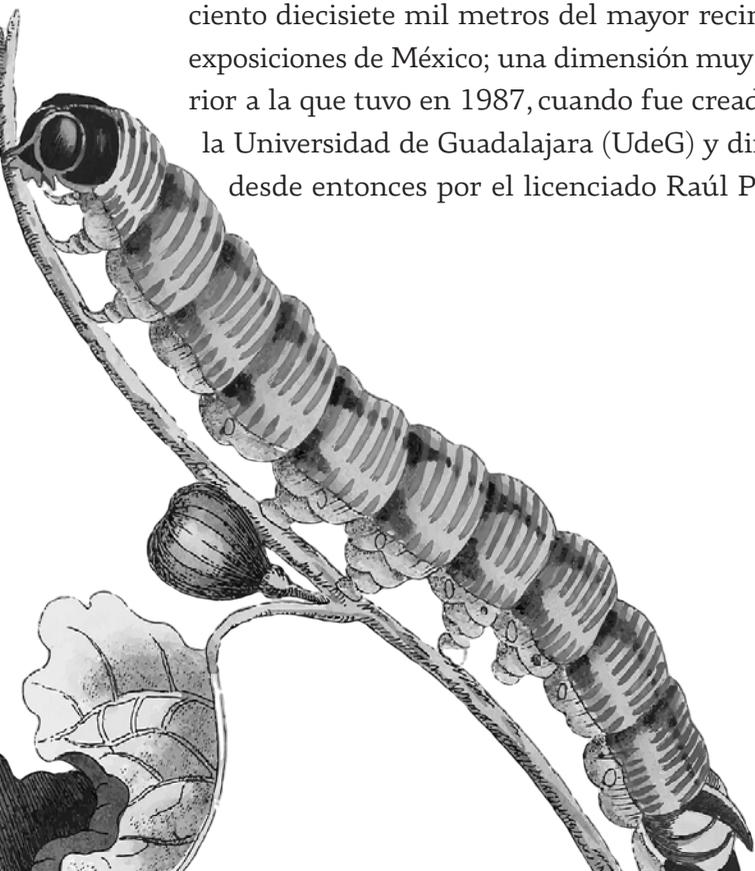
**L**a Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL), inevitablemente, brilla inserta en mis recuerdos. Pláticas inolvidables con Olga Orozco, inicio de amistad con Juan Gelman, presentación de libros de mi maestro y amigo Hugo Gutiérrez Vega; encuentros y reencuentros con Coral Bracho, Efraín Bartolomé y Pilla, y un muy largo etcétera enmarcan estas rememoraciones. Sin embargo, quiero ahora traer a los renglones un chispazo breve, pero significativo, sobre Fernando Fernández y su participación en el cambio de nombre del Premio Rulfo, así conocido en su forma más abreviada.

La FIL, como sabemos, es la feria literaria más grande de lengua española. Su estantería cubre los ciento diecisiete mil metros del mayor recinto de exposiciones de México; una dimensión muy superior a la que tuvo en 1987, cuando fue creada por la Universidad de Guadalajara (UdeG) y dirigida desde entonces por el licenciado Raúl Padilla



López. En esos tiempos, los pasillos de la Feria constituían un apacible paseo para disfrutar de los libros; había tranquilidad, un ritmo lento, algunas conferencias y un pequeño bar muy agradable. Hoy, la FIL es un punto de encuentro prestigioso, vertiginoso y, por momentos, caótico, que reúne cerca de setecientos mil asistentes en los nueve días de su duración.

Del corazón de esa impresionante feria nació, en 1991, el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, hoy Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. El primero en recibirlo fue el poeta chileno Nicanor Parra. Iluminó la Feria con su presencia poderosa, su mirada afilada, sus cejas gruesas alzadas en forma de alas y su larga melena gris, siempre alborotada. Encantaba con aquel desparpajo natural, su fina ironía y su desprecio por las formas. Al recibir el galardón, leyó, con su estilo inusual, un texto en verso (antipoema, claro) que, entre otras palabras, decía las siguientes:



Señoras y señores:  
 Por lo común los discursos de sobremesa  
 Son buenos pero largos  
 El mío será malo pero corto  
 Cosa  
 Que no debiera sorprender a nadie  
 Soy incapaz de juntar dos ideas  
 Es x eso que me declaro poeta  
 De lo contrario hubiera sido político  
 O filósofo o comerciante

Un día después, los entonces jóvenes poetas del Centro de Estudios Literarios de la UdeG nos reunimos con él, y tuvimos el placer de verlo, escucharlo, conversar y admirarlo aún más. El chileno era amable y Guadalajara le gustó.

El segundo galardón, en 1992, lo obtuvo Arreola, nuestro Juan José; otro despeinado y uno de los pocos mexicanos que lo han recibido. Lo recuerdo en su discurso de recepción del premio hablando con énfasis de sus inicios en las letras. Recordó que Arturo Rivas Sáinz, escritor y editor ignorado por el centro del país pero muy recordado en Guadalajara, fue factor determinante para que Rulfo, Alatorre y él mismo publicaran sus primeras obras en las revistas *Eos* y *Pan*. “Yo creo que inventó la revista *Eos* para que yo la dirigiera”, dijo.

Y así transcurrieron, cada año, las entregas de los premios. Algunos discursos, como los de Eliseo Diego en 1993, el de Olga Orozco en 1998, o el de Juan Gelman en 2000, fueron inolvidables. Otros, en cambio, fueron polémicos. Uno de ellos, el del poeta Tomás Segovia, despertó pasiones y generó una tormenta: Rulfo, dijo, “me parece uno de los más grandes novelistas y cuentistas del mundo. Es el escritor misterioso. Nadie sabe por qué Rulfo tenía ese talento. En otros autores uno puede rastrear el trabajo, la cultura, las influencias e incluso la biografía, pero Rulfo es un puro milagro. No se sabe por qué tuvo ese talento. No fue un gran estudioso ni un gran conocedor, pero nació con el don”. Aquellas palabras, expresadas, me parece, sin malicia, fueron muy mal interpretadas por la familia del autor de *El llano en llamas*. Representada por

Víctor Jiménez, director de la fundación que lleva el nombre del jalisciense, la familia exigió que se retirara al premio el nombre de Juan Rulfo porque, según sus apreciaciones, la Universidad de Guadalajara otorgaba el reconocimiento a “enemigos de Rulfo” (como a Segovia, por ejemplo). La extraña inconformidad se sometió, incluso, al ámbito de lo legal, en un proceso que sería extenso describir.

El ambiente estaba, pues, caldeado. La prensa reproducía declaraciones y señalamientos. Las aguas se agitaban y enrarecían la atmósfera de la entrega. El consejo que regía el premio se reunió en 2005 para decidir qué postura adoptar. Raúl Padilla presidía el grupo coordinador, integrado, además, por representantes de los gobiernos de Jalisco, Guadalajara y Zapopan; del hoy desaparecido Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, del Fondo de Cultura Económica y de otras dos o tres instituciones patrocinadoras del premio.

Estuve en esa y otras reuniones como representante del gobierno de Jalisco. El ambiente en las sesiones del consejo era siempre cálido y, como es de suponerse, la voz del licenciado Padilla tenía el mayor peso y solía ser inapelable. En aquella sesión se dio lectura a la carta donde la Fundación se que-



jaba de que el premio se entregaba a quienes atacaban a Rulfo y de que no se trataba adecuadamente a doña Clara Aparicio, viuda del autor, cuando acudía a la FIL, así como otras cuestiones colaterales.

Adalberto Ortega Solís, jurista que atendía el caso por la UdeG, informó que, tras una batalla legal por el nombre, la Universidad había obtenido el derecho de continuar utilizándolo para designar el galardón. Pero, todos lo sabíamos, eso no garantizaba la tranquilidad de la familia, así que, probablemente, habría nuevos roces en el futuro.

Para evitarlos, el consejo decidió buscar otra denominación para el premio. Raúl Padilla ya tenía una propuesta: “Premio FIL en Literatura del Mundo Latino”. Había inconvenientes, por supuesto. Entre otros, el hecho de que ya existían varios festivales literarios y musicales “del mundo latino”. Aun así, la voz del licenciado no solía ser cuestionada y era de esperarse una aprobación unánime. Sin embargo, en esa sesión alguien pidió la palabra y señaló que el nombre era inadecuado porque el territorio que abarca el premio no corresponde a lo que alguna vez fue el mundo latino. Era Fernando Fernández, hoy miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y entonces un joven autor y editor que argumentaba con solvencia.

—Es que no es lo mismo “latino” que “romance”, Raúl; el término es inadecuado.

—No obstante, todos saben qué significa “el mundo latino”—respondía el licenciado.

—Raúl, somos universitarios, no somos personas incultas; no podemos darnos el lujo de emplear mal las palabras—aclaraba Fernando.

La amable confrontación duró unos diez o quince minutos. Nadie cedía, hasta que Raúl Padilla propuso llamar al asesor literario de la Feria Internacional del Libro, el poeta y académico Gonzalo Celorio, hoy director de la Academia Mexicana de la Lengua, para preguntar, a bocina abierta, su opinión.

—Claro—dijo Fernández—, pregúntale a mi maestro.

Y la pregunta vino, y la respuesta de Celorio también:

—Lo correcto es denominarlas “lenguas romances”, Raúl.

Y el licenciado, cordialmente, aceptó el fallo de Celorio.

Clarificada la cuestión, el consejo aprobó el cambio y desde 2008 el galardón, que está dotado con ciento cincuenta mil dólares, se denomina Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances.

Fernando Fernández y yo salimos juntos de la sesión. Él, con una frescura y una naturalidad que me siguen pareciendo estupendas. Yo, sorprendido, porque, repito, en aquellas sesiones la palabra del licenciado era la ley. ●





# Traducción simultánea

NICOLÁS ALVARADO

**G**ael García Bernal quería ir a la FIL y yo estaba a cargo de hacerlo posible.

Eso es tan glamoroso como suena pero mucho menos excepcional de lo que parece. Cada año participan en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara personas sin las que no podríamos concebirla. De Alberto Ruy Sánchez a Paul Auster. Personas que no son *habitués* pero encuentran en ella un foro natural. De Salman Rushdie a Thomas Piketty. De Cuauhtémoc Medina a Alan Dershowitz. Personas que parecerían exógenas a la dinámica de la FIL pero cuya participación subraya la idea de ésta como la casa de todos. Luiz Inácio Lula da Silva o Victoria Abril. Manolo Caro o Enrique Olvera. O John Ackerman. O Diego Luna. O Gael García Bernal.

Gael creció en los pasillos de la FIL, lo que se explica por su origen parcial tapatío y por la añeja

amistad de su madre, la actriz Patricia Bernal, con Raúl Padilla, el fundador de la Feria. Acaso Gael se haya hecho en la FIL a la lectura, y, a partir de ésta, a la discusión. Y acaso ese talante lo haya llevado a trabar amistad con gente como el filósofo político Srećko Horvat, autor de un ensayo que cabría calificar de anarquista —con la total venia de su autor—, pero también de pertinente, titulado *Después del apocalipsis*, traducido al español por Gema Facal Lozano y en ese 2021 recién publicado por Katakarak, minúscula editorial española con sede en Pamplona.

Katakarak es una cooperativa de dieciséis personas que se sirven de una cantina y una librería para financiar la edición de libros sobre “feminismos, geografía crítica y literatura transformadora” tanto en español como en euskera. No participan con *stands* en ferias ni contratan salones para pre-

sentar sus títulos. Gael, sin embargo, consideraba que en estos tiempos de crisis de la democracia liberal y severos cuestionamientos a la economía de mercado la voz de Horvat era una que necesitábamos oír y discutir los mexicanos, y —no lo dijo pero no es difícil inferirlo— que su propia presencia como interlocutor garantizaría un lleno en el Auditorio Juan Rulfo y una amplia cobertura mediática al autor y a sus ideas. *Ergo*, llamó a Raúl Padilla. Y Raúl Padilla me llamó a mí, que tuve el privilegio de fungir durante los últimos cinco años de su vida como lo que los ingleses llamarían su asesor *at large*. Escribía discursos y cenaba con políticos. Recomendaba restaurantes en Chicago, hoteles en Oaxaca, políticas públicas de fomento a la economía creativa, escritores latinoamericanos de menos de treinta años. Me hacía cargo de la instalación de una mecánica teatral. (Lo juro: la de la Sala Plácido Domingo del Conjunto Santander de Artes Escénicas.) O me ocupaba de asegurar que uno de los actores más famosos del cine mexicano discutiera de política, economía y amor con un filósofo croata punketo. (No: nunca he tenido una mejor chamba en mi vida.)

El proyecto se antojaba sencillísimo. Gael es encantador. Srećko habla buen inglés. Y nadie como Gina Bechelany —quien, además de mi querida amiga, es mi brazo derecho en la FIL— para conseguir un Zagreb-Frankfurt-México-Guadalajara-Houston-Toronto y un Los Ángeles-Guadalajara-México-Buenos Aires, rápidos y a buen costo, además de una suite y dos habitaciones sencillas, una reservación para cenar en el privado del Alcalde y una cabina de traducción simultánea.

Gina es casi perfecta. El “casi” es porque, hasta un cuarto de hora antes del diálogo público de Gael y Srećko, ignoraba que las cabinas de traducción simultánea de la FIL van con equipo de audio, operador y *kits* con audífonos para todo el aforo de la sala... pero que el traductor se contrata aparte.

“Nico, la cagué: la cabina viene sin el servicio de traducción. ¿Qué hacemos? Desi nomás me echó ojos de pistola. Me vas a correr. Te van a correr. No me mates. Yo creo que”... No pude terminar de leer. El mensaje se vio sustituido por un nombre que ocupaba todo lo ancho de la pantalla de mi celular:

Desirée Rivas. Otra amiga querida. Hoy trabaja con el rector de la Universidad de Guadalajara. Entonces era la jefa de oficina de Raúl Padilla. O sea, para mí, la máxima autoridad.

—Hola, corazón.

—Hola, Desita. Ya sé que ya sabes. Soy idiota. Ya estoy viendo cómo resolverlo. Dame cinco minutos...

—Ni te preocupes. Ya lo resolví. Ya tengo traductor simultáneo.

—¡Desi! Guau... Te debo una. Mil gracias. ¿De dónde lo sacaste? ¿Quién es?

—Tú. ¡Corre!

Cinco minutos después me encerraba en una estructura prefabricada de menos de dos metros cuadrados para debutar como traductor simultáneo, tarea para la que nunca he recibido una sola capacitación. Soy traductor literario. (Incluso poemas de Dorothy Parker, que *versioné* alguna vez por encargo de Pedro Ángel Palou.) Soy traductor consecutivo: lo he hecho en múltiples conferencias de prensa. Seré inmodesto: mi inglés es muy bueno. Pero mi audición, no. Y Gael tiene un ligero acento mexicano. Y Srećko tiene un acento croata no tan ligero.

Sobreviví. Sobrevivimos. Mil personas aplaudieron y rieron y discutieron sobre el Estado y el mercado y las generaciones y la degeneración sin advertir el gazapo. Una hora después abría la portezuela de la cabina bañado en proverbial sudor, y me topé con la sonrisa divertida y la ceja arqueada de Raúl Padilla.

—¿Y ora tú qué haces aquí?

—Ya lo he hecho todo en esta feria, Licenciado. He sido hijo de familia, reportero, presentador, autor, editor, cliente, conductor de televisión, parte del equipo organizador. Quería probar una de las pocas chambas que me falta hacer en la FIL. El año próximo me toca de *valet parking*.

Se rió. Además de mi jefe y mi mentor, Raúl Padilla fue mi amigo.

\*\*\*

Aquella fue la última feria *con* el Licenciado, la penúltima de Raúl Padilla. (La de 2023 todavía acusó en gran medida no sólo su gestión sino también su idea de mundo.) Sigo trabajando para la FIL —parte del programa de FIL Pensamiento, que coordina





Karla Planter, cae bajo mi responsabilidad—, pero, como es lógico, mis tareas son ya mucho más específicas y acotadas. Se antoja difícil, si no imposible, que vuelva a terminar metido en una cabina de traducción simultánea. Me quedo con las ganas de ser *valet parking*.

Celebro que la que acaso sea mi última tarea extravagante en la FIL de Guadalajara haya sido la de traductor simultáneo. Esta anécdota entrañable y divertida, profundamente irrelevante, me ha conducido a una reflexión de mayor calado sobre el sentido último del mejor de los proyectos de Raúl Padilla: me ha hecho pensar en para qué sirve la FIL.

La FIL de Guadalajara ha tenido como invitado de honor a Israel y las culturas del mundo árabe. La FIL ha sentado a dialogar a Rodrigo Londoño “Timochenko”, el último comandante jefe de las FARC, con Juan Manuel Santos, el ex presidente que puso fin a la guerra civil en Colombia. En la FIL caben Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze, pero también Paco Ignacio Taibo II y Hernán Gómez Bruera. En la FIL se venden libros de Ayn Rand y de Ernesto Laclau, de James Joyce y de Yordi Rosado, de San Agustín y de Sasha Grey. En la FIL se habla en serio de literatura y de política, pero también de arquitectura, de biología, de cocina, de porno, de física nuclear. En la FIL son bienvenidos los azules y los guindas, los naranjas y

los rojos. El que no va a la FIL es porque no quiere, y se la pierde. En la FIL somos lectores, pero también recibimos a los no lectores en la esperanza de convertirlos. Y si no se convierten, no pasa nada: de todo es posible conversar, de todo es posible discutir, y más en la FIL.

Es un cliché semiológico la idea de que toda escritura es una relectura. Permítaseme una complementaria: toda discusión es una traducción. Todos monologamos. Todos creemos hacernos entender pero de manera invariable fracasamos. El hecho social y la producción cultural, sin embargo, residen en ese intento de comunicarnos, de salir de nosotros mismos. Cómplice indispensable de ese diálogo de sordos es la buena traducción.

Traducir es conocer dos reinos y construir entre ambos un puente lo más transitable posible sin violar el territorio de ninguno, honrando su identidad. Traducir simultáneamente es hacerlo en un campo minado, al calor del fuego cruzado. El entendimiento es la posibilidad a la que uno apuesta con ilusión pero el riesgo de final de partida—de *game over* diré, a falta de mejor traducción—es altísimo.

Treinta y siete años de construir puentes de palabras entre distintos en tiempo real avalan a la FIL de Guadalajara como traductor simultáneo de excepción. Hoy sé que fui ahí a aprender a traducir. ●

# ECOS DE LA FIL DE GUADALAJARA

PAOLA TINOCO

**A**l llegar la última semana de noviembre, el otoño se va poniendo fresco y literario: además de la cercanía del invierno, se inaugura una nueva edición de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Es así desde 1987. Feria única en su género que es para todos: lectores, editores, escritores, distribuidores, libreros, agentes, religiosos, turistas, actores, músicos, cinéfilos, curiosos... y hasta ladrones, como el memorable señor de mediana edad que entraba a los stands en silla de ruedas. Escondía libros bajo la manta en sus piernas y salía tan campante a otro lugar para continuar sus fechorías. También estaban las adolescentes de falda a cuadros con mochilas llenas de libros tan variados que ni siquiera parecía interesarles lo que robaban: lo hacían por deporte o por tradición.

He asistido a la fiesta de fiestas del libro desde 2003. Serán veintiuna este 2024, cuando la FIL de Guadalajara cumple sus treinta y siete años, y sé que no me perderé ninguna edición mientras viva.

~

Desde el día uno de la FIL de 2003 me apoltroñé en el *lobby* del entonces hotel Hilton (Barceló, desde 2023), justo frente a la Expo Guadalajara,

para encontrarme con los reporteros y mi escritor estrella. Aún no llegaban, cuando de pronto entró un enjambre de guardaespaldas, un par de jóvenes y atractivas asistentes que tomaban notas junto a una mujer rubia de mirada severa. Ella daba órdenes luego de recibir comentarios al oído de un hombre delgado, de impecable atuendo, ni muy alto ni bajito pero con una personalidad imponente. Cuando saludaba a los pocos que podían acercarse a él, su mirada era casi risueña, aunque en un momento dado sonó su teléfono celular y la sonrisa se diluyó, tornándose aún más severa que la mirada de la rubia. Uno de los reporteros se acercó a nuestro grupo, y le pregunté quién era. “Es el licenciado Raúl Padilla, el presidente de la FIL”, respondió.

~

En el año 2005 el invitado de honor fue Perú. Uno de los mejores programas literarios que lanzó la FIL en mi historial de visitas. Había menos peruanos que europeos, entre los que se contaban Alessandro Baricco (quien asistió por primera vez a nuestra fiesta del libro), Jorge Herralde, Jaime Vallcorba y Roberto Calasso. También estuvo Gabriel García Márquez. Era un logro reunir a tantas figu-



ras en un mismo lugar, sobre todo porque, en una feria llena de alegría, admiración y buena vibra, Calasso y García Márquez no parecían tener simpatía el uno por el otro. Recuerdo una comida en honor al editor de Adelphi. Nubia Macías, directora general en ese entonces, fue la encargada de presentarlos. Ellos se dieron la mano brevemente, sin una sonrisa, acaso una mirada de reconocimiento, con seriedad cordial. Había intención de sentarlos juntos, pero cada uno se integró a mesas distintas sin voltearse a ver durante toda la reunión.

~

Un comando de editores y escritores catalanes y mexicanos salimos del recinto ferial en busca de un espacio que nos permitiera continuar la tertulia literaria, imposible de prolongar en los cincuenta minutos reglamentarios de las salas de presentaciones, donde los ponentes empezaron a hablar de la edición de libros, del descubrimiento de los que a la postre serían grandes escritores, y terminaron dando repaso a la literatura contemporánea. El lu-

gar elegido fue un bar de nombre El Gato Verde. Juan Villoro, Jorge Herralde, Jaume Vallcorba, Enrique Vila-Matas, Sergio González Rodríguez, Rosa Esther Juárez, Rossana Reguillo, Guadalupe Nettel, Emilio Chapela (el único artista plástico del grupo), entre otros, abarrotamos el lugar, nada difícil porque era un sitio minúsculo y además tenía un piano de cola. Ya de madrugada, luego de trasegar no pocas botellas de tequila y otras bebidas espirituosas, todos corrimos buscando espacio en los coches disponibles para llevarnos a nuestros respectivos hoteles. El más concurrido fue el auto de Chapela, donde milagrosamente entramos casi todos menos los dos editores catalanes. Ellos se fueron con la prestigiada socióloga que nos acompañaba, al parecer emparentada con Emmo Fittipaldi por su forma de conducir. Villoro, sin apenas conocer a nuestro chofer anfitrión, ordenó: “¡Siga a ese coche, que ahí va nuestro editor y tenemos que cuidarlo!”. Chapela sonrió divertido y obedeció, aunque por momentos perdía al coche en cuestión. Vila-Matas se desesperaba un poco: “¿Los perdiste?... ¡Ahí van! ¡Alcánzalos!”. El conductor logró emparejarse con

el otro coche y bromeó con Vila-Matas: “¿No quiere pasarse allá, para cuidar a los editores?”. Enrique: “¡No no, porque... no conozco bien a la conductora!”. Villoro: “Pero sígalos, sígalos, que nuestros próximos libros dependen de cómo llegue ese coche al hotel”.

Después de un peligroso zigzaguo hacia la Avenida de las Rosas, llegamos. Todos resultamos ilesos. Excepto de la resaca.

~

Coordiné una exhaustiva agenda de trabajo para Roberto Calasso, quien cumplió casi con toda ella. En algún momento se disculpó para ir al baño y regresó diez minutos después, luciendo un sombrero de paja y una sonrisa traviesa, sólo para informarnos de su inmediata partida a Puerto Vallarta. ¡Se fue de pinta y dejó el trabajo para disfrutar un par de días en la playa con sus amigos!

~

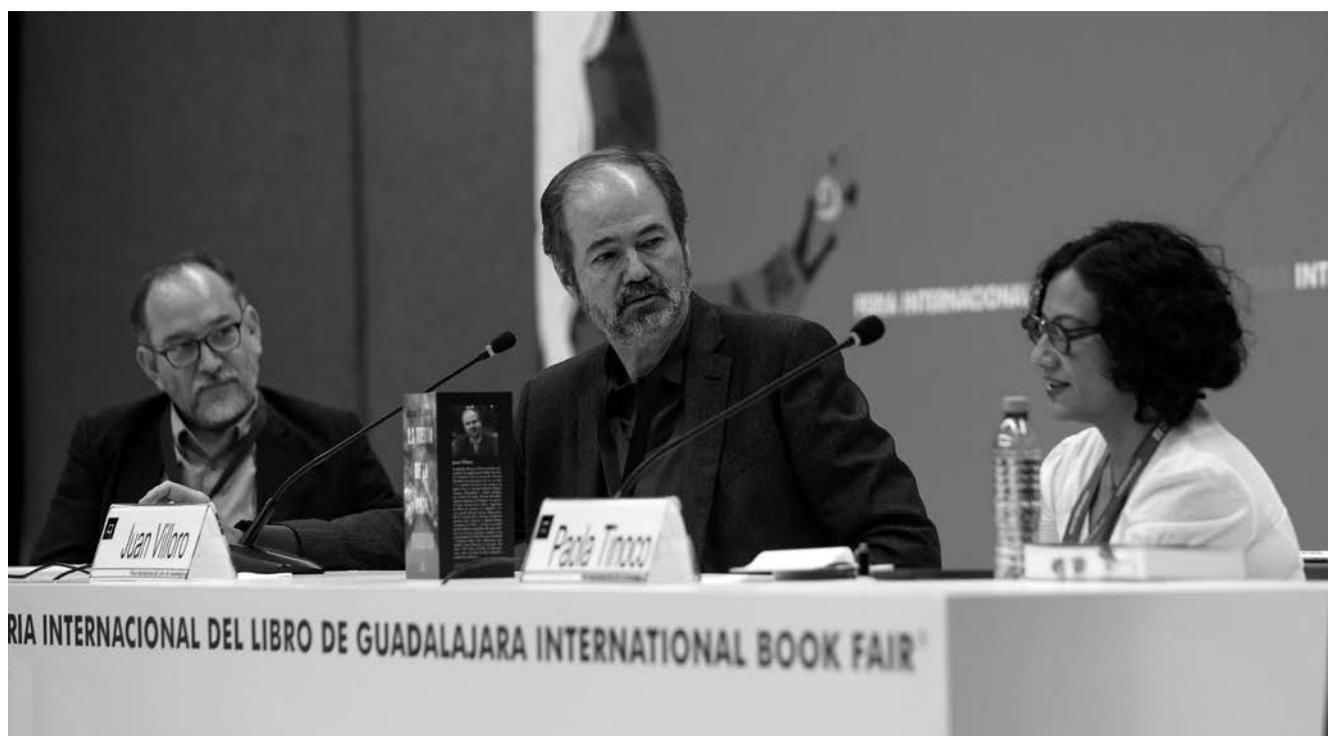
Otro de los grandes programas de la FIL fue el de 2007, con Colombia como invitado de honor. Sorprendió que el entonces presidente de México, Felipe Calderón, formara parte del presidium en la

entrega del Premio FIL de Literatura, otorgado a Fernando del Paso.

~

Fue inesperada la ausencia de algunos editores y escritores italianos cuando en la FIL de 2008 Italia fue el país invitado de honor. Se negaron a participar como un acto de rebeldía y protesta contra su gobierno: no querían ser parte de nada organizado por Giorgio Napolitano y Silvio Berlusconi.

A pesar de eso, tuvimos una serie de presentaciones con los (entonces) jóvenes escritores que hicieron suya la Feria y se unieron a todos los festejos. De esa ocasión surgieron amistades que permanecen hoy en día, como Samanta Schweblin, Álvaro Enrigue (quien ganaría el Premio Herralde de Novela en 2013), Pedro Mairal, Andrés Neuman. Con estos últimos fuimos a buscar un cementerio para que Moramay Herrera Kuri, nuestra fotógrafa de escritores, hiciera retratos de ellos. Paseamos de tumba en tumba hasta encontrar las que interesaban a Mora y pasamos un buen rato bajo el sol inclemente de Guadalajara a las dos de la tarde. Toda la expedición fue una aventura; regresamos quemados de la cara y algo empolvados, pero listos para la siguiente fiesta. Porque así es la FIL: ade-





más de los negocios y los libros, nunca faltan las celebraciones.

~

Hubo tremendo escándalo en el pasillo editorial porque en los últimos días de junio de 2017 se hizo pública la “salida” de Paul Auster y Siri Hustvedt del catálogo de Anagrama. Yo conocía a Paul de otras misiones en Barcelona y Oaxaca, así que en la FIL de aquel año no tuve empacho en acercarme a él (era su primera Feria, en la que recibiría además la Medalla Carlos Fuentes y haría el discurso de apertura del Salón Literario), en un momento en que no tenía encima lectores y reporteros. Me saludó con la misma sonrisa de siempre, aunque en un minuto su semblante se puso serio:

—¿Cómo está Herralde?

—Está muy bien. Ya no trabajo para Anagrama, pero nos escribimos aún.

—Como sabrás, la negociación de mis libros de bolsillo no fue muy bien.

—Sí, es de las noticias que vuelan.

—Me importa mucho Anagrama. Le escribí a Jorge para decirle que siempre estaré en su editorial; sólo no tendrán los libros anteriores, pero sí mis novelas nuevas.

—¿Estás seguro de que no te las pedirán en Seix Barral?

~

En 2018, por primera vez trabajé en una campaña presidencial sin ser militante del partido político, pero sentí emoción ante lo desconocido. Me convertí en militante del Licenciado, de sus ideas para mejorar las condiciones del gremio cultural, de su lucha por el apoyo a la producción de libros y librerías, pero también al teatro, a las artes visuales, a las industrias creativas. El presidenciable con el que trabajamos no ganó las elecciones pero, puedo decir sin temor a equivocarme, su proyecto de interculturalidad, ciudadanía y economía creativa fue el mejor de todos.

A finales de ese año, arrancando la FIL dedicada a Portugal, volví a reunirme con mi equipo de

trabajo en el *lobby* del Hilton. Me hizo gracia tener casi la misma experiencia que en 2003. Un grupo de guardaespaldas rodeaba al Licenciado, la misma mujer rubia y estricta a su lado, nuevas asistentes, siempre bellas y con aspecto de hacer llamadas importantes o estar resolviendo algo indispensable. Ya no era yo una desconocida para Raúl Padilla, y su mirada seria de aquella primera vez se hizo amigable cuando me descubrió observando su llegada, sin atreverme a interrumpirlo para darle los buenos días. Él se apartó de su corte para acercarse y saludarme con un beso y un ligero pero cálido apretón en mi hombro izquierdo.

~

A pesar de que el legendario *lobby* del Hilton, antes punto de encuentro oficial, es ahora un poco amistoso búnker-bar-restaurant, seguimos apareciendo por ahí para saludar a Zeruya Shalev o a Jorge Volpi. Seguramente a Miguel García Sánchez, de Machado Libros; a Jorge Herralde, de Anagrama; a Ofelia Grande, de Siruela; a Daniel Divinsky, de Ediciones de la Flor. Y mientras uno se saluda con ellos, detrás pasa una turba de curiosos rodeando a Mario Vargas Llosa o a Carmen Aristegui. Recuerdo haber visto una de esas multitudes persiguiendo a Xavier Velasco mientras la enorme escritora Herta Müller y yo esperábamos a Carlo Feltrinelli y sin que los lectores se abalanzaran sobre la premio nobel.

~

Tuve muy buenas experiencias con Enrique Vila-Matas en la FIL, y también en Ciudad de México. Tuve el honor de que leyera mis cuentos y escribiera un *blurb* para la contraportada del libro, publicado por Páginas de Espuma.

Nuestra amistad fue más allá de lo editorial. Él y su esposa me invitaron varias veces a cenar o a comer para organizar agenda o contarnos sabrosos chismes. Después vino la noticia de que en Planeta le habían hecho una oferta cuantiosa para irse con sus libros a Seix Barral, y aceptó. Dejamos de tener

contacto un tiempo, hasta que nos reencontramos en la FIL de 2015. Ya no participaba en actividades de Anagrama, evidentemente, pero fui a saludarlo al final de una presentación y felicitarlo por el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances que le fue entregado ese año. Con muy buen humor, me abrazó, me dio dos besos y me preguntó si no lo iba a sacar de mi Facebook.

—No tienes Facebook, Enrique.

—Ya lo sé.

—No te sacaré de nuestro Facebook.

Nos tomamos fotos. Antes de abrazarnos como despedida, me dijo que su “salida” no había sido por falta de cariño a Herralde ni a Anagrama. Yo no tomé partido. Pero lo cierto es que no ha vuelto a México tan campante como antes. Sencillamente se entregó a internet desde su casa.

~

—Dime que no es verdad.

—Lamentablemente sí lo es: Raúl Padilla murió.

Sólo estuve un momento en la ceremonia de inauguración de la FIL de 2023. Había un retrato de Raúl Padilla en el fondo del escenario. Era indispensable que el discurso girara en torno a él. Parecía lo de siempre, y sin embargo, había algo en el aire que nos hacía extrañar. Me quedé poco tiempo pues decidí mejor acercarme a los stands, para ver por dónde llevar a uno de nuestros invitados a su primera entrevista. De pronto, a pocos minutos de haber comenzado el recorrido inaugural, sonó una alarma que en veinte años jamás había escuchado en Guadalajara. De inmediato nos pidieron que evacuáramos la Expo en calma. Algunos, los que estamos acostumbrados a los temblores, nos quedamos porque no vimos peligro, y en pocos minutos los trabajadores de la Expo y de la FIL informaron que se podía regresar.

No pude evitar sonreír. El Licenciado nunca llegaba tarde al recorrido por su imperio, cada año que conquistaba un nuevo país para celebrar la fiesta de los libros, su fiesta de los libros que hizo la gran fiesta del mundo literario de todo el mundo. ●



# ¿Qué hay de nuevo en la FIL?

MÓNICA MARISTAIN

**A** sí como digo que *Los detectives salvajes* es la novela de la adultez, enfrentada, por supuesto, a *Rayuela*, también es sinónimo de este mi amor de veterana por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Hace ya más de veinte años que la cubro, con un inicio totalmente ingenuo, por un lado, y, por otro lado, con una voluntad firme de adscribirme al periodismo cultural, algo que ni siquiera hoy sé qué es pero que me ha librado de cubrir deportes, esa especialidad que tuve en la Argentina.

La Feria Internacional del Libro de Guadalajara, obviamente, no son los Juegos Olímpicos. Ya no es esa costumbre de viajar cada cuatro años y de-



jarme deslumbrar en Barcelona por esas mis primeras Olimpiadas, alarmarme por esos atentados en Atlanta 96, para luego detenernos en Sydney 2000. Fue el año en que cambió todo para mí. El que la FIL no son los JO me permite comparar esos encuentros mundiales en los que casi todo el planeta (o al menos el que nosotros podemos abarcar) se reúne ante una caja, durante una cantidad determinada de tiempo, y celebra lo bueno que ha elegido para vivir.

De los Juegos Olímpicos recuerdo mucho, desde ese ligero estrabismo del atleta cubano Javier Sotomayor hasta el hoy devenido con alzhéimer ex político catalán Pasqual Maragall, quien por entonces llevaba el futuro de ese pequeño país dentro de España con una clara tendencia abierta y democrática. De Atlanta recuerdo que unos indios del hotel querían casarse conmigo. No podían entender que una mujer sola anduviera buscando trabajo (no el de la prostitución) en esos Juegos con un atentado y una cocacola hirviente. Con un concierto de Ladysmith Black Mambazo, liderado por el hoy fallecido Joseph Shabalala, siempre festejo la voluntad de viajar sin una nacionalidad definida. A ver: Diego Armando Maradona y Luis Alberto Spinetta siempre confirman mi pasaporte argentino, pero al mismo tiempo me encantaría andar por todos los caminos posibles sin decir que vengo de esa tierra. Más bien, me gustaría mucho decir a qué tierra voy.

Lo importante es hablar aquí de la FIL. A la FIL fui primero en forma clandestina. No tenía hotel, me iba en camión y llegaba a la habitación de alguna colega que me daba cobijo por una noche o varias noches. Otras veces me hospedaba en un cuarto de hotel que me rentaba *Playboy* y algunas otras veces me quedaba en casa del editor y fotógrafo Jaume Mor, también hoy fallecido. En estos últimos años llego al hotel de prensa, invitada especialmente por Mariño González, una vieja amiga que es mi sustento en la FIL.

Recuerdo una noche estar sentada en un restaurante cerca de la Feria. Era la noche noche. Supongo que estaría yo en el Hilton, pues alguna editorial me había llevado a presentar uno de mis libros. No me acuerdo con quién estaba, pero sí a quién vi.

Era Carlos Fuentes, cuya novia Silvia lo esperaba en la mesa. Él se acercó a la nuestra a saludar a algunos de los amigos.

Esa estampa es para mí la Feria: un escritor ultrafamoso cenando en la mesa de al lado y el mundo no detenido, por supuesto, pero mostrándose como una postal de ensueño. Vi a Gabriel García Márquez, pero nunca vi a Roberto Bolaño. Vi a Luisa Valenzuela, pero no a Mercedes Sosa ni a Hebe Uhart. ¿Habrá estado Julio Ramón Ribeyro? Sí, porque le dieron el Premio Juan Rulfo en 1994 (sí se llamaba el premio antes, pero un nombre largo), cuando yo todavía ni siquiera soñaba con la Alameda mexicana.

Yo estuve en la FIL con Claudio Magris, con Martin Amis, con José Saramago. Pienso en frases: “Todo lo que escribe Houellebecq es basura”, “Si no te gusta la fiesta de toros, no vayas”, “No hay esperanzas en este país donde vuelve el viejo régimen”, “Soy la mujer de Saramago, no su viuda”, “Siempre pienso que sólo me lee un grupo de amigos”. Pienso en momentos: la vez que la canadiense Nancy Huston se cargó al premio goncourt 2010; el día en que el español Fernando Savater defendió las corridas de toros; el rimbombante paso de una dama lúcida y guerrera, la española Pilar del Río, que habla de su “José” en tiempo presente; la humildad brutal de Ricardo Piglia, el escritor argentino que se hizo célebre a los setenta años.

Roberto Fontanarrosa dijo que Jorge Valdano es el hombre perfecto: guapo, inteligente, culto. Desde España, Valdano mandó un correo electrónico en plan afectuoso: “No te juntes con esa chusma”. Al poco tiempo, el creador de Boogie el Aceitoso e Inodoro Pereyra moriría víctima de esa enfermedad del infierno que se le declaró de un día para otro en su cincuentena.

El inglés Martin Amis y el hotel. Al lado de su esposa, la uruguaya Isabel Fonseca, una mujer que se mira al espejo constantemente y observa al mundo como si no la mereciera, el gran autor de *Dinero y Campos de Londres* manifiesta su desprecio por la cadena Hilton. Lo pasan de inmediato al Camino Real.

El italiano Claudio Magris y sus diferencias de horarios: quiere hablar con su esposa y también

dar una entrevista. Abre grandes sus ojos de azul imposible cuando en medio de la batalla por la comunicación alguien le pregunta: “¿Qué hará cuando gane el Premio Nobel?”

Ajeno, como si fuera un muchacho de esos de “pasaba por aquí”, el también italiano Alessandro Baricco mira las mesas de ofertas. Levanta libros, los estudia, y luego los deja en su sitio. No compra nada. Más tarde dirá que le encanta ser un escritor famoso. Y tendrá una *tête-à-tête* con el argentino-canadiense Alberto Manguel. Si por éste fuera, mandaría quemar todos los *Crepúsculo* y los *Twilight* del mundo.

Por ahí viene Carlos Monsiváis. Lo sigue una nube de jóvenes.

Allá va Elena Poniatowska. La sonrisa de una anciana como la de los cuentos, escondiendo la garrá de la muchacha combativa y bella que fue en tiempos convulsos.

Cuando los niños Rulfo impidieron que el premio de la FIL llevara el nombre de su mítico padre. Cuando corría el rumor de que el controvertido Raúl Padilla López había sucumbido frente a sus enemigos y que ya no sería presidente de la Feria. Cuando Diamela Eltit y Antonio Skármeta se negaron a hablar de Roberto Bolaño.

### **Mis sueños de ir a Bucarest**

La vez que conocí a Mircea Cărtărescu. Lo entrevisté en la Librería Rosario Castellanos, en la Ciudad de México (mediante un indispensable traductor). Su literatura es para mí lo máximo de mi mundo.

De pronto, el primer día de aquella FIL de 2017, un señor se para junto a mí en la calzada. Era el rumano. Nos reconocimos, nos dimos besos, nos dimos abrazos. La barrera idiomática hizo lo siguiente.

Decía Adolfo Bioy Casares que cuando uno lee un libro sabe que es bueno porque inmediatamente dan ganas de escribir. En mi caso, también me dan muchas ganas de viajar. Luego de leer a Mircea, estuve mirando muchas veces esa ciudad ¿modesta?, ¿insignificante?, ¿no digna de verse como no le pasa a la Buenos Aires de Borges o al Danubio de Magris? de Bucarest.

Veré—más allá de aquel Danubio cerca del que tú, Cărtărescu, creciste— a un Parlamento rumano tan grande como el Museo Hermitage de San Petersburgo y que es cierto que cuando todos lo señalan insultan a Nicolae Ceaușescu y dicen que hubiera sido más caro demolerlo que terminarlo y que por eso ahí está ese edificio casi vacío (no hay muebles suficientes para llenarlo), señoreando sobre una ciudad que me resulta muy linda para ir.

“Si vas a Bucarest, verás el Palacio del Parlamento, situado sobre la Colina Spirii en el centro, y sabrás que es uno de los edificios políticos más grandes del mundo.”

Comeré esos panes deliciosos que muestran los turistas y beberé alguno de sus vinos, que al parecer son ricos y poéticos. Claro que cuando vaya a Bucarest, querido Mircea, iré buscándote, viendo las calles de las que hablas y esos rincones donde las ruinas, oh tú, *voyeur* de ruinas, dicen algo simbólico y romántico.

“Hoy ya no existe, todo el barrio ha sido derruido antes de que yo haya podido sacar una fotografía. Columnas en el primer piso, ventanas con los cristales rotos y sustituidos por papel azul, impresión de abandono y desmoronamiento lento”...

¿Pensabas tú, Cărtărescu, que tu obra iba a ser un boleto para el turismo en esa ciudad que sufres y donde murió tu poesía?: “El equilibrio, es decir, la muerte. Tras unos cuantos años de felicidad imaginística, mi poesía murió por la incapacidad de seguir progresando”. Yo iré buscando la poesía en imágenes, porque tal vez lo que no sabes es que la poesía tiene una genética especial y se reproduce a cada instante, como uno de esos monstruitos con los que jugábamos de chicos.

La cadenita de tu libro, querido Mircea, también me trae a Andrei Tarkosvky, ese hombre que se tuvo que ir de su país porque la poesía, precisamente, vivía en su cine y no le podía hacer caso a los censores y a los envidiosos. Como “el niño que en *El espejo* de Tarkovsky comienza a hablar en estado de hipnosis”, claro que veo *El espejo*, claro que vuelvo a ver *Sacrificio*, una de las películas favoritas de esa persona con la que yo me formé.

Toda la tarde es Andrei, es Mircea, imágenes del sueño que me dejan estática y de esa poesía que

se reproduce a cada instante. Alguna vez estaré en Bucarest y claro que iré tras los pasos del autor de *El ojo castaño de nuestro amor*.

### **La Feria del Libro solemne**

La Feria del Libro se pone ahíta de solemnidad cuando de pronto todo cobra el tono grave de la voz del poeta Javier Sicilia, con ese su modo doloroso de hacer hincapié donde más duele.

No hay nada entonces como tomar la espada luminosa de la frivolidad y convertirnos (por un tiempo muy limitado, eso sí) en las personas más banales del mundo. Perder el rumbo, por ejemplo, en conversaciones absurdas como las destinadas a determinar quién es el escritor o editor más sexy de los que se encuentran en La Perla Tapatía.

Están las que se inclinan por la imagen un tanto *nerd* del peruano Santiago Roncagliolo, de quien sólo rescato sus flacos tobillos vestidos con unos calcetines *rainbow* muy a la moda. No faltan las menciones al increíble aunque un tanto inexplicable encanto que el veterano Xavier Velasco ejerce en el sexo opuesto: siempre está, como buen diablo

guardián, rodeado de ninfas que lo miran con ojos ensoñadores. Algunas votan la solvencia italiana de Carlo Feltrinelli y la elegancia recatada de su editor, el rubio, aunque demasiado magro y falto de músculo para mi gusto, Fabio Muzi.

El suizo Peter Stamm gana con su buena salud europea: mucha proteína, muchos lácteos de primera calidad y poner cara de doctor House en las fotografías. El peruano españolizado Mario Vargas Llosa vive con el cambio chico de una fortuna que administró discreta y no tan discretamente en su juventud, pero el que tuvo retuvo y allí va él, con su prestancia y sus trajes de lino sin arrugas, levantando aún suspiros entre las damas.

Aunque si de tercera edad hablamos, el que se lleva los laureles y ha sido elegido el escritor más sexy y atractivo de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara de 2011 es el español Eduardo Mendoza. Alto, elegante, con unos trajes azules impecables, con unos ojos que sonrían desde dentro y una voz dulce que habla como en susurros. A los sesenta y ocho años (bueno, hoy ya tiene ochenta y uno), el autor de *Riña de gatos* es, sin duda, el “papacito” de aquella Feria.



***Nunca me gustará Herta Müller***

“Estoy seguro, querida Maristain, de que no lo ganaré, como también estoy seguro de que algún atorrante de mi generación sí que lo ganará y ni siquiera me mencionará de pasada en su discurso de Estocolmo”, decía Bolaño a propósito del Premio Nobel, el mayor gesto con que la corrección política mundial celebra sus buenas ideas y propósitos.

Así que, efectivamente, por ahí anduvo la rumana-alemana Herta Müller, de la misma generación del autor de *Los detectives salvajes* (un escritor que ella seguramente desconoce si se tiene en cuenta su cercanía con la incombustible Diamela Eltit, negadora como pocas de Bolaño y su literatura), con aires de mártir, vestida íntegramente de negro y viviendo sus quince minutos de fama gracias a una obra poco significativa pero sin duda muy precisa a la hora de establecer quiénes son los buenos y los malos en el mundo.

Con su modo bolchevique de entender la literatura, en la FIL de 2011 remarcó aquello de que “primero tengo claro lo que quiero decir”, tan cercana al realismo socialista, si se piensa bien (ay, las benditas contradicciones, diría el poeta español y genial Gabriel Celaya), y tan lejana a nuestro querido Daniel Sada, para quien la novela fue su gran campo de experimentación.

Refrendando el carácter político que suele tener el Nobel de Literatura de las últimas décadas, Müller “denunció” a los intelectuales latinoamericanos que son amigos aún de Fidel Castro y justificó el linchamiento de Muamar el Gadafi, “pues en algunos casos los sentimientos superan a la razón”. Muy parecido, por cierto, a lo que le pasó al chimpancé Travis, según vi en un documental que pasaron por *Animal Planet* y en el que el mono gigante se dejó llevar por las emociones, olvidó los catorce años de amor que había pasado junto a su dueña y desfiguró el rostro y se comió las manos de una amiga de la familia.

No, que si es por falta de razón y por sentimientos desbordados, la humanidad reposa ahíta de ejemplos. Pongamos por caso: los veintitrés cuerpos que ahora son fantasmas que sobrevuelan el cielo de la FIL y que produjeron unas desafortu-

nadísimas declaraciones de su entonces directora. “Tú te recorres América Latina y salvando Chile o así, casi en todos lados, por desgracia, la violencia cotidiana está atacando muchísimo a la sociedad”, dijo a la Deutsche Presse-Agentur cuando la entrevistaron. Ni modo que la simpática y extrovertida Nubia Macías aparezca con un chaleco antibalas y un AK-47 en la mano hablando de los cadáveres que el narco dejó muy cerca de la Expo, pero de ahí a relativizarlo todo... También podría decirse, en ese tenor y muy a lo Müller, que así es el crimen organizado cuando cobra venganza y practica el ojo por ojo: se deja llevar por los sentimientos y olvida la razón.

Hoy, en su famosa carta manuscrita, Herta Müller dice que “no se imagina el mundo sin Israel”. Falta alguien que también le dijera que un universo sin Palestina sería como una mesa con tres patas.

***Todas las ferias son las últimas***

Dice mucha gente, al terminar la Feria, que ésa será la última.

Algunas de esas despedidas prematuras me han entristecido, pronunciadas en boca de personas que tengo en alta estima y que, de hacerse realidad, extrañaré en futuras ediciones. Harán falta, porque dirán que vieja soy pero cada día que paso valoro más la experiencia, esa pequeña sabiduría personal que dan los años al frente de un mismo oficio o responsabilidad.

No puedo decir que en esos adioses casi secretos permanezca yo fuera de una ecuación azarosa. Es decir, si mañana, por ejemplo, Brad Pitt se queda solo y debo ir a consolarlo a Los Ángeles, va de suyo que la FIL deberá prescindir de mi bella presencia.

Ahora bien, si Dios o el Diablo me conservan sanita y rozagante, mi vida no sufrirá grandes cambios en trescientos sesenta y cinco días. Será la misma vida aburrida de discos y de libros, sobre todo de libros, con los que me gano el pan y la mantequilla (menos pan y menos mantequilla, diría mi nutricionista; a estas alturas, una dieta fracasada), y allí me tendrán, como todos los noviembre-diciembre desde hace muchos años.

Entonces, extrañaré a los que se apresuran a decir adiós a un encuentro librero que tratamos con la misma seriedad con la que trataríamos la Tercera Guerra Mundial. Como cuando Obama e Irán casi así lo decidían (hacer la guerra, digo).

Mientras tanto, en tiempos de FIL rescatamos a una perra anciana en Avenida Mariano Otero, vimos al israelí Etgar Keret mojar pan dulce en café y nos morimos de envidia por los pantalones color calipso de Xavier Velasco. Quisimos fundar el club de fans de Jorge Ibargüengoitia y revisarle la boca a la bella Valeria Luiselli (por aquello de descubrir la historia de sus dientes). Y nos quejamos por la falta de internet en el hotel, el pésimo café del hotel y los precios de la comida en el hotel –en ese orden, y en otro también–.

Mientras todo era literatura a nuestro alrededor, ardió Córdoba en Argentina, con el saldo de dos muertos, uno de ellos un pibe de veinte años (como ya son costumbre en el país nuestros ardores). Murió Nelson Mandela y nos enteramos de que México se jugaría el destino probablemente en octavos con Brasil.

El mundo se empeñaba, como hoy se empeña, en seguir girando. Y nosotros aquí, leyendo libros.

### ***Los recuerdos me hacen pensar***

Los recuerdos y la presencia en la FIL de Guadalajara siempre me hacen reflexionar sobre qué es la literatura.

Una persona escribió en un curso: “El producto habla por ella”. Todos nos quedamos mirando, y hasta ella misma hizo como un leve gesto de disgusto. Entonces le dijimos que lo cambiara, y quedó: “El libro habla por ella”. Creo que en esa diferencia está la literatura. Poder decir algo que conmueva no sólo por el significado, sino que a través del significado yo acceda a un conocimiento nuevo, a algo que no sabía antes.

Siempre pienso que lo literario no accede al cliché, ni mucho menos al lenguaje florido. Cuando alguien escribe en un lenguaje florido, habla de esas cosas abstractas que tienen un sabor amargo y falso. Está muy lejos de ese libro que al abrirlo

tiene una magia que me lleva por otros caminos y a otras personas.

Leía anoche a Theodor Kallifatides diciendo que el mundo del cliché es un mundo con amnesia, en un contexto donde cuando no hay nada que decir, cuando no hay un recuerdo preciso, aparece el cliché, aparece lo ya dicho de las maneras ya dichas. Recuerdo entonces el libro de Martin Amis *La guerra contra el cliché*, un conjunto de sus artículos sobre literatura publicados durante veinticinco años del siglo XX, donde el famoso autor fallecido el año pasado ataca todo lo que se dice en los medios y, por supuesto, todo lo que decimos en este mundo occidental y “tan informado”, hasta, claro, caer en él mismo, atacado por esos clichés absurdos y dominantes que muchas veces llevan el control de nuestras vidas.

Entonces, la literatura. Cuando me cuenta la argentina Raquel Robles que la han invitado a no sé cuántos lugares a hablar... ¿de qué?, me aclara que nunca habla de literatura. Pienso en esos formalistas rusos y en esos estructuralistas checos, pienso en el poema al suéter verde de Saer, pienso en esos zoquetes blancos que me llegaban a los tobillos en la escuela, en el frío que me transporta hacia un lugar donde todo de lo que se habla es de literatura. Para mí, la literatura es algo prohibido y anhelante. Es algo fructífero y leal. Tan leal y fructífero como el alcohol. Lo bueno es que no me trae ni problemas de hígado ni crudas al día siguiente.

Y libros y literatura me hacen pensar también, tan cercana que soy a esos encuentros, que debemos llorar varias pérdidas, entre ellas la de Raúl Padilla López, el fundador de la Feria.

Este año, y los que sigan, regresaré para decir: Estoy aquí otra vez. ¿Qué hay de nuevo en la FIL? ●



# Flor de feria

CARMEN RIOJA

*A Rosa Beltrán y Ernesto Alcocer*

Aunque me sentía en los cuernos de la luna y muy emocionada por desayunar en la misma mesa con Bef, Zaira Espinosa y Paola Tinoco, aquel mi primer año de la FIL de Guadalajara pospandémica sentí que algo se había transformado. El hotel junto a la Expo ya tenía decoración navideña y un pianista melancólico vestido de Santa Claus tocaba boleros junto a la casita de jengibre tamaño natural, donde más tarde ofrecería fotos para los niños a cambio de propinas. Apenas era noviembre. Pero el tiempo se estaba acelerando.

En ese chisme estábamos cuando vi pasar como ráfaga al cuentista y viajero en el tiempo Nacho Padilla, a pesar de que habían pasado algunos años desde su fallecimiento. Por no parecer loca, me despedí con discreción y lo seguí a la calle. Siempre había notado en él una particular forma de estar en todas partes. Al ingresar por la entrada principal de la Expo lo perdí entre las filas y los monitores. Reapareció a lo lejos, doblando la esquina en Avenida Cuentistas. Pensé que se había ido directo al stand de la UNAM, por lo que me dirigí hasta allá, pero de nuevo se esfumó. De pronto, un montón de cuadernillos parecieron saltar de la repisa a mis espaldas. ¡No era normal! Al mirar atrás vi que no había nadie allí. Eran los nuevos materiales de lectura que la UNAM había publicado. Uno de cubiertas color turquesa llevaba su rostro y nombre:

Ignacio Padilla. Levanté el libro del suelo alfombrado y fui a la caja a pagarlo.

Ni ante esas sincronicidades podía sospechar lo que estaba por sucederme, a mí que ya me sentía parte del mobiliario y del paisaje de la FIL. Era un augurio de más apariciones por parte de Nacho, pero también de otros libros que caerían en mis manos. Libros que te transportan como el hoyo de conejo que te lleva al otro lado, según nos reveló Ana Clavel más tarde en la presentación de su libro *Por desobedecer a sus padres*.

Fue cuando sospeché que un aleph como el de Borges podía haber elegido su ubicación dentro de



la FIL y estaba oculto en alguna parte. Sólo eso explicaría que Nacho entrara y saliera de esta dimensión sin mayor dificultad. La aparición de un aleph como portal era lo único viable. ¿Pero en qué stand? Yo quería encontrarlo también. ¿Alcanzaría con mi amor por las ferias para lograrlo?

Desde chiquilla allá en mi pueblo terregoso al norte de México, donde tenía muy pocos libros y a la vez era lo único que tenía, soñaba con que me llevaran a las ferias. Como en Sabinas, Coahuila, no parecía suceder nada, anhelaba ir a algún lado. Pero cuando pedía a papá o a mamá que me llevaran al circo, por ejemplo, ellos siempre contestaban, burlones: No, si te quieren ver, que vengan a la casa. Me convencí de que yo misma era un subtipo de fenómeno o rareza digna de observar.

Comencé a cultivar el deseo de huir con la primera feria ganadera o caravana circense que pasara por ahí, nomás para conocer a otros como yo, tal vez ser aceptada y querida por mis semejantes. Mientras tanto, seguía con mis poquitos libros, lee que releo. Me sentía como Ana Frank, relegada a un oscuro y secreto rincón.

Yo quería ser vista, degustada, igualito que la rana que quería ser pollo en la fábula de Augusto Monterroso. Es decir, leer y ser leída; que los cirqueros, los escritores, los libreros, los organizadores de ferias dijeran: Mira, qué sabrosa rana norteña, si hasta parece pollo... y bien educada.

Mi destino comenzó a fraguarse en la infancia sin que me diera cuenta. A mis once años, ya era ponente cultural en congresos federales de la SEP, por lo que, apenas entrada a la adolescencia, desencantada del elenco político, comencé a soñar con ser una suerte de trapecista del gran circo nacional de las letras. Pero mi madre decía que eso era imposible, que yo no podría ser escritora, que era de un rancho en el chamizal sin bibliotecas.

Como sabía dibujar muy bien, aprendí variadas técnicas de arte y estudié algunas disciplinas para restaurar antigüedades, dediqué mi juventud a trabajar enclaustrada en iglesias y sitios arqueológicos como ayudante restauradora, hasta de poesías y narraciones, y aunque eran sitios designados patrimonio cultural de la humanidad, no tuve mucho

contacto con el mundo exterior, siempre subida yo en andamios. Excepto por las clases de la carrera de Letras Hispánicas que hice a distancia en la UNAM, yo era hasta ese entonces más como una flor de andamio.

Mientras tanto, soñaba en secreto con ser escritora y con que algún día me invitaran a la feria de ferias, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Me imaginaba que allí estaban contenidas todas las otras ferias y todos los circos del mundo del presente y del pasado, y que precisamente ahí se daban cita año con año muchos de sus creadores: escritores, artistas, científicos.

Ya de joven adulta y con residencia en el Bajío, Jorge y Marie, los recién llegados libreros a San Miguel de Allende, me invitaron a acompañarlos a la FIL para su compra anual de inventario 2010. Poco después, partimos en una camioneta rumbo a Guadalajara.

Desde que entré pensé que era el paraíso. La Feria se me reveló como una Biblioteca de Babel viva y gigantesca, con miles de lectores de todas partes del mundo que iban de arriba para abajo a la búsqueda de libros raros o especializados, de ediciones de colección. Vi promotores de lectura, bibliotecarios, capacitadores de materiales educativos y de programas para la gestión de catálogos, gente de casas editoriales y de universidades. Hasta vendedores de colecciones con pago en abonos. Y más todavía, vi escritores de todas partes del mundo, autores de libros de distintos temas, de diversas lenguas y culturas. Los vi y los escuché hablar al público y responder preguntas con gran entusiasmo, como si cada duda que se les planteara les diera más vida.

Aquello se desdoblaba y se multiplicaba exponencialmente para formar el infinito casi perceptible de innumerables y larguísimas filas de estantes. No sólo eran el conocimiento y la *cosidad* poética allí condensada, sino también algunas veces hasta los libros hablaban entre ellos. La FIL me recordó la canción del poeta cubano Alejandro García, *Virulo*, que aprendí de niña, aquella que cuenta sobre un colibrí que poliniza de poesía los textos filosóficos.

Y eso no era ni el principio de la magia, de lo maravilloso, sino apenas una postal de lo que se trataba más en el fondo.

Pronto identifiqué a unos cuantos famosos contemporáneos, autores que admiraba y quería conocer en persona. Aquel año resalté con rosa fosforescente mi programa de actividades. Eran muchísimas oportunidades, y para aprovecharlas seguro me ayudarían los mapas de la FIL. Comencé a aprender los caminos rápidos, a descubrir mis propias rutas secretas, lugares recurrentes y bases de alimentos y servicios. Me haría experta, pero mientras tanto los vericuetos más profundos no me serían revelados todavía.

Bastó un par de años para descubrir que el lobby del hotel frente a la FIL era la entrada a la dimensión desconocida: podías toparte con un premio nobel, como Gabriel García Márquez, Le Clézio, Alice Munro; con una estrella del espectáculo, como Juan Gabriel; con un personaje de la política, como el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas; con humoristas y moneros, como El Güiri Güiri, Jis y Trino. Cualquier combinación podía suceder. Carroñéabamos en el lobby porque era más fácil acercarse a ellos ahí que en los atiborrados salones de la FIL. No pasó mucho tiempo para que fuéramos notadas. Una noche, sin embargo, ciertos autores jóvenes, que bebían whisky en el bar y a quienes no habíamos molestado aún con pedirles autógrafos o una foto, se sintieron menospreciados y comenzaron a llamarnos “flor de lobby”.

Primera lección: apropiarse de la obra implica apropiarse un poco del autor.

Ofendida, tardé algunos años en regresar a la Feria, pero cuando lo hice redoblé mis esfuerzos para ir, ahora a manera de fantasma, a más presentaciones. Buscaba los asientos de atrás o de las orillas; sin hacer preguntas, era participativa en las miradas y en las risas. Luego me iba discretamente con mis notas mientras el resto del público se apresuraba a acorrallar al autor para hacer preguntas, pedir autógrafos y, lo más común, enunciar comentarios sobre su propia vida, del porqué habían llegado hasta ese punto y cómo lo habían logrado; sobre todo, querían ser escuchados y declarar qué era lo que los había hecho identificarse con tal o

cual obra, ya fuera literaria, científica o técnica. Exactamente como yo.

Era notable, por ejemplo, la condición casi atlética, la eficiencia, entre distribuidores, vendedores y libreros de todo el país. Había que dominar lo básico para durar horas y horas, días y días, como ellos, recorriendo y descubriendo aquel universo. Después de los primeros dos días de mi retorno, saturada de tantos discursos, decidí seguir a los profesionales de la edición en sus hábitos, dentro de lo posible, y en una de éstas vi salir del recinto a un grupo. Para entonces ya me había formado un mapa mental de la FIL. Tenía la forma de un gran hormiguero del que se desprendían ríos de gente en sus diferentes arterias, las principales y las secundarias, filas para entrar y salir que se extendían hasta varias cuadras más allá de sus enormes instalaciones.

Aquel trazo por el que se encaminó el grupo de profesionales llegaba hasta El Carnal, un restaurante de mariscos tan sabroso que ameritaba caminar ida y vuelta las siete cuadras de distancia. Todavía cada año provoca un brazo del hormiguero que se extiende para alimentarse.

Lo que aprendí en esa visita, un lunes, a El Carnal, fue que muchos de esos expertos de la industria editorial más tarde aventarían sus corbatas para bailar salsa en un salón de baile y bar: el Veracruz. Lo sé porque ese día me fui tras ellos.

Y allí, en el Salón Veracruz, detrás de un pilar como el que cuida a doña Blanca, estaba ¡el Gabo!, rodeado de grandes poetas y escritores como Alberto Ruy Sánchez, Magui de Orellana y David Huerta. ¡Gabriel García Márquez en persona, para bailar con él sin que lo hubiéramos buscado!

Segunda lección: la realidad siempre supera la ficción.

En los siguientes años conseguí ser corresponsal de radio; luego, de un periódico regional. Mi entrada a la FIL subió un peldaño. Qué suerte de principiante la mía: en esa ocasión vino Salman Rushdie, una de las mentes, uno de los espíritus más brillantes. Y sin más antecedente, de pronto me vi en la rueda de prensa a puerta cerrada, de pie, armada con una única pregunta que como periodista me permitían hacerle a alguien muy





por encima de mis competencias. Había estudiado la pregunta, la había ensayado, pero cuando me dieron la palabra y el micrófono mi mente entró en amnesia total. No recuerdo qué le pregunté ni mucho menos qué respondió. Sólo sé que sonrió y que la pregunta pareció haberlo complacido, porque se extendió en su respuesta con varias anécdotas y algunas risas. Por suerte, llevaba grabadora y a una amiga como testigo.

Meses después, al releer una de sus novelas, recuperé la memoria.

Gané confianza, hice amistades. En la siguiente década me hice experta en la Feria. Observé, escuché, estudié, tomé notas y conversé tanto como pude, a veces en un lobby, a veces en el Salón de la Poesía, a veces en algún stand. Fue entonces cuando mis amigas y yo, agotadas de seguir personajes, una tarde nos sentamos a tomar una cerveza junto a la alberca de otro hotel. Para mi sorpresa, ahí estaba Alessandro Baricco, el autor de *Océano mar*, publicado por Anagrama, novela en la que vi mi espejo. Pero esa vez no fui yo quien pidió la foto, fue él: al terminar de dar las entrevistas programadas en su carrusel de prensa, se acercó a nosotras para descansar un rato en nuestra mesa; antes de irse pidió que nos tomáramos una foto como si fuéramos familia. Aquel año la metamorfosis inició en nosotros.

De regreso a nuestro hotel, pude leer el cuento de Nacho recién encontrado y *CorazoNadas* de Ana Clavel. Sólo entonces entendí por qué el sueño de la razón produce monstruos. Pero también que no había límites: podría alcanzar cualquier objetivo si perseguía al conejo con suficiente sentido del humor. Además, acababa de ver un aleph chiquitito entre las páginas del libro turquesa.

Tercera lección: hay atajos que sólo se revelan en los libros.

Participo en la FIL de muchas formas, bajo diferentes sombreros. Mi sombrero favorito es el de norteña, artista, narradora y poeta, cómico-literata, especialista en restaurar arte y toda aquella historia que necesite ser contada.

Ya no me siento una flor de lobby, pero tampoco aquella flor de andamio de mis primeros tiempos. Me siento más flor de feria, de esas ferias ranche-

ras en donde se celebra a todas las flores del ejido con libros sorprendentes en los que caben todas las ideas.

La FIL de Guadalajara es mágica. Así lo soñó su fundador, Raúl Padilla, un colibrí en vuelo que da espíritu a la FIL. Y sí, hay un aleph oculto, pero cambia de lugar y sólo cae entre tus manos cuando es el tiempo de viajar.

Entre los libros iba el colibrí con su piquito investigando, sin darse cuenta cómo en un jardín los textos fue polinizando.

Y cruzó la geografía con la trigonometría, luego la filosofía la llenó de poesía.

Nacieron libros con una visión distinta del conocimiento, se coloreaba la imaginación y florecía el pensamiento.

Virulo ●



# MemoraFILias

CLAUDIA MARCUCETTI PASCOLI

**M**i memoria suele ser caprichosa, pero recuerda bien mi primera FIL. Todavía ejercía como arquitecta, nunca había escuchado mencionar esa feria—desde niña era lectora, pero solitaria en ese placer—y estaba aterrada de hablar en público o, peor aún, que no hubiese tal. Mi incursión en la literatura, con un libro de cuentos que jamás soñé publicar, había iniciado de manera tan fortuita que cuando me encontré frente a la oportunidad de presentar *Lotería* junto a celebridades tan reconocidas, como Isabel Allende, me sentí abrumada. Recuerdo que, gracias al renombre de la editorial que sorpresivamente me había propuesto publicar—en ese entonces Diana editaba a Gabriel García Márquez, entre otras luminarias—, me había tocado presentar no sólo a la misma hora que la autora chilena, sino incluso en el salón de al lado. “Nadie vendrá a mi primera presentación en la Feria”, pensé al enterarme. ¡Hasta yo quería ir a ver a Isabel Allende! Por suerte, la FIL tenía—y tiene—su estrategia y su magia. Al llegar al cupo establecido, los que no pueden entrar a un salón se repliegan a otras opciones, entre las cuales estaba la mía. En la FIL había—y hay—para todos.

Recuerdo que José Luis Ramírez, titular de editorial Diana, me comunicó que Raúl Padilla, el legendario fundador y presidente de la ya entonces mayor feria iberoamericana del libro, me había hecho llegar una carta—mecnografiada y con su firma—para invitarme a la comida de inauguración. Me sentí tan honrada que guardé esa misiva en mi álbum de recuerdos y la sigo trayendo en el corazón. Raúl me había abierto las puertas de su reino.



La penúltima vez que lo vi fue en la inauguración de la FIL de Monterrey. El gobernador del estado había presumido que “la suya” se convertiría en la mayor feria literaria de México, evidenciando la competencia que había entre las dos más importantes ciudades de la provincia mexicana. Me topé con Raúl a la salida. Me preguntó si presentaría mi nueva novela ahí, le dije que me esperaba a la FIL de Guadalajara –que sería apenas un mes después–. *Fuego que no muere* no estaba distribuido aún, pero evité darle explicaciones. Me sonrió de ese modo enigmático suyo. Le sonreí. Podría jurar que nos reímos juntos en la entraña.

Nuestro último encuentro fue en su casa, en una de esas noches en las que, como solía hacer durante los días de la Feria, recibía a sus invitados según afinidades, de tal modo que pudieran crearse sinergias, porque hasta en eso cuidaba los detalles. Circulaba atento, aunque algo ausente. Cuatro meses más tarde se quitaría la vida, más que en un acto desesperado, en la determinación de un hombre que elige mantener el control sobre sus propias posibilidades. Hoy quiero recordarlo con respeto a sus decisiones y con admiración por sus logros, reconocerlo como el creador de ese planeta –parte esencial del universo literario al que me suscribí– en el que sigo orbitando comprometida y muy agradecida. ●



# Una gran Feria en una gran ciudad\*

ERACLIO ZEPEDA

**D**esde hace [...] años, Guadalajara ofrece al mundo una gran fiesta bibliográfica que se ha convertido en la más importante en lengua castellana. El prestigio que ha acumulado en estos [...] lustros convoca a las más importantes editoriales en nuestro idioma. Muchos observadores la catalogan como la segunda feria del libro en el mundo, secundando a la muy prestigiada de Fráncfort.

El pueblo tapatío se hace presente de manera masiva. Jóvenes, niños, adultos y ancianos colman los pasillos, los auditorios y los puestos de venta. Sin ese público espléndido, que se suma a los profesionales del mundo editorial, escritores y lectores del resto del país y del extranjero, la fiesta sería diferente. Una gran Feria para una gran ciudad.

Nuestra FIL, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en efecto, reúne en sus espacios a un creciente número de escritores importantes de México y del mundo. Ha creado un formato que le permite dedicar, cada año, el lugar central a un país invitado: Chile, Cuba, Perú, Brasil; o incluso a una región, como [...] Cataluña [y] Andalucía. Su presencia se fortalece con un cuantioso número de creadores procedentes del lugar elegido para esa distinción.

La Feria nació por una decisión de la Universidad de Guadalajara, acontecimiento que honra a

ambas. Poco después se instituyó el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, con el que distingue año tras año a un creador destacado. El segundo reconocimiento fue para Juan José Arreola, compañero de Juan Rulfo, el otro gran autor jalisciense, mexicano y universal. El conjunto de los galardonados con ese premio integra ya un Parnaso de maestros de nuestra literatura, que incluye la lengua portuguesa, con Nélide Piñón.

La Radio Universidad de Guadalajara aporta sus medios de comunicación para engrandecer el encuentro. Instala un estudio permanente y el público participa en sus transmisiones. La movilización de prensa de todos los medios es impresionante.

La Feria es un feliz momento para que los escritores se reúnan con sus lectores. He sido un fundador: he asistido, desde la primera emisión, siempre que me convoca. He recibido satisfacciones inolvidables al encontrarme con jóvenes y personas mayores que conocen mis libros y opinan sobre ellos con una seguridad implacable. Recuerdo una reunión con mil jóvenes estudiantes de preparatoria que habían leído los cuentos de *Benzulul*. Cada uno de ellos me escribió una carta en la cual comentaban el libro. Los maestros de literatura de esos muchachos organizaron un jurado y escogieron a un triunfador y dos finalistas entre los autores de aquellas misivas. Me encantó escucharlos y conocerlos.

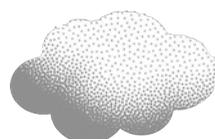
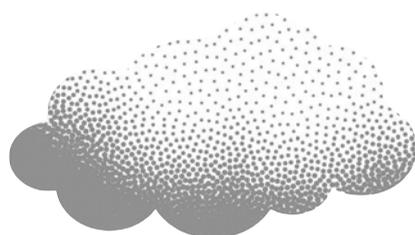
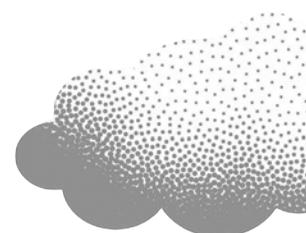
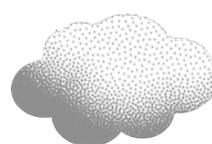
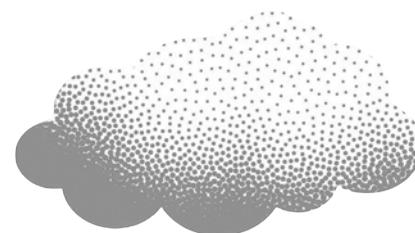
En una de las primeras ferias, me reuní con contadores de cuentos, actividad con la que me asocian. Señalé, amistosamente, la diferencia entre el que inventa una historia y el que la repite. El primero es un artista que crea; el segundo, un artesano que reproduce. Me acompañó, en esa ocasión, don Omar Alfaro, chiapaneco e insigne narrador oral que estudió hasta el tercer año de primaria. Tuvo mucho éxito entre el público. Al finalizar su actuación, me comentó: "Nunca pensé estar en una universidad y que les gustaran mis cuentos". Don Omar es padre de un médico y abuelo de otros dos médicos. Aquel día, él también fue universitario.

En otra de las ferias me reuní con niños. Ahí conocí a Carlitos Correa, quien tenía cinco años. Los dos contamos cuentos al público y grabamos juntos un programa de televisión. Al despedirnos,

le dejé el gafete que me había identificado como participante. Era el cuarto año de esa maravillosa fiesta de los libros. En la quinta Feria, Carlitos se presentó con mi gafete colgado de su cuello. Había aprendido las primeras letras y me regaló un libro manuscrito e ilustrado por él, que conservo con cariño. Cada vez que vuelvo, me encuentro con mi amigo Carlos y con su mamá, la artista gráfica Edith Reynoso. Carlos Correa [se convirtió en] un joven [...] estudiante de cine en la Universidad de Guadalajara y [para 2006 preparaba] sus primeras obras. Una de ellas [sería] un cuento mío, “Ratón que vuela”, con dibujos animados a partir de las ilustraciones del destacado artista plástico Roberto Cortázar. [Construimos] una amistad sólida gracias a la FIL.

Uno de los aportes mayores de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara es la confraternidad entre lectores y autores en un encuentro sin barreras que facilita el entendimiento entre los dos extremos del fenómeno literario: el que escribe y propone y el que lee e imagina el texto final. ●

\* De Vv. aa., *20 años / Feria Internacional del Libro de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2006. Texto editado para el presente número de *Inundación Castálida*.



# Una buena feria requiere milagros



**MARTÍN SOLARES**

**E**s imposible no sentirse muy agradecido con la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Cada año nos entrega algo maravilloso, fruto del trabajo del equipo que la hace posible. Gracias a ella yo he descubierto muchos de los libros y autores que han determinado mi vocación y mi amor por la literatura. Que la FIL exista, que sea impecable y nos haga mejor la vida a tantas personas sólo lo puedo calificar como un verdadero milagro.

La Feria es como un estadio en el que tienen lugar siete partidos al mismo tiempo y todos coinciden en el centro de la cancha. Todo puede salir mal, y sin embargo todo sale muy bien. Bastaría a veces un retraso en un vuelo internacional, un taxi extraviado o un ataque de nervios para que una charla ante mil jóvenes ilusionados que llegan de todo el país o una reunión decisiva para defender una causa justa no tenga lugar. Es tal la perfección de la FIL que sólo nos queda admirar, asombrados, la capacidad de planeación y ejecución rigurosas de sus organizadores, de alguna manera complementados por esos infinitos milagros secretos que ocurren también cada año. El que voy a contar es modesto pero ocurrió.

Una mañana de noviembre entré a toda prisa al aeropuerto de Ciudad de México para abordar un

avión a Guadalajara. Troté hasta la fila de acceso, rebasé a dos colegas novelistas, uno de España y otro de Argentina, les dije que no fueran lentos, que los iba a dejar el avión, y avancé hacia la puerta, que estaba resguardada por dos agentes de seguridad muy malencarados.

Tuve que detenerme, pues delante de mí, justo ya frente a la puerta, una pareja de edad discutía enérgicamente, o más bien, para ser preciso, ella reclamaba a gritos y él guardaba silencio, apenado y contrito. Era evidente que ya habían documentado su equipaje y que llevaban discutiendo al menos la última hora. Como si todavía le faltara poner el último clavo al ataúd, ella lo acusó, con enorme irritación, de conversar con demasiada frecuencia con cierta mujer, y sacó sus conclusiones, erradas o no, a partir de algo que había descubierto esa mañana misma en el teléfono celular del marido. Según ella, dicha evidencia sólo podía conducir a una infidelidad consumada o inminente. Según él, no era más que un malentendido ridículo que podía explicarse con facilidad. Sin hacer caso a esa respuesta, la mujer dio media vuelta y se lanzó al control con la energía que da una gran afrenta recibida, o imaginada. La visión de una mujer tan airada de esa manera infundió un pavor enorme en los policías, porque la dejaron pasar aterrados,

sin pedirle la identificación o ni siquiera el pase de abordar. El hombre la llamó un par de veces con un hilito de voz, pero ella siguió avanzando sin mirar atrás. Él suspiró con hondura.

“Lo mandaron a disfrutar cien años de soledad”, susurró uno de mis colegas, y el otro, “Eso le pasa por mandarle mensajes de texto a la tía Julia o a la madrastra”. Mis colegas y yo avanzamos detrás de él, manteniendo una distancia prudente, conscientes de que no era el mejor momento para saludar ni mucho menos pedir dedicatorias. Cuando el hombre llegó ante los agentes, que ya habían recuperado el aplomo, le cerraron el paso y uno de ellos le pidió, con un rugido, su pasaporte: en vista de que no pudieron detener a la dama, tenían que desquitarse con el caballero, o perderían autoridad. El hombre salió de su diálogo interior como quien despierta de golpe de un sueño, examinó todos los bolsillos del saco, quizá sabiendo que era inútil, y alegó, con un marcado acento sudamericano, que su esposa, que acababa de cruzar la puerta treinta segundos antes, llevaba los documentos consigo. El agente negó con la cabeza y le impidió avanzar, y como el hombre insistiera, miró al otro agente acobardado por la furia femenina pero ahora recuperado el aplomo, y éste negó con la cabeza también. El hombre tartamudeó que por favor lo dejaran pasar, que aquello era ridículo, que la llamaran a ella, pero su consorte ya estaba a muchos metros de ahí. Los agentes, que ahora mostraban ese aplomo tan mexicano, el de “No somos machos pero somos muchos”, negaron con energía, y “Alégale al Ampáyer”.

El maestro no sabía a dónde mirar. Estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando mis colegas y yo nos acercamos y les explicamos a los agentes, “con todo respeto”, que el caballero era uno de los dos premios Nobel de Literatura de América Latina, uno de los más famosos autores del *Boom*, que según decían las noticias iba llegando desde otro evento en Europa para inaugurar la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, donde recibiría un homenaje y participaría en mesas redondas, que por favor le permitieran alcanzar a la mujer de negro que acababa de salir, que era su esposa, para más datos la señora tal, y que estaban casados

desde hacía más de cuarenta años, como cualquiera sabía en el mundo literario. Los agentes miraron con algo de curiosidad al hombre de cabello blanco y actitud benévola y preguntaron si nosotros traíamos identificación. Al instante los tres sacamos nuestros pasaportes y uno de nosotros les mostró también un ejemplar de la novela más reciente del autor, donde por fortuna había una foto suya. Los vigilantes cotejaron el rostro del hombre y devolvieron el libro: “Puede pasar”. El escritor cruzó el control, apenado, y unos pasos después nos dio las gracias. “¿Ustedes escriben también?” “Sí, señor”, le dijimos, “pero no pierda de vista a su esposa”. “Esto se arreglará en cinco minutos... O no”, dijo él, muy preocupado. “Hay cincuenta por ciento de probabilidades”. Lo acompañamos hasta que alcanzó a su esposa y esperamos, siempre a distancia prudente, hasta que la tomó del brazo hablándole y poco a poco ella se serenó. Al oírse el llamado para abordar, subieron juntos por el pasillo.

Nos preguntamos qué habría pasado si aquel hombre hubiera faltado a la ceremonia inaugural que sería en unas cuantas horas, donde debía dar el discurso principal. Hubiera sido muy triste una FIL sin uno de los autores más famosos del mundo, de los más queridos, leídos y respetados de este continente.

Quien lea esta confesión tiene cincuenta por ciento de probabilidades de adivinar la identidad de aquel hombre tanto como de quedarse en la incertidumbre y el misterio... o en la contemplación de uno de esos pequeños milagros que hacen de la FIL una feria tan linda. ●



# De hacedores de milagros en la FIL de Guadalajara

NORMA BAUTISTA\*





**M**e gusta pensar en los integrantes de los equipos de comunicación y relaciones públicas dentro de la industria editorial mexicana como una suerte de hacedores de milagros cuyos valía y talento profesional miran su momento de gloria o suicidio profesional siempre en el marco de Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

La FIL de Guadalajara es la enorme fiesta de la industria editorial en español que en cada edición, ya la número 37 este año, convoca a más editoriales y más escritores nacionales e internacionales, y de ahí que conseguir los espacios estelares, convocar a presentadores de primer nivel y armar agendas de prensa con los medios de comunicación más importantes se convierta en un duelo de trucos y prestidigitación social, siempre con una gran dosis de buena suerte, porque, como diría el clásico, *un golpe de dados jamás abolirá el azar*.

Al tiempo que se pulveriza la comunicación, hoy con más y diversos formatos para consumir historias, hoy con más y diferentes canales para promover contenidos, la FIL se moderniza y adapta con prisa para que siga cubriendo las expectativas y las necesidades de la industria, de los consumidores y de una nueva generación de prescriptores de lecturas: los creadores de contenido en redes sociales.

En más de dos décadas de asistir ininterrumpidamente a la FIL he atestiguado cómo las reseñas de los suplementos y los periodistas culturales han sufrido sus propias transformaciones al competir con una generación de lectores que tras la pandemia, y apoyados por su comunidad de seguidores, cobraron credibilidad y relevancia a través de las pantallas de los celulares. Tanta es su importancia para la industria del libro actual que la FIL es ya la sede del encuentro de creadores de contenido más grande del país y cuenta con su propia temática y sus propios programas de actividades, incluidas conferencias.

El reto de los hacedores de milagros en comunicación y relaciones públicas es adaptarse y em-

pujar a los escritores a las nuevas dinámicas de trabajo en las que una participación en la FIL ya no se limita a una presentación y unas cuantas entrevistas; el esfuerzo de promoción está incompleto si no contempla la grabación de un *podcast* o sostener una *meet & greet* con *booktokers* que producirán material gráfico para mantener la exposición del libro en redes durante uno, dos y hasta tres meses tras el término de la FIL.

Después de 37 años, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara vende entradas por internet y en su *app* se puede crear una agenda con las actividades más relevantes; es posible también reservar lugares para asistir a una presentación que se prevea concurrida y atender el diálogo de presentadores o conferencistas que no viajaron a la ciudad y se encuentran en diferentes partes del mundo. Eso la industria y los lectores lo celebran.

Con todo, me gusta pensar que los trucos, la prestidigitación social y la buena suerte no se sustituyen sólo con la IA o Gemini, al menos ahora, porque los integrantes de los equipos de comunicación y relaciones públicas trabajamos con lo que nos hace profundamente humanos: los libros y sus autores. Y como diría Paul Auster al final de su discurso al recibir el Premio Príncipe de Asturias de las Letras: “Nunca he querido trabajar en otra cosa”. ●

\* Socia directora de Comunicación KrearT, consultora especializada en comunicación y relaciones públicas para proyectos culturales, editoriales, financieros, educativos, gastronómicos y de sustentabilidad empresarial. Tiene 24 años trabajando dentro de industria editorial y desde 2020 es coordinadora del Premio México Gastronómico de Sustentabilidad que convocan Culinaria Mexicana y Larousse Cocina, así como de las becas para el desarrollo de proyectos gastronómicos sustentables para la industria restaurantera que otorga la Guía México Gastronómica de Culinaria Mexicana.

# El día que casi no hay FIL

LAURA NIEMBRO



**A**quel viernes previo a la inauguración de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, los radios del comité organizador comenzaron a sonar con insistencia. Yo me encontraba revisando los detalles del montaje del Auditorio Juan Rulfo para la ceremonia de la mañana siguiente. El radio sonaba sin cesar: todo el equipo debía presentarse en el vestíbulo tres de la Expo Guadalajara. Cuando llegué, me encontré a mis compañeros formados en círculo; unos estaban llorando y otros estaban pasmados, en *shock*. Un panorama desolador: faltaban quince horas para abrir las puertas de la Feria y la mitad del área de exposición no estaba todavía montada.

Era el año 2003. Nubia Macías, que entonces se estrenaba como directora general de la Feria, nos explicó que la empresa contratada para hacer el montaje no calculó bien tiempos ni materiales

y simplemente bajó los brazos. Su director terminaría más tarde en el hospital, con un evento cardíaco.

La instrucción fue: todos arrimen el hombro en lo que puedan y llamen a familiares y amigos para que apoyen. Se formaron cuadrillas para ayudar en lo que se pudiera a los expositores que se habían quedado sólo con cuadrados marcados con cintas en el suelo, sin paredes ni estanterías; algunos afortunados tenían sus tres paredes, pero no los estantes para colocar sus materiales.

El sistema de montaje que se usaba en ese tiempo era complejo y requería de herramientas especiales, de manera que de poco servía nuestra mano de obra para montar. Quienes integrábamos el comité organizador, la mayoría mujeres, tomamos góndolas y comenzamos a recoger basura; ayudamos a los expositores a quitar flejes, abrir cajas, ordenar libros. Y también les llevamos algo

de comer o de beber, lo que fuera, con toda nuestra buena disposición, para disminuir su justificado enojo. Algunas de mis compañeras limpiaron con tñer las pocas mamparas que había—ya no importaba la manicure—.

Se corrió la voz por la ciudad: la FIL estaba en peligro. Edwina Mariscal, quien entonces presidía la asociación de empresas de montaje, lanzó una alerta: “Lleven a la Expo el material y el personal que tengan disponibles”. Los agremiados respondieron, solidarios: sierras, mesas, placas de melamina, varillas de aluminio, todo tipo de materiales y herramientas de pronto inundaron los pasillos por doquier. El patio de maniobras se llenó de tráileres y camionetas.

Compañeros de distintas dependencias de la Universidad de Guadalajara corrieron en nuestro auxilio. Comenzaron a llegar camiones con estantes que prestaron varias bibliotecas de preparatorias, volvieron a la Expo los estantes de lámina amarillos con los que se inauguró la primera FIL. Hasta los cargadores del Mercado de Abastos, que ya habían terminado su jornada, regresaron para sumarse a nuestras cuadrillas.

Las repisas que llegaron, sin embargo, no embonaban con las mamparas ya instaladas, así que se tuvo que colocar libreros, los que fueran. Algunos expositores salieron a comprar libreros de plástico, otros pusieron huacales de madera y otros lo resolvieron con los famosos estantes amarillos.

Aquello era un hormiguero frenético. Pronto la ayuda se convirtió en caos, pues los sistemas de montaje de que se echó mano no eran compatibles entre sí, y faltaba también entregar el mobiliario (mesas y sillas) para cada stand de los que se iban montando. El tiempo se agotaba.

El Grupo Omega mandó materiales y personal comandado por Adrián Lara, quien, con su eficacia y capacidad de organización, se hizo cargo de arreglar el desorden. Eso a la postre le valió ser nombrado jefe de montaje de la FIL, cargo que ejerce hasta la fecha.

En la madrugada, Tania Guerrero, quien durante los siguientes veinte años sería directora de operaciones de la FIL, nos dijo que quienes daríamos la cara al público al día siguiente nos fuéramos a



dormir y nos presentáramos a las siete de la mañana, arregladas y listas para recibir a las más de mil personalidades que asistirían a la ceremonia de inauguración, donde estaría Gabriel García Márquez.

Cuando volvimos, y aunque había mucha basura en los pasillos todavía, la mayoría de los stands ya estaban montados y los libros de muchos expositores ya estaban colocados, por lo menos los de los stands más visibles. La Feria abrió sus puertas, como cada año, a las nueve de la mañana.

Después de la ceremonia de inauguración, donde Rubem Fonseca recibió el entonces llamado Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, pasamos al recorrido inaugural, cuya ruta tuvo que ser modificada para que el contingente pasara sólo por los pasillos que estaban más terminados. Conforme avanzábamos, discretamente se iba avisando por radio al equipo de montaje por cuáles pasillos pasaríamos, y así los compañeros que habían trabajado toda la noche comandados por Tania iban escondiendo la basura, quitando la cinta del piso, para que las autoridades vieran “todo en orden”. Al mismo tiempo, Myriam Vidriales, jefa de prensa de la FIL, se reunía en rueda de prensa con el premio nobel colombiano, lo cual atrajo a la mayoría de los periodistas.

Horas después, un reportero se me acercó y me dijo que corría el rumor de que la Feria había estado a punto de no abrir, “pero vi a las chicas del comité tan arregladas y tan serenas que supe que sólo fue un rumor malintencionado”. “Claro, querido”, le respondí.

Después de aquel incidente, se mandó hacer un sistema de montaje propio y el equipo aprendió a reconvertirse en lo que haga falta para que la FIL de Guadalajara no falle a su cita con los lectores. ●



# Discurso en la ceremonia inaugural de la XXVII Feria Internacional del Libro de Guadalajara\*

YVES BONNEFOY

*Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2013*

(Traducción de Dulce María Zúñiga)

**A**gradezco antes que nada al jurado del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara por haberme concedido el premio este año. Conozco la calidad de sus galardonados de años anteriores y no puedo evitar decir que el hecho de que hayan elegido mi obra es un gran honor, del que espero ser digno. Pero quiero agradecer también a todos aquellos que con sus iniciativas, su apoyo activo y su trabajo aseguran la existencia de este premio y lo han llevado a ocupar un lugar de gran importancia en el escenario internacional. Estas palabras me surgen del corazón en este mismo instante de alegría por encontrarme aquí, en México, en este país donde tengo el gusto de contar con buenos amigos, algunos de los cuales están entre nosotros hoy.

Dicho esto, quisiera ahora reflexionar un poco ante ustedes acerca de la justificación de la existencia

de un premio que, consagrado a la literatura, tiene por ello el poder de llamar la atención sobre esa forma particular de cuestionamiento del mundo y de la existencia de lo que llamamos poesía. Pensar en ella hoy no es algo natural ni simple. No dudo que la poesía sea aún muy ampliamente reconocida, amada, practicada, en este país y en los demás de América Latina. Hay aún en su sociedad de lengua española, anclada en un rico pasado prehispánico, esta bella continuidad entre la cultura popular y las preocupaciones del intelecto, que es el lugar del espíritu donde la poesía se abreva vigorosamente. Veo grandes obras sucederse entre ustedes y retener la atención por bastante tiempo.

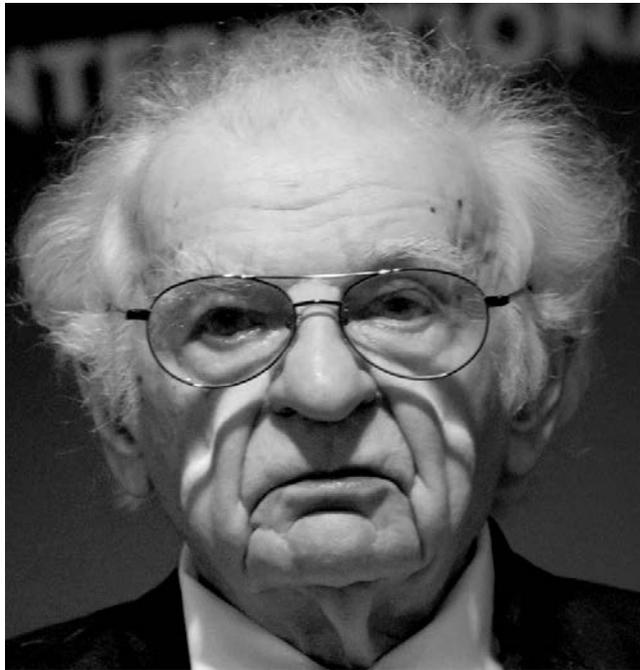
Pero en otras partes del mundo la tecnología y sus empleos comerciales incitan a mirar la realidad natural y social no sin prejuicios por la sensibilidad poética y su comprensión de la vida. En Francia, por ejemplo, nuestras universidades tienen la tendencia a colocar las ciencias humanas y el debate de las ideas en el primer plano de sus intereses, y la poesía no es considerada una necesidad fundamental.

Sin embargo, el premio que se me otorga aquí este día pone el acento sobre esa necesidad. Es maravilloso que su irradiación permita a esa idea verídica ser escuchada mucho más allá de las fronteras de México.

Pero ¿por qué es necesario pensar en la poesía? ¿Es quizás porque en ella hay acercamientos a la condición humana más numerosos o más importantes que lo que, por ejemplo, saben reconocer los filósofos de la existencia? ¿O porque serían formulados con más imaginación y elocuencia que en los escritos en prosa? Sí, cierto, es verdad que las grandes obras de la poesía—las cuales no son sólo poemas, y situó en primer lugar entre ellas a un

Shakespeare o un Cervantes— se arriesgan mucho antes por los laberintos de la conciencia de sí mismos. Es en las dudas angustiadas de Hamlet donde la modernidad del espíritu encontró su suelo más fértil. Y hay en cada uno de nosotros una relación interna con nosotros mismos que no se libera de las muchas ilusiones de la existencia ordinaria que cuando escuchamos un ritmo apropiarse de las sílabas largas y breves de las palabras de nuestra lengua natal.

Y sin embargo, no debemos dejarnos llevar por la embriaguez fácil de la música verbal. El ritmo de las palabras puede ponerse al servicio de la simple elocuencia. La mentira también puede usarlo.



Pero no por ello deja de ser un llamado que nos atrapa muy profundamente, seduciendo nuestras emociones, haciendo decaer nuestras convicciones perezosas. Por esa llamarada de la palabra comenzamos a existir de nuevo, por su vía pueden reaparecer, seguramente entre algunos engaños, necesidades e intuiciones que son nuestra verdad más esencial. Porque la existencia, esta vida humana que nace y debe

morir, que es finitud, que se topa incesantemente con los imprevistos del azar, es, antes que nada, una relación con el tiempo; ¿y cómo acceder a la comprensión del tiempo sino escuchando los ritmos, esa memoria del tiempo, actuando sobre las palabras fundamentales de la lengua?

Hay en la poesía una relación específica y fundamental con el tiempo, es lo que hace que ella sea el acercamiento más directo con la verdad de la vida. En francés, por ejemplo, debemos a Villon, a Racine, a Baudelaire, saber percibir los aspectos de la condición humana que nadie como ellos supo reconocer. El papel decisivo de la relación con el otro en el despertar del yo, en su intelección de lo

que es y lo que no es, nunca ha sido experimentado con mayor intensidad que en los poemas de *Las flores del mal*. Pero lo esencial de la poesía no se da en ese nivel en que la verdad de lo humano se desprende y se manifiesta. Está por debajo, en la vida misma de las palabras, y es en esa profundidad de la palabra donde hay que encontrar la acción de la poesía y, a partir de ahí, comprender su importancia. Comprender que la poesía es el fundamento de la vida en sociedad. Comprender que la sociedad sucumbirá si la poesía se extingue, poco a poco, en nuestra relación con el mundo.

¿Lo esencial de la poesía es su relación con las palabras? Sí, y ahora me explico. ¿Qué son esas palabras? ¿Es lo que permite pensar las cosas, analizar su naturaleza, deducir sus leyes, enunciarlas, en resumen, elaborar nuestro conocimiento del mundo y organizar nuestras acciones? Sí, las palabras son eso; sabemos que son portadoras de conceptos que construyen para nosotros lo que llamamos *la realidad*, y que nos la explican. ¿Pero esa realidad que debemos al pensamiento conceptual es realmente, plenamente, lo que existe fuera de nosotros y en nosotros, en la intimidad de nuestras vidas?, ¿no será sino una imagen esquemática que al ser parcial puede estar afectada por la falta fundamental? El pensamiento conceptual es generalidad, en efecto, de lo intemporal, no puede percibir en nosotros esa experiencia del tiempo que, como lo dije antes, es nuestro ser mismo. ¿Las palabras nos traicionan?

Pero escuchemos algunas de ellas, escuchémoslas en sí mismas, sin pensar en nada. Pronunciemos la palabra *árbol* o la palabra *río*; o, con Mallarmé, *fleur*; o esas otras palabras que evocan seres y no cosas, y que llamamos *nombres propios*. ¿Qué veo cuando digo *árbol* o *río*? Ninguna figura precisamente definida que propone el diccionario. Pienso en el árbol tal como existe, con sus ramas, sus hojas, pero también en que está sembrado al borde de un camino, en su posible lugar en mi vida. Y esa idea es evidentemente imprecisa, pero lo que sé, en todo caso, lo que siento en lo más profundo de mí es que *ese árbol*, cualquiera que sea, está en un lugar donde puedo caminar; él es como yo, como cada uno de nosotros, es presa del tiempo que permite nacer y morir.

Es, pues, una palabra, una palabra lo que me ha permitido este reencuentro con una realidad viviente. La palabra que enuncia las leyes puede también ser la que revela existencias. Puede servir de esta manera la causa de esta memoria de la existencia y su verdad propia que nombro *poesía*. Y ésta, a cambio, puede ir adelante de las palabras, liberarlas de su prisión conceptual, regresarlas a su vocación nominativa. ¿Cómo? Precisamente por esos ritmos que lleva en la palabra. Apoyándose en los sonidos, largos y breves, las asonancias, los ritmos del poema toman a las palabras por otro lado, distinto del concepto, impiden a su espíritu encerrarse en éstos. En el poema, la palabra retoma su capacidad de mostrar, de rendir las cosas a su inmediata y plena evidencia.

La poesía ama las palabras, debe amarlas, debe reconocer y encontrar en ellas la memoria de la plena realidad existencial. Y luego, como consecuencia de esta evidencia primordial, una segunda observación. Las palabras, pues, las palabras cuyo lugar poético es el poema. ¿Pero qué son esas palabras que no se reducen a su contenido conceptual? La vida que ha alentado a través de los siglos a hombres y mujeres en las circunstancias particulares de su lengua, entre ellos los datos geográficos y climáticos, los hechos históricos y las grandes ideas, y a veces los momentos de ceguera. Las palabras no son el simple reflejo de una naturaleza igual en todos lados; han trabajado en esos lugares diversos de maneras diversas, en cada lengua tienen una historia que las hace reencontrar el mundo fundamental con ojos que cambian de una lengua a otra. En francés yo digo *le soleil*, *la pierre*, y no será exactamente lo que ustedes ven cuando dicen *el sol*, *la piedra*.

De aquí se desprende que es importante para la poesía, la poesía de cada nación, de cada lengua, saber que hay otras lenguas. El hecho es que los grandes vocablos fundamentales de una lengua son una aproximación particular a la realidad, con intuiciones que pueden ir directo a la verdad de la vida pero que también pueden dejarse obnubilar por sus ardides y así cada una de las lenguas que existen pueden dar lugar a comparaciones, tomando conciencia de sus propias insuficiencias y, así, la

posibilidad de acceder a una mayor comprensión verdadera de la vida. ¡Qué maravilla que la Torre de Babel se haya derrumbado! Habríamos sido prisioneros de una lengua única, que nunca habría tomado conciencia de sus límites en el contacto con otra. Fatalmente esa lengua solitaria no habría sido sino un gran sueño, encerrada en una ideología.

Escuchémonos unos a otros, ya que hablamos lenguas diferentes. Y, antes que nada, traduzcámonos. ¡Pero cuidado! El interés por la traducción que es tan felizmente característico de la poesía hoy, en Francia, en todo caso, no debe ignorar que traducir es también una tarea tan difícil como la invención poética original. Transportar a su lengua las significaciones de un texto escrito en otra es pasar al lado de la poesía, ya que ella misma es precisamente la transgresión de la significación conceptual. Cuando encontramos un poema en otra lengua es necesario revivir la lucha que su autor sostuvo con o en contra de las palabras. Y como esas palabras del poeta hablan en él de su pasado a la vez que de su presente, es preciso que la traducción de su obra se dé tomando en cuenta toda la historia de esa lengua, lo que no es posible, evidentemente, y en todo caso afortunado, sino amando la lengua.

Amemos las otras lenguas. Amémoslas hoy, en este siglo en el que son tan accesibles a todos, cuando el aprecio por las lenguas supuestamente extranjeras es uno de los raros grandes recursos que nos quedan. Por mi parte, siempre quise hacer de la traducción de poesía una actividad estrechamente complementaria a la escritura poética propia. Y créanme que una de las cosas que más lamento es no haber llegado demasiado lejos en el aprendizaje del español. Antes de que los azares de la vida me hubieran conducido a elecciones diferentes, había leído, al término de la guerra y con mucha emoción, el *Cante jondo* de Federico García Lorca en su texto mismo, que ofrece pocas dificultades de vocabulario y de sintaxis. Luego pude aproximarme a Góngora, a otros poetas del Siglo de Oro. Y, finalmente, a los poemas y a la persona de Octavio Paz. Aunque no poseo, decía, el dominio del espa-

ñol, le debo mucho a su lengua en mi relación con la poesía.

¿Y qué es lo que le debo al español? Pues bien, una buena parte de este pensamiento acerca de la importancia de las palabras que acabo de formular ante ustedes. De entrada, lo que más me impactó en su lengua es la belleza de los grandes vocablos, la *pedra*, el *viento*, el *fuego*, la *sierra*, *soledad* o *dolor*, para retomar palabras de un soneto famoso del Siglo de Oro sobre las ruinas de Itálica.

Siento cómo la poesía misma de esas palabras parece formar un solo cuerpo con la tierra y el cielo. Amo las palabras del español. En aquellos años lejanos de mi lectura de García Lorca o de Góngora, esas palabras me apoyaron en mi regreso a la práctica poética después de algunas estaciones de ejercicio en la prosa surrealista.

Después de eso, la amistad de Octavio Paz, enseguida las de Homero Aridjis y de otros poetas, me orientaron hacia este interés instintivo hacia México. ¿Por qué? Porque las palabras de la poesía tienen por función primera, acabo de decirlo, no formular la verdad, sino que antes que nada quieren reunir para todos nosotros los grandes aspectos de una tierra que sea, en fin, humanamente, poéticamente, habitable. Ahora, estos poetas de su país no dejaron de poner las grandes palabras de la lengua española al servicio de esta tierra en todos los planos necesarios, en particular en el plano de la justicia social y de la protección del entorno planetario, confirmándome, así, en la idea de que invención poética y cuidado de la sociedad son una sola cosa. Esta enseñanza de su civilización debe ser aprendida en el mundo entero.

Muchas gracias. ●

\*Versión escrita del discurso pronunciado por Yves Bonnefoy en el Auditorio Juan Rulfo el 30 de noviembre de 2013, en ocasión de recibir el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances de ese año. Fue publicado por la Universidad de Guadalajara a través de la Rectoría General y por la FIL de Guadalajara en su página: [https://rectoria.udg.mx/sites/default/files/2013\\_11\\_30\\_mensaje\\_de\\_yves\\_bonnefoy\\_ceremonia\\_inaugural\\_fil\\_2013.pdf](https://rectoria.udg.mx/sites/default/files/2013_11_30_mensaje_de_yves_bonnefoy_ceremonia_inaugural_fil_2013.pdf), [https://www.fil.com.mx/premiofil/2013\\_disc.asp](https://www.fil.com.mx/premiofil/2013_disc.asp).



# El Salón de la Poesía: orilla cálida del otro lado del lenguaje

CARMEN VILLORO



**E**l Salón de la Poesía es mi rincón favorito de la FIL de Guadalajara. Con quince años de existencia, ese espacio ha sido anfitrión de innumerables poetas de todo el orbe que llegan ahí a compartir sus poemas, siempre acompañados de algún presentador, poeta mexicano o extranjero. En el segundo piso del área internacional de la Expo, se ha acondicionado un salón amplio pero lo suficientemente acotado para ser acogedor. Pequeñas islas de mullidos sillones, taburetes y mesitas crean una atmósfera confortable donde uno se despoja de la prisa, coloca bolsas y mochilas en el piso y se dispone a entrar en la dimensión de la poesía, la orilla cálida que nos espera del otro lado del lenguaje. Tal parece que quien entra ahí sabe que la poesía se considera un género de la literatura, pero en realidad es otra cosa, más parecida a un estado alterado de conciencia. Las organizadoras tuvieron la maravillosa idea de invitar a una casa tequilera a patrocinar las lecturas y los oyentes que así lo desean reciben su caballito de tequila blanco o reposado que les ayuda a ponerse en modo “escucha”, a tono con los que ya traen esa disposición ante los versos. Así, los conocedores y los neófitos escuchan los poemas que van cayendo al alma derechito o a pequeños sorbos.

Todos sabemos que la poesía no tiene un gran mercado, que los libros de poesía no son un producto comercial. La falta de conocimiento, los prejuicios que la colocan como una producción in-



accesible o anticuada, aburrida y solemne, alejan a los lectores y posibles compradores. Por ello, en las librerías los libros de poesía se encuentran, casi siempre, en los últimos estantes, los de difícil acceso, y sólo se venden a quien pregunta por ellos, ese lector especializado que casi nunca encuentra lo que busca. Estoy haciendo una generalización tal vez injusta con las librerías y los libreros que aprecian y conocen de poesía, que los hay, pero son pocos. Ese desconocimiento del arte de la poesía es un fenómeno contemporáneo, porque en el siglo XIX e incluso a principios del XX, tenía muchos lectores y sobrado prestigio. El auge publicitario y la competencia de mercados editoriales de los años setenta en adelante la fueron relegando al ámbito de la academia y de los pequeños grupos literarios. La función que tiene la poesía de bálsamo, espejo y expresión última de la condición humana fue suplantada por los libros de autoayuda. Algo parecido está sucediendo con el cuento, ese género intrépido que desarrollaron con excelencia Borges y Cortázar (argentinos muy reconocidos) o Amparo Dávila e Inés Arredondo (mexicanas muy desconocidas) y que, para los mercados, desmerece ante el aplastante éxito comercial de las novelas. Hay mucho que pensar y discutir sobre las preferencias de los lecto-

res y las estrategias publicitarias de las editoriales, pero lo cierto es que a la poesía hay que rescatarla del sótano y ponerla al alcance del lector.

Ante tal panorama, el Salón de la Poesía de la FIL de Guadalajara le otorga a ese arte un lugar especial, algo así como la sala VIP del aeropuerto, reservada sólo para los que ostentan ciertas credenciales, aunque aquí el único requisito es inscribirse a tiempo. Es, hasta donde yo sé, el único espacio al que hay que registrarse por correo para asistir. Eso lo convierte en un espacio aspiracional. La alta categoría de los poetas invitados a leer sus poemas justifica el esfuerzo.

Me ha tocado ser presentadora de algún o alguna poeta en varias ocasiones, a solicitud del autor o la autora en cuestión o por invitación de las organizadoras, y siempre lo he considerado un regalo y un privilegio. Fabio Morábito, amigo mexicano; Claribel Alegría, Ernesto Cardenal y Gioconda Belli, los tres nicaragüenses; Ana Blandiana, rumana; Raúl Zurita, chileno; y Yolanda Ramírez Michel, amiga de Guadalajara, me han permitido conocerlos más cercanamente a través de su poesía y comentar con el público sus cualidades y singularidades. Como escucha, he asistido a muchas lecturas que han ampliado mi panorama de la poesía y me

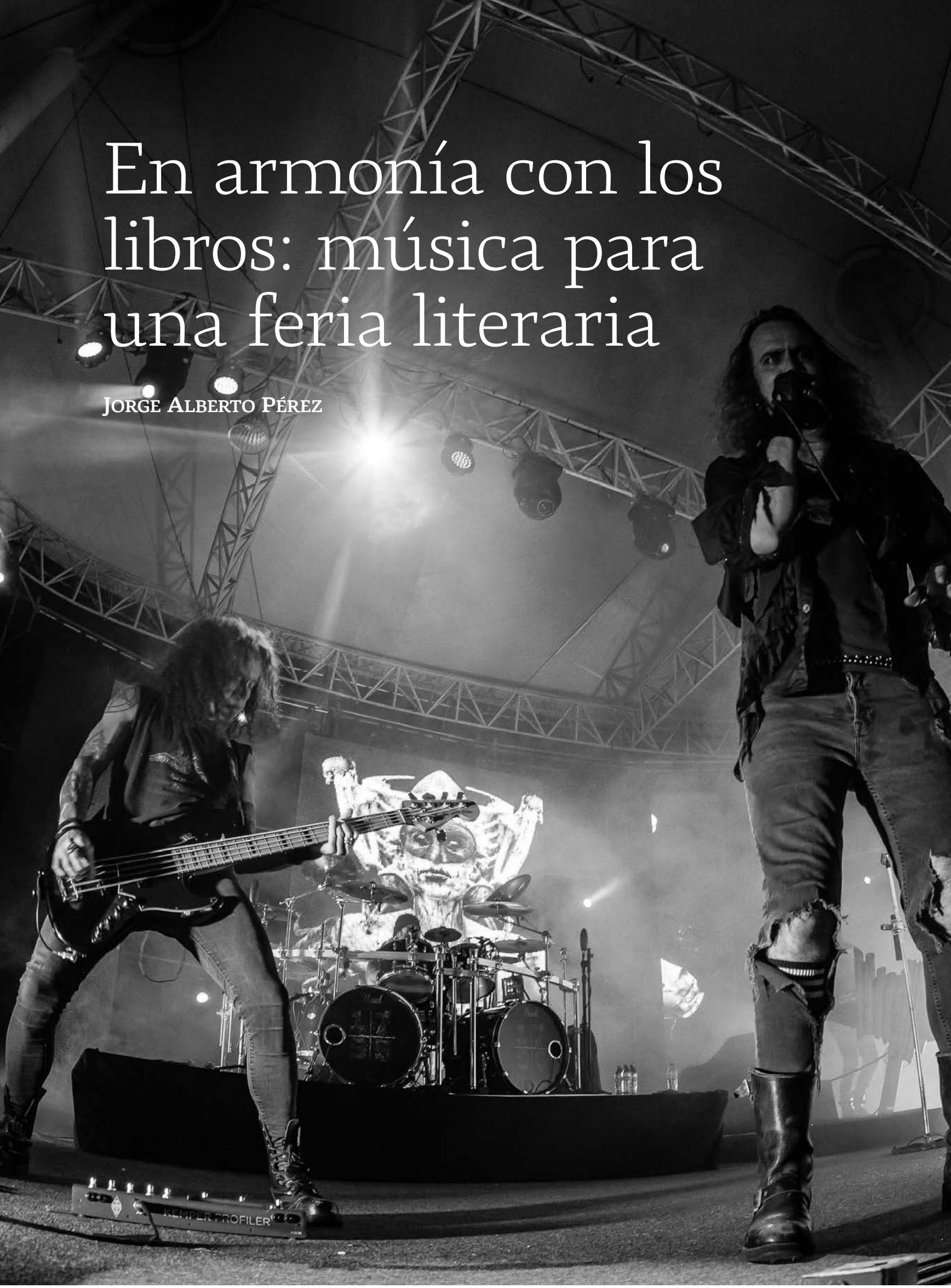


han proporcionado verdaderos hallazgos. Cada año espero con entusiasmo ese verdadero banquete de poesía y lo agradezco con todo mi ser.

Si la FIL tiene propósitos diversos, me queda claro que el más importante ha sido el de educar públicamente. Son ya numerosas generaciones las que se han visto beneficiadas con la gran oferta de libros, pero también de actividades gratuitas. Hay quien prefiere los conciertos, los nutridos coloquios, los homenajes, o bien, asistir sólo a las presentaciones de los más famosos. Ofertas existen para todos los gustos y todas las necesidades. Yo prefiero esa cápsula aislada de la prisa, ese rincón hospitalario en medio del bullicio en donde vuelvo a sentir, cada vez, que el mundo es habitable: el Salón de la Poesía. ●

# En armonía con los libros: música para una feria literaria

JORGE ALBERTO PÉREZ





Las personas que visitan la Feria Internacional del Libro de Guadalajara por primera vez se sorprenden al ver que cada una de sus nueve jornadas es coronada cada noche por un espectáculo en el llamado Foro FIL, un espacio donde convergen artistas del país invitado para presentar otra cara de su cultura. En el lejano 1993 fue la edición de la feria libresca en la que se estrenó la figura de invitado de honor, que tocó ser a Colombia. El país o la región que desde entonces ocupa cada año ese privilegiado puesto se encarga de presentar el contenido para esas nueve noches, a la par de un amplio programa literario, exposiciones de artes plásticas, etcétera.

Remontarnos a la historia del Foro FIL implica recordar varios hitos. Uno de importancia es el valor que ha tenido como factor de crecimiento en infraestructura. Quienes tenemos décadas visitando la FIL sabemos que esa edificación techada no siempre existió: los espectáculos se montaban en la calle, afuera del recinto ferial propiamente dicho, la Expo Guadalajara. El *venue* era conocido como “Explanada”, mote que sobrevive y su uso evidencia a los veteranos. La Expo Guadalajara fue creciendo en gran medida por la influencia y las necesidades de la FIL (una de las dos únicas actividades que ocupan en su totalidad el recinto), y el requerimiento de un espacio para albergar conciertos motivó la creación del Foro Expo, renombrado Foro FIL. Si bien no se ha consolidado como recinto habitual para espectáculos en la ciudad que no sean de la FIL, tiene calidad y se equipa como cualquier escenario que recibe espectáculos internacionales.

Otros hitos fueron los conciertos de dos cantautores—que no son de mis gustos personales—que no sólo rebasaron el aforo permitido, sino que colapsaron la avenida cercana (Mariano Otero): Silvio Rodríguez con Cuba como invitado de honor en 2002 y Joaquín Sabina con Andalucía en 2006. Una razón para que eso ocurra es la condición de gratuitos de los conciertos: en una metrópoli que para inicios de los años dos mil aún carecía de foros y, por tanto, de giras internacionales, un *set* de nueve conciertos consecutivos representa un oasis. Máxime si algunos de los artistas gozan de fama, como Sabina y Silvio.



Ante los músicos que acaso no disfrutaban de ser tan conocidos, el público responde de diversas maneras: es un público “flotante”, pues muchas veces el foro se va llenando o vaciando conforme el flujo de asistentes a la FIL entra y sale del lugar, según les guste o no en el momento la música que escuchan. En ese sentido, el espectáculo en cuestión representa un instante de descanso del ajeteo que es visitar cientos de *stands* repletos de libros: nadie habla de lo desgastante que puede ser decidir durante varias horas qué libros comprar—también desgasta la cartera; y, ya lo dijimos, los conciertos son gratuitos—. Para los profesionales que visitan la feria, en su mayoría foráneos, el Foro FIL es el momento de fiesta, el punto de encuentro.

Aunque también se incluyen las artes escénicas, es quizá al lado musical al que se debe que la FIL de Guadalajara sea considerada sobre todo un festival cultural y no sólo una feria del libro. A cualquiera le gusta un diálogo abierto entre autores y periodistas o entre filósofos y académicos, las exposiciones son siempre atractivas y resultan una ventana al arte del país que llega como invitado de honor, pero un concierto es una experiencia que se conecta con otra parte de nuestros intereses y gustos culturales, con otra región de nuestro cerebro. Dijera Nietzsche: es el lado dionisiaco lo que satisface un equilibrio en la fiesta de los libros. Frente al pensamiento, celebración.

Pienso asimismo que quizá el lado musical es lo que potencia esa característica de la FIL de tener un programa único, no obstante la gran inversión

que representa para el invitado de honor producir y realizar nueve conciertos que no se traducen en ingresos de taquilla. El esfuerzo compartido con la Universidad de Guadalajara da sus frutos: también creo que la música es lo que termina por consolidar a la FIL como el máximo acontecimiento social en la urbe tapatía.

Las ciudades, los países o las regiones que deciden embarcarse en la aventura de ser invitados de honor de la FIL de Guadalajara tienen un espacio incomparable para mostrar una selección de sus artes escénicas y musicales. Para los melómanos es la oportunidad de escuchar música que de otra manera no podrían, pues no tan fácilmente vienen a México o a Guadalajara artistas como The Notwist, de Alemania (2011), y Ana Bacalhau, de Portugal (2018). O qué decir de Italia (2008), cuando trajo a sus clásicos del rock progresivo Premiata Forneria Marconi, PFM: en aquella ocasión, entre el público hubo quien levantaba un LP de los setenta. Imposible dejar de imaginar que acaso el oyente conocía a la banda desde esa época, cuando pese al restringido mercado sí circulaban como joyas y de mano en mano esos discos importados. Un concierto de PFM en las décadas anteriores a la feria del libro era algo imposible, pero gracias a la FIL debutaron en la capital de Jalisco.

Una curaduría bien planeada, como la que vimos en 2023 con la Unión Europea, permite exponer en nueve sesiones una cantidad significativa de identidades musicales, que en su caso tuvieron que sintetizar las posibilidades de veintisiete países.

Géneros que cruzan fronteras, ideas musicales que reverberan en diferentes tonalidades, música que nos vincula a pesar de las diferencias étnicas... El Foro FIL es un lugar para que suene la variedad de la música, para el beneplácito de quien acuda y abra sus oídos a propuestas muchas veces desconocidas. Contra la sobada y constante crítica de “Mejor hubieran traído a Fulanito...”, siempre estará el genuino interés por descubrir nuevas sonoridades.

Y la literatura misma, el corazón de la FIL de Guadalajara, también suena en el Foro FIL, con muchas evocaciones. Tan sólo el último concierto de la edición anterior, con Silvia Pérez Cruz y Valeria Castro, tuvo múltiples ecos de sus influencias literarias, versos que salieron de la página y se convirtieron en canción en voz de las cantantes. Pero hay algo que recuerdo más que nada por su potencia: al hablar de la delicadeza de la poesía pocos se imaginarían sonidos tan alejados como los de la música de rock pesado, o *metal*, ese nombre genérico que se le suele dar. Cuando tuvimos a Portugal como invitado de honor en 2018, un momento climático fue la presentación de Moonspell, célebres metaleros muy queridos en México. Al comienzo de su concierto, el quinteto interpretó “Opium”, uno de sus primeros éxitos que los dieron a conocer en el mundo. No es un secreto: la composición tiene versos de Fernando Pessoa, el prominente poeta portugués, un autor tan vasto que creaba escritores. ¿Hay algo más literario y musical que unos potentes *riffs* de guitarra, una batería explosiva y una voz que entona las palabras de un poeta nacional?

Otro momento sumamente emotivo fue el de Lidia Jorge, premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2020 (de la edición pandémica): la escritora lusa intervino en la edición de 2023 durante el concierto de la Joven Orquesta de la Unión Europea (también conocida como Orquesta Juvenil de la Unión Europea; European Union Youth Orchestra, EUYO), un ensamble que para la ocasión viajó con músicos de una veintena de países y fue complementado con músicos mexicanos, todos bajo la batuta de Carlos Miguel Prieto (hijo del chelista y escritor Carlos Prieto). El concepto del programa musical fue *memoria y conexión*, con el mensaje “¿Por qué necesitamos recordar?”. En medio de la música orquestal se hizo una pausa para escuchar las palabras de una autora que ha abogado por la recuperación de la memoria histórica de toda la humanidad y no sólo de su país, en su caso con lo ocurrido en la Revolución de los Claveles (recomiendo leer su libro *Los memorables*, traducido por Ma. Auxilio Salado Pérez y publicado en México por Elefanta Editorial en 2018). Si consideramos “las palabras como instrumento de tolerancia y de apertura”, como reza el título de la charla en la que participaron Lidia Jorge, Olja Savičević, Walid Nabhan, Naoise Dolan y Angelo Tijssens, consideremos que a su vez la música abre espacios para reconocer la riqueza de la diversidad y para recuperar testimonios, que la música también promueve la literatura: una experiencia cultural que incluso nos conecta con mayor facilidad para contar nuestras historias. ●



# Filotauro

ALONSO ARREOLA



Cumple treinta y siete años, la FIL. Haciendo cuentas, sumábamos trece cuando nació su laberinto. Desde entonces no hemos dejado de visitarla—salvo por un paréntesis juvenil—. La razón es simple. Nuestro abuelo fue escritor y nuestro padre, librero. Ambos nacieron en Jalisco y pasaron buena parte de sus vidas en Guadalajara. Para ellos—y, por efecto dominó, para toda la familia—, los días de Feria suscitaban una excitación particular e insoslayable, anuncio de choques improbables, reencuentros amistosos, intercambios de papel antiguo e insólitas conversaciones con titanes de influencia eterna. Eso recuerda el niño que fuimos. Ese que más tarde, a los incandescentes diecinueve, optó por la distancia saludable.

Sucedió que tomamos el camino de la música y, completando una ruta suicida, nos metimos a estudiar literatura soñando credenciales de poeta. Pero abandonamos la carrera—sin dejar la tecla—. Así, lenta e inevitablemente, notas y palabras nos llevaron de vuelta al laberinto de la FIL, donde quedamos atrapados, felizmente, ejerciendo memoria y olvido, transformando al Minotauro.

Allí hemos dado conciertos, presentado libros—propios y ajenos—, participado en charlas, programas de radio y televisión y, desde luego, coincidiendo con personas de corazón trascendente. Familia, amigos, académicos, autores por los que tenemos admiración religiosa... Todos navegantes de pasillo, dando maravilla a los meandros.

Ahora que, siendo justos, también tenemos recuerdos dolorosos y desagradables de la FIL. (Tanto así nos pertenece.) Metidos en lo profundo de su sistema, hemos sufrido confusiones y desacuerdos; hemos presenciado el origen de chismes malha-

bidos y cínicas traiciones. Gravitando su masa de letras, entorpecidos por la influencia misteriosa de su mecanismo más oscuro, nos hemos vuelto imaginarios, testigos del ocio y la diatriba. Y nos ha gustado. (Más aún: nos parece fabuloso.)

Del consabido bar del Hilton a la Copa de Champán; de las cenas en casa de un visionario Licenciado a los más insulsos cocteles, pasando por cantinas ilustres o fiestas de psicodélicos moneiros, los días de Feria han ofrecido—y ofrecen— un *reality* absurdo donde plumas incontables ambicionan poder y *mainstream* mientras hablan de todo menos de literatura; un *show* de pasarela que por las noches termina en catafixia alcoholizada o habitación de selvática naturaleza. Sí. Hay de todo y para todos. Lo señalamos anualmente: la FIL es a los escritores lo que el Vive Latino a los rockeros. (Tal vez por nuestra doble naturaleza es que somos adictos a ella.)

Dicho esto, lo más importante, lo esencial y salvavidas, es que siempre llegan los lectores de soledad templada; los chiquillos de las trece horas en camiones impulsados por el grito; los melómanos que coleccionan ecos de países invitados; las delegaciones internacionales que intentan un abrazo; los novios que buscan apalabrarse... Una maravilla, lectora, lector. Porque la FIL está dispuesta a su medida, como la mesa de su restaurante favorito.

En fin. Aquí, una última advertencia. Cuando asista, valore el riesgo. Es posible que nos topemos frente a frente para repetir el guion de un mito conocido. Dado el caso, prometemos ser amables antes de darle sacrificio... a menos que tenga el espíritu de Teseo. Entonces, derribaremos un muro falso y lo invitaremos a traspasar esa piel gelatinosa, el preludio hacia el revés del laberinto. ●



# Un festivo lugar de encuentro\*

CLAUDIO MAGRIS

*Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2014*

**E**l Premio FIL es un generoso y gran reconocimiento del cual estoy feliz y agradecido, que nunca habría pensado llegar a recibir. Pero además de esta obvia alegría hay algo más, algo que ya había vivido (si bien no tan intensamente) hace algunos años, la primera vez que estuve en la FIL. Conozco muchas ferias del libro, lugares de encuentro de VIP que escriben, venden o compran libros, algo muy útil para el incierto destino del libro, sin el cual, además, el mundo es impensable.

Pero la FIL de Guadalajara es otra cosa, no es una fortaleza de libros aislada en sí misma ni un vertiginoso supermercado editorial; no es una burguesiana biblioteca de Babel ni una bolsa de valores del libro.

Cierto que es todo esto, como debe ser, pero sobre todo es un festivo lugar de encuentro, y me viene a la mente el ágora de la antigua Grecia, en el cual filósofos, políticos, poetas y transeúntes se detenían a platicar con sencillez sobre sus cosas y asuntos. En esos encuentros (programados o ca-

suales) hacían más viva la vida de la ciudad, de la comunidad.

Aquellos libros expuestos en los *stands* de Guadalajara, aquella gente de todo tipo y sobre todo el alegre tropel de adolescentes que se mueven felizmente en esa floresta de libros, me parecían precisamente árboles y plantas en un bosque, en el cual se puede mover con pasión y ligereza.

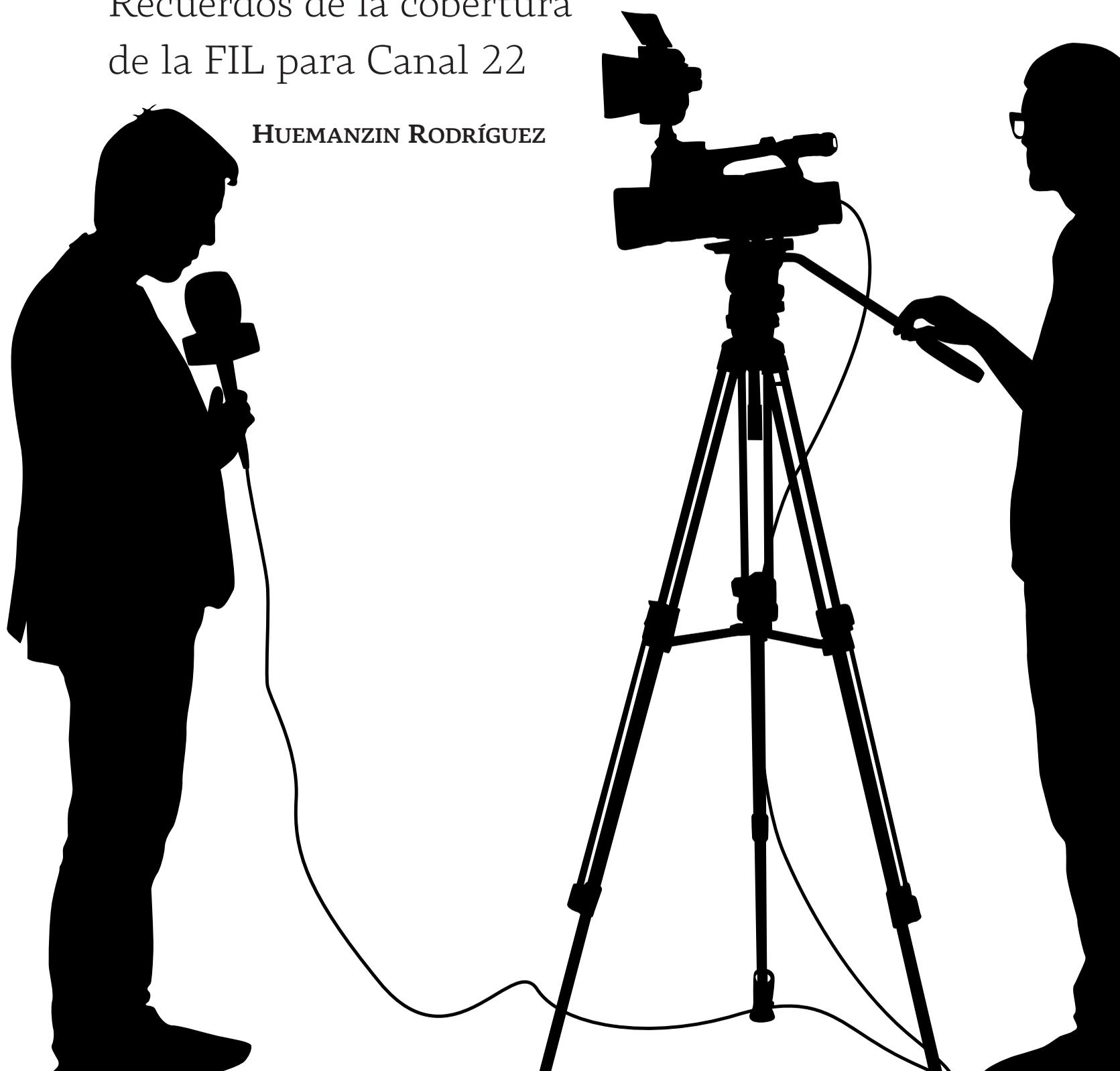
Incluso los encuentros oficiales (como este que, con emoción, me ha premiado) no eran sólo oficiales, eran alegres como las nuevas amistades que he hecho y como esos niños vestidos con sus colores, en ese encuentro que ha sido tal vez (al menos para mí) el más bello, el verdadero espíritu de la Feria de Guadalajara: jóvenes entre los libros como entre flores del prado. ●

\* De Vv. aa., *30 años / Feria Internacional del Libro de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2016.

# Entre la simulación y la introspección

Recuerdos de la cobertura  
de la FIL para Canal 22

HUEMANZIN RODRÍGUEZ



**D**os personas juegan una partida de tenis, las raquetas se mueven como si fueran respuestas a preguntas previas. Todo parece normal hasta que notamos que esa partida no tiene bola. Ésta es una escena de la película *Blow-Up* (Michelangelo Antonioni, 1966) inspirada en el cuento “Las babas del diablo” de Julio Cortázar. La imagen fue recordada por el filósofo y escritor alemán Rüdiger Safranski el sábado 3 de diciembre de 2011 en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara durante la presentación de su libro *Goethe y Schiller / Historia de una amistad* (en traducción de Raúl Gabás y publicado por Tusquets). Con esa escena, el autor alemán planteaba interrogantes sobre la religión y el ser a quienes estuvimos presentes en el Auditorio Juan Rulfo: *Uno puede ir a misa, puede orar, puede hacer todo lo que conlleva una religión sin saber a ciencia cierta si la pelota existe o no. Pero, y he aquí el meollo del asunto, si hacemos el ritual durante el tiempo suficiente, con el juego producimos lo que no existe: vivimos como si hubiera un dios. ¿Y si la filosofía es como ese partido de tenis sin pelota? ¿Quién asegura que hay un “yo verdadero”?*

Esa pregunta me resultó una provocación inmediata sobre aspectos de mi vida, como mi ac-

tividad periodística, mi interés por la cultura, mi presencia constante en las ferias del libro. También me hizo preguntarme sobre el valor preponderante en la sociedad que le hemos otorgado al libro, que esencialmente es pedazos de papel impresos con un poco de tinta y encuadernados. ¿Por qué esa tecnología ha sido fundamental en la historia de la humanidad? Desde niño he amado esos objetos por su belleza, por sus detalles y, por supuesto, por lo que ahí se resguarda y que de alguna manera no existe sino hasta que uno lo lee. Así como un hombre nunca cruza dos veces el mismo río, como se nos ha dicho que reflexionó Heráclito de Éfeso (siglo V a.C.), nada se hace igual dos veces, ni siquiera leer el mismo libro, o, como reportero, hacer la cobertura de las actividades en la FIL de Guadalajara.

Entre la simulación y la introspección, con pelota o sin pelota, tengo claro que una de las tareas más exigentes para el periodismo cultural en México es ser reportero en la FIL. Ha sido ahí en donde más me he cuestionado sobre el concepto de “periodismo cultural” en el que creo. Sin embargo, también defiendo el periodismo sin calificativos, y éste es infinitamente mejor cuando abreva de los estanques de la cultura. En nuestro país han sido





espacios como el Festival Internacional Cervantino (FIC) y la Feria Internacional del Libro de Guadalajara donde muchos colegas, al igual que yo, se han formado como si asistieran a diplomados anuales. Además, es a través del análisis de los procesos que han consolidado a esas instituciones que se puede hacer una historia de la política cultural en México y cómo ésta ha influenciado la forma en que los medios han jerarquizado lo cultural. Con cierto sentido del humor, he dicho que para mí el FIC es el propedéutico de lo que un mes después será la FIL. Me refiero a la intertextualidad y la velocidad.

Ambos son interdisciplinarios, pero mientras el FIC requiere al menos—y esto sin contar la preparación previa—dos o tres horas de vida para aproximarse a la propuesta del autor escénico, por ejemplo, esa misma técnica no es suficiente para cubrir las actividades de la FIL, pues en dos o tres horas no se lee bien un solo libro. Y, al igual que para otras disciplinas, una entrevista siempre será mejor si se conocen las obras y la trayectoria del autor con el que se busca el encuentro. Todo se vuelve más complejo si consideramos que ya en la FIL de 2023 se presentaron cuatrocientos cincuenta mil títulos de poco más de dos mil cua-

trocientas casas editoriales. Eso nos obliga a ser muy exigentes al momento de diseñar nuestras coberturas. Cualquier persona puede ser presa del deseo de entrevistar a su autor favorito o fetiche de entre los muchos que se dan cita en Guadalajara, ya sea Paulo Coelho o Claudio Magris, Danielle Steel o Cristina Rivera Garza. Me parece que la mejor autocrítica sería preguntarse: ¿para qué otra entrevista con estos personajes?

Cosa aparte son las variables propias de una cobertura, ese delicioso accidente que nos lleva a hacer lo mejor o lo peor con nuestras habilidades. Por ejemplo, cuando comencé mi participación como reportero para el noticiero cultural 9:30 de Canal 22 que conducían José Gordon y Myriam Moscona a finales de los años noventa, en el lustro en que nació la televisora tal y como hoy la conocemos, se acostumbraba dividir la FIL en dos partes y cada una de ellas estaba a cargo de un reportero con un sistema portátil, es decir, un camarógrafo y un asistente. Una nota y una entrevista al día era lo que se solía entregar. Las entrevistas con las figuras importantes estaban a cargo de la entonces directora o de alguno de los conductores. Sin mayor ciencia televisiva, las conversaciones largas se convertían

en programas especiales. De esos años recuerdo las entrevistas, por ejemplo, a Jorge Semprún, Ryszard Kapuściński y autores reconocidos con el entonces llamado Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo: Nérida Piñón, Olga Orozco, Sergio Pitol.

Al llegar el año 2000, los cambios administrativos plantearon dinámicas diferentes. Desde la dirección general de Canal 22 se buscó un diseño de producción que sumara tres integrantes *más*: un editor/posproductor –que solía trabajar en la habitación del hotel–, una productora y un realizador. Esa dinámica incrementó las posibilidades de cobertura para una FIL en crecimiento. En ese momento, por alguna razón que no recuerdo, empecé a ser el reportero que cubría por completo los días de la Feria y el conductor que estaba al frente del noticiario, y transmitíamos casi en vivo desde Guadalajara.

Ese *casi* significa “en frío”: se grababa en vivo en su totalidad en la locación horas antes de la transmisión del noticiario. Conducciones, notas y entrevistas se enviaban en un bloque terminado a los Estudios Churubusco, donde se incorporaba a la transmisión en vivo real. Era la forma en que se resolvían las dificultades técnicas que hacía un cuarto de siglo se tenían ante los costosos controles remotos.

En ese tipo de producción veloz de frenesí y vértigo imparables participaron, primero, Raúl Falcón, Claudia Cajigas y Agustín Valdés, del área de producción; después, Lourdes Martínez, Juan Carlos Vázquez y Norma Betancourt, del área de noticias. Hubo mucho que modificar para mejorar los enlaces desde la FIL, pues todo siempre estaba a un segundo de cambiar. Por ejemplo, recuerdo una mañana en la que Expo Guadalajara estaba llena de adolescentes, pues abrió sus puertas a escuelas secundarias y preparatorias, y nuestro equipo había agendado una entrevista con Ignacio Padilla. Demoramos casi una hora para poder encontrarnos en ese mundo sin teléfonos celulares todavía. Esos retrasos pueden poner de cabeza el día. También recuerdo a escritores que no llegaron a la cita pactada, ya sea porque terminaron la fiesta de la noche anterior

en la madrugada –y sus representantes solían decirnos que la ausencia era por enfermedad– o porque, huidizos de sus editoriales, estaban en algún lugar insospechado.

Hubo una FIL que en muchos sentidos se convirtió en la piedra angular de cualquiera que estuvo ahí: la de 2002, con Cuba como invitado de honor. El país caribeño llegó con lo mejor de sus autores y artistas. En el Foro FIL, destinado a las actividades musicales, se dieron cita los músicos participantes del Buenavista Social Club. Recuerdo que tras la entrevista con Omara Portuondo y Elia-des Ochoa en su hotel, cerca del Teatro Degollado, la sonera nos dijo: “Quiero ver a Silvio Rodríguez, va a tocar ahora pero no sé cómo llegar. ¿Podrían llevarme?”. En la ichiván del Canal 22, con Enrique Varela al volante y Omara de copiloto, llegamos a una explanada de Expo Guadalajara tan desbordada que la gente ocupaba por completo la lateral de Avenida Mariano Otero. Un verdadero caos. Esa imagen es el vivo retrato de una FIL que lo mismo tenía a los escritores insulares Cintio Vitier –premio Juan Rulfo de ese año–, Fina García Marruz y Roberto Fernández Retamar que a los escritores de la diáspora, como José Manuel Prieto y Rafael Rojas, en una agenda simultánea y tan nutrida con Cuba como país invitado.

En esa ocasión, las notas no fueron sólo de literatura, música, danza, arte, sino también sobre política, relaciones internacionales, señalamientos y acusaciones de las dos partes. La actividad fue tan intensa que recibí el apoyo desinteresado de Martín Almaraz, del Departamento de Producción, presente en la FIL, pues ahí se grababa el programa *La barra de letras*, germen de *La dichosa palabra*, con Pablo Boullosa y Francisco Segovia. Eso hizo posible exponer la mayor cantidad de puntos de vista de y sobre Cuba, además del resto del programa, que incluía a Antonio Tabucchi y al popular Arturo Pérez-Reverte.

No sé si eso fue lo que llevó a que en 2004 el productor del Departamento de Noticias, que entonces era Moisés Ortega, decidiera llevar la Unidad Móvil de Canal 22 y producir mejor la cobertura de la FIL, con un diseño similar al que antes habíamos hecho en el Festival Internacional

de Cine en Guadalajara con Araceli García como productora.

El crecimiento que Canal 22 tuvo en la cobertura de la FIL durante la dirección de Enrique Strauss fue el prelude de lo que siguió con Jorge Volpi al frente de la institución. El noticiario se mudaba durante diez días a Guadalajara. Otras actividades de la FIL que solían estar fuera del calendario de noviembre-diciembre, como la Cátedra Julio Cortázar, cuya transmisión conduje en vivo con la producción de José Luis Aguilera, fueron programadas como parte de la Feria. Poco a poco la ciencia, con invitados en un programa propio, ganó terreno en la FIL. Luego llegó TV Morfosis, con sus mesas de análisis sobre medios de comunicación. En 2010 la Delegación de la Unión Europea en México, junto con las embajadas de los estados miembros de la Unión Europea, creó, dentro de la Feria, el Festival de las Literaturas Europeas, conocido ahora como Festival de las Letras Europeas. Cada año la FIL necesitaba más manos, más personas, mejor planeación.

Para mi gusto, los años dorados de la cobertura de la FIL en Canal 22 fueron con el equipo que conformaron Juan Jacinto Silva, como director de noticias, y Jordi Arenas, en la producción general, pues en verdad quienes asistíamos vivíamos con intensidad el encuentro, todos discutíamos el perfil de las notas, en la mesa de trabajo todos proponíamos sin importar quién estaría a cargo. Se hicieron extravagancias, que siempre salieron bien. Escritores como Jorge F. Hernández, Juan Villoro y Eduardo Sacheri se convirtieron en coconductores de ocasión. Y ya no sólo era la transmisión del noticiario, sino que también hicimos ahí *Ludens*, el programa que nació con los Juegos Olímpicos de Beijing, sobre historia, cultura y deporte. Laura Barrera y yo nos repartíamos la conducción de las transmisiones que se hacían en vivo de las conferencias magistrales, al menos tres por día. También se sumó poco a poco el equipo de *Noticias 22 Digital*, que nació en 2008 con Yolanda de la Torre y Alberto Arriaga y después pasó a manos de Noé Cárdenas y Marcos Daniel Aguilar. Fue con Noé y Marcos Daniel que se generó una producción audiovisual independiente para el noticiario,



que tuvo salida por la red y en la que también participó Daniel Rodríguez Barrón. El productor, Salvador Álvarez, conformó un equipo con Perla Velázquez y Ollin Buendía, dos jóvenes fichajes hace diez años, con quienes también hicimos *Semanario N22*, revista semanal televisiva que en un principio tuve con Irma Gallo y que tras su salida de Canal 22 llevamos a la FIL, hasta que la actual dirección de noticias desapareció el programa. En esa época añadimos una agenda de entrevistas en vivo para las plataformas digitales, que hice con el equipo de *Semanario N22* desde el pabellón de Canal 22 en la FIL.

La cobertura continuó en esas dimensiones, más por inercia que por planeación, hasta que poco a poco dejó de ser tan articulada.

¿Cómo ponerse al día frente a tanto? No era fácil, pero tampoco imposible. Casi desde el principio decidí que mi preparación para la cobertura del FIC y de la FIL comenzaría al saber cuál sería el país invitado de honor para la siguiente edición. Desde ese momento mi mente se centraba en eso: historia, cine, teatro, danza, música, arte y literatura se convirtieron en las herramientas que me permitían –hasta hoy– encontrarme mejor con autores, artistas, académicos y especialistas. Intentaba adelantarme lo más posible para leer los títulos que se presentarían en la Feria, por ejemplo. Cuando viajaba a Guadalajara para la conferencia de prensa, que se suele organizar en verano, para dar a conocer el nombre del escritor ganador del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances –llamado así desde 2008–, de inmediato compraba cuantos libros podía de dicho escritor. Si los solicitaba a las casas editoriales –donde algunas personas siempre se han esforzado para que nuestros trabajos lleguen a buen puerto en ese sentido–, muchas veces los libros no estaban aún disponibles pues los calendarios de importación o de edición solían tener listas las novedades hasta el mes de octubre, o sea, poco más de un mes antes de la FIL. Intertextualidad y velocidad siguen siendo mis dos variables a considerar para tener el mejor desempeño posible.

### ***Match point***

Son muchas las satisfacciones que dejan el encuentro y el diálogo durante la cobertura de la FIL, que, por otro lado, agota el cuerpo, pues son muchos kilómetros al día los que se caminan a diario dentro de Expo Guadalajara. Entre tantas cosas que he vivido ahí, más allá de lo profesional, recuerdo la emoción por entrevistar a José Saramago y a Emmanuel Carrère; la fascinación por escuchar a Herta Müller y por volver a estrechar la mano de Claudio Magris; platicar con Mercedes Monmany, quien, siempre amistosa y generosa, me recomendaba lecturas y me presenta autores; reencontrarme

con José Luís Peixoto y Aleš Šteger; guardar la sorpresiva confianza de Lúcia Jorge, quien me compartió emociones muy personales que le estaban inspirando un nuevo libro; integrarme por varios años al bello equipo del Festival de las Letras Europeas, con quienes colaborar es un acto de gusto y cariño; conocer a Oliver Møystad, quien me motivó para saber más de las letras noruegas; hacerme de amistades del mundo editorial con quienes he aprendido detalles de la edición y su amorosa visión por los libros. También tengo recuerdos de momentos llanos de sobra, como beber tequilas y whiskies en la cantina La Fuente con Luis Humberto Crosthwaite y Élmer Mendoza; perderme en la madrugada por el inframundo del Mercado de San Juan de Dios con Carlos Martínez Rentería como un perverso Virgilio; cenar con Daniel Divinsky, María y Jorge Lebedev, Peter Weidhaas –quien dirigió por treinta y dos años la Feria del Libro de Frankfurt–, Quino y su esposa.

Hoy poseo el cariño y la amistad de gente de todo el mundo que he conocido en la FIL, y eso me hace feliz. Sí, es subjetivo, pero hoy para mí es lo más importante.

Si seguimos aquella escena de *Blow-Up*, la de la partida de tenis sin bola como metáfora del ser según propone Safranski, confirmamos que es cierto, que hay mucha simulación, pero que eso ocurre en todos los actos humanos. Pero también confirmamos que esa simulación refleja que lo que ocurre dentro de la FIL es algo que la gente reconoce y valora. Por otro lado, no hay mejor espacio para ser que rodeado de otras personas en la escucha de ideas y pasiones. Eso es lo que siempre me ha hecho volver y seguir haciendo lo que hago, asumir el lugar como propio y lo que he hecho ahí como parte de un proceso personal e íntimo, donde me reconozco gracias y a través de otras personas. Es reconocer la oscura luminosidad, como me dijo Juan Gelman una tarde de noviembre de 2011 mientras esperábamos una mesa para comer: *Mirá, lo que me pasa con la literatura no lo puedo evitar, es la necesidad de escribir. Me revela cosas de mí, pero son de una oscura luminosidad que difícilmente las podré escribir todas.* ●

# Saramago y mis muchas FIL

IRMA GALLO

**N**oviembre-diciembre era una fiesta. La posibilidad de caminar por los pasillos de la Expo Guadalajara, atestados de estudiantes, niños, gente de la tercera edad y todos los tipos posibles de lectores, me hacía desbordar de entusiasmo. Por lo menos un mes antes me compraba ropa nueva –todavía estaba en una edad en la que creía que acicalarme especialmente durante los nueve días que duraba la Feria equivalía a dar lo mejor de mí– y junto con mis compañeros de Canal 22 comenzábamos a planear la cobertura que haríamos de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. No pocas veces nos peleábamos por una entrevista: “Yo la he leído más”, “Pero yo soy amigo de la de prensa de la editorial”, “Yo soy la conductora del noticiero”, “Pero la fuente de literatura es mía”. Muchas veces, la mayoría, la cuestión se zanjaba con la decisión del o la directora de noticias en turno: ya tenía un





“invitado especial” que haría la entrevista más peleada de ese año. Así que a nosotros, los peones de la información, sólo nos quedaba suspirar y convencernos de que la cobertura que nos tocaba valdría la pena. Y la verdad es que siempre la valía: simplemente escribir la nota de la inauguración es una experiencia cargada de adrenalina y, por lo tanto, feliz para cualquier periodista que se precie de serlo.

En las inauguraciones a veces se establecía el tono político que tendría la Feria, por ejemplo, y lo más divertido era ver cómo el representante de la Caniem se lanzaba contra el gobierno federal por su poco apoyo a la industria del libro, mientras el o la secretaria de cultura del momento apretaba los dientes intentando disimular su incomodidad. A pesar de ello, los discursos inaugurales más esperados eran los de el o la ganadora del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, antes llamado Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo—si recuerdo bien, por un par de años intermedios se llamó Premio FIL de Literatura, así a secas—.

Casi siempre eran lúcidos y algunas veces también divertidos. En 2017, en su discurso Emmanuel Carrère habló de la autoficción, es decir, mucho antes de que se pusiera de moda ese término, por lo menos en las letras mexicanas contemporáneas; contó cómo para su libro *El adversario* se inspiró

en *A sangre fría* de Truman Capote y reflexionó sobre el malestar moral que todavía provoca el segundo cuando se conoce la historia “tras bambalinas”: cómo Capote usó al asesino Perry para sus fines literarios sin advertirle que no podría hacer nada por ayudarlo en su caso criminal. También me viene a la mente Enrique Vila-Matas. Su discurso trató acerca de la novela del futuro, específicamente, el fin de la novela decimonónica en un futuro no muy lejano. Lo dio apenas dos años antes de que Carrère pronunciara el suyo.

Pero si de poner bajo la lupa una sola anécdota, una muy especial, se trata este texto—porque así me fue solicitado—, no dudo en contar la vez que estuve frente a frente, a menos de un metro de distancia, de José Saramago. El premio nobel de 1998 sólo había accedido a dar tres o cuatro entrevistas a ciertos medios de comunicación, que no incluían a Canal 22, pero yo me empeñé y perseguí a Myriam Vidriales, entonces jefa de prensa de la FIL, por toda la Expo, todos los días, hasta que el último o penúltimo me dijo que no me despegara de ella—con todo y mi equipo de camarógrafo y asistente—porque “algo bueno podría suceder”. Ahora que escribo esto no estoy segura de que esas fueran palabras de Myriam o de que mi frágil memoria se ponga necia para pasarlas por el tamiz de la ficción. El

caso es que algo muy, pero muy bueno sucedió: José Saramago me dio una entrevista de doce minutos, o algo así, y yo, que idealmente habría tenido que quitarme la piel de fan y meterme en la de reportera, creo que no lo logré del todo, porque, a pesar de tener la memoria de una hormiga, de alguna frase, de alguna idea de la conversación me acordaría. Pero por más que me esfuerzo sólo me vienen a la mente su voz pausada, medio en portugués medio en español, su mirada triste, como la de una tortuga anciana, sus manos largas y tranquilas del cerrajero de un taller mecánico que había sido a los diecinueve años y del empleado administrativo que fue después de eso, pero antes de ser obrero metalúrgico y mucho, mucho antes de ser escritor.

Recuerdo, eso sí, que había sido la palabra final de Pilar del Río, su esposa, la que hizo posible el milagro de esos once o doce minutos de conversación con él. Era Pilar la maga la que decidía quién podía entrevistar al nobel y quién no. Pero Myriam, profesional y encantadora, obró sus mejores oficios con ella y lo logró. Fue Pilar también—esto no lo pude ver, pero no dudo de que así sucediera—quien dictó el momento en que nuestra conversación debía terminar. Con discreta elegancia, Myriam tocó la puerta de la pequeña sala que nos habían asignado para la entrevista y asomó apenas su cabeza de mechones negros desordenados y labios rojísimos para hacerme la señal del cuchillo que corta el cuello con el dedo. Eso fue todo. Entendí que lo que ella me había dado tenía que quitármelo ahora. Los minutos habían pasado demasiado rápido, en contradicción con la voz y los gestos pausados del escritor. Le agradecí su tiempo. Se paró lentamente mientras mis compañeros le quitaban el micrófono de solapa y me tendió la mano derecha. Salió del salón como un suspiro, como un fantasma, como si sus pies no tocaran el suelo.

Mi yo de treinta y pocos años también empezó a levitar. Ya no recuerdo—¡ay, esta memoria de insecto!—cuál era la entrevista por la que peleé ese año y que no obtuve, pero sí que la de Saramago me mereció una felicitación por parte de mi entonces jefe, Juan Jacinto Silva, director de noticias. Y que me sentí la más feliz, porque de alguna extraña manera el hecho de haberlo tenido cerca, de haber

conversado con él, me aseguraba a mí también un trocito de eternidad. Como si me la hubiera “contagiado” en ese último apretón de manos.

Pasaron los años. Dejé Canal 22 en 2019. En 2022, el equipo de Latinoamérica Viva y Laura Niembro, directora de contenidos de la Feria, me invitaron a moderar un par de mesas literarias. Me fascinaron Fernanda García Lao y Fernando Iwasaki; a Martín Kohan y a Ariana Harwicz ya los había leído y ya me encantaban—ella más que él, ni modo—. Y por invitación de Planeta conversé públicamente con Elvira Sastre, que presentaba un libro de poemas publicado por Seix Barral.

Todavía me faltaban tres días para cumplir con mis compromisos en la Feria de 2022, cuando un dolor de muelas casi me tira en cama. Escuché todos los consejos bienintencionados de mis amigos y compré las medicinas que me recomendaron. La mezcla resultante no falló, y un poco en las nubes, participé en todas las presentaciones a las que me había comprometido.

Al siguiente año, en agosto, me mudé a Nueva York a estudiar escritura creativa. Ya no he vuelto a la FIL porque las fechas en que se realiza no tengo vacaciones en la NYU, la Universidad de Nueva York. Pero noviembre-diciembre siguen siendo los días del año en que, aunque sea desde la distancia, mi mente y mi corazón están en Guadalajara. Específicamente, en la Feria Internacional del Libro. 🌙



# Carta a ese personaje conocido e ignorado, adulado y maltratado, inquieto y paciente, al cual se le da el nombre clásico de lector\*

JOSÉ SARAMAGO



Querido lector:

Escritores y editores, unos y otros, desde hace muchos, muchos años, tenemos el libro como materia de trabajo y como alumbramiento vital. Pertenece a ese grupo de personas que entre todas las actividades posibles eligieron precisamente ésta. Escribimos libros y los publicamos. Vivimos la fascinante y exhaustiva profesión de transformar en producto mercantil el resultado de la inteligencia y del talento, de la sensibilidad y de la imaginación.

Se enfada el lector (el querido lector) porque no siempre le damos lo que quiere y cuando lo quiere. Se enfada el editor porque se siente objeto de críticas y de incomprensiones. Se enfada el escritor porque considera que el editor está más atento al cofre que a los intereses de la literatura.

Así vamos, sudando sangre y agua, en este esforzarse tantas veces sin gloria, entre el temor de un fracaso que comprometa todo el laborioso equilibrio y la esperanza de ver transformado en camino llano lo que siempre ha sido la vereda accidentada, donde todos los peligros se emboscan. Pero tal vez este riesgo constante, este balanceo en la cuerda bamba, sea la parte de seducción que transforma las actividades de escribir y de editar en dos de las más apasionantes del mundo. Puede estar seguro el lector de que si hay un vicio de leer, también hay un vicio de escribir y un vicio de editar. Y si los tres, lectores, editores y escritores, padecemos un “mal” tan afín, no nos queda otra alternativa que conocernos mejor...

Iniciativas como esta Feria de Guadalajara son tentativas para establecer el deseable contacto. Otras hemos hecho, otras vendrán, todas ellas con el libro sobre la mesa y lo que cada libro encierra, es decir, al autor con sus propuestas, el trabajo del editor, el esfuerzo de tantos otros intermediarios que hacen posible el encuentro final entre el libro y el lector.

Denos, pues, el lector su mano de amigo, con la misma estima y comprensión con que le extendemos la nuestra. Al menos los editores que conozco y admiro, y los autores con los que camino y respeto. Y juntos seguiremos marchando, intentando, cada día, que en la fascinante aventura de escribir y editar se incluya también el lector, viajero de un viaje a la inversa que cierra el círculo de la vida literaria.

Porque, querido lector, déjeme recordarle algo que escribí hace mucho tiempo: para que la cultura sea democrática no es suficiente que esté al alcance de todos, porque lo que es imprescindible es que sea una cultura levantada con la intervención de todos.

Amigo lector, nos veremos este año en Guadalajara. Quizá ese encuentro, con el objeto más hermoso actuando de puente, sea el más íntimo y completo que jamás podamos tener. En eso confío cuando acabo estas líneas, con el saludo cómplice y cordial de un viejo amigo. ●

\* De Vv. aa., *20 años / Feria Internacional del Libro de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2006.

# El descifrador. Encuentros con Emmanuel Carrère

ALEJANDRO GARCÍA ABREU

I

**E**mmanuel Carrère (París, 1957), uno de los escritores esenciales de la actualidad, es autor de un libro que transformó su creación literaria y que lo condujo al abandono de la ficción. Sobre dicho libro afirmó: “Pensé que escribir esta historia sólo podía ser un crimen o una plegaria”. Transcribo el fragmento inicial y pertinente:

La mañana del sábado 9 de enero de 1993, mientras Jean-Claude Romand mataba a su mujer y a sus hijos, yo asistía con los míos a una reunión pedagógica en la escuela de Gabriel, nuestro hijo primogénito. Gabriel tenía cinco años, la edad de Antoine Romand. Luego fuimos a comer con mis padres, y Romand a casa de los suyos, a los que mató después de la comida. Pasé solo en mi estudio la tarde del sábado y el domingo, normalmente dedicados a la vida en común, porque estaba terminando un libro en el que trabajaba desde hacía un año: la biografía del novelista de ciencia ficción Philip K. Dick. El último capítulo contaba los días que había pasado en coma antes de morir. Terminé el martes por la tarde y el miércoles por la mañana leí el primer artículo de *Libération* dedicado al asunto Romand.

Prosiguió: “poco a poco se transformaba en fantasma”. Cuando leí *El adversario* en el año 2000 (*L'adversaire*, traducido por Jaime Zulaika y publicado en nuestra lengua por Anagrama en el mismo año de su publicación en francés) descubrí una vorágine, una aproximación a los acantilados de la psique, un texto perturbador. Desde esa época leo a Carrère con perseverancia. Expresiones enérgicas y cardinales, títulos como *Una novela rusa* (*Un roman russe*, 2007), *De vidas ajenas* (*D'autres vies que la mienne*, 2009), *Limónov* (2011), *El Reino* (*Le royaume*, 2014), *Conviene tener un sitio adonde ir* (*Il est avantageux d'avoir où aller*, 2016) y *Yoga* (2020) son parte de mi formación literaria. Cada libro revela aspectos disímiles de la existencia a través de una narrativa magistral de no ficción. Generó una nueva veta. Se trata de la realidad en movimiento, de meditaciones sobre el tiempo que se escapa, de la muerte y los destinos trágicos. En *De vidas ajenas* caviló:

Para quien siempre ha tenido la sensación de existir, el anuncio de la muerte es triste, cruel, injusto, pero puede integrarlo en el orden de las cosas. Pero ¿y para quien, en el fondo de sí mismo, ha tenido siempre la sensación de no existir realmen-



te? ¿De no haber vivido? El psicoanalista propone a este paciente que transforme la enfermedad e incluso la cercanía de la muerte en una última oportunidad de existir realmente. Cita esta frase misteriosa, desgarradora, de Céline: “Quizá sea eso lo que buscamos a lo largo de la vida, nada más que eso, la mayor congoja posible para llegar a ser uno mismo antes de morir”.

Y aborda el suicidio en *Conviene tener un sitio adonde ir*: “Que la muerte fuese preferible a la vida, por lo menos a la suya, no era una idea nueva para Marie-Christine. Siendo más joven, ya había intentado suicidarse dos veces”.

## II

Diecisiete años después de la lectura iniciática, recibí una llamada telefónica de Dulce María Zúñiga,

directora ejecutiva de la Asociación Civil Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. Me invitó a presentar a Carrère —el ganador— en el encuentro “Mil jóvenes con”. Zúñiga sabía de mi conocimiento profundo y amplio de la obra del escritor francés. Me dijo:

Sé que te interesará participar. Conoces todo su trabajo, eres francófono y se llevarán muy bien. Si aceptas la invitación, tendrías que conversar con él ante los más de mil asistentes y frente a los medios de comunicación. El coloquio “Mil jóvenes con” es el segundo acontecimiento más importante de toda la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, sólo después de la ceremonia de entrega del galardón. Siempre presto atención cuando, cada año, dialogas con los escritores y las escritoras más insignes del mundo. Leo tus ensayos en varios medios. Cuando presentaste a En-

rique Vila-Matas en la feria por el lanzamiento editorial de *Marienbad eléctrico*, en el marco de la concesión del Premio FIL 2015 al genio catalán, todo salió a la perfección. Pienso en ti como el descifrador de Carrère.

Acepté encantado y comencé, con sumo entusiasmo, la relectura para preparar la entrevista y el ensayo que leería a modo de introducción.

### III

Regresé a la capital jalisciense en noviembre de 2017. Acudí a la ceremonia de premiación en el Auditorio Juan Rulfo de la sede de la FIL. En esa jornada, Zúñiga me presentó a Carrère, persona espléndida y portentosa. Al día siguiente, como exordio de la apoteosis de “Mil jóvenes con”, un antiguo colega y yo departimos con el autor parisino en un área del hotel Hilton—edificio adyacente a Expo Guadalajara, donde se realiza la feria—para incluir sus reflexiones en una revista. El mismo día, poco antes, conversé con Paul Auster (Newark, Nueva Jersey, 1947-Brooklyn, Nueva York, 2024) en un salón del mismo hotel. Cuando concluimos el magnífico diálogo—publicado posteriormente en un suplemento cultural—, el autor de *La invención de la soledad* (*The Invention of Solitude*, 1982) y yo nos dirigimos a la puerta. Afuera se encontraba Carrère, listo para nuestro intercambio de ideas. El francés y el estadounidense se saludaron de forma amistosa. Una de sus múltiples pláticas ocurrió en una mesa en el Salon du Livre de París con Enrique Vila-Matas (Barcelona, 1948). Fue una triada perfecta.

### IV

El día del coloquio “Mil jóvenes con”, Carrère se mostró generoso durante las varias horas de convivencia en el Auditorio Juan Rulfo del recinto que alberga a la FIL. Hablamos, a solas, sobre su trayectoria e inquietudes. Conversador excepcional, mostró su interés por México y me narró algunos episodios vitales que trasladó a su escritura. Preguntó sobre la mía. Le conté acerca de mis ensayos y las tentativas de dominio de la narrativa de no

ficción, de *lo real*, siguiendo su estela. Me refiero a tentativas porque han sido pocos los textos de esa naturaleza—varios conducentes a la catarsis—que he escrito y sacado a la luz. También le comenté que publicaría mi primer libro en Penguin Random House, titulado *El origen eléctrico de todas las lluvias / Entrevistas con escritores, artistas y pensadores*. Confesé que el resultado de nuestro inminente diálogo y de la participación del núcleo de la abundante concurrencia sería una parte primordial del volumen. Esbozó una sonrisa.

### V

El después ganador del Premio Princesa de Asturias de las Letras (2021) y yo nos dirigimos al ciclópeo Auditorio Juan Rulfo de la FIL a través de un pasillo casi secreto. Conecta éste con la sala de grandes dimensiones donde se llevaría a cabo el acto. En el umbral del paraninfo le dije que se adelantara a la mesa y que en un instante lo alcanzaría. Yo sabía que él sería ovacionado—me resultaba evidente—y no quise interferir. Cuando apareció, los aplausos duraron algunos minutos. El gesto de la multitud lo conmovió. Entre vítores y aclamaciones, nos sentamos en nuestros respectivos lugares. Ambos fuimos presentados por Marisol Schulz Manaut, directora general de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, y leí mi ensayo sobre la emoción intensa generada por el quehacer del admirable creador. Entrevisté a Emmanuel Carrère en público y cedí la palabra a los asistentes a la celebración “Mil jóvenes con”. También elogí *Conviene tener un sitio adonde ir*, que incluye ensayos y artículos periodísticos escritos entre 1990 y 2015. Del coloquio destaqué, a manera de monólogo, la voz de Carrère. El encuentro fue tan extraordinario que más tarde dudé incluso de que hubiese ocurrido, aunque existe evidencia en los periódicos nacionales e internacionales y en los acervos de televisoras latinoamericanas y europeas.

### VI

Agradecido por la camaradería y la sinceridad que mutuamente mostramos durante nuestra estadía

en Guadalajara, encomió mi periodismo literario. Cuando concluyó el homenaje, Carrère y yo nos despedimos de manera afectuosa. Comenzamos una relación epistolar. Cada mensaje de correo electrónico intercambiado implica una revelación. Después de nuestras asombrosas reuniones en Jalisco, antes de que *El origen eléctrico de todas las lluvias* fuese impreso, le mandé los interiores de mi libro en un archivo pdf. Enalteció el arte de la entrevista y me felicitó por la proeza. Carrère me envió una misiva que incluyó un comentario entrañable destinado a la cuarta de forros:

Pocos reconocimientos me han tocado tanto como el de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2017. Y en el contexto siempre delicado de una gran reunión pública, rara vez he tenido un interlocutor tan competente y cálido como Alejandro García Abreu. Deseo que todos los autores traten con él.

Nuestro vínculo persiste. Mi lectura de su obra continúa. Recuerdo el sugerente y atinado título de una nota periodística sobre lo acontecido en 2017: “Carrère muestra su oscuridad ante mil jóvenes”. Él oscila entre las tinieblas y el fulgor. ●





# El acontecimiento

RODOLFO NARÓ\*

“ En octubre de 1963, cuando Annie Ernaux se halla en Ruan estudiando filología, descubre que está embarazada. Desde el primer momento no le cabe la menor duda de que no quiere tener esa criatura no deseada”, leí en la contraportada de *El acontecimiento*, novela testimonial de Ernaux sobre un aborto clandestino, publicada originalmente en francés en 2000. Descubrí a la escritora en la librería La Central, de Barcelona. Era 2005, y aunque ya tiempo atrás Tusquets la había publicado en español, Ernaux era casi desconocida en México.

Por ese tiempo yo escribía *Cállate niña*, narrada en voz de una bailarina clásica que cuenta su historia de amor y de furia, de frustración y deseo. Tenía varios años trabajándola, leyendo a mujeres en primera persona, así que *El acontecimiento* fue un hallazgo que me hizo comprar otros libros que había de Ernaux en la librería: *La vergüenza* y *Pura pasión*.

Los nueve días de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara no alcanzan para revisar todas las novedades editoriales, saludar a todos los amigos y acudir a todas las presentaciones de libros y las conferencias. Por lo general, las firmas de libros de un autor renombrado son de filas kilométricas; cuando vi en el programa de mano de la FIL de 2019 que Annie Ernaux firmaría ejemplares en el

stand de Colofón, pensé: esto es *el* acontecimiento. Dejé todo y fui el primero en llegar. Fue como una cita con el destino, que marca la hora crucial a las cinco de la tarde.

Llegué con sus libros bajo el brazo. Ernaux estaba sentada detrás de una mesa; a su lado, Lydia Vázquez, su traductora al español. Creí que había llegado temprano, pues sólo yo estaba en la fila, lo que me dio oportunidad de conversar con ella y regalarle un ejemplar de *Cállate niña*. Pude decirle lo importante que fue para mí descubrir sus libros y encontrar su voz, potente y directa, para darle más vida a mi bailarina. Pasó la hora de la firma y sólo se acercaron tres o cuatro personas más a que les dedicara un libro. Comprobé que Annie Ernaux seguía siendo una escritora de culto en Francia, pero desconocida todavía para el lector mexicano. Aún no le otorgaban el Premio Nobel de Literatura (eso fue hasta 2022). Conversamos con toda calma, siempre a través de Lydia, quien traducía puntualmente hasta mis gestos, mientras que afuera, como en aquel acontecimiento que una joven Annie afrontó sola en octubre de 1963, la FIL seguía con toda prisa dándole la espalda. ●

\* Tequila, Jalisco, 1967. Poeta y narrador, su novela reciente es *Una eternidad para Eva* (Planeta, 2023).

# Mi maestro concedido: David Huerta

(Anécdota de la FIL de Guadalajara 2019)

IGNACIO CASAS

**L**uego de leer *La rosa de Paracelso* de Jorge Luis Borges, donde el protagonista pide a su Dios un discípulo, me pregunté: “¿Por qué no pedir un maestro?” Yo había tenido ya grandes y notables maestros, como el dramaturgo Hugo Argüelles, el director de teatro Abraham Oceransky, el musicólogo, compositor y cronista José Antonio Alcaraz, pero de alguna manera en el terreno de la literatura sentía que necesitaba de alguien que me ayudara a cortarme en pedazos para, como dice Eliot, esperar a ver si germinaba.

Pedí a mi Dios un maestro de literatura.

Un día de marzo de 2014, navegaba en internet cuando, de pronto, apareció un anuncio en el que se invitaba a inscribirse al seminario de análisis de textos que los miércoles a las once de la mañana impartía el poeta David Huerta en el Centro Vlady de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

El maestro llegó.

Poco a poco, de la mano de David, con su guía generosa, su rigor dulce, aprendí a leer, a escribir, a buscar la palabra exacta, a hallar la frase necesaria, a desentrañar versos, estrofas.

Mis letras cambiaron.

Bajo su mirada atenta leímos *Las metamorfosis* de Ovidio, *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro, *Polifemo* y *Galatea* de don Luis de Góngora, *Orlando*

de Virginia Woolf, versos y más versos de Sor Juana, de Derek Walcott, de López Velarde, de muchos más. También leímos, y con mucha calma pero sin parar, *Los 1001 años de la lengua española* de Antonio Alatorre. En la tercera parte de “El apogeo del castellano” hay un apartado, “El lenguaje puro y propio”, donde Alatorre estudia el habla de los negros que cautivó el oído de los poetas españoles del Siglo de Oro. Ese capítulo fue fundamental para llegar a buen puerto con la novela acerca de la esclava mulata de Sor Juana que yo escribía en aquel tiempo.

Pasaron los años, llegó octubre de 2019. Al leer la sección cultural de algún periódico, me enteré de que a David se le había otorgado el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. Él no nos había dicho nada al respecto. Rara vez hablaba de sí mismo.

Gracias a la Universidad del Claustro de Sor Juana y a Penguin Random House, yo tenía boleto de avión para ir a la FIL de Guadalajara, así como habitación en hotel de lujo... pero para un día después de la inauguración, que es cuando se entrega el Premio FIL.

“¿Cómo no voy a ir a la premiación de mi maestro?”, me dije. Él, por cierto, estaba muy agobiado porque Verónica Murguía, su amada Vero, había sufrido un accidente menor en el gimnasio y eso no le permitiría viajar para acompañarlo.

Con ímpetu irreflexivo, desembolsando más de dos mil quinientos pesos, cambié mi boleto de avión para llegar tempranísimo el mero día de la entrega del premio y reservé en el hotel Patito, no tan cerca de la Feria.

Creí, oh iluso, que todo estaba resuelto. Luego de esperar varias horas en el aeropuerto para tomar un taxi que me llevara al hotel Patito, llegué. Me bañé, me afeité, me puse un saco azul godín, tomé una bicicleta de MiBici, pedaleé duro y me apersoné ante las puertas de la Expo. ¡Sorpresa!: no me permitieron entrar porque no tenía invitación. Echando mano de mis dotes histriónicas, fingí un fuerte ataque de retortijones que pedían con urgencia entrar al sanitario. “Puede pasar, pero sólo al baño, y regresa inmediatamente”, me dijo con voz sepulcral el guardia tapatío que cuidaba el acceso.

Como era de esperarse, no regresé. Me colé entre un grupo de intelectuales parlanchines que llegaron juntos. Sin embargo, aún había otro filtro que zanjar: el de las amables aunque duras edecanes que custodiaban la entrada al Auditorio Juan Rulfo.

Esperé un poco, dizque revisando mi celular mientras planeaba alguna estrategia. En eso, vi que se acercaba una famosa escritora que años atrás había ganado el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, caminé unos pasos atrás de ella, intercambié algunas palabras con la edecán y pasó. De inmediato me acerqué a la chica y le dije que aquella escritora era mi esposa y que ella tenía la invitación.

La seguridad de mis palabras convenció a la edecán. Además, en voz alta llamé por su nombre a la escritora, quien volteó, me reconoció y nos saludamos de beso.

La cosa no acabó ahí. La ceremonia estaba a punto de comenzar, por lo que tendría que actuar rápido. El asunto era encontrar un lugar para sentarme, pues los asientos de enfrente, donde yo quería estar, habían sido asignados a los invitados especiales.

Encontré uno vacío en la segunda fila. Me senté encomendándome a San Jorge Luis de la Patagonia para que no me fueran a cachar y me sacaran. Pedí una señal divina. Tuve suerte. Junto a mí se sen-

tó una joven científica y literata, con quien charlé brevemente, que tiene en un brazo un tatuaje con el rostro de Sor Juana.

Señal recibida.

David nos cautivó con su discurso. Transcribo un fragmento:

El mejor poema del mundo es aquel que se instala para siempre en nuestra mente con la fuerza no de uno, sino de varios poemas que resuenan los unos en los otros y que forman con el tiempo una red infinita de imágenes, sensaciones y significados.

Terminó refrendando su enorme amor por Verónica Murguía con los dos versos finales del Soneto V de Garcilaso:

por vos nací, por vos tengo la vida,  
por vos he de morir, y por vos muero.

Desafortunadamente no lo pude felicitar enseguida, pues los galardonados salen por una puerta especial, no apta para los mortales. Sin embargo, estaba emocionado y contento por haber logrado mi cometido.

En la noche fui a husmear al hotel sede, nada comparado con el hotel Patito donde me hospedé.

Ahí estaba David, rodeado de periodistas, fotógrafos, funcionarios e intelectuales. Quería darle un abrazo. Entre ese círculo apretado metí la cabeza y dije en voz alta: “¡Felicidades, maestro!” Volteó hacia mí, dejó prácticamente hablando solo al nutrido grupo de notables personajes, se me acercó y exclamó: “¡Nacho, muchas gracias por venir!” Me puse rojo de alegría y vergüenza al mismo tiempo, pues todo mundo nos miraba. “Gracias a ti, gracias, gracias siempre”, balbuceé. Nos dimos el ansiado abrazo.

Regresé feliz a la estación de MiBici, tomé una bicicleta, y entre pedaleo y pedaleo agradecí también a Dios, a mi indeterminado Dios, a cualquier Dios, de la misma manera que Paracelso hizo cuando le fue concedido un discípulo. ●



# ¡Vamos a conocer a Monsi!

(Que las palabras de esta anécdota no se las lleve el viento)

VERÓNICA LÓPEZ GARCÍA

*A la memoria de Aries Hernández Martínez*

**R**odeada de una gran promoción turística, Guadalajara sorteja las mismas calamidades que cualquier ciudad mexicana. Sin embargo, aquí el paso de los años también puede medirse a través de la crónica del largo desfile de fiestas que muestran sus dos caras: la de una urbe moderna y la de un lugar tradicional, binomio que aún conserva ecos de los pueblos devorados por un crecimiento imparable y glotón.

En ese acontecer diverso, el paso del siglo XX al XXI ha convertido a Guadalajara en *la ciudad de los libros* gracias a la celebración, desde 1987, de la Feria Internacional del Libro (FIL), una de las actividades culturales más importantes del mundo hispanohablante (saben que no exagero), que además es un sólido puente que une esos dos universos, el de la actualidad y el de nuestra tradición e historia.

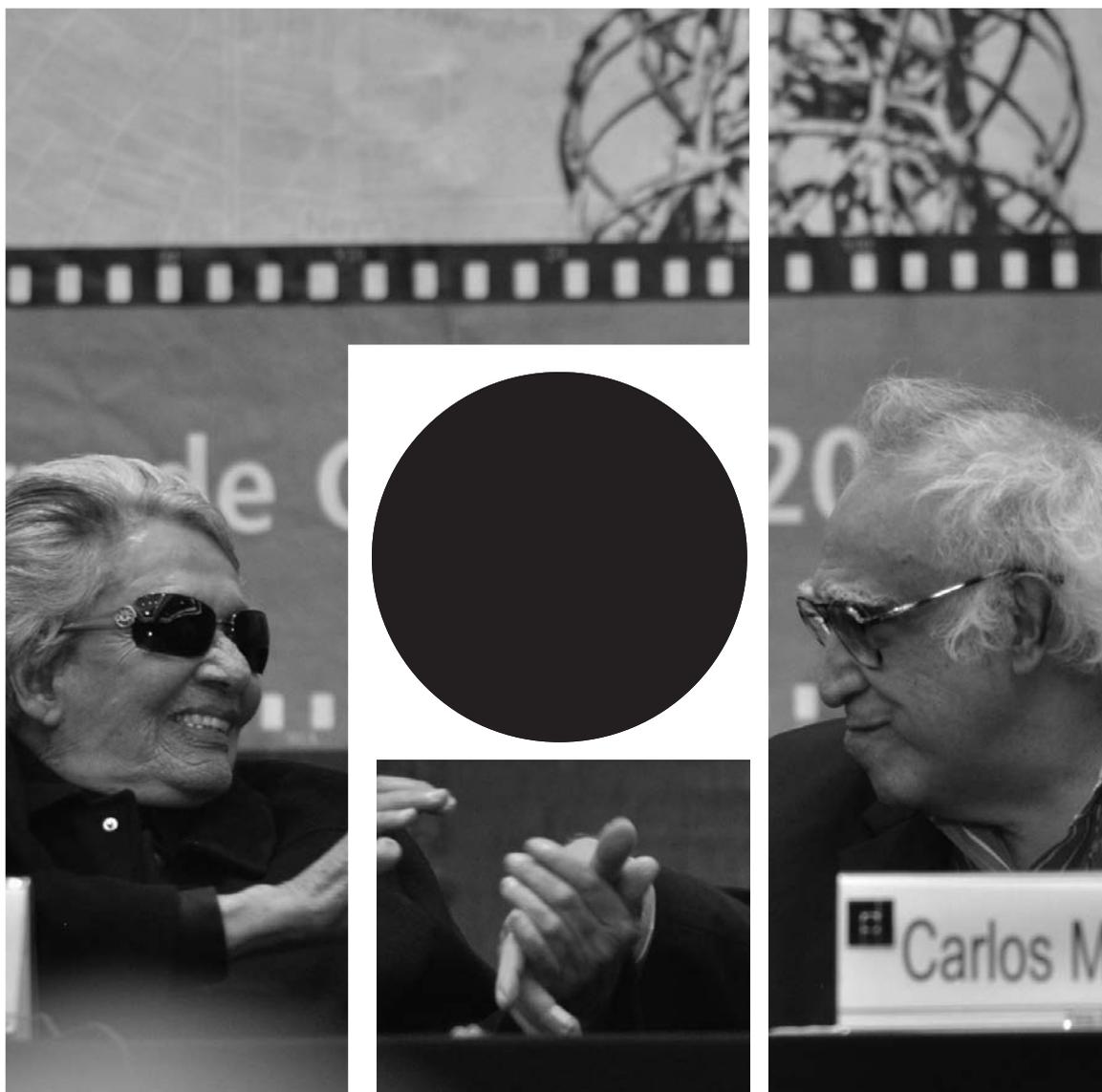
Para quienes nacimos y hemos crecido aquí en Guadalajara, especialmente para los universitarios y los miles de amantes de la literatura, la vida de la FIL y nuestra propia biografía tienen muchos cruces y puntos de encuentro que nos han marcado y, en el menor de los casos, han enriquecido nuestra formación lectora, política, ciudadana, musical y artística. Lo que comenzó como un modesto foro literario en su primer edición se ha convertido

en una celebración internacional de gran relevancia en el mundo editorial y literario que ofrece una importante plataforma para los escritores iberoamericanos, y desde hace muchos años también para autores de otras nacionalidades y lenguas.

Las anécdotas que tenemos los tapatíos sobre la FIL son muchas y la lista crece cada año en que la vida literaria se concentra en Expo Guadalajara y, además, en la serie de lugares donde los nervios de la fiesta de libros se extienden dentro de la zona metropolitana e incluso en otros municipios del estado de Jalisco.

Un ejercicio tan agradable como el de escribir este texto ha supuesto un problema serio para mi memoria. Si bien aún se mantiene fresca, es difícil hacer una curaduría de aquellos momentos que me marcaron como periodista y, más aún, como lectora, oficio con el que mejor me identifiqué.

Sin internet ni redes sociales, los chamacos tapatíos de los noventa acudíamos a la FIL con el entusiasmo exacerbado de quienes sueñan con conocer el rostro de las escritoras y los escritores que leíamos dentro y fuera de las aulas. Sin *tiktoks*, *booktubers*, ni sitios digitales de bibliotecas ni de las personalidades literarias, para quienes amábamos leer la FIL significaba la gran, la única oportunidad de abrir esas pesadas y misteriosas cortinas tras las cuales se encontraba el país de la escritura, esa



intrigante geografía que se mantenía oculta para la mayoría de los lectores.

Aries fue uno de mis grandes amigos. Como a mí, lo seducía el universo literario. La lectura fue uno de nuestros lugares de encuentro, la afirmación ciega de la fe arcana que compartimos, aquella que convierte en real todo lo que está en los libros. En esos paisajes literarios caminamos juntos por muchos años.

Eran los noventa y era otro país. Hablar de orgullo homosexual aún estaba lejos y mientras *el clóset* seguía siendo un lugar para estar, Aries parecía no haberlo conocido nunca. Se movía con la cínica soltura de una mente brillante cuya agilidad le permitía hacer los comentarios más ácidos, divertidos e incorrectos en el momento más inoportuno.

Aries pertenecía a la religión monsvaíta, aquella que seguía afanosamente al gran Carlos Monsi-

váis, quien además de ser una de las plumas más destacadas de la vida nacional fue ante todo un fervoroso lector. Aries lo perseguía con el entusiasmo de un romero en cada una de sus publicaciones, así como en sus múltiples apariciones en canales de radio y televisión, en las que Monsiváis podía hablar de deportes, de política, del escándalo priista en turno, de cine, de las fiestas populares, del folklore citadino y, claro, de libros, también de libros.

Alguna vez leí que Monsiváis, siendo apenas un adolescente izquierdista, participó en una de las manifestaciones revolucionarias en las que se encontró a la mismísima Frida Kahlo, quien gritaba arengas mientras el enorme Diego Rivera empujaba su silla de ruedas. La anécdota contaba cómo, luego de ver a aquella pareja histórica y avanzar algunas cuerdas, el jovencito Monsiváis descubrió

entre la multitud al gran Carlos Pellicer. Cuando le conté de ese hallazgo, Aries extendió su obsesión e interés por Pellicer, a quien leíamos en voz alta y luego de cerrar cada poema remataba siempre con un grito enamorado: “UUuuuyyy, el poeta de juniooooo”.

Noviembre llegaba, suavizaba las tardes afiebradas de las calles tapatías. La temperatura descendía y, entonces, el perfume del papel iba llegando de a poco. Los jóvenes de entonces nos preparábamos, leíamos con vehemencia las novedades literarias, cruzábamos los dedos para que las caras de las solapas llegaran de carne y hueso a la ciudad y poder escucharlos, asistir a sus presentaciones y, si había suerte, colarnos en alguna de las fiestas que acompañaban la cada vez más rica programación de la FIL.

No sé qué año fue, pero ocurrió en esa mágica década noventa. La FIL llegó y Carlos Monsiváis cumplía su papel de invitado frecuente. Cada año venía, lo mismo a presidir el jurado de uno de los innumerables reconocimientos que otorga la Feria que a participar en un encuentro de periodistas o académicos, a presentar el libro de alguno de sus destacados amigos o uno propio. Aries y yo teníamos una agenda personal para la FIL. Algunas veces nos encontrábamos en los concurridos pasillos; otras, nos organizábamos para llegar juntos y, luego de cruzar el mágico umbral del recinto ferial, cada uno acudía a hacer *check* en la lista de su agenda personal, para luego reencontrarnos, al caer la noche, con un grupo de amigos en las presentaciones de las bandas musicales del país invitado de honor.

Uno de esos días, luego del concierto, nos organizamos para continuar la fiesta en la *noche de oldies* del Mónica's, el bar gay por excelencia de aquellos años y piedra fundamental de la noche tapatía. Los viernes de *oldies* ocurrían una vez al mes y en esa ocasión, igual que siempre, el lugar estaba abarrotado. *Los rituales del caos* dirigían sus luminarias a ese cuerpo extraño y urbanita que formaba la masa vibrante bajo la bola disco. De nueva cuenta propios y extraños éramos parte del colorido frenesí del género, que para entonces muy apenas consideraba la palabra *travesti*. Ahí se

abría la piel social, la narrativa pública de la noche profunda esperaba ser nombrada. Como en *Amor perdido*, el libro en el que Monsiváis se acerca a la naturaleza de la generación del 68, a su intensidad rockera, así como a la impronta que dejó en la cultura nacional, la sociología tapatía revisa ahora la importancia del Mónica's en el desarrollo de las disidencias, la libertad sexual y la conmoción que causó a las buenas conciencias.

La fiesta tenía tiempo de haber arrancado. La gente se apelotonaba en la pista con la música disco que se programaba junto con éxitos ochenteros tanto en inglés como en español. Bebimos vodka en aquellos cocteles azulados y fosforescentes que ofrecían en la barra. Siempre dudamos de que aquello que nos servían fuera el Absolut que habíamos pedido, pero jamás nos quejamos de los maravillosos efectos que nos hacían reír a carcajadas, hacer cardio en la pista y regresar milagrosamente a casa. Bailamos y bailamos hasta que de pronto Aries, quien había estado entretenido con una de sus conquistas, caminó decidido hacia mí, me arrancó de los brazos de La Trifásica, con quien yo bailaba, y gritó con fuerza: “Verónica, ven para acá, ¡no sabes quién está aquí!”. Antes de que yo contestara algo, me jaló hacia la barra y me dijo: “Allá, en las mesas de atrás, tienen a mi Monsi. ¡Está Monsiiiiiiii! ¡vamos a conoceerlooooo!”. He de confesar que, aunque no lo parezca, mi timidez siempre ha sido grande en lo que a personajes famosos se refiere. Acercarse, saludar, pedirles una foto o un autógrafo no es algo que suela hacer, mucho menos en aquellos años de inseguridades múltiples. Pero aquella noche en el Mónica's éramos parte del mundo que Monsiváis echaba a andar cuando escribía, las noches de los caifanes que como en un *loop* se repetían infinitamente por los siglos de los siglos. Ahí, en ese lugar y momento, sus lectores formábamos parte, habitábamos el mismo mundo en donde las fronteras de las páginas y el piso pegosteoso de la pista se desdibujaban. El alcohol, la fiebre librera que causaba la FIL y los ojitos de cachorro de Aries pidiéndome que lo acompañara a conocer a su ídolo me hicieron creer que su pudor ante el gran Monsiváis era cierto, que al menos una vez en la vida lo vería intimidado por alguien.

“Está bien”, le dije, “te acompaño”. Dimos un trago largo al falso vodka y llegamos de la mano a la mesita alta donde Aries me juraba que “tenían” a Monsi. Y sí, rodeado de un séquito de cicerones que peleaba su atención, estaba El Maestro coronado por su icónica y despeinada nubecita blanca, haciendo equilibrios en la incomodidad de una silla periquera. Yo sólo acompañaba, así que, entre el alcohol fosforescente y el cuerpo enorme de Aries, que rebasaba el metro noventa de estatura, yo iba feliz haciendo fuerte al más inteligente y singular de mis amigos, que a pesar de estudiar contabilidad disfrutaba de la literatura y amaba la poesía. Yo estaba con él, dándole valor para que su voz no se quebrara cuando le declarara su admiración, cuando le describiera el enamoramiento con el que leía sus libros, *porque cuando dos leen el mundo cambia*, porque el corazón también está hecho de palabras y eso no puede ser cursi (*sba la la la la...*). Ojo: consideren que esas sensaciones de principio a fin estuvieron atravesadas por el hechizo de cocteles más o menos adulterados.

Volvemos al gran momento de Aries. Yo, envaletonada, ya saboreaba el orgullo de haber encaminado a mi amigo hacia los infinitos parajes de la crónica literaria. Estaba segura de que abriría con alguno de los brillantes comentarios que me había hecho sobre *Días de guardar* o *Entrada libre*, obras de Monsiváis que Aries no dejaba de releer y citar a la menor provocación. Mi mente fue aún más lejos al considerar que quizá mi amigo preferiría preguntarle algo sobre su tocayo Pellicer y, luego de debatir sobre el gran poeta tropical, Aries declamaría algún soneto selvático y provocador, y entonces diría que claro que un estudiante como él no hubiera conocido nunca a Pellicer si no fuera por la letrada y ñoña amiga que lo acompañaba y a quien agradecía su guía literaria. No, nada de eso ocurrió.

Aries llegó imponiéndose con su altura y con un garbo que sabía subrayar con un sombrero. Sin otro gesto que su cuerpo, el coro de cicerones se abrió para dejarle un espacio en esa mesita en la que el único que tenía un asiento era Monsi. La música bajó un poco su estridente *bit* para dar paso a *When doves cry*, el éxito ochentero de Prin-

ce. De inmediato Aries me jaló y me puso delante de él, frente a El Maestro. Aries y yo éramos dos chamacos sudados, con el semblante hechizado por la embriaguez. Yo tenía muy claro que era una simple acompañante, aquello no era mi idea. Yo jamás me atrevería a irrumpir en la mesa de la estrella de la noche, menos aún si estaba cerrada por todos los flancos.

Entonces, Aries habló:

—¡Maestro, qué gusto!

Tomó una de mis manos y, extendiéndola a la suya, le dijo:

—Aquí le traigo a mi muchacha, con muchos trabajos me terminó la primaria. Ya sé que va tarde, pero estoy muy orgulloso de su esfuerzo y nada me gustaría más que siguiera el camino del estudio y continúe en la telesecundaria, donde parece que me la pueden aceptar. Perdón, pero justo hoy la llevé a la FIL y creo que *usted* es el indicado para decirle algo que la inspire e impulse a continuar en la escuela, siempre y cuando me siga trabajando, claro.

Monsiváis, que nos había recibido con una mueca resignada (otro par de *groupies* que llegan a importunar), soltó una abierta risotada mientras la corte monsvaíta repetía su respuesta. Yo tardé en entender aquello, pasaba de la carcajada a la vergüenza, a las ganas de bufarle a Aries por aquel numerito, pero todos en ese lugar sabíamos que era noche de fiesta. Una celebración que había iniciado en la FIL y que encendía sus acentos en la pista del Mónica's. Todos habitábamos la misma ciudad, la ciudad de los libros.

### **Epílogo**

El Mónica's y Aries ya no están. El bar desapareció mientras muchos otros lugares se abrían a la diversidad. Aries murió, cerró su joven historia con páginas llenas de risas y orgullo. La FIL, como la ciudad, sigue mutando, a veces resistiendo a una herencia genética difícil, que opera en su contra; otras, haciendo valer el impulso de los buenos tiempos. Algunos de nosotros seguimos caminando las calles y avenidas de una Guadalajara que tiene mucho que agradecerle a la FIL. ●



La FIL de  
Guadalajara rompió  
la macrocefalia  
cultural que todo lo  
concentraba en la  
Ciudad de México\*

JOSÉ AGUSTÍN

A mediados de los años ochenta, muchas ferias del libro en México todavía estaban cargadas de buena voluntad, pero a veces eran simplemente unos cuantos puestos de libros en alguna plaza pública. Fíjense, una vez el afanoso librero yucateco-regiomontano Alfonso Castillo, que aún no se hacía un potentado con las librerías Castillo de Monterrey, me invitó a Torreón a una feria del libro. Ésta, para no variar, tenía lugar en el zócalo y los *stands* de los libreros (prácticamente no había editoriales) se hallaban junto a los puestos (excelentes, por cierto) de burritas, y la gente, al fin en un zócalo, iba de un lado a otro, “las muchachas por allá, los muchachos por acá, y sentados en las bancas los papás y las mamás”. Ahí mismo yo tenía que hablar, como merolico, así es que me trepé en unas endebles y tambaleantes tarimas que hacían de escenario y me arrojé con el sarape de mi maestro Juan José Arreola, quien insistía en que deberíamos ser juglares; también me sentí un poco como loquito de Hyde Park o como los aspirantes a Mesías de *La vida de Brian*. En todo caso, me puse a tirar mis ne-tas: los libros son buena onda, aumentan los conocimientos, la conciencia, la percepción, la intuición, las sensaciones, las emociones y las erecciones. Es mentira, decía Yo el Inspirado, que todos los libros sean un plomo, que el espíritu sea más pesado que la materia, y aun a los ladrillos aparentemente más difíciles se les pueden extraer placeres más allá de toda descripción. Cosas así, propias de un romántico como su inseguro servilleta. Eran las siete de la noche y había un ruidero espantoso, en medio del cual mi voz clamaba en el desierto, pero, con todo, logré que alguna gente me oyera y que incluso comprara libros.

Bueno, con esas experiencias en ferias del libro no debe extrañar que yo bienviniera la de la UNAM, en el Palacio de Minería, la cual, a pesar de que había que desplazarse a codazos como en una línea Maginot, Metro Balderas o partido de rugby, era un avance extraordinario. Pero la Feria Internacional del Libro de Minería no fue nada en comparación con la de Guadalajara. En el buen Guanatos contaban ya con un espacio muy bueno, además de que la gente de la UdeG concibió el asunto notable-

mente bien. La FIL llegó en el momento adecuado y casi todo mundo respondió. No he levantado una encuesta, pero creo que los guadalajareños deberían estar satisfechos si no es que orgullosos de su Feria del Libro, ya que ésta se llegó a prestigiar tanto que de muchas partes del mundo empezaron a asistir expositores, agentes, autores, jurados o lectores. Además, la FIL de Guadalajara rompió la macrocefalia cultural que todo lo concentraba en la Ciudad de México (¡ya chole!) y demostró que en el interior del país se podían manejar los más sofisticados mecanismos culturales mejor aún que en la capital. Por supuesto, más que ninguna otra cosa, la FIL puso a Guanatos en el mapa internacional. Haz patria, mata a un chilango.

A partir de la década de los noventa, he asistido a la FIL de Guadalajara casi todos los años. A veces presento libros míos o de otros escritores, he sido jurado de alguno de los concursos de la Feria o invitado en los grandes homenajes que la FIL rinde a escritores entrañables. Por lo general, me llevan las editoriales, pero se han dado dos tres casos en que la Feria me invita directamente. Una vez, ya no sé por qué, me eché la FIL entera, de principio a fin, cambiando de hoteles como loco. De más está decir que me gusta ir a fines de noviembre o principios de diciembre a Guadalajara. De hecho, resulta una fiesta. Desde el aeropuerto empieza la chorcha con todo tipo de gente relacionada con la literatura. A partir de ahí será un platicadero, pues Todo Mundo va a la FIL, donde, además de atender el puesto, se repasan los chismes en boga, se practica la grilla intelectual, o política, se hacen *deals* y se habla de fútbol, pues la Feria coincide, no sé si siempre, con las finales del fut. En las noches vienen los cocteles, cenas, fiestas y variados reventones con los consiguientes tequilas, ligues, pleitos y uno que otro escándalo. Ya se sabe que la Feria se volvió un importante foco de atención; los periódicos locales le dedican suplementos, la radio y la TV transmiten desde ella, los medios nacionales la cubren y la convierten en pedestal, tribuna, escenario, *ring* o museo de horrores. Todo el que puede utiliza la gran proyección de la Feria: editores, libreros, distribuidores, agentes, autores conocidos o principiantes, diletantes, militantes, oene-



gés, provocadores profesionales, transas culturales, jinetes del ego *trip* y demás especies del mundo de los libros. Yo vivo pendiente pero relativamente aislado del medio cultural, así es que una vez al año no me hace daño atragantarme con una parte del personal local, nacional e internacional.

Me siento a gusto desde las afueras de la Feria, con el tianguis *sui generis* que brotó ahí, o con los grupos musicales, usualmente roqueros, si ya es la hora de las tocadas. En el gran interior de la Feria, por un lado, están los salones de las conferencias y las presentaciones, aparte, pero sin llegar a formar un *gueto*; por el otro, se despliega el vasto espacio de los *stands* con todas sus sirenas mercadotécnicas. Hay que rolarla por los pasillos, ver los puestos y comprar libros, pues ahí se pueden encontrar los que en varios meses no se ubicarían, además de que un *stand* medianamente decente debe dar descuentos (cuando menos de setenta y cinco por ciento), aunque sea como ritual que exorcice el mercantilismo. Si no hay lana para llenar los libreros, cuando menos se toma nota de lo que con el tiempo y cuando se pueda habrá que conseguir.

Por lo general, me toca ir a la FIL en fin de semana, así es que siempre la encuentro animada y llena de gente. Me leo el periódico y los suplementos sobre la Feria, cumplo con los que me llevaron, asisto a dos tres presentaciones, circulo y platico con los vendedores y con los numerosos chavos que andan por ahí. La verdad es que he hecho muy buenos amigos con los que mi esposa y yo hemos rolando por la Plaza Tapatía, Tlaquepaque y Ajijic.

Me siento cercano a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara porque la he visto crecer, elegir su país invitado, crear premios, concursos, homenajes, encuentros, coloquios, seminarios, actividades para niños y, en general, luchar contra el estancamiento o una rígida institucionalización. Ya se sabe que todo mundo habla de la feria según le va en ella y, como a mí casi siempre me ha ido muy bien, no me cuesta ningún trabajo echarle porras a la FIL de Guadalajara. ●

\* Con el título "La Feria del Libro de Guadalajara", de Vv. aa., *20 años / Feria Internacional del Libro de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2006.



# Fear and loathing in Guanatos

FERNANDO RIVERA CALDERÓN

Las mejores cosas que me han pasado en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara no las recuerdo. Y muchas de las que sí recuerdo lamentablemente no las puedo contar. Hay unas muy buenas y otras que de plano me avergonzaría confesar, pero casi siempre lo he pasado muy bien y cada que regreso a Ciudad de México después de una FIL siento que de camino sería bueno internarme en una clínica de desintoxicación.

A veces, cuando pienso en lo que ahí he vivido, siento como si sólo hubiera asistido a una sola feria, a un solo día, a una sola noche tapatía en que ha pasado todo. Y todo es *todo*. La vida loca en medio de miles de libros que son palabras que son ideas empapeladas. Pero como dicen los clásicos: lo que sucede en la FIL se queda en la FIL.

El espíritu dionisiaco de la Feria la vuelve una bacanal de las letras donde todo puede suceder. Recuerdo que un día, después de una juerga interminable y enfermiza, reaccioné a mitad de la presentación de un libro en la sala principal de la Feria. ¿Cómo llegué ahí? No lo sé. ¿Qué dije antes? Ni idea. ¿Quién es el tipo que estoy presentando? Carajo...

Miré a la derecha a mi autor, quien hablaba elocuente y animado mientras el público que abarrotaba la sala celebraba sus chistes. Realmente era simpático. Me preguntaba: ¿Quién es? No tengo idea, no tenía idea de nada; mis neuronas flotaban ahogadas en un caldo de whisky, mezcal, cerveza, vino tinto, tejuino y quién sabe cuántas cosas más. Era un blackout absoluto.

Entonces el autor se dirigió a mí. Me preguntó no sé qué cosa que mis neuronas disueltas no asimilaban, pero algo le respondí. No me acuerdo bien qué le dije, aunque es probable que le haya preguntado ¿Quién eres?, porque la gente se rió. Y entonces vi la portada del libro y todo se vino de súbito a mi cabeza: ¡No mames, es Liniers! ¡Soy su fan!

Otras aventuras han sido extramuros. Una de las mejores dentro del rubro de las que no recordaba me la recordó un amigo un día que llegué a desayunar a los mariscos El Negro, como a las tres de la tarde. ¡Qué gran fiesta traías anoche, eh?, me dijo mi cuate. Ah, cabrón, ¿cuál fiesta?, respondí. Güey, llegaste anoche al Salón Veracruz con cuatro dragas e incendiaron la pista de baile. Entonces empezaron los flashbacks de lentejuelas y plumas de colores: ¡No mames, sícierto! Había unas dragas muy simpáticas que me encontré en la calle y las invité a bailar al Veracruz.

También ahí, en el Veracruz, fue donde vi por última vez a Gabriel García Márquez. Era una noche en que el salón de baile estaba particularmente hasta la madre y a alguien se le ocurrió que era buena idea llevar al Gabo. En cierto momento vimos al pobre Gabo tratando de escapar, pero el tumulto lo devoraba. El nobel extendía el brazo, la mano, desesperadamente, casi como un zombi cuya mano rompe la tierra sepulcral para salir a la superficie, y fue entonces cuando lo pepenó un amigo lo suficientemente alto como para, literal-

mente, arrastrarlo hacia la salida. Cuando íbamos arrastrando al nobel, él nos dijo gritando: Les voy a dar un consejo: ¡nunca sean famosos!

Y el maestro se fue para siempre.

Otro momento entrañable, aunque menos masivo, fue cuando mi amigo y editor Andrés Ramírez me contó que su padre José Agustín estaba en la feria y que había quedado de cenar en el restorán del Hilton con Vicente Leñero. ¿Quieres venir? Y, bueno, pues ahí estuve, junto con Andrés y su madre, Margarita Bermúdez, en el reencuentro de esos dos grandes, que después de muchos años de no verse recordaron cuando los jóvenes José Agustín y Gustavo Sainz escribían en la revista *Claudia* que dirigía Vicente Leñero. José Agustín escribía los horóscopos, pero en medio del trabajo editorial tallereaban sus novelas con el maestro.

Fue una plática increíble marcada por un breve momento de silencio marcado por el paso del escritor Gustavo Sainz frente a la mesa: pasó, miró de reojo, y se siguió de largo.

Vicente y José Agustín se miraron. Sigue enojado, dijo Leñero. Luego, José Agustín nos contó que Gustavo se había molestado con él porque en aquel tiempo, cuando trabajaban en *Claudia*, José Agustín era el más joven y Gustavo Sainz le daba consejos y medio veía a José Agustín como un discípulo. Entonces llegó el éxito tremendo de *De perfil*, y la fama temprana y todo lo demás. Sainz nunca se lo perdonó.

Las fiestas psicotrópicas del monero Jis tendrían que ocupar un capítulo aparte de este tratado sobre la FIL como ritual esotérico y afrodisiaco. Ahí la literatura, el arte gráfico y el rock solían fundirse en un abrazo lisérgico.

Recuerdo un día en que los caramelos hicieron de las suyas y todos estábamos bailando superloco al ritmo del DJ. Yo estaba bailando con Jis, dibujando pajarracos en el aire, cuando apareció en primer plano nuestra amiga y actriz Marisol Gasé, enojadísima con No-sé-quién. Marisol estaba de veras furiosa, sacaba humo, y Jis y yo tratábamos de unirla a nuestro baile sagrado, pero ella impasible seguía: No, pero es que este pendejo y no-sé-qué. Y nosotros ya sólo escuchábamos Wawawawawa wawawawa, como cuando en las caricaturas de

Charlie Brown hablan los adultos. Todo ese diálogo alucinante lo percibí como una batalla del Rayo Buenaondizador bailador de Jis y mío contra el Rayo Vengador de la Gasé. Debo decir que nuestro baile nunca logró atenuar su furia.

Extraño esas fiestas, la verdad. Aunque hubo un momento en que se volvieron imposibles y llegaba demasiada gente. Jis es un molusco sensible y no lo soportó. De cualquier manera, siempre lo recordaré: impasible y sonriente, desparramado en su sillón favorito, fumándose un puro y disfrutando del caos.

Otro día memorable –las partes de las que me acuerdo– fue cuando Mariana H. y yo le caímos a unos mariscos de cuyo nombre no puedo acordarme (probablemente era El Negro) con Juan Villoro, Carlos Puig, creo que estaba Antonio Ortuño, Emiliano Monge y varios más. Estábamos apenas aterrizando, cuando llegó una muchacha en patines con una botella de no sé qué tequila. Nos dijo que había una promoción de dos tequilas y una botella de agua por el precio de un tequila. Obviamente, todos quisimos la promoción. La conversación en aquella mesa fue prolija, pero el tema central sin duda fue un juego del Barcelona contra el Real Madrid que acababa de terminar. Los tequilas iban y venían y las carcajadas cada vez alcanzaban mayores decibeles. Un par de horas después, la mesa estaba colmada de botellas de agua sin abrir y los ahí reunidos, cada que acabábamos una nueva ronda, pegábamos en la mesa al ritmo de pro-mo-ción, pro-mo-ción.

Salí de ahí zigzagueando junto a mi amigo Puig, quien propuso ir por un whisky a La Copa de Champagne. Fue difícil aceptar que estaba cerrada, pero me acordé de que esa noche tocaban Los Velázquez, de mi amigo el Ro, en un antro de por ahí, así que nos lanzamos. Llegamos eufóricos. Me subí a cantar con mis cuates, y todo muy bien, pero luego por alguna razón me entró de pronto una tristeza cósmica, un bajón abismal que me hizo ir a acostarme a la mitad de la calle a esperar la muerte. Recuerdo que el Ro fue a convencerme de que valía la pena vivir y que lo más prudente ante semejante vacío existencial era ir por unos tacos.

Hablando de drogas y rocanrol, otra historia de locura fue un día en que mi ex amigo ganador del

Premio Alfaguara me invitó a fumar mota en una pipa que había tallado en una manzana en su suite del hotel Hilton. Disfrutaba su llegada al Olimpo de los rockstars de la literatura, pero mantenía el espíritu loco e irreverente con el que lo conocí y que luego perdió por completo. Habíamos puesto toallas en la puerta y fumamos de esa manzana-pipa que mi ex amigo había fabricado con gran devoción y de la que ahora seguramente se avergüenza. Hablamos del *Atom Heart Mother* de Pink Floyd y del *Ziggy Stardust* de Bowie. Estábamos a toda madre hasta que tocaron la puerta violentamente. Nos asomamos por la mirilla y vimos como diez agentes vestidos de negro afuera. ¡Abran!, nos gritaban, pero mi ex amigo y yo decidimos escondernos abajo de la cama y guardar silencio, hasta que los guardias se fueron. Entonces recordé que tenía programa de radio en ese preciso instante. Y salimos corriendo y flotando por el elevador para llegar a la cabina improvisada en el lobby del hotel y encontrarme con el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y con mi amigo Óscar de la Borbolla, con quienes platiqué como si ambos fueran una especie de muppets sabios. Sólo Dios sabe qué cosa escuchó el público ese día.

Recuerdo también la última fiesta con mi amigo Carlos Martínez Rentería, antes de que se fuera al más allá a inhalarse las nubes. Estábamos Jorge Alderete, Alejandro Magallanes, Vero Maza, Benjamín Anaya, Gerardo Enciso, el buen Carlos y su hijo Emiliano en La Mutualista, un legendario lugar donde viví todo tipo de aventuras. Bailamos hasta altas horas con una banda de covers y despedimos a Carlos como era bebido. Otro día, llegando a La Mutua, apenas subiendo la escalerita de la entrada, salió una muchacha sonriente que me vio y me dijo: Vente conmigo. Y que me voy.

Seguramente ustedes dirán: ¿Y todo esto qué tiene que ver con la FIL? Bueno, pues esto, señoras y señores, es la literatura de la vida misma que nuestra entrañable FERIA de vanidades, virtudes e intensidades propicia cada año. Cada presentación de libro es la semilla de un gran desmadre y, tal vez, de un futuro libro que –quizás– no tendremos tiempo de leer pero que ahí estaremos presentando. ●

# La FIL de Guadalajara: hora del recreo

EDUARDO CASAR



**L**a FIL de Guadalajara es el recreo anual de los escritores, pero no sólo de los escritores: es la hora del recreo de los que creo que disfrutan y refritan y reinjertan los frutos de la literatura y de los libros. O sea que entonces sí es el recreo de los escritores, pero no sólo de los de literatura, porque hasta los manuales de procedimientos o las explicaciones astronómicas o gastronómicas han sido escritos por alguien o por alguno.

En las ferias del libro el poder hegemónico está en la literatura, y dentro de la literatura está en los narradores. Ellos son los que salen en las fotos. Y algo tienen todos de Paul Auster. Hay fotógrafos especializados en fotos de narradores, fotos que crean toda una escuela en blanco y negro. Los narradores no se diferencian entre ellos: cuando se cansan de la novela, se convencen de que en realidad era un relato lo que estaban escribiendo, y cuando se cansan del relato, se convencen de que en el fondo era un cuento. Pero no dicen soy cuentista o relator. Los narradores juzgan a sus chamacos por la estatura. Y tienen respuestas para ferias de libro: “A mí lo que me interesa es contar una historia”. “Escribo porque no podría hacer otra cosa”. “Sufro, me duele, estoy solo, pero género es destino y debo asumir el mío”. En el nombre del padre, del hijo y de la madre de sus personajes.

A los poetas no les duele tanto. Digo, lo de escribir: son menos farmacodependientes. En las



ferias del libro tienen su espacio, pero es el breve espacio en el que de pronto están y luego ya no están. Todavía quedan restos de humedad. Y es que los poetas tienen aparte sus Encuentros de Poetas, donde leen siete minutos cada poeta, duermen gente, apantallan y hieren con el chicotazo de alguna rama ráfaga a sus oyentes encorvados, previamente anestesiados por la lectura de los currículums. Luego se van a chupar. Platican, son felices, intercambian mails y teléfonos, quedan de verse; algunos se interseccionan, reproducen más poetas y se leen entre ellos; viajan, van a otros encuentros; conocen gente, compran sombreros y casitas de barro difíciles de desempolvar.

Los dramaturgos no existen en las ferias del libro. Porque no se publican obras de teatro. La gente ha leído teatro por Shakespeare en los planes de estudio, por Sófocles, y algunos saben quién mató al comendador de Fuenteovejuna, doctor, que, por cierto, apoya más a los poetas, Lope sea de cada quien.

Con este desbarajuste quiero decir que lo importante de la FIL de Guadalajara, para mí, no son los escritores ni los lectores sino el ambiente cultural que irradia. La FIL ha demostrado el enorme poder electromagnético de las ferias del libro: es la madre de todas: Nuestra Señora de Guadalajara. La FIL es la gran cosa. Los baños son impecables y se puede uno tomar su cerveza sin necesidad de salir del recinto ferial. Se encuentra uno a todo el mundo de uno. Ya de dos ni hablemos.

Mi anécdota recordatoria se remonta al año de 1989, creo que era la tercera FIL. La directora era Margarita Sierra. Yo fui junto con Eraclio Zepeda para hacer un programa adyacente e impulsor de la cosa literaria. Eraclio hablaría de cuento, y cuando se cansara, me diría Y tú qué opinas, Casar, y yo comenzaría a hablar de poemas, y cuando yo me cansase, le diría Y tú qué opinas, Eraclio, y así alternada, sucesiva o duplicadamente.

Recuerdo que en la Prepa 7 de Guadalajara Eraclio tenía hipnotizados a unos quinientos cin-

cuenta y cuatro alumnos; no se oía volar ni a una mosca, porque la que vi volando la aplasté con las *Odas elementales* de Neruda. El director de la prepa y yo simpatizamos porque él se apellida Soltero y yo ya se sabe.

Nuestras anfitrionas, porque la FIL desde el principito de sus tiempos casi siempre era regentada por mujeres, fueron Blanca Brambila, Nubia Macías (quien luego dirigió durante mucho tiempo la FIL) y Socorro Arce. Fue Nubia quien, ya después de la cosa cultural, me llevó a mi primer palenque (donde, por cierto, hacía sus pininos Gloria Trevi), y ganamos, porque ella, Nubia, sí sabía de gallos y de cómo se peleaban a navajazo limpio, como gente. Y otro día, después de las actividades de la Feria y la literatura, Socorro fue la encargada de llevarme al Veracruz, un salón amplio y docente. Ahí se discutía y se bailaba. En eso, abrieron un concurso de baile y tuve el gran mérito de no recular y arremangarme, disminuido y pobre o asustado por mi condición intelectual, y le propuse a Socorro poner en alto la espiritualidad que de alguna manera representábamos. Fueron quitando parejas, y resulta que quedamos finalistas, con nuestro número 31 bien pegado en la parte baja de mi cuello. Sólo estábamos ya en la pista dos parejas, pero al final pusieron una lambada, y Socorro y yo nos miramos y dijimos al unísono Eso YO no me lo sé. Quedamos en segundo lugar, a mucha honra. El desarrollo musical había rebasado nuestras capacidades automotoras y decidimos declinar, como el latín. Como en los buenos modos de la vida civilizada.

Con esto quiero subrayar que una feria del libro es un recreo, una fiesta, una fiesta irradiadora, una socialización, un oleaje de círculos excéntricos. Actualmente cada estado del país tiene su feria, y las hay por ciudades, como Los Mochis o Ciudad del Carmen, o Azcapotzalco. Una feria del libro es un espacio de convivencia, una comunidad de comentario en torno de los libros, esos juguetes. ●



# Un hilo de la FIL nocturna

**ALBERTO RUY SÁNCHEZ**

*Junto con Margarita de Orellana, Homenaje al Mérito Editorial 2023*

*Homenaje al Bibliófilo 2017*

**L**as ciudades se dejan amar como historias que se cuentan boca a boca. Después vendrán o no las confirmaciones, los desafíos, los enredos, los claroscuros. Mi gusto grande por Guadalajara comenzó, mucho antes de conocerla y amarla plenamente, en los relatos familiares de los abuelos emigrados de Sonora a Guadalajara. Un matrimonio joven, con sus primeros hijos, entre ellos mi padre, buscándose la vida en una migración pausada de Álamos a Navojoa, Los Mochis y, por un tiempo más largo, Guadalajara. Antes de terminar en la Ciudad de México.

En Guadalajara mi padre y su hermano mayor entraron y salieron de la adolescencia. Fueron al Colegio de Jesuitas de la ciudad, toda una experiencia. Y fue una de las razones para elegir Guadalajara, puesto que a mi abuelo su padre lo llevó de Álamos a Saltillo, un recorrido de más de mil kilómetros, para que estudiara, internado, en el Colegio de Jesuitas más cercano de entonces. Y ahí estuvieron algunos años, él y su hermano mayor, al comenzar la segunda década del siglo XX.

Casi treinta años después, ya en Guadalajara, mi padre y sus hermanos se enamoraron y desenamoraron, viajaron para probar fortuna de diferentes maneras. Uno de ellos, Luis, el mayor y más aventurero, se fue a trabajar como espalda mojada en la cosecha de los campos de naranja de California. Uno de sus hermanos menores, Enrique, se quedó a vivir en Guadalajara.

Mi padre, en cambio, fue acuartelado para cumplir el servicio militar durante parte de la guerra, por mala fortuna, literalmente, puesto que eso lo determinaba un sorteo. “Saqué bola negra”, era la expresión con la que comenzaba el relato de un aprendizaje obscuro y terriblemente inútil, eso sí, por buena suerte.

Otros amigos y familiares sonorenses pasaban por Guadalajara quedándose en la casa familiar, que muy pronto se convirtió en casa de huéspedes. Y entre las historias que me gustaba escuchar, una y otra vez, estaban las de las fiestas bailables en esa casa de sonorenses migrantes que casi sin darse cuenta tejieron una familia extendida. A muchos yo siempre los llamé tíos, aunque de sangre o legalmente no lo fueran. Tanto mis abuelos y su generación como mi padre y sus hermanas y hermanos eran grandes bailarines: al hablar de los personajes, de los encuentros y los desencuentros, de las historias familiares cruzadas de todos los que ahí vivieron o por lo menos pasaron, siempre era indispensable aclarar qué y cómo y con quién se bailaba, qué música y con cuáles pasos que desembocaban en historias dentro de las historias.

Bailar en esas reuniones era ser iniciados a la vida. A su música y sus pasiones. En otros bailes públicos o privados que ya no eran los de la casa de huéspedes, todo tomaba su razón de ser y las historias se convertían en una especie de novelas o intensos poemas en la vida social de todos ellos.

Ni siquiera se formulaba, pero era claro que esos relatos familiares, de esa gran familia extendida, no podían ser contados sin música y sin ponerse a bailar y, muchas veces, a cantar. Tengo muy clara la historia de cómo, en las grandes celebraciones de la pequeña ciudad de Álamos de principios del siglo XX, cada vez que mi abuela, que era muy bella, entraba al salón de baile, la orquesta interrumpía lo que estuviera tocando y comenzaba a tocar una pieza emblemática de Sonora que había sido compuesta para cortejarla: *La norteña*. Y que cuando eso se contaba en familia comenzábamos todos a cantarla, con mi padre o algún tío interpretándola al piano. Comenzaba con una invocación que irremediamente sonrojaba a mi abuela, llenándola de alegría y coquetería, resaltando con las mejillas iluminadas el color de sus ojos claros: “Tiene los ojos tan zarcos, la norteña de mis amores, que se mira dentro de ellos como si fueran destellos de las piedras de colores. Cuando me miran contentos, me parece un jardín de flores. Y si lloran, me parece que se van a deshacer. Linda, no llores...” El nombre del pretendiente que la encargó para ella se perdió en el tiempo. En los relatos de familia se le llamaba “el Suspirante”. Y con el apodo mismo se daba a entender que a pesar del esfuerzo musical sus amores no prosperaron.

Se sabía, sin embargo, que uno de los dos compositores que la hicieron por encargo, José Francisco Elizondo Sagredo, había escrito también otra canción, muy popular, sobre un amor que, de nuevo, entraba por la mirada: *Ojos tapatíos*. Esta vez los ojos eran de Guadalajara. Y las dos canciones fueron cantadas en discos y películas por Jorge Negrete. Más tarde me enteré de que ese compositor fue autor, entre otros, de un libro que llamó *La vendedora de besos / Cuento árabe*.

Así es que, desde niño, asocié el placer de contar y escuchar historias con el placer de bailar y ver bailar. Bailar en pareja es conversar. Y bailar en público es escuchar historias del cuerpo con el cuerpo y contarlas a dos voces o cuatro pies. O, de plano, como en el caso de *La norteña*, en coro.

Bailando viajábamos en el tiempo porque el ritmo es tiempo que corre hacia atrás y hacia adelante a la vez. Bailando se hace poesía, algunas veces

mejor que en otras circunstancias. Y bailando se entretejen historias. Con mayor razón cuando se trata de ocasiones repetidas con la constancia de las fiestas rituales. Todo esto para tratar de explicar la importancia de un ritual celebratorio que mientras estuvo vivo dio a Guadalajara y a su Feria del Libro, para muchos visitantes tanto locales y nacionales como extranjeros, una parte de su carácter único.

Si la Feria Internacional del Libro ha dado a la ciudad varias generaciones de nuevos lectores y ha permitido que las voces más interesantes de cada momento sean escuchadas, seguidas en sus libros, muchas veces discutidas y celebradas, más allá de los pasillos de la Feria donde se da el encuentro con los libros editorial por editorial y más allá de los salones donde se da el encuentro de los autores con sus audiencias, propició también el encuentro en un salón de baile conocido como Casino Veracruz, donde se daba siempre el primer lunes de Feria la cita entre lectores, autores y editores en otro nivel, el del diálogo de los cuerpos en la música. No era tan sólo un lugar de diversión sino uno de los sitios literalmente nodales, donde se ata y se desata el conocimiento vinculado a una profunda alegría de carácter, para muchos, inesperado.

No era tan sólo uno de tantos centros nocturnos de Guadalajara, era *la otra sede* de la hirviente vida internacional que la Feria daba a Guadalajara y la ciudad al mundo de los libros y sus mil ventanas a la vida. Aún no existían los numerosos hoteles que hay ahora alrededor del ampliado centro de exposiciones conocido como Expo Guadalajara, y ya estaba ahí el Casino Veracruz como una de las sedes anheladas de la Feria. Ni siquiera era necesario conocer la dirección para llegar. Bastaba con subirse a cualquier taxi de la ciudad y pedir: “Al Veracruz, por favor”. En el trayecto mismo comenzaban la fama y la leyenda del lugar y sus habitantes. Esos extraordinarios narradores orales que son los choferes de taxis de Guadalajara saben y cuentan mil historias que el nombre del centro nocturno despierta como una chispa que enciende un fuego. El lugar era muy popular y relativamente grande, sin perder nunca su dimensión humana. La pista al centro era rectangular, elevada del piso

unos treinta centímetros. Al fondo, ocupando toda una cabecera, la orquesta, en una plataforma tan sólo un poco más elevada.

Se podrían escribir varios libros con las historias personales que se tejieron en ese lugar y transformaron la vida de varias personas. Recuerdo siempre, entre muchos otros, a un editor estadounidense al que le presenté a una narradora española que había ganado un premio del que yo había sido jurado, junto con Juan José Arreola, Emmanuel Carballo y Carlos Montemayor. El Premio Diana. Terminaron casándose, y siguen siendo asiduos a la Feria y, mientras duró, al Salón Veracruz. Por su pista pasó toda la literatura latinoamericana, y una buena parte de la europea y de la estadounidense. Incluso algo de la asiática y de la africana. No pocos premios nobel, antes y después de ser coronados, bailaron ahí o admiraron a los bailarines. También, grandes protagonistas de la defensa de los derechos humanos. Hubo periodistas en su pista que se volvieron estrellas de los medios, e incluso una practicante de periodismo que se volvió princesa y luego reina de España. Mil y una historias se escribieron con los cuerpos en su pista. En mi novela *En los labios del agua*, una escena sobre “Los nueve placeres del baile” sucede ahí, y en ella trato de mostrar la desbordante dimensión ritual de la experiencia. Sin decirlo, hago una aplicación irónica de un esquema antropológico de Mircea Eliade sobre la experiencia mística de varias tribus africanas de llegar a bailar con la luz y el fuego. La escena ha sido plagiada tres veces, incluso por algunos amigos, y antologada en varias ocasiones. A todos lo agradezco, pero sobre todo al Salón Veracruz, que es sitio fundamental de Guadalajara y de su Feria, cónclave de lenguas y de pasos, babel de deseos ritmados y, con frecuencia, ventanas y puertas a lo inesperado.

En el origen legendario del Casino o Salón Veracruz, fundado en 1982, en la colonia Mexicaltzingo, había una mujer, directora de la orquesta principal, que siempre tocaba alternando con una orquesta invitada. Y había un personaje, también legendario, del que ella estaba enamorada, y que se conocía por su apodo, el Tirantes. Aunque ya

desde el taxi nos hablaban de él, había que verlo entrar al lugar y, literalmente, partir plaza, porque siempre que él llegaba la directora de la orquesta cortaba lo que estuvieran tocando y comenzaba a escucharse *La cumbia del Tirantitos*, que ella había compuesto para celebrarlo. Él avanzaba despacio entre las primeras mesas que separaban la entrada de la pista. Ésta se iluminaba y Tirantes entraba, triunfal, bailando los primeros pasos solo. Muy pronto, acompañado por una de las muchas mujeres que hacían cola para bailar con él, continuaba la cumbia, que terminaba con otras acompañantes espontáneas. La directora lo presentaba al público, él saludaba, y luego la pista de nuevo se llenaba de parejas bailando su cumbia.

Tirantes era un taxista que iba a bailar ahí todos los días. También por eso su reputación comenzaba en los taxis de la ciudad que nos llevaban al Casino. Vestía, naturalmente, como pachuco. Pantalón amplio con pliegues en la cintura, sostenido por





anchos tirantes claros sobre una camisa oscura. Y un infaltable sombrero de ala ancha, como los que usaba Tin Tan. Cuando él bailaba, aunque sus piernas fueran un torbellino, su sombrero no se movía. Era demostración continua de su maestría: el baile agitado sucede de la cintura para abajo. Con frecuencia instruía a sus parejas sobre ese principio, y al bailar con ellas las tomaba de la cintura con las dos manos, guiando sus pasos, acelerándolos y al mismo tiempo deteniendo el movimiento del torso para arriba.

Un día a la semana había concurso de baile, y Tirantes era jurado. Él mismo colocaba en la espalda de las parejas concursantes, con pequeños alfileres de seguridad amarillos, una tela delgada con un número impreso. Y decidía con la orquesta qué ritmo tocar para ir desafiando progresivamente a las parejas y eliminando a las que no hicieran bien los pasos de cada tipo de baile. Y entregaba a la pareja ganadora una botella de ron o de brandy.

Tirantes decidió que llamarme “Pollo”, como me llaman muchos de mis amigos, era demasiado afeitado para su gusto, así que comenzó a llamarme “mi Gallazo”. Con frecuencia, al final del baile, nos ofrecía, a Magui y a mí y a quien estuviera con nosotros, llevarnos a nuestro hotel en su taxi. Nunca permitía que le pagáramos. La primera vez salió del Salón con una especie de vaso gigante, casi

cubeta, lleno de cerveza. Cuando le señalé que no era lo más prudente beber mientras conducía, me respondió, amistosamente indignado: “Qué pasó, mi Gallazo. Yo soy una persona muy responsable. Está grande mi cervecita, pero es la primera de la noche. Porque yo, responsablemente, mientras bailo no tomo.” Y nos llevaba sin titubeos, con el amanecer ya muy cerca, de la FIL nocturna hasta nuestro hotel enfrente de la FIL matutina.

A lo largo de los años hubo pequeños cambios en el Salón Veracruz, llamarse Casino en vez de Salón fue uno de ellos, aunque no hubiera nada de juegos de azar adentro. Pero los nombres locativos son los más difíciles de modificar en el uso de las personas y siguió siendo conocido como Salón Veracruz siempre. Hasta que un día la pista de cemento fue recubierta de una loseta bastante fea pero que seguramente a los dueños les parecía de mejor clase. El techo encima de la pista fue recubierto de espejos con un borde geométrico de 45 grados, también poco agraciado. El lugar mejoró para algunos, pero iba perdiendo su sabor radicalmente popular. En la FIL se volvió común la frase: “El Veracruz se cayó para arriba.”

Fue entonces que, justo cuando el Salón Veracruz y la FIL parecían inseparables, alguien de la administración de la Feria decidió mudar la fiesta a una discoteca “elegante” en otro barrio de la ciudad,

menos popular. Fui al Veracruz un día antes, y el Tirantes estaba desconsolado y ofendido. Después de tantos años dedicado a amar y atender bailando a las huestes de la FIL de todo el mundo, ni siquiera lo habían invitado a aquella fiesta. Le dije que no había ningún problema, que yo lo invitaba. Al día siguiente pasó por nosotros. Y llegamos a la discoteca, donde no lo dejaron entrar con sombrero. Por algún código de urbanidad de Guadalajara, entrar con sombrero a los centros nocturnos se consideraba poco apropiado. Se le identificaba como de clases bajas o del campo. Clasismo estrecho.

Por más que insistí, los encargados repetían incansablemente: “El protocolo lo prohíbe”, “El protocolo no nos permite dejarlo pasar”, “El protocolo es terminante en no aceptar la entrada a personas con sombrero.” El Tirantes me decía, muy ofendido: “Llevo cuarenta años bailando en Guadalajara, y nunca he bailado sin sombrero.” Entonces pedí que me mostraran lo que decía exactamente “el protocolo”. Sacaron una hojita escrita a máquina, que era una especie de circular para los empleados en la que se les señalaba que no podían dejar entrar a menores de edad, personas en estado de ebriedad y personas con sombrero. Pregunté si todo lo que no estaba prohibido estaba permitido, por ejemplo, admitir personas sin sombrero. Me dijeron que desde luego ésa era la regla lógica: lo que no está prohibido está permitido. Entonces pagué mi boleto y el del Tirantes sin sombrero. Luego pregunté si estaba escrito en el protocolo que no podían entrar los sombreros sin personas. No estaba escrito. Por lo tanto, pagué la entrada del sombrero aparte y entramos rápidamente antes de que los guardias salieran de su desconcierto.

Al entrar, todo era muy diferente del Veracruz. Había unas jaulas “a gogó” colgadas del techo donde bailaban mujeres en bikini. La pista de baile era un escenario elevadísimo e incómodo. Todo era una imitación bastante irrisoria de las discotecas acapulqueñas de los años sesenta. Y como remate que lo comprobaba, colgaban también esferas de muchos espejos iluminadas con luces que pretenciosamente llamaban “estroboscópicas”. Tirantes vio todo aquello con un

asombro más bien frustrado, y me dijo: “¡Voooooy, mi Gallazo, tanto *protólogo* (*sic*), tanto *protólogo* para esta chingadera!” Y tenía razón. La violenta desproporción entre las aspiraciones y lo realizado envuelve siempre a los proyectos culturales que crecen en importancia y tamaño. Tal vez no esté de más aclarar que al año siguiente la fiesta regresó al Veracruz. Al reino del Tirantes y de los otros personajes que lo habitaron tantos años, como la Pantera, el Pasitos y la Uva.

Al principio, había demostraciones espectaculares. Una de ellas era ver al Tirantes bailando con la Uva, que era una mujer redonda y diminuta que el Tirantes, que no era muy alto, levantaba como pluma y la hacía pasar entre sus piernas asombrosamente. Ella murió, varios músicos también, incluyendo a la compositora de *La cumbia del Tirantitos*, y cuando el Tirantes fue víctima de un cáncer fulminante, los dueños del Veracruz mandaron hacer un luminoso retrato del Tirantes bailando. Por un tiempo estuvo colgado en una de las paredes, entrando a la izquierda, justo al pie de la pista.

Conforme le fue yendo bien al Salón Veracruz fue perdiendo su sabor popular, su gracia primigenia, y, paradójicamente, comenzó a irle mal. Cerraba con intermitencia. Una nueva generación de descendientes de los propietarios creyó que tenía la solución de los gustos de su tiempo, pero no era una cuestión de cambiar la música, de mirar sólo al presente, sino de crear un futuro que supiera a la vez mirar hacia atrás. Es decir, que supiera mirar a la esencia del baile urbano en su potencial inesperado. Un reto demasiado desafiante para cualquiera. Hubo años en que sólo abrían el Veracruz para ocasiones especiales, una de ellas, la Feria. Había sido, después de todo, su sede nocturna. El hilo ahora suelto de su tejido prodigioso.

Hasta que, en medio de la pandemia, sin ningún apoyo externo, privado o estatal, los dueños bajaron finalmente las manos y en mayo del 2020 se publicó la noticia de su cierre definitivo, después de 38 años de haber marcado piel adentro a la ciudad de Guadalajara y a muchos de quienes la hemos amado, como decía, de boca a boca primero, y luego con el cuerpo entero. ●

# La FIL: ese encontradero singular

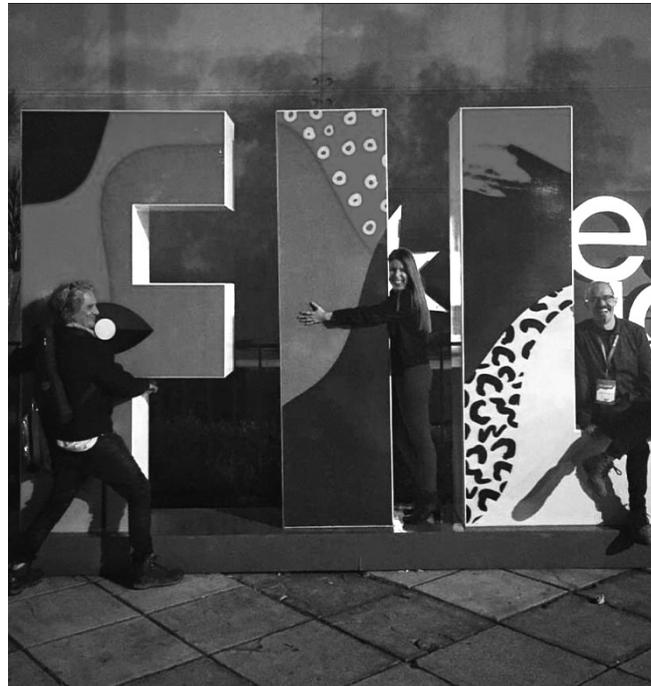
JULIA SANTIBÁÑEZ

**E**s una cita anual impostergable. Igualita que ir al ginecólogo.

Llevo más de una década de asistir a la FIL de Guadalajara. Presagia mi cierre de año, porque después de la semana radiactiva vienen corriendo Navidad, Año Nuevo, la festividad que remata con mi cumpleaños, el 5 de enero, y ya estoy de golpe en el siguiente ciclo, con una manejable angustia existencial. Es gracias a tanta cosa desde noviembre.

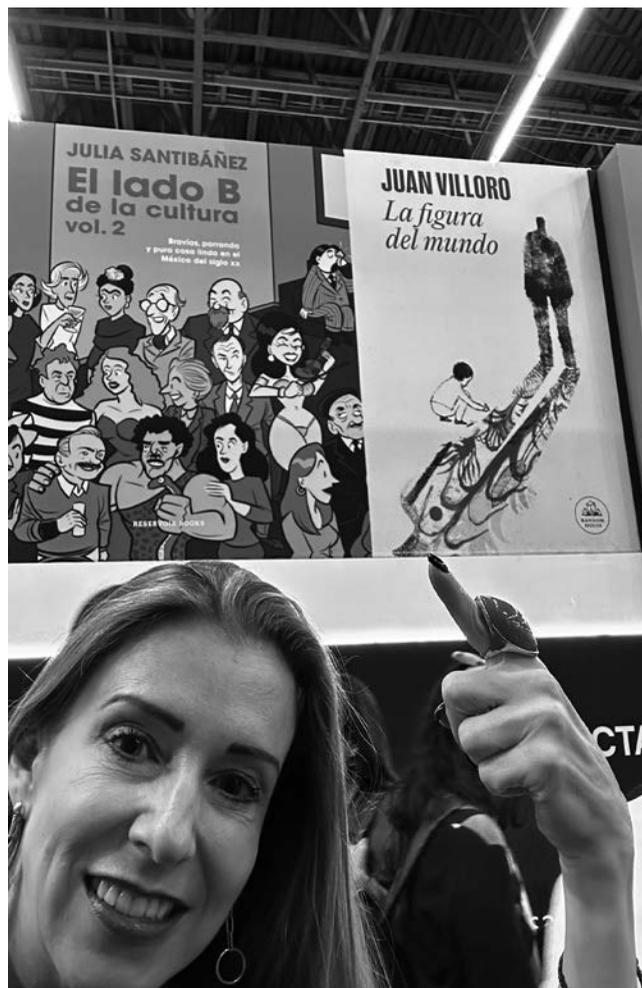
Para expresar cómo vivo la Feria me gusta esta imagen: es un Disneylandia literario. Cuando estás en el parque de diversiones en California vas caminando y en una glorieta aparece Mimi Mouse o te sale al paso un desfile con Blancanieves y sus enanos bailarines. Bueno, pues en la FIL he visto a Salman Rushdie y a Piedad Bonnett; he aplaudido a Leila Guerriero, a Nuno Júdice, a Enrique Vila-Matas; una vez me topé en un pasillo con Ida Vitale. Rosa Montero me dijo, con netez desarmante, que creía escribir un poco mejor que treinta y tantos años atrás, cuando vino a la primera Feria. He escuchado a Antonio Rivero Taravillo, a Elvis Guerra y a Cecilia Vicuña en el Salón de la Poesía. Entrevisté a Rodrigo Fresán, y desde entonces lo admiro macizo. Cómo no va a ser alucinante para mí la FIL de Guadalajara si mi vida se estructura en torno a las letras.

La comparación con los personajes de Disney es jalada de los pelos, claro, porque mientras los carnavales de Mickey Mouse son violentamente so-



ciables, en general el sello de nuestro oficio es el retraimiento. Escribir lleva implícitas dosis de silencio que para otros son groseras. Inenarrables. De perturbación. ¿Entonces? ¿Cómo es que en Guanatos durante más de una semana tomamos la palestra compulsiva, presentamos libros propios o ajenos, nos tomamos fotos con quien lo pida y lucimos nada misántropos? (A veces.)

Además de ver y escuchar a figuras literarias, aventuro otras posibles respuestas a la insensatez de volver una y otra vez a la FIL, a ser parte de los casi novecientos mil asistentes que se esperan en este 2024: me emociona conocer genialidades poé-



ticas o narrativas, ver a niños leyendo en el piso y a divas con bolsas de novedades, celebrar un premio bien ganado, reírme con chavas fascinadas en el Salón del Cómic con Power Paola o con Bef, hacer fila con un bonche para escuchar a Irene Vallejo. Y está lo extraordinario, como cuando un desborde adolescente recibió en 1996 a Jaime Sabines, igual que si fuera la Taylor Swift del momento. También es mi encontradero con amistades del medio que durante el año no veo y con quienes me urge ponerme al día en cuanto a bloqueo creativo, divorcios, hijos; sabroseo el contacto directo con quien me lee (qué ganas de levantar un monumento A la Lectora y el Lector Desconocidos); absorbo la alta concentración de hormonas literarias mientras dejo empeñosa la quincena para comprar mundos en un stand (de Visor, de Uruguay y de Chile, chance y algo del país invitado, aunque con frecuencia no vale la pena la oferta editorial que llevan). Y ya en la noche, cenar con enjundia, para compensar las papas de cansancio que comí sentada en el piso de la Expo Guadalajara.

No faltan los momentos *ay*, como cuando en 2016 la editorial Drácena puso una fajilla tremenda sobre los forros del *Reencuentro de personajes*, de Elena Garro: “Mujer de Octavio Paz, amante de Bioy Casares, inspiradora de García Márquez y admirada por Borges”. La escritora-de-arrestos-no-pocos seguramente juzgó severa desde *Un hogar sólido* el escándalo consiguiente (me parece que no he vuelto a oír sobre Drácena). Y están, por supuesto, los romances y desfiguros personales que ocurren en el gremio. No me toca revelarlos.

Por supuesto, mi subjetivísima Feria Internacional del Libro de Guadalajara se trata también de comer mariscos en El Memín, de participar en la “inmensa platicadera” (como la llamó José Agustín), entrarle a la cumbia y desvelarme hasta regresar a casa sin aliento, luego de un vuelo con tres horas de retraso, los hombros en un grito de cargar libros que desgranaré a lo largo del año, pero cierta de que voy a volver, básicamente, porque la FIL es hartito más adictiva que la cita anual con el ginecólogo (en Disneylandia no existen ginecólogos). ●



# Un torbellino de FIL

**EDUARDO LIMÓN\***

*Parado aquí, en el centro de un remolino hecho a base de gente que se desplaza incesantemente, de pronto me viene a la mente la canción aquella, viejísima, de Los Abuelos de la Nada en la que el grande Miguel Abuelo canta “Yo ya no comprendo nada, / tantas caras dibujadas / como manchas en una pared”. Y es que llevo ya cinco días metido en la más reciente FIL, a la que ininterrumpidamente he visitado y cubierto como periodista los últimos diez años de mi vida y, siendo honesto, mi sensación dentro de la Expo Guadalajara tiene ya más que ver con el azoro y el cansancio que con el gusto que debería provocarme haber asistido un año más al que en toda regla muchos definen como el encuentro librero más importante de la región y del mundo justo en las semanas finales del año.*

Mi experiencia en la FIL no siempre fue así, por supuesto. En aquellos días de noviembre-diciembre de 2013 asistir por primera vez, esto es, “inaugurarme” en la FIL, representó para mí un momento en el que tuve la oportunidad, quizá por primera vez en mi carrera, de ver a tirios y troyanos compartir plaza con arrojo a lo largo de nueve días en los que todo gravita en torno al libro. Una cancha,

digamos pareja, en la que, según un sinnúmero de consideraciones que aprendí con el tiempo, escritoras y escritores desplegaban algunas de sus mejores jugadas, enmarcando sus tantos en el aplauso y en muchos casos el alarido de sus lectores.

Recuerdo haber visto pasar al séquito conformado por autoridades del libro, de la academia y de la industria editorial desde cuyo centro, enfundado en un traje verde esplendoroso, el maestro Fernando del Paso levantaba la mano saludando tras salir de un salón donde se le acababa de rendir un homenaje. Y recuerdo también, vívidamente, los gritos de las estudiantes que detrás de mí estaban en espera de arrollar a quien fuera necesario con tal de obtener una firma en sus ejemplares de *Noticias del imperio*.

De la misma manera, pero en sentido entusiastamente inverso, recuerdo el escándalo atarantante armado por el extenso grupo de admiradores de cierto youtuber, booktuber o algotuber, que tuvo a bien entrar a la Expo Guadalajara, muy cerca de la hora de la presentación que le correspondía, corriendo y “escondiéndose” en los stands quizá con el único fin de divertirse poniendo a prueba la seguridad de la FIL y reafirmando para su ego que era alguien realmente “famoso”... He de coro-

nar esta anécdota diciendo que parte del juego que aquella desconocida celebridad planteó nos estalló en la cara a un grupo de periodistas entre los que me encontraba: tuvimos que cruzar el área nacional para llegar al sitio de nuestra presentación prácticamente brincando sobre aquellos fans tan preocupados por dar alcance a su ídolo.

Visitar la FIL puede servir para muchas cosas, pero no para disfrutar a plenitud los libros que uno consigue ahí, pues resulta práctica y paradójicamente imposible leer a cabalidad durante los días en que transcurre. Hace años, ahí en Guadalajara fue donde oí decir a una colega que “el problema con la FIL es que mientras dura uno se la pasa festeando y trabajando”, observación certera que sintetiza una de las características que hacen la Feria tan particular. En honor a la más pura de las verdades, hay que avalar que lo dicho por aquella colega de amplísima capacidad contemplativa es pavorosamente cierto: a lo largo del año y de todas sus ferias libreras, ninguna se parece a la FIL en densidad de actividades culturales y fiestas. Si bien es cierto que existen ferias grandiosas de enorme raigambre popular (como la del Zócalo de la Ciudad de México, por poner aquí el ejemplo más representativo), es cierto que sólo en la FIL de Guadalajara uno termina la tercera o cuarta presentación o transmisión o entrevista del día y de ahí se encamina al guateque por el aniversario de alguna editorial o por el aniversario redondo de la publicación de algo. Y aunque no haya aniversario que celebrar, otras razones hay para el guateque. A veces le faltan noches a la FIL para acomodar convenientemente todas sus fiestas, pero el hecho es que más, mucho más allá de ellas, ahí tienen lugar las actividades libreras del diario para dar sustento a las mañanas de Feria de Guadalajara y en las que uno llega cargando los estragos de la noche anterior dispuesto a entregar el texto más cercano a la sintaxis legible, la presentación más profunda y bienhumorada, la conferencia más cercana posible a la lucidez, pues, al fin de todo, lo que más prende—lo que más *debería* prender—de esa clase de empresas librescas son los lectores, que por supuesto no sólo gritan y se emocionan sino que también son los responsables de hacer que buena parte de todo aquello suceda.



Lectores como los que formaban el remolino hecho a base de gente que se desplazaba incesantemente y dentro del que me encontraba en aquella tarde de FIL recientísima en la que me dio por pensar que pasados diez años de cubrirla ininterrumpidamente algo se ha transformado para llevarme a percibirla de manera distinta: una FIL a la que le ha llegado el momento de entonarse con los tiempos que vive el país dentro del cual se desarrolla; una FIL que debe (debería) bajarle al aura de pasarela que de unos años a la fecha la invade, para reconcentrarse en ser un entusiasmante suceso librero en el que brillen la diversidad de pensamiento, la tolerancia a las posturas políticas que se manifiestan como mayoría aplastante en el país; una FIL dirigida ineludiblemente a servir a los lectores que anualmente conforman el torbellino que ratifica su importancia y seguirán confirmando en el futuro su vigencia. ●

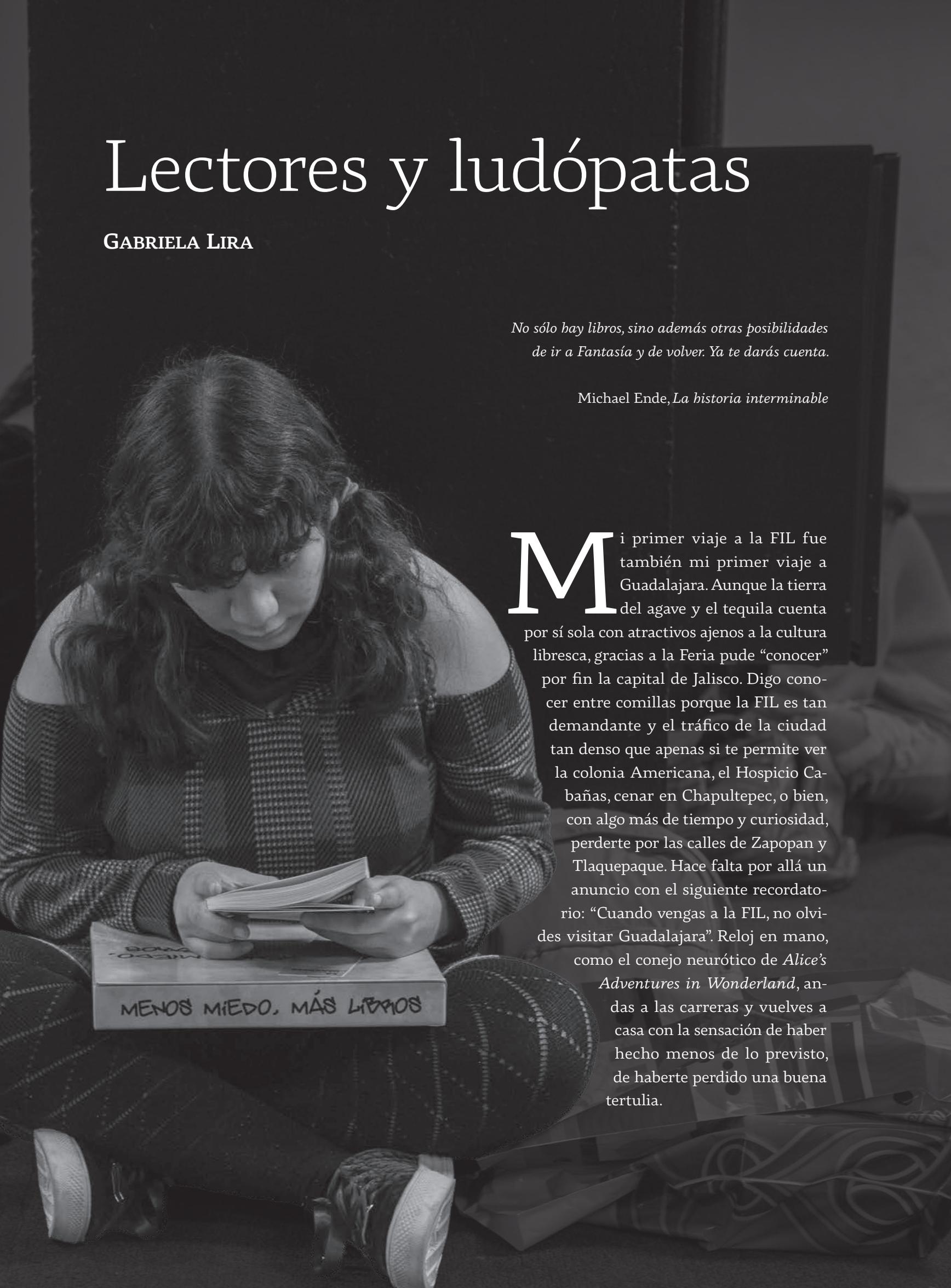
\* Periodista de cultura y escritor.

# Lectores y ludópatas

GABRIELA LIRA

*No sólo hay libros, sino además otras posibilidades de ir a Fantasía y de volver. Ya te darás cuenta.*

Michael Ende, *La historia interminable*



**M**i primer viaje a la FIL fue también mi primer viaje a Guadalajara. Aunque la tierra del agave y el tequila cuenta por sí sola con atractivos ajenos a la cultura libresca, gracias a la Feria pude “conocer” por fin la capital de Jalisco. Digo conocer entre comillas porque la FIL es tan demandante y el tráfico de la ciudad tan denso que apenas si te permite ver la colonia Americana, el Hospicio Cabañas, cenar en Chapultepec, o bien, con algo más de tiempo y curiosidad, perderte por las calles de Zapopan y Tlaquepaque. Hace falta por allá un anuncio con el siguiente recordatorio: “Cuando vengas a la FIL, no olvides visitar Guadalajara”. Reloj en mano, como el conejo neurótico de *Alice’s Adventures in Wonderland*, andas a las carreras y vuelves a casa con la sensación de haber hecho menos de lo previsto, de haberte perdido una buena tertulia.



Las enormes instalaciones del recinto ferial y la gran cantidad de *stands* ponen a prueba el aguante del público. Incluso si tienes la suerte de hospedarte en el Hilton, del otro lado de la avenida justo frente a Expo Guadalajara, son largas y extenuantes las distancias desde la puerta de tu habitación hasta los salones de ceremonias. Hace unos años viajé a Las Vegas con mi pareja, y en la Ciudad del Pecado comprobé que no hay mucha diferencia entre recorrer un enorme casino lleno de ludópatas y tragamonedas y una expo atestada de lectores y estantes de libros. Ambas demandan tiempo, dinero, paciencia y condición física. Ahí el mejor contador de pasos es una soberana hinchazón de pies al caer la noche, pues ningún calzado parece idóneo. Hasta el mejor tacón te causa dolor de ciática, pero los tenis, además de ser poco glamurosos, te hacen tropezar a cada rato con la alfombra, que al paso de los días va adquiriendo texturas y tonos que van del marrón al gris.

El sentido común aconseja apostar por la comodidad en los pasillos donde esquivas a pelotones de colegiales en uniforme, pero la coquetería impone su ley en el *lobby* del Hilton, donde el serio y reconcentrado placer de la lectura hace por fin





las paces con la frivolidad de la moda. En esa pasarela no sólo observas un desfile de novedades editoriales, sino también de trajes, vestidos, bolsos y zapatillas de *haute couture*. Cualquiera desea lucir atractivo, o al menos presentable, cuando acecha a las celebridades para tomarse una *selfie*. Así como el filósofo Berkeley se preguntaba “Si un árbol cae y nadie está cerca para oírlo, ¿hace ruido?”, así podrías preguntarte también, ante el aluvión de publicaciones en redes sociales, “Si no compartes la prueba digital de tu paso por la FIL, ¿de verdad estuviste ahí?”. Pero no seré yo, una *instagrammer* de hueso colorado, quien venga a criticar en estas líneas el impulso irresistible de tomar fotos, un arte ya de por sí incomprendido, para subirlas a nuestras redes sociales.

Sin duda, un acto de magia se produce al realizar la operación inversa: pasar del mundo virtual al mundo en 3D. Reconoces entre la multitud a gente cuyo perfil sólo habías visto en el mismo formato plano del juego *Adivina quién*. Algunos dejan de ser sólo una marca comercial para adquirir, sorpresivamente, peso, sustancia, humani-

dad... Sentada en un cómodo sofá, con un cabello bicolor de lisura rebelde y unos “ojos rasgados por ese sueño de los siglos”, como diría Gómez de la Serna, divisé de súbito a María Kodama. Fue en mi primera visita a la FIL. Embargada de emoción, me acerqué a saludarla. De cuerpo níveo, delgado y frágil, ahí estaba frente a mis narices la fiel compañera de Borges, tan amada por él, tan criticada por la intelectualidad, que hasta la fecha no se sacude por completo la misoginia y reduce a un ejercicio de tiranía y oportunismo la devoción casi religiosa de Kodama por el autor de *El Aleph*.

En el terreno de las casualidades, la FIL te obsequia momentos Kodak con auténticas leyendas como Kodama, pero también otros menos gratos. Saltar de las páginas de Fantasía al Mundo Real conlleva el riesgo de perder la inocencia y entender que ciertas personalidades son pura y llana ficción. Basta formar parte de una sobremesa para oír opiniones de un conservadurismo rabioso que no leerías en letras de molde. A siete años de distancia, la simple alusión al #MeToo aún causa erisipela y el notorio afán por sobajar a las denunciadas con-

firma hasta qué grado el movimiento puso el dedo en la llaga. La complicidad y el despecho siguen inspirando, a todas luces, un catálogo variopinto de falacias sexistas que, por venir de plumas dizque ilustradas, te hacen mirarlas con desencanto mientras repites para tus adentros el certero diagnóstico de la Castellanos: “Poesía no eres tú”.

Es necesario “leer el aire” o saberse al dedillo las reglas no escritas del trato social para evitar conflictos y las ferias de libro no son la excepción. Por ser pareja de un escritor, no siempre me ha resultado sencillo lidiar con las *fangirls*, entre las que se hallan también otras escritoras: las de ánimo belicoso interpretan tu asistencia a la FIL como una provocación. En 2019, cenábamos juntos en el restaurante del Hilton cuando se unió a nuestra mesa una autora de literatura erótica. No había ni ordenado su platillo cuando le preguntó a mi pareja en tono inquisitivo por qué me llamaba *esposa* en el epílogo de su más reciente libro si no estábamos casados. Por lo visto, su mayor preocupación en torno a una novela histórica que ha vendido ya setenta mil ejemplares era nuestro estado civil. Él y yo hicimos lo que debe hacerse en esos casos: reírnos. La sombra de las *tradwives* pesa todavía sobre algunas mujeres, por letradas que sean, incluso en quienes se precian de transgredir los valores convencionales... pero sólo en el papel.

Pese a los tumultos, la experiencia de la FIL puede tornarse un poco solitaria cuando la prensa y el público demandan por horas y, con justa razón, el tiempo exiguo de tu compañero de viaje. No obstante, representa la oportunidad de explorar con tus propios ojos cada rincón del santuario y detenerte sin pudor en cualquier *stand*, incluso donde venden objetos mundanos y sin pretensiones cultas. Entre los puestos de libros, me complacen sobre todo unos de carácter marginal, que pertenecen al ancho limbo de las no-lecturas: aquellos destinados al aprendizaje de idiomas. Como maestra de alemán y japonés, sé por experiencia que esas obras, con frecuencia subestimadas, tienen la capacidad de abrir un umbral hacia nuevos personajes y escenarios, de crear narrativas insospechadas a través de un juego tan vital y primigenio como aprender los sonidos y las formas de las palabras. ●



# La FIL de Guadalajara es, sin duda, mi pasión más grande

MONA ROSETE\*

**N**ací y crecí en la Ciudad de México, pero por azares del destino y males de amor vine a vivir a Guadalajara hace veinticinco años, y hoy me considero más chilapatía que nunca. Esta ciudad me arropó desde el momento en que llegué para quedarme, pero Guadalajara ya era parte de mi vida, mi madre tapatía, pues siempre nos trajo de vacaciones cada año a ver a mi abuela. Por eso soy chilapatía, y a mucho orgullo.

Estudié diseño gráfico, y aunque la ejercí durante un tiempo, esa profesión ha quedado atrás. Y es que cuando llegué a Guadalajara empecé a trabajar en relaciones públicas en La Fonda de San Miguel, icónico restaurante ubicado en pleno centro de la ciudad. No tenía estudios gastronómicos, de turismo o de relaciones públicas, pero al tener facilidad de palabra y para vender, eso me ayudó para que me contrataran. Aprendí a organizar eventos de mano del arquitecto Mario García Calleja, dueño del restaurante y querido amigo, y de los chefs que trabajaban ahí. La Fonda de San Miguel era ya patrocinador del Festival Internacional de Cine de Guadalajara (en ese entonces Muestra Internacional de Cine), así como de la FIL de Guadalajara. Y ése fue mi primer acercamiento a la Feria. Mi padre, también chilango, era impresor, y decía quien ama las tintas siempre vuelve a ellas... así



que heme aquí, trabajando envuelta en las tintas que corren por las venas de la FIL.

Mis padres fueron grandes lectores y siempre nos inculcaron a mis hermanas y a mí el placer de la lectura, por lo que adentrarme en el mundo de la Feria fue para mí algo especial y, de cierta forma, natural. En ese entonces la directora era María Luisa Armendáriz. En la Fonda de San Miguel hicimos el festejo del XV aniversario de la FIL y la cena del Fondo de Cultura Económica en el Hospicio Cabañas. Ella se fijó en mi trabajo y me invitó a trabajar en la FIL, algo de lo que siempre le estaré agradecida. Posteriormente, nuestra directora fue Nubia Macías; con ella al frente, se creó la Coordinación de Publicidad, Alimentos y Bebidas que desde ese momento tengo el gusto de dirigir. La visión de Nubia fue tener un equipo especializado que se dedicara a la atención de los detalles finos para atender a nuestros invitados y clientes. Ya cumplí veintidós años en la FIL.

En la coordinación realizamos los eventos sociales oficiales de la Feria y ayudamos a las editoriales a llevar a cabo los suyos. Nosotros somos los primeros en llegar y los últimos en irnos durante los nueve días. Nos toca mimar a cada uno de nuestros invitados para que su paso por la FIL de Guadalajara sea cómodo e inolvidable. Una de mis impagables satisfacciones es conocer a grandes autores y personalidades de los ámbitos editorial, político y de la farándula. Saber qué comen y qué no, qué beben y qué no, verlos disfrutar y que se sientan atendidos en sus particularidades culinarias. Pero, sobre todo, el contar con su aprecio y reconocimiento.

Raúl Padilla López, “Mi Patrón”, como yo lo llamaba de cariño, fue para mí un gran maestro. Es y siempre será una de las personas a las que agradezco profundamente la oportunidad de ser parte de la FIL. Lo extraño, me entristece no verlo sentado en las mesas de honor, en los pasillos, conversando.

Una de las partes más bonitas de mi trabajo en la FIL tiene que ver con el invitado de honor. En la coordinación, la participación gastronómica del invitado me ha permitido conocer a grandes chefs de todo el orbe. Cada uno es una historia: convivir con ellos, probar y ejecutar sus apuestas culinarias,

es todo un reto. Todos esperamos probar y conocer su cultura a través de su gastronomía, y me hace muy feliz trabajar junto a ellos. Hemos tenido chefs participativos y otros no tanto, eso sí; unos con un trato afectuoso que guardo en mi corazón y otros enojones que sacan de onda por sus desplantes. Al final, todos ellos quedan en mi memoria. Cada edición de la FIL es una aventura, la Feria es un ser vivo impredecible y hermoso.

Estoy agradecida también, y de manera especial, con Marisol Schulz, nuestra actual directora general de la Feria, por seguir creyendo en mí. Me siento en deuda con cada una de las personas que han hecho que mis años en la Feria sean lo máspreciado de mi vida. Todos son mi trinchera. Con orgullo y pasión, sigo sumada a este gran proyecto. ●

\* Coordinadora de Publicidad, Alimentos y Bebidas de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.



# De dibujos y agua de colonia inolvidable

MARIANA H



Pocas cosas más tristes he tenido que pasar que un sábado en la noche en el bar de un hotel pinche con música en vivo. Ahí estaba yo, escuchando a la banda versátil tocar *covers* de Bon Jovi. Me sabía todas las canciones que tocaban. Era el bar Aquarius. Pero peor aún era que estaba yo en Guadalajara por motivo de la FIL, la primera a la que asistía en mi vida. Me habían dicho que además de las presentaciones, las mesas redondas y los conciertos, la fiesta por las noches se ponía brutal. Pero yo tomaba una cerveza ahí, sola, tarareando la más horrible de las versiones de *Livin' on a prayer*. Luego seguirían las de Luis Miguel; también me las sabía. Qué mierda. ¿Dónde estaban las fiestas? ¿Los ligues? ¿Los escritores famosos?

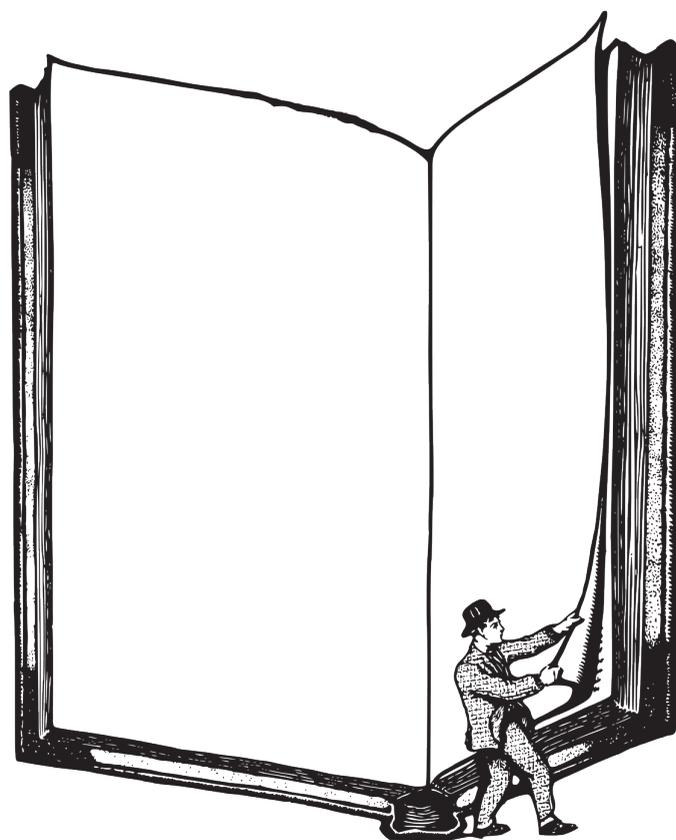
Sin embargo, tenía un as bajo la manga, mi entrada por la puerta grande a la FIL: el dibujante chileno Pepe Palomo me había invitado a decir unas palabras en el previo a la entrega del premio La Catrina que ese año se le entregaba a él. Qué honor tan grande.

Durante años había sido admiradora de su trabajo, y cuando el Fondo de Cultura Económica publicó su libro *Literatos*, una serie de sátiras del mundo de los escritores, lectores y editores, tuve la oportunidad de entrevistarlo para mi programa de radio. Qué emoción. Qué nervio. Qué lujo. Al parecer le gustó la entrevista, pues establemos amistad, básicamente a través de correos, así que cuando el máximo reconocimiento que la FIL da a los caricaturistas fue para Pepe, salté de emoción. Pero jamás imaginé que me invitaría al podio para hablar de su trabajo. Y la historia se pone aún mejor: una tarde, me avisó que quien estaría con nosotros en esa mesa sería nada más y nada menos que Sergio Aragonés. Sí, el mismísimo. Para quienes leímos de niños en los ochenta la revista *MAD*, el trabajo de Aragonés es inolvidable. Confieso que no entendía muchos de los chistes de la revista, que a veces me daba güeva leer cada diálogo y no siempre entendía el contexto, pero los monitos de Aragonés al calce eran siempre un regalo, un dulce, un imán que me mantenía pegada a los márgenes de *MAD*.

Pepe nos presentó, generoso como siempre. Aragonés es un hombrón: alto, regio, bigotón de voz

muy grave y gran aplomo. Después de unos minutos de plática, pregunté si podíamos pasar a la entrevista que teníamos pactada para mi cobertura de televisión para Grupo Imagen. Me temblaban un poco las rodillas, pero no se notaba. Lo que sí se notó fue que, tras el clásico conteo de *treees-dooos*, al empezar a presentarlos ante la cámara me poseyó, cual Phil Barrera a Lolita Ayala años después, una superflema que se me atoró en la garganta, y lo que salió de mi boca fue algo así como “Eeeeeeee... ejem... estamooooo... cof... sss... coooon... argh... el graaaan ajam... Peeeppee... mjjjjm...” Sudé. Me reí de nervios, de angustia, de vergüenza. Al ver que eso no era salvable de ninguna manera, tuve que cortar. “¡Perdón, perdón, EEEEEEEEEEEEEEM...! ¿Podemos empezar de nuevo?” El camarógrafo me miraba con una mezcla de risa y pena ajena. Me dio un nuevo conteo y, milagrosamente, pude hacer la entrevista.

Tras la entrega del premio y la ceremonia, recibí la invitación a una cena, muy en corto, con el premiado y algunos amigos cercanos. Pepe estaba muy contento. Aragonés no estaba. Media hora después de la cita, llegó cargando una bolsa de Sanborns muy grande. Se sentó a la mesa y, como buen dibujante, sacó su libreta y empezó a garabatear algo mientras me veía discretamente. Podía yo asegurar que se reía para sí.

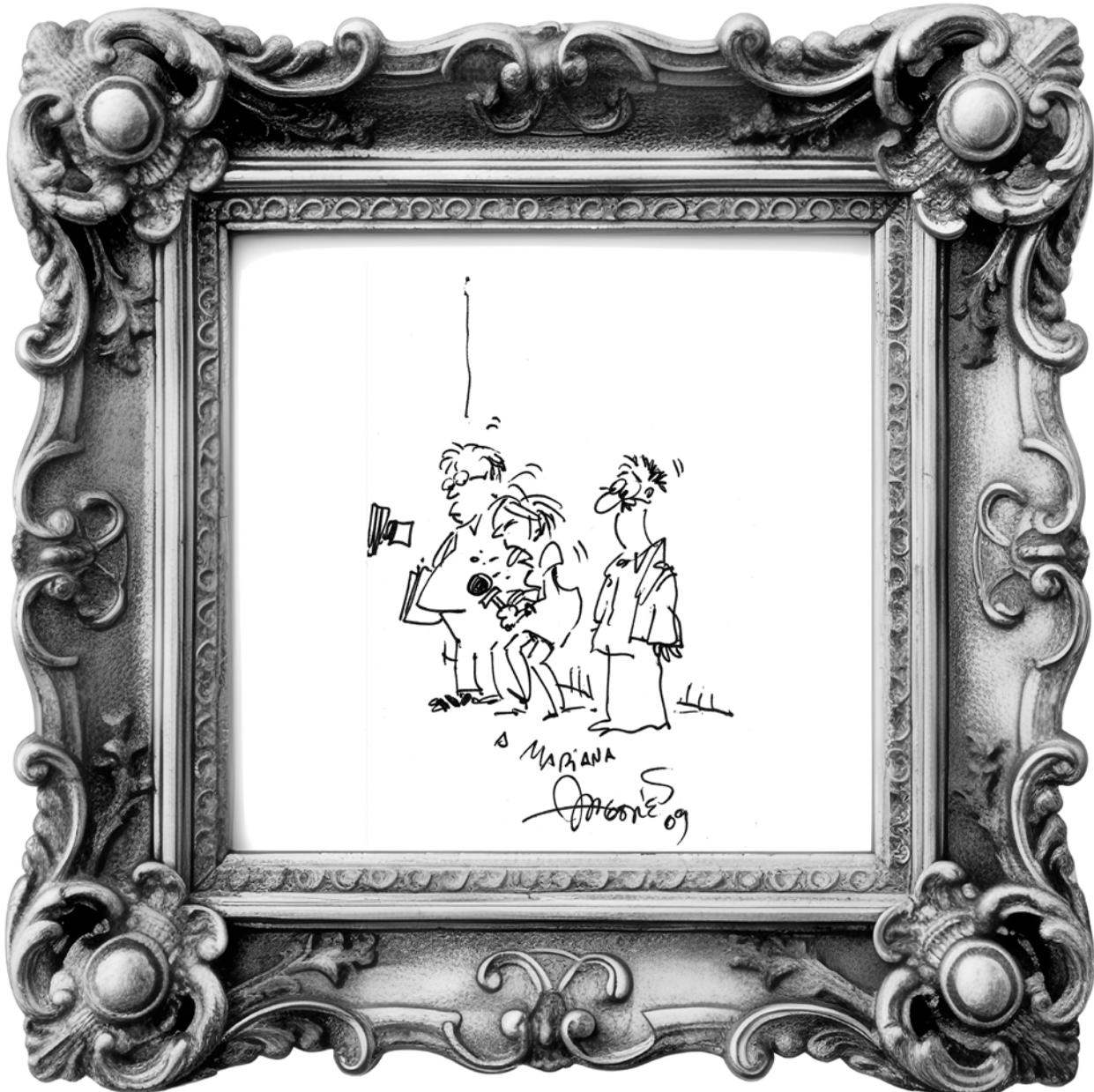


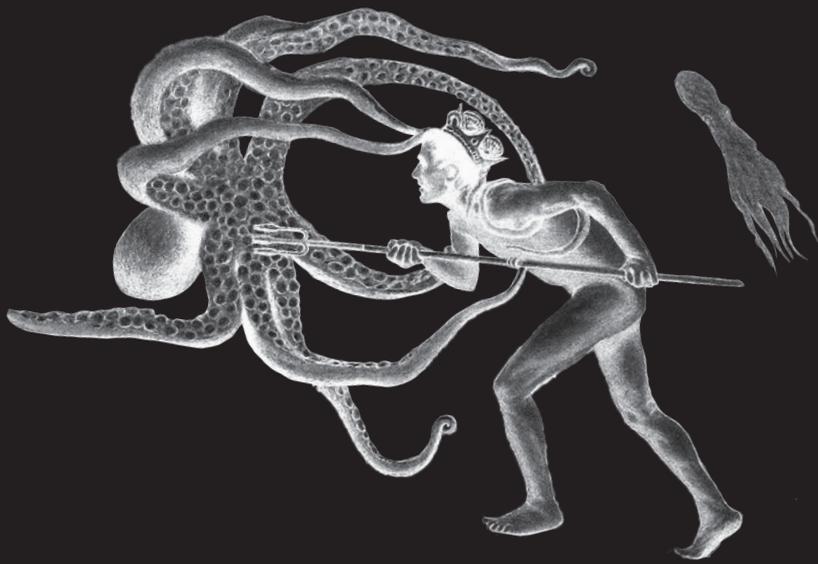
Cuando casi todos se habían ido, Sergio abrió su bolsa; traía unas cuatro o cinco botellas de agua de colonia Sanborns. Me pareció muy extraño, es difícil pensar en esa fragancia como un artículo muy valioso y digno de llevar a Estados Unidos (donde él vive) de regreso de un viaje a México. Abrió una botella, aplicó el líquido en sus manos, lo olió y lo frotó suavemente en sus mejillas y en su muy mexicano bigote. Se olió las manos de nuevo. “Maestro, ¿le puedo preguntar por qué le gusta tanto la colonia Sanborns?” “Claro. Porque me recuerda a mi papá.”

Una ola de ternura inundó a Guadalajara. Se llevó con ella mi soledad en el bar Aquarius, mis nervios previos, mi flema, mis prejuicios, y trajo consigo a un niño recién llegado a México con el exilio español, viendo a su papá aplicándose agua de colonia Sanborns.

Al despedirnos, arrancó una hoja de su libreta y me la entregó. Era una caricatura. Qué envidia tendría el rey Midas si supiera lo que los caricaturistas hacen con una pluma y un pedazo de papel.

Pasa en las películas, pasa en las novelas, pasa en los cómics, pasa en la FIL. ●





Neptuno  
ALEGÓRICO

# Viudas vecinas\*

MIA COUTO

*Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2024*



**T**emprano en la mañana, fui a presentar mis condolencias a la vecina. El marido acababa de fallecer, y nadie la escuchó llorar, nadie la vio en la iglesia moliendo rodillas y pecados. La vecina hacía el luto tal como hizo el vivir: sin que nadie se percatara de que existía.

Se sabía de ella cuando, fuera de las paredes, escuchábamos al marido golpearla, pero nunca nadie se tomó la molestia de intervenir. Eran marido y mujer. Apenas Dios tiene competencia en esos asuntos domésticos. Además, haber acudido hubiera sido una imperdonable falta de respeto hacia el dueño de la casa. Mil veces tuve ganas de derrumbar la puerta de los vecinos. Todas esas veces me acobardé, y de eso me

arrepentía. Miré las dos casas, la mía y la de mi vecina, y vi, por primera vez, las paredes como hermanas siamesas. Casi no había distancia separándonos. ¿Cómo no iban a resonar dentro de mí los gritos de auxilio de la vecina?

Toqué la puerta con tanta discreción que no alcancé a escuchar mis dedos. Y ahí venía la vecina, con pasos mudos y chicos como si estuviese buscando su propio cuerpo. Abrió la puerta y me contempló con una mirada vacía de alma. Era lo que yo me temía: ésos eran mis ojos cuando no miro a nadie.

Desvié el rostro para no ahogarme en aquel oscuro, di

mis pésames y me disculpé por no haber ido al velorio ni al funeral. La vecina permaneció callada e inmóvil. Quise tocarle el brazo, pero enseguida cambié el gesto por la palabra:

—Sabe, vecina —murmuré—. Aquí estoy, al lado suyo.

—Lo sé—dijo la vecina—. Siempre lo supe.

Cada una de nosotras evitaba dirigirse a la otra por el nombre. En verdad, en ese momento me di cuenta de que nunca supe cómo se llamaba. Para mí era *la vecina*. Con eso bastaba para tan poca existencia. Ahora, finalmente, se unía otro nombre. Ella era *la viuda*. No era necesario nada más para la breve vida que le faltaba.

Entré con el alma encogida: la casa era como lo esperaba, igual a la mía. No obstante, parecía más pequeña y más llena de techo.

—Pase usted por aquí—dijo la vecina sin quitar los ojos del suelo.

Entramos a la cocina y reconocí de inmediato todo lo que me era tan familiar: el mismo crujir del fuego consumiendo la leña, las mismas ollas de fierro oscuro y las cenizas aún calientes bajo los pies mojados. Ésa era la cocina que yo había barrido toda mi vida.

Sin nada que preguntar, la viuda calentó una taza de té como si conociese mis gustos solitarios. Después se dirigió hacia un cajón del armario y sacó una caja de metal. La abrió sobre la mesa y me fue pasando fotografías viejas. Mientras las imágenes desfilaban, mis ojos perdían brillo y todo se esfumaba.

Hasta que, con los párpados cerrados, levanté la mano suplicándole que volviese a guardar las fotografías.

La mujer regresó al armario y yo escuché mis propios pasos en las chanclas que se arrastraban por el suelo. Después, la vecina se sentó a mi lado y, en silencio, me extendió el brazo y su mano se fue fundiendo con la mía.

—Las mujeres quieren tanto ser buenas esposas que se tornan nadie.

Por un momento, mi vecina se arqueó como si usara mi pecho para respirar. Después, volvió a hablar. Su voz ahora era más firme, más soberana.

—Soy de esas mujeres que enviudan antes de que el marido muera. Nos vamos quedando viudas

de nosotras mismas. Nadie nos da el pésame por esa otra vida que perdemos.

Escuché todo aquello sin saber cómo reaccionar. No me sorprendió lo que ella acababa de decir, sino que su voz sonara tan casera. Permanecimos las dos mudas. Yo conocía bien ese silencio de las largas tardes en que mi madre tejía en el balcón con las mujeres de la familia. Rezaban con los dedos, fingiendo que estaban calladas.

Me tardé mucho en levantarme de la silla, y la vecina se quedó con la idea de que ese letargo era la traducción de algún remordimiento de mi parte. Bondadosamente, intentó consolarme:

—No se preocupe, vecina. En el cementerio casi ni me di cuenta de su ausencia.

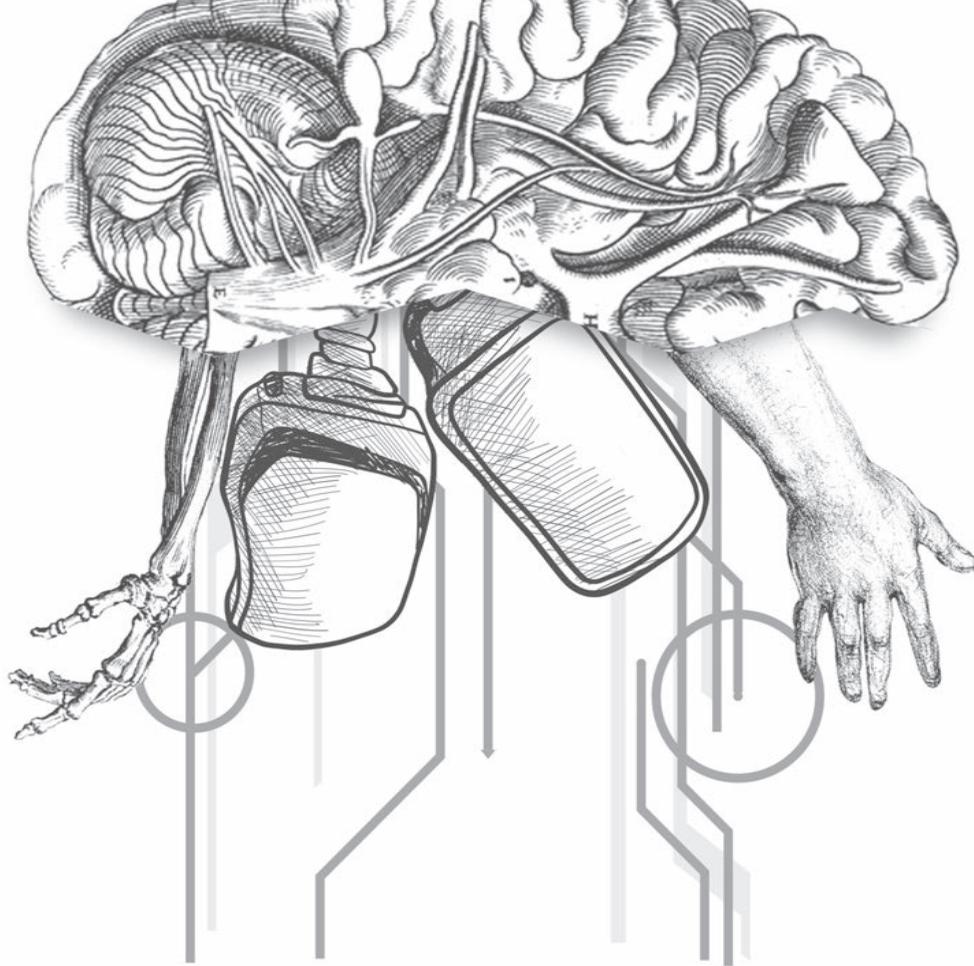
Me pidió que, antes de irme, la ayudara a arreglar la ropa y las pertenencias del fallecido. Dudé. Nada tiene más vida que las pertenencias de un muerto. Levanté un saco, tal y como lo había hecho mil veces cuando ayudaba a vestirse a mi marido. El saco se desmoronó sin ruido sobre mis pies. Salí a la calle y miré la casa, que se evaporaba sin peso, como si hubiese sido construida tan sólo para ser olvidada. Me dirigí, con un caminar apresurado, rumbo al cementerio. Me senté junto a la tumba de mi marido. Con una amabilidad que nunca le había ofrecido en la vida, le dije:

—No vine por ti. Estoy aquí para rezar por la vecina, esa que dejó de vivir en mí. ●

\* Título original: “Viúvas vizinhas”. De *Compendio para desenterrar nubes*, en traducción de Emiliano Becerril Silva, colección de cuentos de próxima publicación en español por Elefanta Editorial, México. [Primera edición en portugués: *Compendio para desenterrar nuvens*, Alfragide (Lisboa), Caminho-Dom Quixote, 2023.]

*Inundación Castálida* agradece a Emiliano Becerril Silva que nos haya ofrecido este cuento para presentarlo a nuestros lectores como primicia editorial, en celebración del otorgamiento a Mia Couto del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romanes 2024.



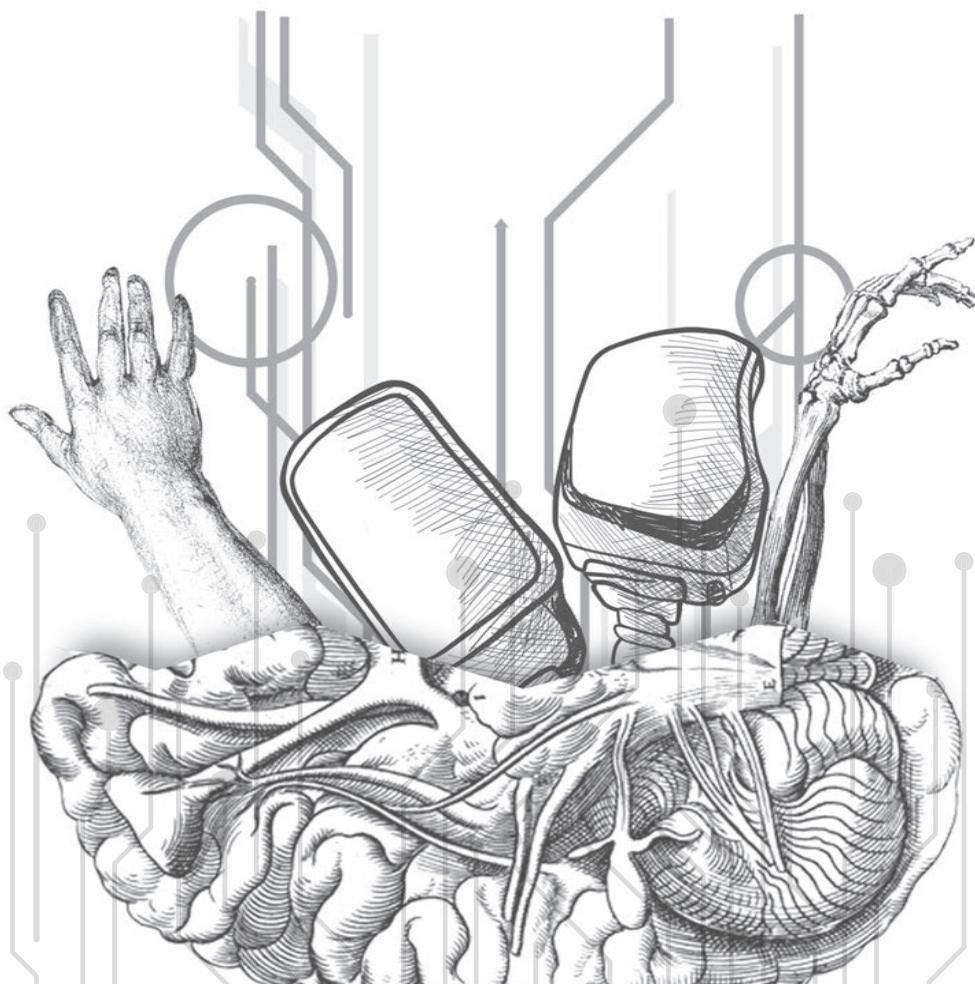


# *Los nuevos campos de fresas\**

[Fragmento]

JORDI SIERRA I FABRA

*Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil 2013\*\**



La reunión del Consejo de Seguridad era de categoría 1, es decir, extraordinaria. Por esa razón estaban allí todos los departamentos implicados, sin faltar uno, y con los responsables directos en sus lugares de privilegio, rodeados por los subalternos dispuestos a atenderlos en todo lo que necesitaran. La sala lucía también su mejor aspecto, con los colores del Estado presidiéndolo todo. Los ventanales cerrados impedían ver el esplendor de los jardines de La Cúpula. Se trataba de que nadie pudiera desconcentrarse, de que todos estuvieran pendientes de la reunión.

Daya Palri, directora del Consejo de Seguridad, paseó sus metálicos ojos por entre los asistentes. Metálicos porque eran asombrosamente grises, como dos perlas incrustadas en sus pupilas.

Su mirada era siempre fría.

También su expresión.

Ante ella, rostros tensos, rostros serenos, rostros incluso sonrientes. Una amalgama de sensaciones. Algunos habían llegado ya al límite de su incompetencia. Otros empleaban sus mejores artimañas buscando el ascenso por las agitadas aguas de la política. Avanzar con precaución. Destacar sin arriesgar.

Daya Palri sabía bien de qué se trataba todo eso.

Ella también había estado allí abajo, frente a la tribuna.

Aunque de eso parecía haber pasado una eternidad.

Tomó aire, apretó las mandíbulas, miró por última vez sus pulcras uñas pintadas de rojo. Luego expulsó el aire despacio, muy despacio.

Hora de comenzar.

—Señoras, señores...—reclamó la atención de los miembros.

No tuvo que tocar la campanita. Bastó su voz, serena, pausada. Le tenían miedo; algunos más, otros menos. No convenía arriesgarse con ella. Eso le daba más confianza. El miedo no era bueno para mandar, pero, a veces, sí conveniente. Todos ocuparon sus asientos y el silencio se hizo inmediato. El medio centenar de personas la miró de manera directa.

Ella siguió tomándose su tiempo.

—Sabemos por qué estamos aquí—fueron sus primeras palabras, pausadas, medidas—. Conoce-

mos la magnitud de la posible amenaza, y de lo que se trata es de buscar soluciones en caso de que se materialice o de minimizarla si sólo queda en una pequeña..., llamémosla “insurrección”. Una gota de protesta que no causará ningún maremoto—hizo una pausa la directora—. Eso es lo que vamos a determinar aquí y ahora, para sentar las bases de nuestra futura hoja de ruta.

Silencio.

Nadie se atrevía a toser para evitar un alud de miradas en su dirección.

—Hasta ahora —continuó la directora—, el autodenominado Líder Zero había divulgado tres comunicados subversivos. El primero fue una sorpresa, el segundo nos abrió muchas interrogantes, el tercero nos puso en alerta, aunque con este cuarto comunicado la alarma ya es más que evidente. Está claro que Líder Zero es una amenaza. ¿De qué magnitud? No lo sabemos aún. Pero todos comprendemos que erradicar un mal de raíz evita siempre tener que cortar luego un árbol entero de problemas—hizo una segunda pausa, ésta más larga—. La pregunta que debemos hacernos es: ¿hasta qué punto cabe esperar que el mensaje de ese loco cale en la gente y pueda acabar en una verdadera revuelta popular?

La pregunta flotó en el aire.

Nadie habló, así que volvió a hacerlo ella.

—Quiero opiniones—sonó a orden.

Miró al primero de los miembros de los distintos gabinetes de Seguridad, sentados en semicírculo frente a la tribuna.

—Zero es un solitario—fue tajante el primero.

—Yo añadiría que es un loco—asintió la segunda.

—Es más que probable que sea un afectado por haberse vuelto adicto al meta—continuó la compañera siguiente del semicírculo.

—Opino lo mismo—manifestó el hombre sentado en cuarto lugar.

La quinta era una mujer.

Sasha Maidan, jefa del Departamento de Bienestar.

Parecía un cargo menor, pero no lo era. Si la gente estaba contenta, siempre habría paz. Si la población mostraba grietas en su estado de ánimo, el fantasma de las insurrecciones se hacía patente.

Un pueblo contento es un pueblo feliz. O eso dice la historia.

Siempre la historia.

Sasha Maidan se puso de pie.

—No tengo suficientes datos ni información real de él o de la amenaza que representa —habló con su habitual tono relajado, endulzado con una voz suave—. Y el Consejo sabe que no me gusta especular. No sabemos nada de Líder Zero. Absolutamente nada. Sólo tenemos de él cuatro comunicados que marcan una clara y progresiva escalada en su tono —miró a los compañeros que habían hablado antes que ella—. ¿Loco? No lo creo. ¿Solitario? Tal vez, pero se hace oír. Su tono es enérgico. ¿Adicto al meta? Quizá, pero eso no lo hace menos peligroso. Sería tan sólo una variable para tener en cuenta. Es más, si él fuera adicto al meta, no resultaría tan hipnótica su presencia ni la manera en la que habla.

Daya Palri arrugó ligeramente la comisura de los labios. O bien le parecía poco lo manifestado por la jefa del Departamento de Bienestar o no le gustaba lo que sugería.

No. No le gustaba nada.

—¿Se nota algo en la calle? —le preguntó la directora.

—No —respondió Sasha Maidan—. Pero todavía es pronto para ver los efectos de ese cuarto comunicado. Apenas hace unas horas de su difusión.

—Quiero que me informen —pidió Daya Palri de manera cáustica y seca—. A diario, ¿de acuerdo?

—Sí, señora directora —fue lacónica su subalterna.

—Extienda de inmediato una red que sondee el ánimo popular.

—Pensaba hacerlo ahora mismo, señora directora —se sentó Sasha Maidan, sabiendo que la conversación había terminado.

Siguió el turno de intervenciones.

El resto de los departamentos se manifestó en la línea de los cuatro primeros. Un loco, un solitario, un adicto al meta, un falso revolucionario...

Nadie parecía presagiar el peligro.

Daya Palri se preguntó si lo despreciaban o si, por el contrario, preferían no hablar para no quedar señalados. Ninguno quería ser el alarmista.

El último en hablar siempre era Kaidos Roz, el jefe de Seguridad Global, el perro de caza de Daya Palri y su más fiel y leal colaborador. Por lo general, solía aprovechar la mayoría de las reuniones prioritarias del Consejo para anunciar algo, una medida, una ley, un hecho destacable, o para propiciar un golpe de efecto.

Kaidos Roz sonreía.

Señal de que se trataba de esto último.

Los asistentes miraron hacia él, sentado a la derecha de la directora.

Kaidos Roz era astuto. A diferencia de Daya Palri, sus ojos eran pequeños y su mirada oblicua. Llevaba el negro cabello peinado hacia atrás y una recortada barba que le proporcionaba un aire mefistofélico. No era casualidad. Él mismo lo potenciaba. También vestía de negro riguroso, con la capa desplegada desde los hombros. Aunque no hiciera viento, la capa solía moverse igual que si bailara alrededor de su cuerpo. Su rostro era blanco; sus manos, pequeñas.

—Quiero aprovechar esta reunión de máxima seguridad, categoría 1, para hacer un importante anuncio —dejó que el peso de sus palabras se extendiera por la sala—. No tiene que ver directamente con el tema que hoy nos ocupa, este cuarto comunicado del autollamado Líder Zero, pero sí creo que, tangencialmente, quizá nos sirva para enfrentarnos al auténtico problema de nuestro actual modelo de convivencia y la seguridad necesaria para mantenerlo. Por supuesto, hablo del meta y su influencia, no sólo entre los jóvenes, sino también entre otras capas sociales y diferentes edades,



porque todos somos concedores del nefasto poder de las drogas y de su falso paradigma de libertad y evasión —se irguió y elevó el tono de voz—. Es entre los adictos al meta donde más calan las arengas de Zero. Es entre mentes enfermas, distorsionadas por las realidades paralelas y los falsos submundos en los que el meta los sumerge, donde Zero puede encontrar el caldo de cultivo de su locura. La gente contenta, feliz, no necesita evadirse ni buscar en el metaverso alternativas para su vida. Ésa es la gente que forma mayoritariamente nuestra sociedad. Al contrario, los adictos, cuando salen de sus mundos virtuales e irreales, se encuentran con una realidad que no les gusta. Son marginados sociales. En este contexto es donde Zero puede hacer daño, apoderándose de la voluntad de los más débiles —dejó de hablar para alargar la mano, tomar un vaso de agua y darle un prolongado y pausado sorbo antes de dejarlo de nuevo en su lugar y mirarlo como hipnotizado—. Como jefe de Seguridad, mi prioridad es acabar con el meta y sus fuentes, acabar así con el flujo de posibles seguidores de Zero, cortar el cordón umbilical que los une con él. Es por ello por lo que me place anunciarles que, en este mismo momento, se está llevando a cabo una importante operación de limpieza contra los adictos al meta localizados en una pequeña zona del Sector Oriental de la ciudad. Una gran redada que conducirá a la detención del mayor número de adictos jamás llevada a cabo y a la incautación de innumerables aparatos inductores de meta, posiblemente de última generación.

El murmullo fue general.

Una oleada de reconocimiento y admiración que Kaidos Roz dejó flotar a su alrededor.

Sus ojos se encontraron con los de Daya Palri.

Ella asintió levemente con la cabeza, complacida.

El jefe de Seguridad levantó las manos, con las palmas hacia la concurrencia.

—Mi departamento trabaja de manera incansable por la seguridad ciudadana—pareció recordarles—. Pero también hay personas decentes, buenas, preocupadas por el bienestar global—deslizó una mirada insidiosa hacia Sasha Maidan—, que nos ayudan de forma eficaz, solidaria y desinteresada. Ha sido un oportuno soplo, denuncia, como se le

quiera llamar, de un ciudadano anónimo lo que nos ha conducido a la redada que ahora mismo tiene lugar. Según parece, los reunidos en esa especie de orgía virtual van a viajar por un nuevo sistema inductor, más potente que los ya conocidos, y que presupone un realismo diez veces mayor que los CRV o los LRV más habituales, porque la conexión no es sólo visual, sino neuronal, unida directamente al bulbo raquídeo.

Los asistentes se miraron entre sí.

Hubo murmullos.

Los cascos y lentes de realidad virtual suponían la evidencia más tangible de la proliferación de los adictos al metaverso.

Ahora Kaidos Roz hablaba de... ¿uniones neuronales?

¿Conexiones directas con el mismo cerebro?

El jefe de Seguridad miró a la directora.

Se le notó el orgullo en la voz.

—Señora, si me lo permite, considero necesaria mi presencia en el mando del operativo policial para coordinar directamente los detalles de la redada de la que acabo de dar noticia a este Consejo.

Daya Palri se puso de pie.

La reunión terminaba allí.

Bajo el silencio impuesto por su presencia, erigida como estandarte en lo alto de la tribuna, todos los asistentes proclamaron al unísono el lema nacional:

—¡Un mundo, un Dios! ●

\* Capítulo 1 de *Los nuevos campos de fresas*, México, SM México, 2024 (“Gran Angular”).

*Inundación Castálida* agradece a Jordi Sierra i Fabra y a SM de Ediciones su autorización para reproducir este capítulo de una de las más recientes novelas para jóvenes publicadas por el autor, así como a la Fundación Jordi Sierra i Fabra y a la Fundación SM México por su mediación.

\*\* El Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil fue creado en 2005—en el contexto del Año Iberoamericano de la Lectura—por la Fundación SM en colaboración con el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, la International Board on Books for Young People y la Oficina de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura en México, con el apoyo de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

# Fe en la inmortalidad de la palabra escrita\*

ALBERTO MANGUEL

*Homenaje al Bibliófilo 2022*



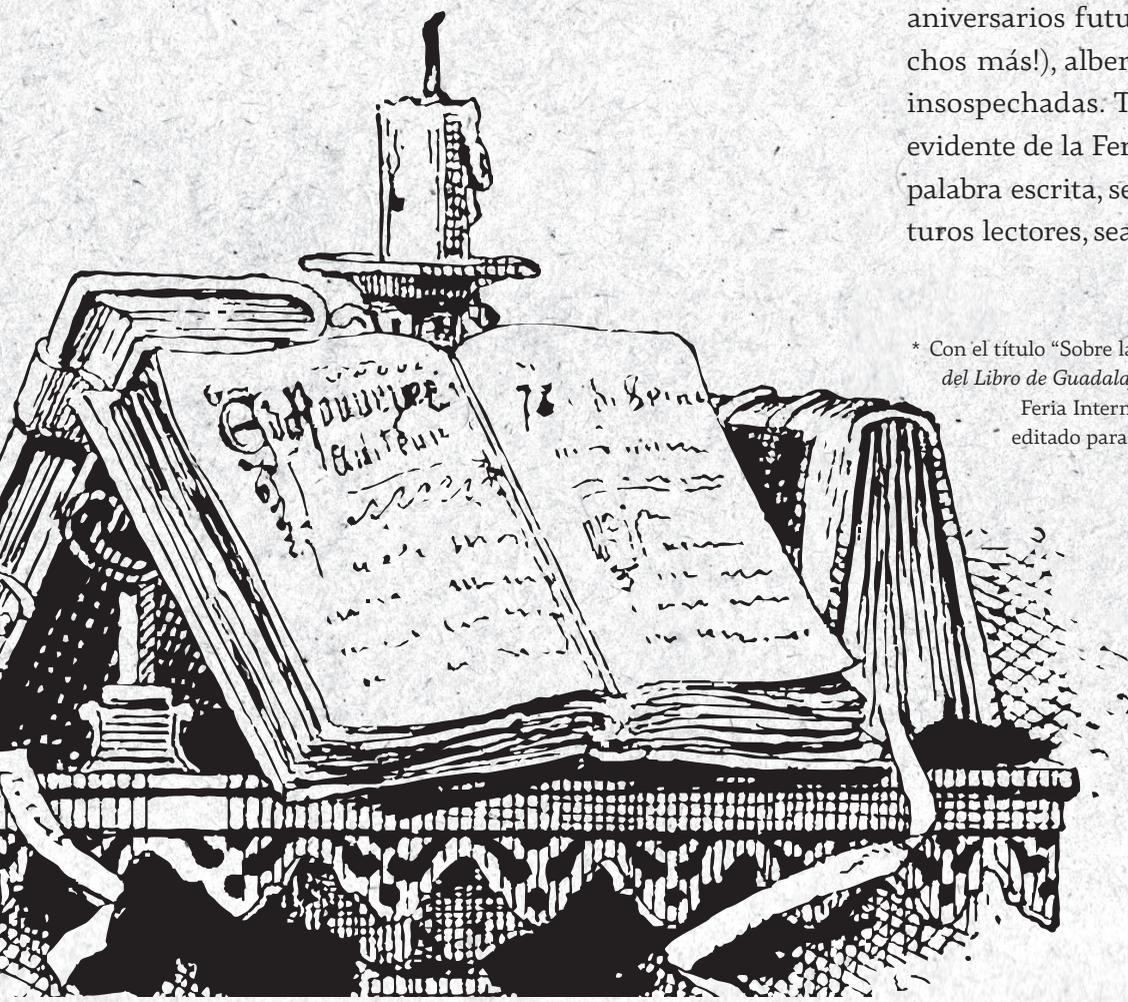
Una feria del libro encierra una antigua paradoja. La lectura es un acto esencialmente solitario que exige un espacio íntimo y secreto para el lector y su libro. Una feria lanza a ese lector absorto y reservado a un mundo compartido, bullicioso, público. ¿Cómo se explica el deleite de esos lectores, sustraídos de sus rincones privados y obligados a relacionarse entre sí, en medio de un diluvio de libros? Quizá la soledad del lector sea sólo un primer paso en el arte de la lectura. Quizá todo lector, después de establecer su intimidad con la página elegida, busca compartir sus emociones con otros, decir a sus camaradas qué libro le ha gustado y por qué, y también descubrir las pasiones de otros lectores para poder, él también, compartirlas. La lectura no es monógama.

La Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que he asistido varias veces a lo largo de los años, es la feria más dinámica, más entretenida, más exigente y más popular de las que he tenido la fortuna de visitar. Cada vez que he ido, mi sorpresa se renueva ante la marea de lectores que se presentan para buscar novedades, recordar clásicos, interesarse por libros que aún no han leído y escu-

char a esos seres tan extraños—los autores—hablar de los actos de magia que les han permitido crear esas páginas que encierran nuestros secretos más ocultos y nuestros deseos más ardientes. Actos de magia que nunca nos son revelados del todo. Un autor puede contarnos cómo ha trabajado noche tras noche, cuándo surgió la inspiración de tal o cual historia, qué cosa le inspiró la música de un poema, pero nunca, desde la primera fábula inventada alrededor de una fogata prehistórica, la magia de la creación literaria ha sido explicada de forma satisfactoria. La explicación de cómo se escribe es también un cuento.

Un lejano antepasado de la FIL de Guadalajara, la remota Feria de Fráncfort del año 1455, fue teatro de la revolución tecnológica de la imprenta, cuando Gutenberg presentó al público los cuadernos de su Biblia impresa. Casi seis siglos después, la FIL de Guadalajara generosamente alberga a los descendientes de la imprenta de Gutenberg, pero también los frutos de las nuevas tecnologías, sin desdeñar ni a una ni a otra, entendiendo que la imaginación humana es capaz de infinitas maravillas a la vez y que nada nos obliga a elegir una u otra manifestación de la palabra. Sin duda, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en aniversarios futuros (¡y le deseo que celebre muchos más!), albergará otras formas del libro hoy insospechadas. Tal vez sea ésta la cualidad más evidente de la Feria: su fe en la inmortalidad de la palabra escrita, sea cual sea su forma, y en sus futuros lectores, sean cuales sean sus identidades. ●

\* Con el título "Sobre la FIL", de Vv. aa., *30 años / Feria Internacional del Libro de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2016. Texto editado para el presente número de *Inundación Castálida*.





# La pausa

ALFREDO NÚÑEZ LANZ

**N**os sentamos en la primera fila, a punto de comenzar la presentación. La sala estaba más o menos vacía pese a tratarse de una novela de éxito internacional. El autor entró al último y se acomodó en medio de los ponentes, de manera que nuestras miradas se cruzaron de inmediato y me ofreció una sonrisa franca que no tardé en devolver. El libro era “el audaz y conmovedor retrato de un padecimiento mental”, “una promesa de la literatura angloparlante”, pero las alabanzas de los presentadores fueron borrándose al constatar que el autor fijaba sus ojos grises en mí. Estábamos frente a frente, era natural cruzar miradas de vez en cuando, lo extraño fue que su atención se diluía, como si nada de lo que se dijera de su libro importara, su verdadero interés era aquel diálogo mudo sostenido conmigo.

Deja de coquetear, me susurró mi acompañante, sentado a mi diestra. Así supe que aquello estaba sucediendo, y me ruboricé. No pude reprimir una sonrisa el resto de la presentación. Cuando terminó, fui el último en la fila para solicitarle una dedicatoria, quería contemplarlo de cerca, aunque fuera un minuto. Sin quitar los ojos del papel, Finn Jefferson me preguntó en inglés: *Are you a couple?* Aquello me desarmó. No podía mentirle, a pesar de mis infinitas ganas de volver a la soltería en una oportunidad como aquélla. Se sabe que los escritores son agraciados en el papel pero casi nunca en la vida real. Y aunque Finn Jefferson era mayor que yo por unos diez o doce años, su pregunta me dejó mudo unos instantes. *Yes, we are*, respondí, muy a mi pesar, creyendo que el juego de miradas llegaría a su fin. Contrario a lo que esperaba, sus ojos grises se iluminaron inspeccionando a Hugo. *Perfect! Double date.*

A partir de aquel momento nació una confianza cálida y natural entre los tres. Finn Jefferson nos invitó al *cocktail* de su editorial, que se celebraría

esa misma noche. Después de las fotos de rigor con sus presentadores nos pidió que lo esperáramos diez minutos, pues daría una pequeña entrevista y luego estaría libre: *I'll be yours*. Aquellas palabras juguetonas, pronunciadas con desparpajo, hicieron su magia: me sentía fascinado por Finn Jefferson. Pero no era el único, Hugo, mi pareja de aquel entonces, también había sido flechado.

Hugo y yo éramos un par de editores novatos, demasiado jóvenes e idealistas. Teníamos un sello incipiente donde dábamos a conocer nuevas voces mientras hacíamos arqueología literaria, desenterrando autores porque nos indignaba su ausencia en la sección de clásicos de las librerías. Más que una línea de trabajo precisa, habíamos trazado una especie de poética editorial y estábamos dispuestos a defenderla. La nuestra era una labor kamikaze, plena de romanticismo, y que no tenía mucha cabida en la feria del libro más importante del mundo, donde los negocios se ponían en marcha. Pero ahí estábamos, seducidos por el aura de los libros y por Finn Jefferson, la promesa anglosajona de ojos



grises que nos había conseguido dos entradas al *cocktail* más exclusivo de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Asediado por sus editores, que no paraban de presentarle a periodistas y otras gentes importantes, Finn nunca dejó de bromear con nosotros. No se detenía demasiado en los compromisos. Siempre regresaba a hacernos algún comentario, como si hubiera encontrado en Hugo y en mí a una especie de familia. La hermandad jota, la llamó Hugo. Pero yo estaba cada vez más intrigado, pues los editores de Finn Jefferson comenzaban a mirarnos a Hugo y a mí de manera hostil. La chica que llevaba las relaciones públicas no paraba de apartarlo de nosotros con mil pretextos, rodeándolo de personas, como si Hugo y yo fuéramos una amenaza. ¿Estamos molestándote, Finn?, me atreví a preguntar luego de sufrir un grosero desplante donde quedó claro que Hugo y yo no éramos bienvenidos en aquel salón, pues no pertenecíamos a las altas cumbres editoriales. Como respuesta, Finn comenzó a despedirse, de manera amable pero categórica. El

equipo de *marketing* trató de retenerlo, escuché que lo invitaban a seguir la fiesta en la *suite* del director editorial, pero Finn se enganchó de nuestros dos brazos y salimos de aquella fiesta ante la mirada atónita y furiosa de sus anfitriones.

Hugo y yo lo llevamos a nuestro modesto cuarto de hotel con la sensación de que nos robábamos a la estrella de la noche. Era un pequeño triunfo. Me enorgullecía que junto a nosotros el gran Finn Jefferson se sintiera a gusto. Y eso me bastaba. En cambio, Hugo trató de seducirlo en reiteradas ocasiones. Finn se mostraba coqueto pero frío, como si fuese refractario a cualquier banalidad, y eso incluía el fugaz encuentro sexual con una pareja. Mientras Hugo trataba de propiciar el cachondeo, yo procuraba escuchar atentamente lo que Finn quería decirnos. Nos habló de su infancia en un barrio bajo a las afueras de Londres, la tirante relación con su padre y sus dos hermanos, su creciente afición por las caminatas nocturnas, el café mexicano y los pajaritos que daban la suerte en papeles de colores.



Poco a poco los tres comenzamos a contar recuerdos y anécdotas íntimas, como si fuéramos viejos amigos. Las pretensiones sexuales de Hugo fueron diluyéndose conforme nos adentrábamos en la conversación, que iba cada vez más lejos del mundillo editorial. Hugo y yo nos corregíamos las torpezas en inglés y de pronto Finn nos preguntaba cómo se decía tal o cual cosa en español, mostrando mucho interés en pronunciar bien. Finn imitó los distintos acentos del Reino Unido y hubo carcajadas. Así estuvimos, sincerándonos y conociéndonos hasta que el silencio nos ganó y acabamos dormidos los tres en la cama *queen* de nuestro modesto hotel.

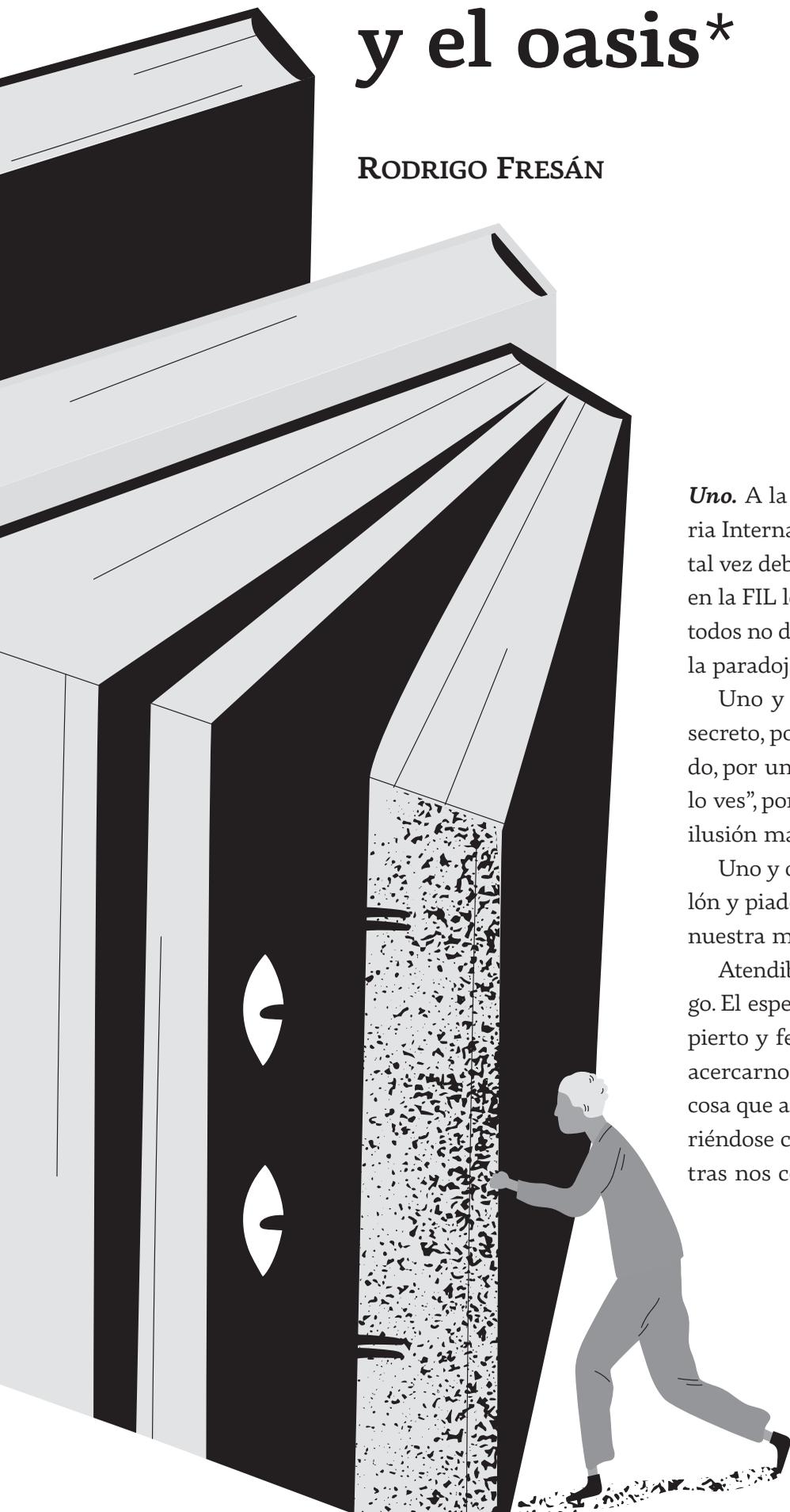
A las siete de la mañana me despertó un cálido beso en los labios; era Finn, ya con los zapatos puestos, listo para irse. Se veía radiante a pesar de llevar la misma ropa arrugada de anoche; se había echado agua en el pelo y le daba un aire de rockero. Me dijo en voz baja que aquel día tenía varias entrevistas y una mesa redonda donde participaría. Llevaba media hora recibiendo mensajes desesperados de su editor, angustiada por su paradero. Delante de mí respondió escuetamente: *I'll be there on time*. Hugo yacía dormido bocabajo. Acompañé a Finn a la puerta, ahí recibí un segundo beso en los labios, más lento y tierno que el primero. Luego me susurró en español: Gracias por la pausa. Y se fue.

Casi una hora después Hugo se despertó, un tanto enfurruñado. Me preguntó varias veces por qué Finn se había ido sin despedirse de él, como si fuera mi culpa. No respondiste a una sola de sus insinuaciones, me dijo, reclamándome, estuvimos a punto de que ocurriera, ¿por qué no hiciste nada? Yo la pasé muy bien así, le aseguré. Aquello fue una flor para el ego herido de Hugo, al menos así lo tomó, como una demostración de mi gran fidelidad. No hice nada para contradecirlo. Menos de un año después nuestra relación había terminado y nunca volví a ver a Finn Jefferson. ●



# Apuntes para una teoría del espejismo y el oasis\*

RODRIGO FRESÁN



*Uno.* A la hora de sentarme a escribir sobre la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (aunque tal vez debería hacerlo de pie, o caminando; porque en la FIL los momentos quietos son pocos, y todo y todos no dejan de moverse), se me ocurre pensar en la paradójica relación entre el espejismo y el oasis.

Uno y otro aparecen marcados por un ADN secreto, por su condición de milagro casi escondido, por un abracadabrante “ahora lo ves, ahora no lo ves”, por estar contruidos con el material de la ilusión más ilusionada.

Uno y otro laten, con el mismo ritmo entre burión y piadoso, en el seco horizonte sin párpados de nuestra mirada sedienta.

Atendible e irreconciliable diferencia, sin embargo. El espejismo no es otra cosa que un sueño despierto y febril que se aleja a medida que creemos acercarnos a él y que, al final, no resulta ser otra cosa que arena y desesperación y ese sol, ahí arriba, riéndose con toda la dentadura de sus rayos mientras nos contempla arrastrarnos y caer desde las

alturas del más indiferente de los camellos. El oasis, en cambio, existe y alivia y consuela; pero son muy pocos los que consiguen franquear la puerta de aire que lo oculta de los viajeros y de los remolinos.

De algún modo, el espejismo es la sublimación tecnicolor del oasis: mucho más espectacular, perfecto, abundante en verdes vegetales y azules líquidos; y, ya que estamos, añadirle un pequeño palacio donde danzan y danzan odaliscas centrífugas. El oasis, por lo general, no es más que un pozo en el centro de una duna con, si hay suerte, una solitaria palmera a la que abrazar apenas caídos; pero, al menos, esa palmera es de verdad y esa agua turbulenta y tibia también.

Todo esto para decir que, para mí, la FIL siempre tuvo, tiene y –todo parece indicarlo– seguirá teniendo lo mejor del espejismo y lo mejor del oasis: una espectacularidad real a la vez que modales de milagro certificable.

### **Una vez al año. En Guadalajara**

**Dos.** La FIL tiene también algo de Xanadú y de Shangri-La y de Brigadoon. Una ciudad mágica e intermitente de la que todos –los que estuvieron, los que darían cualquier cosa por estar– hablan con la más reverencial de las sonrisas al enhebrar recuerdos de lo que allí vivieron o deseos de lo que les gustaría vivir.

Pensar en la FIL como en una metrópoli efímera naciendo y reproduciéndose en sus visitantes, muriendo feliz y realizada entre dos fines de semana y hasta el año que viene.

De todas las ferias de libros en las que he estado –y he estado en muchas–, en ninguna lo he pasado mejor y en ninguna he trabajado tanto por el solo placer de trabajar pasándola muy bien. Pocas veces he encontrado un público tan en sintonía con el escritor y a escritores tan en sintonía con el público. Pocas veces he disfrutado de fiestas más festivas o de homenajes más dignos de homenaje. Pocas veces he encontrado tantos viejos amigos o he hecho tantos amigos nuevos. Y –*last but not*

*least*–pocas veces he encontrado tantos libros que había estado buscando desde hacía tantos años.

Me gusta imaginar que el cielo de los escritores que mejor se han portado y mejor han escrito se parece bastante a la FIL. Pero sin fecha de cierre ni fin de festejo, por los siglos de los siglos, amén.

**Tres.** He llegado a la FIL muchas veces y siempre me he ido de ella con la resolución de que siempre habrá otra oportunidad, otra visita, el mismo entusiasmo de siempre.

Y –para terminar con ganas de seguir– sólo agregaré que aterricé aquí por primera vez en 1997 y que, de algún modo, no me he ido nunca; porque la FIL cambió mi vida y mi obra para siempre.

Pero ésa –otro oasis con euforia de espejismo– es otra historia. ●

\* De Vv. aa., *20 años / Feria Internacional del Libro de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2006.



# Competencia desleal\*

CLAUDIA CABRERA ESPINOSA

*Premio de Literatura Ciudad y Naturaleza José Emilio Pacheco 2019\*\**





**B**ajó por las escaleras. Pensó que no podría hacerle mal dejar de usar el elevador de vez en cuando, al menos para el descenso. Para subir ya vería, era un quinto piso. Un día a la vez, se dijo mientras daba ágiles saltitos sobre los escalones. Caminó por las calles de siempre, a la hora de siempre en su camino al metro. Saludó al frutero y a la señora de la papelería. Cruzó la avenida cuando el semáforo peatonal se puso en verde, y entonces lo vio. La misma nariz afilada, las mismas cejas negras pobladas, los mismos labios delgados, pero sin esa cicatriz vertical en la comisura izquierda que tanto lo molestaba. Adrián desvió su camino para seguirlo, a nadie le importaría que llegara unos minutos tarde al trabajo.

Lo vio por detrás con detenimiento. Llevaba unos pantalones idénticos a los suyos y tenía su misma manera de andar, aunque él no se había visto nunca a sí mismo desde esa perspectiva. Pero no era exactamente igual, era un poco más alto, sólo un poco, y quizá más delgado también. Debajo de su camisa no parecía haber ningún abultamiento. El hombre siguió su camino y Adrián finalmente se dio media vuelta y caminó en dirección al metro. Quiso restarle importancia al encuentro, pero estuvo distraído en la oficina, pensando cómo nunca se había cruzado con aquella persona tan parecida a él.

Al volver a casa, mientras cenaba al lado de Marcela, la miró fijamente preguntándose si ella

lo habría visto alguna vez. Lo pensaba mientras masticaba pasta con salsa de tomate. Pero no podía preguntar “Oye, Marcela, ¿no habrás visto por el barrio a un tipo igual a mí, pero más alto y delgado, sin cicatrices como ésta?”

Cuando Marcela terminó de hablar sobre sus actividades del día y las noticias que pudo leer en sus trayectos, le sonrió a Adrián como preguntándole algo, pero él sólo esbozó una mueca displicente y le dijo que se iba a la cama; quería ver algo en la televisión. Los días siguientes Adrián caminó más lentamente por las calles, con el ojo avizor, cazando a su enemigo. Porque lo era. Incluso dio algunos rodeos esperando a que el hombre apareciera, pero no volvió a verlo hasta un mes después, cuando ya casi se había olvidado de su existencia.

Era un domingo por la mañana. Adrián había ido a comprar pan para el desayuno y, cuando salía de la panadería con una bolsa de papel estraza en la mano, se topó de frente con el hombre. Se miraron un segundo, el otro hizo incluso un gesto de reconocimiento, como si se conocieran de algún lado, levantando un poco las cejas, sus mismas gruesas y despeinadas cejas, pero con una seguridad en sí mismo y una autosuficiencia que rayaba en lo insultante. Esta vez Adrián pudo verlo mejor. Descubrió que no sólo era más alto y delgado, sino que también parecía un poco más joven. No más de tres o cuatro años, pero lo suficiente para que Adrián pudiera reconocerse a sí mismo antes de

los desvelos provocados por el nacimiento de Paula. Ojeras menos pronunciadas, las arrugas de la frente más tenues, el cabello sin tantas canas. Pero eso no era todo, el otro sonreía. Iba por ahí sonriendo a los desconocidos en una flagrante competencia desleal en la lucha de poder que mantiene con sus semejantes el hombre común. El otro se hizo a un lado de la banqueta y lo dejó pasar. Adrián siguió su camino y llegó al edificio con el corazón latiéndole deprisa. A pesar de ello, subió por las escaleras. Al entrar a su departamento, jadeando y con la camiseta sudada, Marcela le preguntó si estaba bien. Sí, estaba bien.

Guardó silencio durante el desayuno. Pero la conversación que sostenían su esposa y su hija sobre las jirafas hizo que el aturdimiento de Adrián pasara desapercibido. Un hombre como él, pero sin preocupaciones, porque no podría ser de otro modo. Una versión mejorada de sí mismo en su propio barrio. Seguramente tendría un departamento más grande y un coche más nuevo, pensaba Adrián mientras sentía que su pequeño mundo se reducía más y más. Pero yo las tengo a ellas, se decía mientras miraba a Paula hacer un revoltijo con los frijoles y los huevos con jamón antes de lanzar el plato al piso. Yo las tengo a ellas, se dijo recogiendo la comida del piso antes de que Marcela, sorprendida y con el cabello revuelto, se levantara de la silla.

La siguiente vez que lo vio fue en el supermercado. Marcela estaba en la sección de salchichonería con Paula, y Adrián caminaba lentamente por el pasillo de los cereales, con el carrito atiborrado de cajas de leche, jugos, verduras, latas, jabones y papel de baño, cuando lo vio andar despreocupadamente hacia él. Llevaba una canastita con una botella de vino, carnes frías, galletas, kiwis. Nosotros nunca compramos kiwis, pensó. Por qué nunca compramos kiwis o zarzamoras o cualquier fruta que no sean manzanas o plátanos. Quiso embestirlo con el carrito, pero se contuvo. El otro lo vio y, una vez más, le hizo aquel odiado gesto de reconocimiento con esas cejas iguales a las suyas.

Entonces, Paula, con su faldita rosa y su camiseta a rayas, apareció corriendo al fondo del pasillo, detrás de donde estaba el otro; se detuvo a su lado

y lo abrazó. Se abrazó de su pierna, como había hecho tantas veces con la pierna de Adrián por no darle la estatura para más, y se quedó ahí, colgada, aferrada a un extraño.

—¡Paula! —exclamó Adrián cuando recuperó el habla.

Y la niña se le quedó mirando extrañada y sinceramente confundida.

—Paula —dijo el otro con la voz de Adrián, pero en un tono más dulce—, yo no soy tu papá.

Y al fin la niña reaccionó y dio un súbito brinco hacia atrás.

—Paula, ven acá —dijo Adrián finalmente.

—No se preocupe, no es nada —dijo el otro, como si alguien le hubiera pedido disculpas.

—Ya —contestó Adrián secamente.

Padre e hija caminaron rumbo a salchichonería; Adrián jalando a la niña, que se obstinaba en mirar hacia atrás. Encontraron a Marcela y se dirigieron rápido a las cajas.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcela.

—Ya está todo —contestó Adrián sin dejar de caminar.

Los temores de Adrián eran ciertos, aquel hombre era igual a él. Era él mismo, o lo sería, si él hubiera hecho más ejercicio o comido más proteínas o menos grasas. Era guapo, atlético y feliz. Y vivía a unas calles de su casa. Ya había engañado a Paula. No quería ni pensar en lo que ocurriría si Marcela lo conocía. No tenía más opciones, pensó, debían cambiarse de casa. Eso, o matarlo o convencerlo de que se fuera por donde había venido. Pero su esposa nunca estaría de acuerdo. Aún no terminaban de pagar el departamento, era un buen barrio, la escuela estaba cerca. No tenía un solo argumento para convencerla. A menos que se mudaran a otra ciudad. Entonces sí podría alegar que les convendría un aire más limpio, distancias más cortas, menos ruido.

Adrián durmió mal esa noche y la siguiente y varias más. Se imaginaba remplazado por esa versión sin defectos de sí mismo. En la duermevela sentía que su mujer se levantaba de la cama y no volvía hasta varias horas después. En sus sueños aparecía el otro en el parque meciendo a Paula en el columpio. Pasaron algunas semanas sin que el

otro apareciera, y poco a poco la odiosa imagen se fue borrando de su mente.

Un sábado, cuando Adrián aprovechaba la quietud de la tarde para leer el periódico, Marcela entró al departamento de manera intempestiva. Dejó la bolsa en la mesa y se sentó de prisa en el sillón, junto a él.

—Se va—le dijo emocionada.

—¿Quién se va?—preguntó él.

—El otro, el otro se va.

—¿Cuál otro?

—El que se parece a ti.

—¿Adónde se va?

—A Mérida.

—¿Y tú cómo sabes que hay uno que se parece a mí y que se va a Mérida?

—Porque lo conozco, se llama Carlos. Es arquitecto y se va a trabajar en un museo que van a construir.

Adrián la miró consternado. Sus peores pesadillas se habían hecho realidad. Imaginó al otro charlando con su mujer en la terraza de un café, en el parque. Haciéndole mimos a Paula, y ella, inocente, feliz, dibujándolo con crayones sobre una hoja de papel. A lo mejor creyendo que era su papá y lanzándole besos de vez en cuando. El otro levantándola en el aire, pagando la cuenta, acompañándolas a casa.

—¿No estás contento?—preguntó ella.

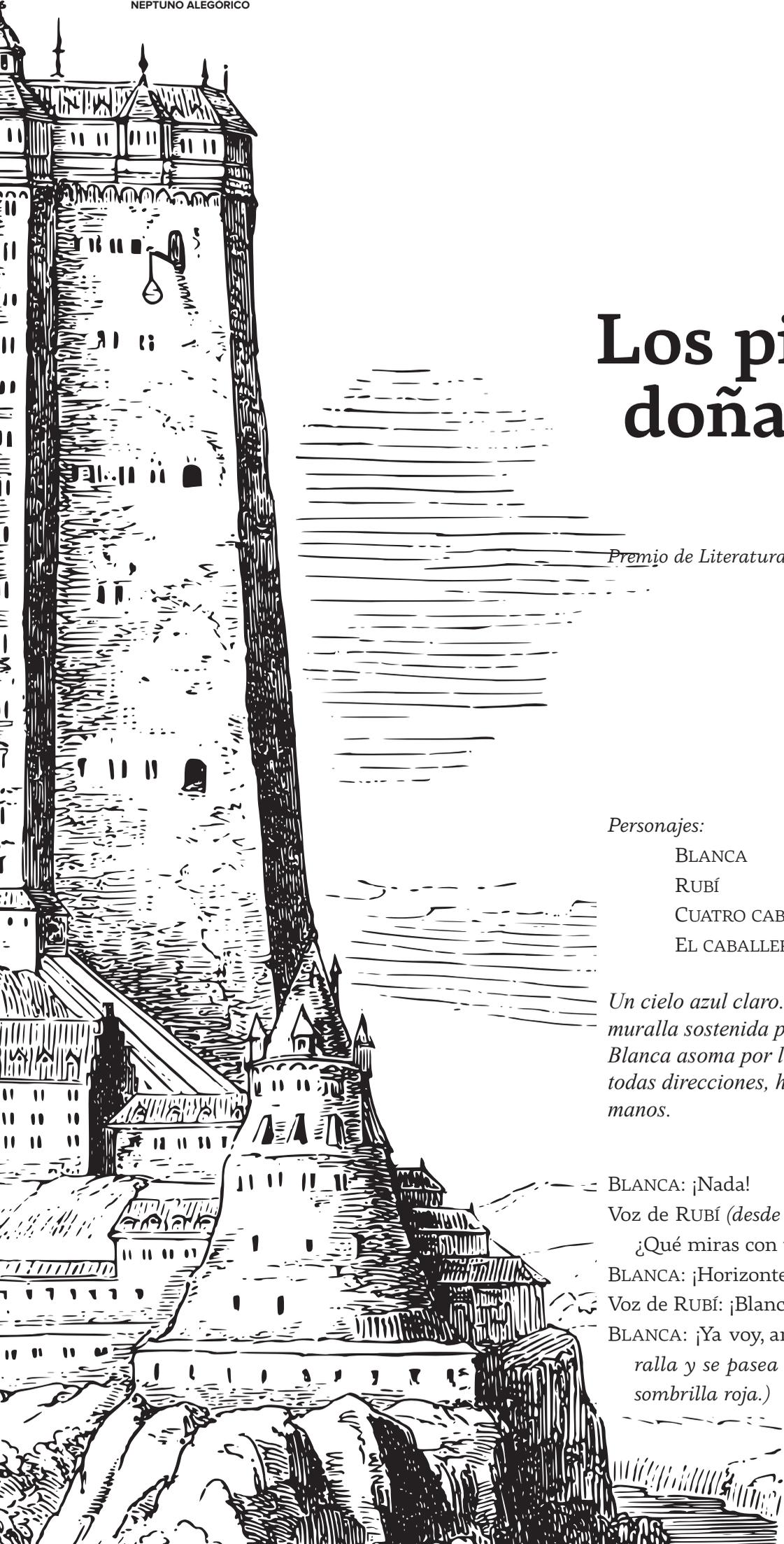
—No sé de qué me estás hablando—contestó él fijando la vista en un dibujo de Paula pegado sobre el refrigerador.

Era un lindo retrato de los tres tomados de la mano con la niña en medio. Y al reconocerse con atención en los sencillos trazos, se notó con más cabello, más esbelto, incluso un poco más alto. ●

\* De *Los desterrados*, México, Fondo de Cultura Económica, 2023 (“Letras Mexicanas”).

\*\* El Premio de Literatura Ciudad y Naturaleza José Emilio Pacheco fue fundado en 2016 por la Universidad de Guadalajara a través del Museo de Ciencias Ambientales del Centro Cultural Universitario, en colaboración con la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.





# Los pilares de doña Blanca\*

ELENA GARRO

*Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 1996*

*Personajes:*

BLANCA

RUBÍ

CUATRO CABALLEROS

EL CABALLERO ALAZÁN

*Un cielo azul claro. Una torre, rodeada por una muralla sostenida por enormes pilares. Silencio. Blanca asoma por lo alto de la muralla. Mira en todas direcciones, haciéndose una visera con las manos.*

BLANCA: ¡Nada!

Voz de RUBÍ (*desde dentro*): ¿Qué buscas, Blanca?

¿Qué miras con tus ojos redondos de paloma?

BLANCA: ¡Horizontes! (*Sigue mirando.*)

Voz de RUBÍ: ¡Blancaaa!

BLANCA: ¡Ya voy, amor! (*Salta encima de la muralla y se pasea alrededor de la torre. Abre su sombrilla roja.*)

CABALLERO I (*entrando*): ¡La luna, con el sol en la mano! (*Blanca lo mira y sonríe.*) ¡Tanta luz! ¡Tantas luces! Ardo: ¡me deslumbro!

BLANCA (*jugando con su sombrilla*): ¿Y no te da miedo quemarte, hermoso?

CABALLERO I: Mi corazón no cesará de arder por ti, reflejo de reflejos.

BLANCA: ¿Y si te incendia todo? ¿Si sólo queda de ti un montoncito de cenizas?

CABALLERO I: Mi corazón es incandescente.

BLANCA: ¡Quiero verlo! Prenderlo a mi pecho, iluminando mi garganta...

CABALLERO I: Es tuyo, Blanca. Baja por él.

BLANCA: Nunca podré salir, ni bajar de esta torre. Mi marido la construyó para guardarme. Catorce muros que envuelven otros catorce muros me defienden.

Voz de RUBÍ: ¡Blanca! Cuello de paloma, ¿qué haces?

BLANCA: ¡Ya voy! ¡Estoy viendo un paisaje incandescente! (*Hace ademán de irse.*)

CABALLERO I: No desaparezcas todavía, ¡las llamas de mi corazón amenazan matarme!

BLANCA (*volviéndose hacia él*): ¡Amo el fuego! Soy como las salamandras: no me quema.

CABALLERO I: Si tocaras mi corazón, arderías de arriba abajo.

BLANCA (*sentándose en la muralla*): ¡Quiero ver tu corazón en llamas! ¡Préstamelo! ¡Quiero arder de arriba abajo! Mi llamarada sobre la torre iluminaría la ciudad. ¡Préstame tu ardiente corazón!

CABALLERO I (*se saca el corazón, en el cual arden tres llamitas: una azul, otra roja y la última, blanca*): ¡Tómalo, Blanca! (*Extiende la mano ofreciendo el corazón. Blanca trata de alcanzarlo sin conseguirlo.*)

BLANCA: ¡Échamelo! No se me escapará: de niña jugaba muy bien a la pelota.

CABALLERO I (*lanzando el corazón*): ¡Ahí va, bólico, cometa!

Voz de RUBÍ: Blanca, ¿qué haces?

BLANCA (*cogiendo el corazón*): Cazo cometas en el aire. (*Mira el corazón.*) ¿Quieres que arda por la cabeza? (*Se coloca el corazón en el pelo.*)

CABALLERO I: ¡Sí, que arda tu divina cabeza!

BLANCA (*quitándose el corazón del pelo*): Mejor empiezo a arder por los pies. Así, cuando el fuego llegue a mi garganta, tendré un hermoso collar de llamas. ¡Nadie habrá llevado alhaja tan peligrosa! (*Coloca el corazón en la hebilla de su zapato.*)

CABALLERO II (*al entrar, saca su corazón*): Blanca: deja que mi corazón arda en tu incendio. (*Lanza su corazón, un disco de plata. Blanca lo coge al vuelo.*)

BLANCA: ¡Éste es un corazón plateado!

CABALLERO II: Ya no queda de él sino el fantasma.

BLANCA (*mirándolo al trasluz*): ¡Qué pálido! Parece una luna disecada.

CABALLERO II: Hace ya mucho que dejó de latir. ¿Recuerdas la primera vez que pasó por esta muralla? Desde entonces la sangre lo ha abandonado.

BLANCA: ¡Pobre fantasma! Estará conmigo hasta que arda mi rizo último. Después, almas en pena los dos, iremos a espantar a los arrieros del camino.

Voz de RUBÍ: ¡Blanca, paloma reflejada en un río!, ¿qué haces?

BLANCA (*prendiéndose el corazón al pecho*): Adornarme para ir al más allá.

CABALLERO III (*entra y apresuradamente saca su corazón, ya muy viejo, que tiene la forma de un zapato usado. Lo lanza, y Blanca lo recoge.*)

BLANCA: ¡Qué humilde! Es un corazón de pobre. ¡Ven aquí, que no por eso dejarás de arder conmigo!

CABALLERO III: Esperaba ese gesto de ti. Mi corazón ha caminado mucho, ha dado mil vueltas a tu torre y a tu rostro. Se ha perdido en el bosque de tus cabellos, ha recorrido los senderos azules de tus sienes, el borde de musgo de tus párpados, el mapa infinito de tu frente, el jardín submarino de tu oreja, la profundidad de los valles de tu mano, la pendiente vertiginosa de tu empeine, los arcos frutales de tu espalda. Y a fuerza de andar y andar por los caminos dibujados por tu voz, se ha ido gastando hasta convertirse en un zapato viejo.

Voz de RUBÍ: ¡Blanca, baja, que te traigan tus pies rosados de paloma!

BLANCA: Llegaré a ti con un zapato viejo que conoce los vericuetos de mis palabras y los parajes secretos de las plantas de mis pies.

CABALLERO IV (*entrando precipitadamente*): ¡Antes de que desaparezcas, oh huidiza, acepta también mi ofrenda! (*Se saca el corazón, que es un pan de muerto con dos velitas, y lo lanza.*)

BLANCA: ¿Tiene canela? (*Le da un mordisco.*)

CABALLERO IV: Tiene todas las especias. Yo mismo lo hice. Tus desdenes lo mataron y con sus restos preparé esta ofrenda de Día de Muertos.

BLANCA: Ahora arderá conmigo, arderá con nosotros. (*Se pone el pan como corona.*) ¡Esperemos el incendio!

Voz de RUBÍ: Blanca, ¿qué esperas?

BLANCA: ¡Espero el fuego! ¡El fuego! ¡Arderé como una pira sin Santa Juana! (*Mira en silencio a los cuatro caballeros, que la miran.*) Siento un calorcito en el empeine. ¿Ardo?

CORO DE CABALLEROS: ¡Sí! ¡Arde, Blanca! ¡Arde!

BLANCA: En la seda de mi media hay un humito.

CORO DE CABALLEROS: ¡Arde, Blanca! ¡Ardamos todos! ¡No hagas más larga la espera! (*Saltan de entusiasmo.*) ¡Que arda la torre! ¡Que arda la ciudad! ¡Arde, Blanca, arde!

BLANCA: ¡Rubíí! ¡Socorro! ¡Estoy en llamas!

RUBÍ (*aparece sobre la muralla con su cabeza de caballo. Los caballeros se miran entre sí, se quedan silenciosos y corren a resguardarse bajo la muralla*): ¿Dónde está el fuego?

BLANCA (*mostrándole el pie*): ¡Mira!

RUBÍ (*sopla y apaga el corazoncito en llamas*): Era apenas la chispita de un cigarro. ¿Estabas fumando?

*Rubí coge a Blanca de la mano y desaparecen dentro de la muralla. Un instante después, Rubí vuelve y recoge la sombrilla roja, que había quedado abandonada. El escenario queda casi a oscuras.*

CORO DE CABALLEROS (*se cogen de la mano, hacen la ronda y cantan*):

Doña Blanca está cubierta  
de pilares de oro y plata;  
romperemos un pilar  
para ver a doña Blanca.  
¿Quién es ese...?

*Al decir esto se interrumpen, pues entra a escena el caballero Alazán, con su hermosa cola dorada. En la mano lleva una lanza. El caballero Alazán mira en torno suyo, caracolea un poco, mostrando la tupida crin de la cola, y queda frente a la torre, con su lanza en ristre.*

CORO DE CABALLEROS: ¿Qué busca este insensato?

*Alazán contesta con un golpe de lanza sobre el muro.*

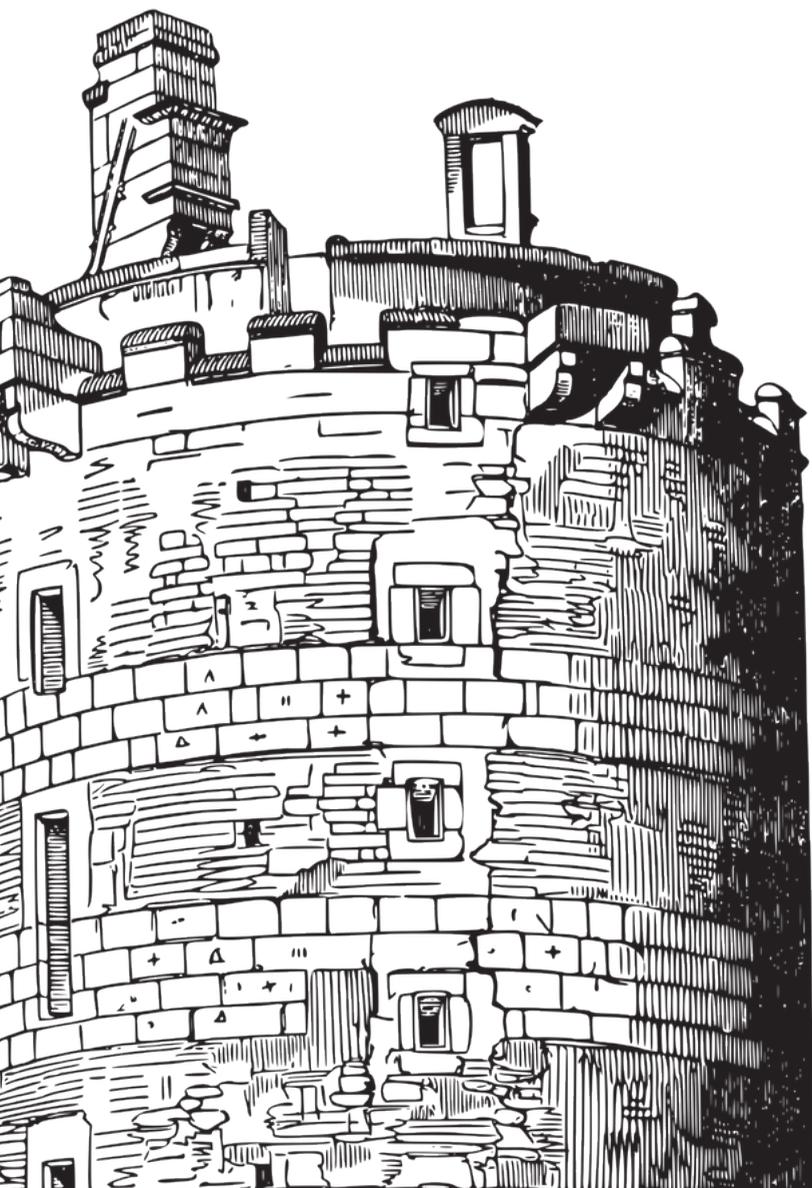
Voz de BLANCA: ¿Quién golpea las piedras altas de mi casa?

CABALLERO I: ¡Un indiscreto!

CABALLERO II: ¡Un malnacido!

CABALLERO III: ¡Alguien que intenta derribar la obra de don Rubí!

CABALLERO IV: ¡Un malandrín!



*Alazán da otro golpe a la muralla.*

BLANCA: ¿Es el tambor del Juicio Final?

CORO DE CABALLEROS: ¡Un arrogante, con rabo de mamarracho! ¡Nunca vimos por aquí esperpento semejante!

Voz de BLANCA: ¿Su figura es tan siniestra como sus golpes?

*Alazán da otro golpe.*

CORO DE CABALLEROS: Peor que un sicofante disfrazado de filólogo.

*Blanca asoma la cabeza por encima de la muralla y ve al caballero Alazán con asombro. El caballero Alazán alza el rostro y la mira a su vez.*

BLANCA (*sonríe*): ¿Qué deseas? Aquí no hay entrada y mi marido olvidó poner un aldabón. No recibimos visitas. (*Pausa.*) ¡Qué hermosa cola alazana tienes! ¿Es el camino por donde se pone el sol? (*Alazán no contesta; la sigue mirando.*) ¿A quién buscas con esos ojos terribles?

ALAZÁN (*humildemente*): Me busco a mí.

BLANCA: Pues sigue las huellas dejadas en el polvo por tu hermosa cola de oro.

ALAZÁN: Hace mucho que descifro el laberinto escrito por ella. Todos esos jeroglíficos, trazados en el agua, en los jardines y en el aire, me han traído hasta aquí.

BLANCA: ¿Y por eso golpeas mi casa?

ALAZÁN: Golpeo a este muro que me cubre al mundo, que me aparta de mí mismo. Debo ver qué guarda.

BLANCA: Me guarda a mí, pero no es a mí a quien buscas.

ALAZÁN: ¡Quizá! Para saberlo, debo entrar. (*Vuelve a dar de golpes.*)

BLANCA: Si es a mí a quien buscas, mírame desde allí, y no golpees más estos pilares.

ALAZÁN: Mientras más te miro, menos te veo. Tendría que verte adentro de mi corazón.

BLANCA: ¡Nunca he sido más rica en corazones! Con el tuyo haré cinco de corazones. ¡Déjame que lo vea! El corazón es tan variado como la

calle Madero: hay de todo, ¡hasta zapatos! ¿Tu corazón es como San Francisco?

ALAZÁN: Mi corazón no se enseña. Hay que visitarlo por dentro y no tiene puerta de salida. Es un palacio deshabitado.

BLANCA: ¡Un palacio!

ALAZÁN: Con largas galerías jamás pisadas, con espejos vírgenes de rostros extraños. Si te miraras en ellos, encontrarías el rostro que perdiste por haberte reflejado en espejos contaminados de narices que no eran las tuyas.

BLANCA: ¿Y en tu espejo sería más bonita?

ALAZÁN (*da otro golpe, y cae un pilar*): No sé, serías tú.

Voz de RUBÍ: ¡Blanca!, ¿qué ruido es ése?

BLANCA: ¡Una lluvia de estrellas!

CORO DE CABALLEROS: ¡Un pilar, señor! ¡Un pilar!

BLANCA: ¿Y cómo sería yo?

ALAZÁN: Como yo.

BLANCA: Y tú, ¿ya te has mirado? ¿Cómo eres tú?

ALAZÁN: Nunca me he visto. Te dije antes que me andaba buscando.

BLANCA: Y si tú te miraras, ¿qué encontrarías?

ALAZÁN: A ti.

BLANCA (*desilusionada*): ¿A esta cara contaminada de narices?

ALAZÁN: ¡No! A tu rostro anterior a tu sombrilla roja.

BLANCA: Odio a mi sombrilla roja. (*Tira la sombrilla roja al interior de la torre.*)

*Alazán da otro golpe, y cae otro pilar, con mayor estrépito.*

Voz de RUBÍ: ¡Qué mañana desapacible! ¿Qué ruido es ése?

BLANCA: Mi sombrilla roja, Rubí.

CORO DE CABALLEROS: ¡Un caballero desbocado!

BLANCA: ¡Es inútil que te busques, Alazán! Deja en pie esta torre, acueducto por el cual corro yo por las mañanas, como el agua que deshace la sed de las ciudades.

ALAZÁN (*dando otro golpe*): El signo de mi cola apunta hacia esta torre.

*Cae otro pilar.*

Voz de RUBÍ: Blanca, ¿no cesará nunca este furioso ruido?

BLANCA: ¡Hay un derrumbe de narices, Rubí! ¡Se me están cayendo todas!

ALAZÁN: Debajo encontrarás las tuyas, finas como la quilla de un velero.

BLANCA: Yo no tengo narices, Alazán. Nunca las tuve. Es inútil que las busques entre los escombros.

*Los pilares caen con estrépito. Blanca desaparece.*

Voz de BLANCA: ¡Rubí, huyamos! ¡La casa se me está cayendo encima! ¡Ha caído sobre nosotros una montaña de narices!

Voz de RUBÍ: ¡No hay torre! ¡No hay Blanca! ¡No hay Rubí! Todo era el reflejo de un espejo. Ahora se ha roto, y ya no somos más. Sus astillas reflejan otros soles.

*Reina un gran silencio. Alazán penetra en las ruinas de la torre. Hay un espejo roto; a un lado, entre el polvo, la sombrilla roja y los trajes de Rubí y de Blanca, vacíos y viejos.*

CABALLERO I: ¡El loco!

CABALLERO II: ¡Se escaparon!

CABALLERO III: ¡Le negó su corazón!

CABALLERO IV: ¡Ah, el tacaño!

*Salen los cuatro. Sobre uno de los fragmentos del espejo aparece una paloma. Alazán la coge, la posa sobre su lanza y la contempla.*

ALAZÁN: Ven aquí, copa de espuma, forma perfecta del granizo, entra; que te reciba mi corazón. *(Se la guarda en el pecho.)*

Telón ●

\* De *Teatro completo*, prólogo de Jesús Garro Velázquez y Guillermo Schmidhuber de la Mora, edición y nota editorial de Álvaro Álvarez Delgado, México, Fondo de Cultura Económica, 2016 ("Letras Mexicanas").



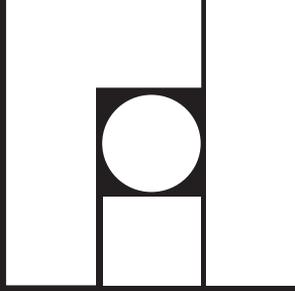
### **Créditos de fotografías**

© Feria Internacional del Libro de Guadalajara

© Universidad de Guadalajara

La mayoría de las fotos fueron tomadas de los bancos de imágenes en Flickr de FIL de Guadalajara, Universidad de Guadalajara y Cultura UdeG, así como de otros recursos multimedia y de prensa depositados en la página de internet de la FIL.

Otras fotos son cortesía de los colaboradores del presente número.







 EL  
CLAUS  
TRO